SELECCIÓN THRILLER

Luis David PÉREZ

La promesa de Ruth

La promesa de Ruth

Luis David PÉREZ

SELECCIONTHRILLER

La promesa de Ruth es una obra de ficción. Los acontecimientos y personajes referidos en esta novela son imaginarios, y cualquier parecido con situaciones o personas reales es casual e inintencionado. Asimismo, las instituciones o lugares reales mencionados en la novela están destinados a ambientar la ficción, y de ninguna manera se corresponde con situaciones que efectivamente hayan sucedido en el pasado o en el presente.

Título: La promesa de Ruth.
De los textos; © 2019, Luis David Pérez
ISNI: 0000 0004 7424 8930
1ªedición: Julio, 2019

Diseño de cubierta; Conrad Rius – www.conradrius.com
Corrección; Celia Arias Fernández

+Info:
www.luisdavidperez.com/lapromesaderuth
#LaPromesaDeRuth

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cómo en cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Nagore y Ainara,
mis dos gotas de luz.

Por muy nublado que el cielo esté,
siembre habrá una luz que logre traspasarlo.

Primera parte

1

El bisabuelo de Elisa López solía decir que cuando la desgracia hace acto de presencia, jamás llega sola. Lo sabía muy bien. A finales del siglo diecinueve sufrió penurias en una Asturias donde la dureza del clima y la escasez de medios se cebó con su humilde familia. Ahora, más de un siglo después, Elisa sentía cómo el infortunio volvía a visitarlos y, según se estaban desarrollando los acontecimientos, había llegado para quedarse.

—Don Julio, nos conocemos desde hace cuánto, ¿veinte años?

—Quizás alguno más, Elisa. Agradezco su predisposición y quisiera explicarle la situación en la que nos encontramos. Como bien recordará, le concedimos un préstamo personal a su hija y debido al impago del mismo, el banco le ha embargado a usted la vivienda familiar. Ya hemos hablado de la falsificación de firmas y de que no quiere denunciarla. Entonces, solo hay una salida.

—Sabe muy bien que la droga la está matando, don Julio. Y nos está llevando a nosotros con ella. Estamos haciendo todo lo posible para que se desenganche. Mi hijo Pablo se pasa los días haciendo gestiones para internarla en un centro de desintoxicación. En solo cuatro días, la muy inconsciente ha echado a perder todo lo que con tanto sacrificio he estado trabajando toda mi vida, usted ya me entiende.

—Claro que la entiendo. Pero a los de arriba —dijo el director señalando al logotipo de la entidad financiera— les da igual todo esto porque, para ellos, usted es solo un número, ¿comprende? Yo puedo hacer alguna triquiñuela y retrasarlo un poco más, quizás dos o tres meses, pero el banco necesita ver dinero en la cuenta —añadió—. Es una lástima, Elisa, pero si esto no se arregla rápido, el desahucio se hará efectivo en breve.

—Eso jamás lo verán mis ojos —rebatió ella, poniéndose en pie como un resorte—. Se lo dice Elisa López. Aquí, con mi metro cincuenta y tres de altura, moveré el mundo si hace falta. Trabajaré de día y de noche, y tocaré a todas las puertas que pueda, pero mi piso no lo dejo yo, no, no, eso ni hablar. Si me sacan de él, le aseguro que lo harán con los pies por delante.

—Elisa, sabe de sobra que le tengo muchísimo aprecio y que

estoy haciendo todo lo que está en mi mano.

—Ya lo sé, don Julio. No sabe cuánto se lo agradezco. Si tiene el cielo ganado… Venga aquí, que le dé un beso.

La encantadora señora de sonrisa perenne se acercó al banquero y, de puntillas, le repartió dos sonoros besos cargados de gratitud.

—Y otra cosa le voy a decir —añadió Elisa, con la mirada iluminada—. Espero que cualquier día, y no tardando mucho, mi Pablo me dé una buena noticia. Llevan tiempo buscando familia, ¿sabe? Pero, con tantos problemas en casa, se ve que no termina de cuajar la cosa. Encima, va el pobre y se compromete a pagar la residencia de su hermana. ¿Entiende por qué él no puede ayudarme? Es que ni se me ocurre insinuárselo. Es un sol; un poco tímido, eso sí, pero tiene un corazón gigante.

—Ya sé a quién ha salido —correspondió él con una sonrisa sincera—. Espero que pronto lleguen buenas noticias. Quién la verá a usted paseando con un carrito de bebé. Habrá que ensanchar las aceras.

—No me diga eso, que me emociono, don Julio. Ojalá lo oiga La Santina; le rezo cada noche. En fin, no quiero entretenerlo más —dijo al ver de reojo que estaba provocando una cola—. Mire, aquí le dejo esta bolsita. Tenga y guárdesela por ahí. Son tomates, que sé que le gustan mucho; están dulces.

—Siempre tan detallista. Muchas gracias, y no pierda esa vitalidad.

Con su salero y generosidad, Elisa era muy querida en su barrio, el de Chamberí, en Madrid. Hasta allí se había mudado hacía veinticinco años con sus dos hijos, Paula y Pablo. Tras dejar con mucha pena su Asturias natal, trabajó de costurera en una mercería hasta que abrió su propio negocio en el mercado de abastos Vallehermoso.

Aquel día era viernes, 16 de abril de 2010. Al abandonar la oficina bancaria, Elisa se cobijó en la primera sombra que encontró y comprobó la hora. Eran las once de la mañana y, pese a estar en primavera, caía un sol de justicia. Decidió llamar a su hijo para contarle cómo había ido la reunión.

—Hola, mami.

A sus treinta y cinco años, Pablo la seguía llamando mami. Para él siempre fue «Mami López», aunque con el paso de los años se quedó solo en «mami».

—Pablo, acabo de salir del banco.

—¿Qué te ha contado don Julio?

—Nada en concreto, hijo. Que todo va bien. Solo quería decirme que estuviéramos tranquilos, porque van a concedernos una tregua.

—¿Una tregua? —preguntó Pablo, desconcertado.

—Sí, me dijo que intentemos estabilizarnos y que poco a poco comencemos a devolver los préstamos. Este hombre es un cielo.

Elisa había retomado el camino a su casa mientras iba contándole a Pablo una versión diferente a la que don Julio acababa de darle. Quería proteger a su hijo de más preocupaciones. A sus sesenta y un años, Elisa aún se veía con facultades y con la entereza suficiente como para salvar el escollo en solitario.

—Mami, ¿no me ocultas nada?

—¿Yo? Anda, calla la boca —lo cortó Elisa, tajante—. Tú céntrate en lo tuyo, que ya tienes bastante. ¿Cómo está lo de tu hermana?

—Acabo de recoger los papeles. La han admitido en el hospital, así que podemos ingresarla cuando queramos. Me da mucha pena meterla ahí, mami.

—Hijo, es lo mejor para todos, sobre todo para ella. Necesita ayuda profesional.

—Ya, si lo sé, pero…

—Hola, vaya calor, sí —lo interrumpió Elisa, que saludaba a todo aquel que se cruzaba en su camino. Conocía a todo el barrio.

—¿Con quién hablas?

—Contigo, Pablo. Es que he visto a Encarnita.

Viendo que estaba perdiendo el hilo de la conversación, Elisa frenó para despedirse de su hijo.

—Lo que te iba diciendo. Ah, sí. Paula va a curarse en ese lugar. Esperemos que no tarde mucho, por su bien y por el de tu bolsillo. Sé que Ruth y tú estáis haciendo un esfuerzo enorme. Esa mujer también es un ángel, qué suerte has tenido con ella, cariño —constató emocionándose al pensar en lo afortunado que había sido al casarse con ella—. Y, aunque no te lo diga nunca, eres un amor y estoy segura de que la vida te va a sonreír muy pronto.

—Mami, ¿dónde estás? Me ha parecido escuchar un pitido por el teléfono, como de un coche, y a la vez el mismo sonido en la calle.

—Estoy llegando a casa, voy subiendo por la esquina de abajo.

—Pues yo estoy aquí, bajando. Voy en contra tuya y no te veo.

Elisa reanudó la marcha, buscando a Pablo con la mirada y sin ser consciente de estar pisando el firme del asfalto. El ímpetu por divisar a su hijo la hizo despistarse y, en lo que tarda un rayo en caer, fue brutalmente atropellada por un autobús urbano cuyo conductor no la vio aparecer por el lado derecho. Elisa salió despedida varios metros más allá y se golpeó la cabeza contra un vehículo estacionado en el lateral.

Pablo se encontraba a dos esquinas del lugar del accidente, contemplando estupefacto cómo su madre estaba siendo arrollada. El tiempo se frenó para él y dejó de percibir sonidos. A su alrededor

todo aparecía difuminado mientras los ojos se enfocaban en ella. Con el teléfono aún en la oreja, despertó de la sacudida y, de un salto, comenzó a correr chillando como un loco delirante hasta llegar ante el cuerpo estático de su madre. La encontró tendida bocarriba, rígida y con los ojos abiertos, mirando al infinito. Tras constatar que no se movía, le bañó el rostro de lágrimas.

—¡Ayuda! —repitió a los cuatro vientos mientras trataba de reanimarla, agitándola por los hombros.

En cuestión de segundos, varios vecinos acudieron en su auxilio y, al averiguar quién era la víctima, se mostraron compungidos, sumándose a la pena de Pablo.

—¡Despierta, mami! ¡Vuelve, vuelve!

Pablo se desgañitó con repetidos gritos de furia, aunque los intentos por despertarla fueron en vano. La tremenda colisión le había causado la muerte en el acto. Conforme transcurrían los segundos, el dolor de Pablo crecía, convirtiéndose en impotencia. Entre las manos descansaba la cabeza inmóvil de su madre y, presa del desconsuelo, le besaba sin cesar los pómulos anchos y resaltados. Le siguieron las caricias; le peinó el cabello, dejando la frente a la vista, y la acercó hasta su pecho mientras volvía a gritar «¿por qué?».

A la llegada de los servicios de emergencia, varios vecinos arroparon a Pablo, que comenzó a delirar hasta caer al suelo desmayado. Lo condujeron al centro hospitalario, donde el personal de ayuda psicológica logró calmarlo.

La iglesia de santa Teresa y santa Isabel se quedó pequeña para acoger a la gran cantidad de personas que quisieron sumarse al duelo. Era sábado y el reloj de la torre lateral marcaba las cinco de la tarde. Entre los asistentes se encontraban todos los comerciantes del mercado Vallehermoso, donde Elisa regentaba una humilde lencería. No faltaron los clientes, vecinos y amigos de la tan querida señora.

El repique de campanas anunció el comienzo de la homilía. Frente al altar y sentado en primera fila, Pablo capitaneaba la discreta comitiva familiar. Acurrucada en su brazo, lo apoyaba su mujer, Ruth, que escondía el dolor bajo unas enormes gafas de sol. Cabizbaja y agotada, sacó fuerzas para agarrar con la otra mano a la hermana de Pablo; se llamaba Paula y ambas eran amigas desde la niñez. La asistencia de Paula fue posible gracias a la ingesta de varios sedantes y una dosis de metadona. Estaba de cuerpo presente, aunque con la mente muy alejada de aquella situación de dolor. Los arropaban el tío Ramón y varias primas de Elisa que esa

misma mañana habían llegado desde Asturias.

Cuando el párroco apareció en el altar, el templo entero enmudeció. La ceremonia dio comienzo ante un público consternado que apretaba los párpados con fuerza para contener las lágrimas. Fue un acto discreto. Apenas concluyó la misa, los asistentes peregrinaron de uno en uno hacia el féretro de Elisa para cubrirla de flores. Entre suspiros, fueron dándole el último adiós. A su lado, de pie y con la mirada perdida, la familia de Elisa, con Pablo al frente, recibía las condolencias de vecinos y amigos.

Para entonces, Paula no se encontraba junto a su hermano. Un fingido ataque de ansiedad la obligó a refugiarse en un baño junto a la sala de catequesis. Sola y de rodillas frente a la taza del váter, lloraba sus penas mientras esnifaba una raya de cocaína. Con la cara desencajada y los ojos entreabiertos, miraba hacia el techo del baño, en concreto al foco que de forma discreta iluminaba el pequeño habitáculo. Veía cómo a su alrededor todo daba vueltas y con un movimiento tosco se alzó hasta lograr apoyarse en el lavabo. Abrió el grifo, se refrescó la cara y encontró su reflejo en el espejo. Al verse con el semblante desencajado, regresó a la realidad y respiró profundamente, buscando la calma. Pero su psique volvió a traicionarla y, en un arrebato de rabia, abrió la puerta del baño y salió corriendo hacia la caja de madera donde descansaban los restos de su madre.

Paula irrumpió en el santo sepulcro al grito de «cobarde», ante la mirada desconcertada de los últimos asistentes. La reverberación del santuario amplificó su delirio. Como una loca de atar, corrió hasta la caja fúnebre y, de cuclillas ante el rostro de su madre y con desazón, comenzó a golpearla, poseída por su adicción.

Los allí presentes se escandalizaron. Pablo corrió a por Paula, que, enloquecida y fuera de sí, no cesaba de expulsar improperios por la boca.

—Eres una egoísta. ¡Maldita seas! Siempre me echas la culpa de todo. Y has tenido que irte ahora, sí, sí, cuando peor estoy, cuando más te necesito, cuando tenías que estar apoyándome. Y me dejas aquí, sola e incomprendida. ¿Por qué?

—Paula, por Dios, ya está bien —le ordenó Pablo entre dientes y, cogiéndola por la cintura, la alejó del ataúd.

Logró aplacarla estirándole ambos brazos hacia atrás. Aun así, hizo falta la ayuda de su tío Ramón. Entre ambos la trasladaron en volandas hasta una de las naves laterales.

—¡Hija de puta! —rugió Paula justo antes de que su tío le tapara la boca.

La extravagante reacción de la joven no cogió por sorpresa a los asistentes. Todos eran conscientes de los problemas que tenía con

las drogas y lo violenta que podía llegar a ser. La trasladaron al hospital y Pablo tuvo que despedir a su madre, avergonzado por el comportamiento de su hermana.

Como ya había vaticinado Elisa, la tragedia visitó a su familia y lo hizo por la puerta grande: se llevó su alma y amplificó, más si cabía, los problemas que dejaba sin resolver.

2

El día después del funeral, el barrio de Chamberí amaneció de luto bajo una fina lluvia que vació las calles. La tristeza había invadido la vivienda de Ruth y Pablo. Eran las once de la mañana y la pareja permanecía acostada, mirando al techo sin hacer ni una sola mueca.

—Cariño, ¿estás despierto? —preguntó Ruth.

Los ojos de Pablo no parpadeaban; nada en él tenía movimiento, salvo el pecho que se alzaba y descendía con suma lentitud.

—Ruth, mi madre habría cumplido hoy sesenta y dos años. Me parece tan injusto, que no logro encontrar una explicación. ¿Cómo es posible que una persona como ella, una mujer buena y querida, haya sufrido una desgracia tan grande? Con todo lo que aún le quedaba por hacer, con tantas promesas que había hecho, tantas ilusiones…

Pablo tuvo que interrumpir sus pensamientos al sentir que una hilera de lágrimas descendía por las mejillas y se colaba por el interior de las orejas. Se giró para observar cómo su esposa le correspondía con gesto de preocupación.

—Pablo, ¿tú crees en el destino? —preguntó Ruth, acariciando a su marido y secándole las lágrimas.

—Me consuela pensar que la desgracia de mi madre estaba escrita y que alguien ha decidido que así fuera. Aunque, si nuestro final estuviera ya determinado, ¿por qué deberíamos preocuparnos por el futuro? De esa manera, todos podríamos hacer lo que nos diera la gana —constató, buscando la mirada cómplice de su mujer—. Sinceramente no, no creo en el destino, Ruth. Por ejemplo, ¿cómo crees que acabará mi hermana? ¿Acaso se rehabilitará o tal vez se morirá en cualquier esquina con una jeringuilla colgando del brazo?

—No es momento de hablar de Paula.

—Ruth, mi amor —retomó la palabra, apoyando una mano en la cintura de su mujer—, claro que es momento. Qué más da el aplazarlo unas horas o unos días. ¿Viste la que montó ayer? Si el destino existe, el muy jodido se está cebando con nosotros. ¿Crees que alguien en su sano juicio decidiría que el rumbo de mi hermana iba a ser convertirse en una drogadicta y arruinar la vida de todo

aquel que la quiere?

—No tengo palabras para debatirte eso, Pablo.

—El destino de todos es la muerte, Ruth. Así de crudo. La muerte nunca me había golpeado tan de cerca y el sentimiento que tengo es el de un enorme vacío —confesó, con los puños cerrados en señal de impotencia—. Y hablando de vacíos, ¿cómo crees que me siento al ver a mi hermana en el estado en que se encuentra? A veces pienso que me falta valor para mandarla al cuerno de una vez. Ha sido una insensata y de verdad que se lo merece. Cuánta desgracia ha traído la niña de las narices.

—Cariño, no hables así de tu hermana.

—¿Y por qué no? ¿Hasta cuándo vamos a seguir luchando por ella? ¿Crees que es consciente del mal que está haciendo? ¿Acaso piensas que merece nuestro sacrificio?

—Tenemos que darle una nueva oportunidad, cariño.

—Y se la vamos a dar, no lo dudes. Principalmente, porque se lo prometí a mi madre, y pensar en ello es mi único consuelo, me recuerda que al menos sus intenciones permanecen vivas. Cuántas desilusiones se llevó la pobre por culpa de Paula. Es extraño que con tantos disgustos no le hubiera dado antes un infarto —enmudeció para hinchar sus pulmones buscando calma—. Te voy a confesar una cosa, no tengo ni idea de cómo vamos a hacerlo. Nuestra situación económica es muy delicada.

—Vete a hablar con don Julio. Tu madre tenía mucha confianza en él, seguro que puede darte buenos consejos.

—Voy a ir, tienes razón. Siento haberte metido en este lío.

—Déjate de chorradas, estamos juntos para lo bueno y…

—Y lo menos bueno —concluyó Pablo, que siempre trataba de ver la parte positiva de las cosas.

—Pues eso, cariño. Ahora toca levantarse del golpe. Mañana será lunes y habrá que ponerse en marcha. Tenemos mucho trabajo por delante, empezando por tu hermana y siguiendo por el tema del banco, las deudas y todo eso.

—Ruth, muchas gracias por apoyarme tanto.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, ¿verdad?

—No lo sé —bromeó Pablo, tratando de arrancarle la primera sonrisa del día.

Desde el día del funeral, Paula había estado ingresada en el hospital. Había sufrido una crisis nerviosa y la mantuvieron sedada durante varias jornadas hasta que recibió el alta. El miércoles de esa misma semana, Pablo la acompañó al centro de desintoxicación de drogas donde la iban a internar. Para ambos no dejaba de ser una

situación comprometida.

—Paula, sabes a dónde vamos, ¿verdad?

Ella tenía la mirada apuntando a los edificios del paseo de la Castellana de Madrid. Todavía estaba aturdida por los efectos de la medicación, pero sabía muy bien de qué estaba hablando su hermano.

—Si no me equivoco, me llevas al manicomio.

—No lo llames así. Ya lo hemos hablado muchas veces y todos coincidimos en que es lo mejor para ti. Llevas mucho tiempo enganchada y hemos intentado todo lo que estaba a nuestro alcance. Escucha bien lo que voy a decirte: esta es la última oportunidad que te damos, ¿queda claro?

—¿Quiénes? ¿Ruth y tú?

—Y mami. No te imaginas lo contenta que se puso cuando le conté que te habían aceptado en esta clínica. He tenido que mover varios hilos, ya sabes, pedir favores. Pero no te creas que es gratis, vale una pasta. Ruth y yo vamos a hacer un esfuerzo para pagarla, así que, por favor, aprovéchalo. Queremos verte bien y que puedas rehacer tu vida.

—Guaje. —Paula aún utilizaba el apelativo cariñoso con el que lo llamaba desde siempre, que significa «niño» en el bable asturiano—. No tenéis por qué hacer esto, ya sé que soy un caso perdido.

En ese preciso instante, Pablo detuvo el coche ante la fachada del centro médico y se giró para mirar a los ojos de su hermana. Ella hizo lo propio.

—Paula, apenas cruces esa puerta, quiero que te centres en ti y te olvides del pasado. Ahora mismo tú eres lo más importante de la vida porque de ti depende seguir conservándola —apuntó, concluyente y sin titubear. No recordaba haberle hablado tan en serio en toda su vida—. Has estado envenenándote durante más de diez años y por fin ha llegado la hora de hacer una limpieza de raíz. Eres joven y te prometo que el esfuerzo va a valer la pena. Yo estaré siempre a tu lado, no lo dudes, pero solo te pido que me hagas una promesa.

Paula había cambiado el semblante insulso y observaba a su hermano con mirada amorosa.

—Creo que me he ganado a pulso tu reprimenda. Dime qué quieres que te prometa.

—Que nunca más volverás a probar las drogas —le pidió Pablo, tajante y directo como una sentencia.

—Nunca más —prometió Paula, estirando los brazos hacia los hombros de su hermano—. Ven aquí, guaje. Anda, dame un beso.

Accedieron al edificio y, tras hacer el registro, aguardaron sentados en un recibidor. Según las instrucciones, una enfermera los

acompañaría hasta la habitación. Pasaron unos minutos y, a diez metros de ellos, una puerta se abrió de forma brusca. Vieron aparecer a una señora de inmensas posaderas y un rostro indescriptible en el que resaltaba el abuso de carmín en los labios carnosos.

—Guaje —susurró Paula, asustada e intimidada ante la enfermera que parecía haber salido de una película de terror—, ¿no irás a dejarme a solas con ese animal que viene hacia mí? Pero ¿no ves que va a comerme?

—Relájate un poquito. Será mejor que no te precipites en tus juicios.

Cuando la indiscreta señora llegó ante ellos y su nuez pronunciada quedó al descubierto, Paula enrojeció vivamente. Tras escuchar cómo su nombre era emitido por aquella boca con forma de buzón y voz áspera, le dedicó una sonrisa fingida.

Era el momento de la despedida. Los hermanos se envolvieron en un caluroso abrazo, interrumpido por el inoportuno carraspeo de la asistente.

—Nos veremos pronto, Paula. Cuídate.

—Y tú también, guaje. Dale las gracias a Ruth. Yo me quedo aquí, que tengo que reciclarme.

3

Desde que Pablo se casó con Ruth tres años atrás, se había vuelto un tanto metódico y sistemático. Cada mañana desayunaba en un bar cercano a su casa y repetía el mismo itinerario hasta el Museo Geominero, sin desviarse un solo metro. Era previsor y solía llegar temprano para detenerse frente a la fachada oeste del museo. Allí se deleitaba observando el precioso mural de azulejos. En él estaban dibujadas una treintena de personas semidesnudas que realizaban trabajos arqueológicos.

Su cometido era gestionar las tareas administrativas. En aquella institución todo el mundo lo respetaba. Era una persona resolutiva, amable y con don de gentes, cualidades que le otorgaban la posibilidad de organizarse con libertad.

Una mañana, decidió salir del trabajo antes de la hora para visitar al director de la oficina bancaria. Había pospuesto aquel encuentro en varias ocasiones hasta que no pudo aplazarlo por más tiempo.

—Hombre, Pablo, ¿qué tal se encuentra?

—Pues aquí me ve, don Julio. Llevándolo como buenamente puedo.

Tomaron asiento. El silencio del director incomodó a Pablo, que observaba impasible cómo el banquero golpeaba el teclado del ordenador con sus dedos índices. Parecían dos chinches dando saltos.

—Mi querido Pablo, tras estudiar los datos que me pasó la semana pasada, he llegado a una conclusión.

—Dígamelo ya, don Julio. Sea lo que sea y, por favor, vaya directo al grano.

—No se impaciente que todo tiene solución, aunque lo que voy a decirle suene duro.

—Eso espero, don Julio, que tenga solución.

—La situación económica de su madre, que en paz descanse la pobre, era muy delicada. Como bien sabe, este banco va a quedarse con la vivienda. Sería conveniente que su hermana y usted, como herederos, renunciaran a ella, más que nada porque va a ser inviable que puedan afrontar la deuda —confirmó, señalando un

folio repleto de números—. Aparte, si nos centramos en su mujer y en usted, actualmente están afrontando un préstamo hipotecario y otro personal. Sus ingresos apenas alcanzan para abonar las letras, pagar la residencia de su hermana y vivir con un poco de dignidad. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Pablo escuchó lo que jamás habría querido oír. Iba a perder la casa de su madre y, no solo eso, a partir de entonces tendría que llevar mucho cuidado con los gastos. El elevado coste de la residencia de su hermana estaba descompensando su economía familiar.

—Imaginaba que iba a contarme algo parecido. No puedo más que darle mi aprobación para que proceda con el embargo. Tan solo voy a pedirle que me deje unos días para sacar algunos recuerdos.

—Tómese su tiempo y sepa que, como amigo de la familia, me duele mucho esta situación tan embarazosa. Además, no se imagina cuánto siento lo que le ha pasado a su madre. Por aquí se la echa mucho de menos. Y espero que su hermana se recupere pronto. Si hay algo más en lo que pueda ayudarlo, no dude en visitarme.

Los meses fueron transcurriendo y la normalidad era la tónica reinante en la vida de Pablo y Ruth. Ella había firmado un contrato para trabajar durante seis meses en las oficinas centrales de una importante empresa hotelera. Pablo continuaba con su labor en el museo y parecía haber encontrado la estabilidad económica. Por su parte, Paula estaba cerca de concluir su recuperación. Llevaba ingresada quince meses. No solo presentaba un buen aspecto y había recobrado la sonrisa, sino que se había hecho muy amiga de la singular enfermera. Recién comenzaba lo que en el centro de desintoxicación denominaban de manera informal «la tercera fase». Consistía en un período de adaptación para que, de forma progresiva, la paciente fuera retomando el contacto con el exterior.

Llegó la Navidad de 2011. Pablo y Ruth decidieron realizar un viaje con Paula para celebrar su reinserción. Eligieron disfrutar unos días en la costa asturiana y aprovechar para avivar sus recuerdos de infancia. Los días fueron pasando entre sonrisas y parecía que la estabilidad había visitado al fin a la familia. A su regreso a Madrid, Pablo y Ruth acogieron a Paula en su vivienda y los tres comenzaron a vivir en armonía. Paula encontró trabajo como aprendiz en un supermercado, lo que alegró a Pablo. Todavía andaba preocupado por ella y seguía sus pasos de cerca para controlar que no volviera a recaer en las drogas.

Ruth aguardaba con nerviosismo el regreso de Pablo y recorría descalza la cocina, de lado a lado. Era una tarde de miércoles y vísperas del segundo aniversario del fallecimiento de Elisa. Estaba sola en casa, mirando cómo la manecilla del reloj giraba y sintiendo que cada vez lo hacía con más dilación. La inquietud se estaba apoderando de ella y, entre lágrimas, comenzó a rezar un avemaría.

Apenas concluía de citar la palabra «amén», cuando escuchó girar el picaporte de la puerta de entrada. Tomó el delantal y lo condujo hacia su rostro para tratar de eliminar cualquier resto de dolor.

—Cariño, ya estoy aquí —se escuchó a lo lejos.

Era Pablo. Ruth trataba de controlar el aliento mientras sentía cómo los pasos perezosos de Pablo se aproximaban hasta ella.

—Ruth, ¿dónde estás?

Se encontraba cerca. La puerta de la cocina estaba entreabierta y Pablo caminó hasta allí. Al aproximarse, vio la figura de su esposa difuminada tras el cristal. Estaba de espaldas, con los brazos apoyados sobre el mármol y la cabeza mirando al techo. Abrió la puerta y comprobó in situ que su mujer estaba erguida y tensa como una estatua.

—Me atrevería a apostar que aquí sucede algo —opinó Pablo pensando en alguna fechoría de su hermana Paula—. ¿Qué ocurre, cariño?

Ella se giró para mirarlo. Respiraba hondo y, tratando de dedicarle una sonrisa a su marido, sufrió un amago de desmayo y se dejó caer contra él. Pablo corrió a por ella y la cogió por las axilas. Ella reaccionó y retomó el equilibrio. Ambos se encontraron cara a cara. La mirada desencajada de Ruth con los ojos lacrimosos alarmó a Pablo.

—¿Estás bien? Dime algo, por Dios, Ruth.

Ella lo abrazó, apretándolo con todas sus fuerzas, mientras él hacía memoria para buscar la razón del estado preocupante de su esposa. Fue cuando recordó algo de lo que estuvieron hablando un par de días antes. Despegó a Ruth de sus brazos, le apoyó las manos en los pómulos y, con los ojos abiertos como soles, le susurró entre dientes:

—¿Ha salido positivo?

Ella clavó los ojos en los de su marido y alzó las mejillas, reafirmando la premisa. Fue cuando Pablo le correspondió con un cariñoso beso y sus cuerpos se fusionaron mientras rompían a llorar de emoción.

—No me lo puedo creer, Ruth. Vamos a ser padres.

—Si Dios quiere, Pablo, si Dios quiere.

La noticia del embarazo de Ruth solapó por completo la buena marcha de Paula. A partir de entonces, todas las conversaciones estaban encaminadas a planificar la llegada del retoño. Pablo y Ruth concentraron sus energías en el embarazo y despistaron la evolución de Paula, que comenzó a sentirse desplazada en el núcleo familiar.

Apenas bastaron dos semanas para que, cada día, a la salida del trabajo, Paula comenzara a frecuentar un bar. Allí se veía con un viejo conocido que no cesaba de tentarla para que volviera a consumir. En un par de ocasiones estuvo a punto de hablarlo con su hermano, pero él solo tenía ojos para su esposa y los preparativos del nacimiento.

Aquel bar y el muchacho en particular eran los únicos oídos que escuchaban a Paula. Necesitaba desahogarse y las voces seductoras de la droga la reclamaban en todo momento. No sabía cuánto tiempo podría resistirse a la llamada. La tentación crecía por días hasta convertirse en obsesión. Sabía que, si probaba aquella sustancia, aunque solo fuera una vez, estaría lanzando por tierra el trabajo realizado en la residencia y, peor aún, rompería la promesa que le había hecho a su hermano. El pulso duró cinco días. Un viernes a las diez de la noche y tras beberse dos copas de ron con cola, Paula cedió a la presión.

—¡A la mierda con todo!

Esas fueron sus últimas palabras justo antes de entrar al aseo para inhalar unas caladas de heroína.

4

Pasada la primavera y con Ruth en su cuarto mes de gestación, Paula fue al museo y, sentada frente a la puerta, esperó a que su hermano saliera.

—Paula, ¿qué haces aquí?

—Aquí me ves, guaje. Es que una compañera me ha cambiado el turno y he pensado en venir a verte.

Para entonces, Paula había vuelto a consumir. Estaba en un momento delicado en el que el mono aún no se había adueñado de ella y todavía era capaz de mantenerlo a raya.

—Me parece fantástico. ¿Vamos para casa o quieres tomar un café? —propuso Pablo.

—Te acompaño hasta casa. Supongo que tendrás ganas de ver a Ruth.

—Sí, muchas. Ya sabes que desde que la pobre tuvo la amenaza de aborto, lo está pasando muy mal. Son muchas horas las que pasa dándole al coco. ¿Qué tal en el supermercado?

—Oh, de lujo. Ya me dejan ponerme en la caja y tengo muy buen rollo con el encargado. Hasta creo que van a subirme el sueldo y todo.

—Eso suena bien. ¿Estás contenta?

—Muy contenta. Y he pensado que ahora Ruth, tú y la niña… Bueno, que creo que necesitaréis intimidad y he pensado que tal vez podría buscarme la vida por ahí a mi rollo, ya sabes.

—¿Quieres irte de casa?

—No es que quiera, pero, en fin. Estoy tonteando con dos tíos y ya me entiendes.

—¿Con dos? —preguntó Pablo al darse cuenta de que llevaba mucho tiempo sin hablar de asuntos importantes con su hermana.

—Bueno, con uno voy más en serio, pero hay otro que me mola y hemos quedado un par de veces y claro, luego viene lo que viene y…

—Ya te entiendo, Paula. Pero sabrás que hoy en día los alquileres están prohibitivos.

—Sí, ya ves. Cuestan una pasta, joder. Aunque una compañera del curro me ha dicho que en su bloque hay un piso de estudiantes

y que podría hablarle de mí a la casera. Además, por probar no pierdo nada, ¿verdad?

Hasta aquel momento, Paula no les había dado ningún quebradero de cabeza. Desde principios de año había logrado integrarse sin ningún problema. La decisión de Paula fue aprobada por el matrimonio, que incluso la apoyaron con los gastos iniciales.

Pablo y Ruth acudieron a la consulta ginecológica. Era 8 de agosto de 2012 y, como siempre, él la acompañaba a la revisión. Ruth estaba en su quinto mes de gestación y llevaba en casa desde hacía dos meses. Tras unas pérdidas acompañadas de dolores abdominales intermitentes, le aconsejaron guardar reposo absoluto. Para entonces, ya no trabajaba, porque la empresa había declinado el renovarle el contrato al descubrir que estaba embarazada.

Accedieron a la sala de exploraciones donde la doctora Almendros se disponía a realizar una exploración y la posterior ecografía. La pareja deseaba con ilusión volver a ver a su pequeña moverse a través de la pantalla y escuchar su latido potente y frenético. Eran instantes de ilusión e incertidumbre. La ginecóloga se ajustó los guantes, introdujo el transductor en el interior de Ruth y orientó su mirada hacia el monitor. Pablo se mantenía expectante, tenía la mano entrelazada con la de Ruth, que apenas alcanzaba a ver la pequeña pantalla.

La doctora accionó algunos botones del ecógrafo y, tras asegurarse de que todo estaba conectado, comenzó a mover la cabeza, denotando una honda preocupación. Sabía que algo no marchaba bien y prefirió trasladar a Ruth a las urgencias del hospital, a riesgo de dar un dictamen precipitado.

—Lo siento mucho, pero tenemos que hacerte una exploración más intensa —comentó la doctora en tono frío, recogiendo el instrumental y sin mirar a los ojos de la paciente.

—¿Cómo dice? ¿Sucede algo? —preguntó Ruth, asustada.

Hasta entonces, la doctora Almendros había llevado su control de embarazo. Era una persona que irradiaba confianza, en parte porque en la pared colgaban varias orlas y diplomas escritos en lenguas extranjeras.

—Verás, Ruth, hay complicaciones y tenemos que mirarte con otro instrumental.

—Pero, ¿la niña está bien? —insistió Ruth, tratando de obtener más información.

La doctora se impulsó con la silla de ruedas hacia Ruth y, tras apoyar las manos en su brazo, tomó aire.

—Cielo, el corazón de tu bebé no late.

Aquella frase fue una bomba que cayó redonda en la pequeña consulta, destruyendo en pedazos todas las ilusiones del matrimonio. Él permanecía inmóvil mirando a la doctora, incrédulo ante sus palabras.

—No puede ser —replicó Pablo, al que comenzaban a temblarle las piernas—. ¿Está usted segura de lo que dice?

La ginecóloga movió la cabeza sentenciosamente y se marchó a informar de lo sucedido.

Pablo se sentó en la camilla de Ruth y le acarició la frente para sosegarla. Ella no tenía consuelo alguno. Sentía cómo la tierra se la tragaba y todo motivo por el que vivir se desvanecía como el humo de un cigarro. El destino caprichoso se había encargado otra vez de hundirles un nuevo sueño.

Las pruebas confirmaron que la ginecóloga estaba en lo cierto y había que extraer el feto en la mayor brevedad posible. A Ruth no le quedó más remedio que pasar por el quirófano y decir adiós al sueño de tener a la pequeña Elisa entre sus brazos. Así iba a llamarse, en homenaje a su abuela.

El duro golpe obligó a Pablo a centrarse más si cabe en la recuperación de su esposa. Todo lo que encontró fueron muestras de apoyo por parte de sus vecinos y también de la empresa que gestionaba el museo, que le dio unas semanas de permiso por asuntos propios.

Las horas se eternizaban en la vivienda de Pablo. No quería separarse ni un solo segundo de su esposa que, tras la operación, había contraído un virus y no presentaba mejoría.

—¿Cómo te encuentras hoy, Ruth? —preguntó Pablo al verla despertarse.

—Me siento como si en mi vientre tuviera una cacerola hirviendo. Pero he estado pensando una cosa.

—Dime.

—Cuando me ponga bien, vamos a irnos de vacaciones.

Pablo no podía comprender cómo, estando ella tan mal, podía sacar fuerzas para pensar en cosas positivas.

—¿En serio? —contestó Pablo un tanto escéptico.

—Sí. Y también sé a dónde iremos. Vamos a irnos a Cuba, ¿te gusta la idea?

—¿Cuba? —se preguntó Pablo en voz alta—. Claro que sí, a donde quieras, mi vida. Pero, ¿qué se nos ha perdido allí?

—Tengo que visitar a Alejandrina. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, claro. Coincidimos una vez en Asturias y, además, te he oído hablar de ella en varias ocasiones.

—Pues vamos a ir. Hay algo que quiero contarle en persona. Podemos aprovechar el viaje para disfrutar de una semana en la playa a cuerpo de rey. Creo que nos lo merecemos, ¿verdad?

—Cariño, yo te llevo a donde tú quieras.

—Pablo, ¿me prometes que iremos a Cuba cuando todo esto acabe?

—Tienes mi promesa, Ruth.

El estado de salud de Ruth empeoró y acabó ingresada en el centro hospitalario. Llevaba tres días vomitando todo lo que ingería y la fiebre la estaba torturando físicamente. Su cuadro clínico apuntaba a una infección, pero desconocían el tipo de germen que la estaba quemando por dentro. La trasladaron a la unidad de cuidados intensivos y allí permaneció veinte días.

Durante aquel infierno, Pablo no volvió a pisar el museo. El gerente le dio el primer toque de atención en uno de sus peores momentos, justo el día en que sedaron a Ruth para que descansara de tanto dolor. Él permanecía dormitando día y noche en el hospital, siempre pendiente de cualquier posible cambio en el estado de salud de su esposa.

El carácter de Pablo comenzó a transformarse. Siempre había sido una persona de curiosidad insaciable, ávido lector y aficionado al coleccionismo de sellos. Era común verlo acudir cada domingo a la Plaza Mayor de Madrid a visitar los tenderetes de filatelia. Pero aquel Pablo había sido devastado como si un tsunami lo hubiera borrado de en medio.

Las noticias que llegaban a sus oídos no eran nada esperanzadoras. El equipo médico estaba intentando combatir el virus, pero no encontraban el antídoto. Extraoficialmente, le habían informado de que tal vez Ruth hubiera contraído la enfermedad en el quirófano, algo que le rogaron no saliera a la luz pública.

Las semanas siguieron pasando y, a mediados de noviembre, la fiebre de Ruth parecía haberse estabilizado. Los médicos agotaron todas las técnicas disponibles a su alcance y lograron que el virus se contrajera, pero no lo eliminaron.

En la planta de hospitalización, en una habitación con régimen de aislamiento, Pablo acompañaba a su mujer.

—Ruth, he hablado con el doctor y me ha comentado que hay una clínica en Alemania donde podrían ayudarnos. Tienen unos laboratorios con los equipos tecnológicos más punteros y también ha insinuado que el siguiente paso aquí sería comenzar con un tratamiento experimental, nada que se haya probado todavía en humanos. No quiero asustarte, pero el tiempo juega en nuestra

contra y, según él, quien parece ser una eminencia en su especialidad, si vas allí tendrías muchas posibilidades de curarte.

—Cariño —dijo Ruth con voz agotada—, haz lo que puedas. Estoy muy cansada de todo esto.

—Descansa, mi vida, que te cuesta mucho hablar.

—Mírame cómo estoy, soy un esqueleto con pellejos. ¿Cuánto peso? ¿Treinta kilos?

Pablo no supo qué decir. Aquella mujer no tenía nada que ver con la persona que, casi tres meses antes, había entrado embarazada. Un complejo entramado de tubos, cables y aparatos la mantenían monitorizada.

—¿Cuánto cuesta ir allí? —preguntó Ruth.

—Lo más complicado sería trasladarte. El mismo centro enviaría un helicóptero a recogerte.

—Eso es mucho dinero, cariño —rebatió, descartando aquella alternativa.

—Sacaremos un préstamo o dos o tres. Venderemos todo lo que haga falta. Pero tú te vas a poner bien.

5

Los ahorros familiares apenas alcanzaban para pagar el veinte por ciento del tratamiento médico en Alemania. Pablo dedicó el mes de diciembre a poner a la venta todo aquello que fuera factible de cambiarse por dinero. Lo primero fue el coche, seguido de su colección de sellos, las joyas, el ordenador portátil y así uno por uno todos los objetos que tuvieran algo de valor.

A Pablo no le quedó más remedio que pedir ayuda a su hermana Paula para que atendiera a los muchos interesados que escribían mensajes para preguntar o regatear por los objetos anunciados.

Paula estaba enganchada a la cocaína y debía mucho dinero. Llevaba tres meses viviendo con un chico que consumía droga. También se había visto obligada a sustraer perfumes y pequeños objetos en el supermercado en el que todavía trabajaba. Además, estaba preparando un golpe para robar la recaudación del último sábado de diciembre. El plan contaba con la colaboración de varios conocidos que también tenían deudas y la intención era llevarse el dinero sin levantar sospechas.

Pablo desconocía los entresijos de la vida de su hermana. Estaba tan obsesionado con recuperar a Ruth, que ni se dio cuenta de en qué andaba metida.

En enero de 2013 y con Ruth sin notar mejoría, Pablo se dispuso a hacer recuento de lo vendido. Había logrado recaudar el setenta por ciento del importe del tratamiento, casi treinta mil euros. Solo necesitaba que don Julio, el director del banco, le concediera una ampliación del préstamo hipotecario. Con ambas cosas obtendría el capital suficiente para que Ruth viajara a Alemania.

Un par de semanas antes, los amigos de Paula habían dado el golpe, llevándose la recaudación del supermercado. El gerente no tardó en sospechar de ella. Carecía de prueba alguna para denunciarla, pero, reforzado por varias opiniones que llegaron a sus oídos, acabó despidiéndola.

Paula volvió a verse contra las cuerdas. El golpe le había reportado la paz de no tener deudas, pero, al verse salir airosa, se creció y comenzó a inyectarse heroína. Los camellos que le vendían la droga estaban muy encima de ella y, presa del mono, recordó que

su hermano tenía en casa el dinero de la recaudación para la cura de Ruth.

Se acercó a la vivienda y, una vez dentro, fue hasta el armario de la habitación de matrimonio, al cajón de los cinturones. Sabía que Pablo guardaba los ahorros en aquel lugar. Al abrir el cajón encontró un sobre repleto de dinero. Lo apoyó sobre la cama y de él extrajo cuatro billetes. Cerró el sobre y lo guardó en su sitio.

—No va a darse cuenta nadie. Tan solo son doscientos euros. Ruth, perdóname, pero yo también necesito ayuda —dijo mirando la foto de su cuñada que colgaba sobre el cabezal de la cama.

Dejó todo como lo encontró y se dirigió a la salida. Cuando iba a abrir la puerta, uno de los demonios que la tenían secuestrada la cogió del brazo y la arrastró de vuelta al dormitorio.

—Joder, joder, joder. En menudo lío voy a meterme. Esto no me lo va a perdonar Pablo en la vida. No lo hagas, no lo hagas, Paula. Ni se te ocurra. No puedes coger todo el sobre, joder. Hay mucho dinero y es para Ruth. Corre, vete y no lo cojas. Pero si ya lo tengo en la mano. ¿Y ahora qué hago? Me cago en mi vida, es que es mucho dinero. Con esto arreglo todo, me marcho de aquí y empiezo de cero. Además, Ruth está muy mal y va a morirse. Yo lo necesito más que ella. Mételo en el bolso, venga, vete, corre, no mires atrás.

De aquella manera tan miserable, Paula sustrajo el dinero destinado a la cura de Ruth y provocó que su hermano entrara en pánico al encontrarse horas después con el cajón abierto y sin rastro del mismo. Estaba seguro de que había sido Paula y, tembloroso, comenzó a llamarla al móvil. Como el teléfono de ella no daba señal, salió corriendo hacia el supermercado donde debía de estar trabajando. Allí le explicaron que hacía unas semanas que la habían despedido porque sospechaban que llevaba tiempo robándoles. Pablo estuvo preguntando a todo aquel que pudiera tener contacto con ella, pero sus esfuerzos fueron en vano.

En el colmo de la furia, se dirigió a la comisaría de la policía nacional para denunciar a su hermana. El quebradero de cabeza era de tal magnitud, que no solo tenía a su mujer moribunda ingresada en el hospital, sino que, además, aquel dinero era todo lo que disponía para curarla. Debía sumar el agravante de que en el museo lo habían despedido por incomparecencia durante tres meses. Estaba derrumbado y apenas lograba articular palabra ante el oficial que lo atendió.

Estuvieron buscando a Paula hasta que, al día siguiente, la encontraron tumbada y semiconsciente en un lugar escondido al que solían acudir los drogodependientes. Pablo, consternado y carcomido por la angustia, deseaba estar ante ella y abrirle la cabeza con sus propias manos. Jamás había estado tan violento

como cuando se enteró de que ella estaba ingresada en el mismo edificio que Ruth. Tres vigilantes de seguridad tuvieron que reducirlo ante el espectáculo de chillidos e improperios que lanzó frente al dormitorio de Paula.

La noche fue desgranando sus horas con lentitud y Pablo no encontró manera de conciliar el sueño. No quiso contarle a Ruth lo sucedido y aguardaba el amanecer, tumbado sobre dos sillas de una sala de espera. Los calmantes recibidos para rebajar su cólera no lograron anestesiar su disgusto. Su propia hermana lo había traicionado y apuñalado por la espalda. Odio, rabia, asco y tirria eran los sentimientos que tenía hacia ella. Se maldecía una y otra vez a sí mismo por ver cómo, tras perder el dinero, le esperaba un lúgubre futuro.

Eran las diez de la mañana y, mientras tomaba un café con leche en la cafetería del hospital, su teléfono vibró. Un agente de la policía le informó de que habían programado un careo con su hermana. Pese al agotamiento físico, se encaminó a paso ligero hacia el dormitorio de Paula. Los agentes, conocedores de la actitud que Pablo había mantenido la tarde anterior, tomaron la precaución de obligarlo a entrar esposado.

Paula aguardaba recostada y, sin dirigirle la mirada, lloraba en silencio avergonzada por lo que había hecho. Siguiendo el cauce habitual, los oficiales anunciaron que Paula se había negado a declarar y que entre ambos intentaran llegar a un acuerdo. Debido a la falta de pruebas, no podían detenerla.

—Mírame a los ojos, Paula. Si tienes valor, mírame —se pronunció Pablo, esperando una reacción—. Sé valiente y al menos dígnate a darme la cara.

Paula obedeció sus palabras y se giró. Su rostro estaba entumecido y los ojos a medio abrir enfocaron hacia Pablo, que contenía la furia cerrando sus puños.

—Sé que te llevaste el dinero y también he descubierto que has vuelto a caer en la misma mierda de la que yo te saqué. No solo me has robado, sino que además has faltado a tu palabra. Y para colmo de tu insensatez, has provocado que mi vida se haya ido a la mierda. Me he quedado sin nada, Paula. Sabes que he vendido hasta el último jarrón de la casa. Y para terminar de rematar la faena, vas a conseguir que Ruth, mi mujer, sí, esa persona que durante tanto tiempo te consideró su mejor amiga, vaya a sufrir. Y no poco, ¿sabes? Has arruinado nuestro presente y nuestro futuro, y todo por tus malditas imprudencias. Mami estará observándote y tirándose de los pelos.

Pablo tomó un descanso antes de proseguir con los reproches.

—Ahora dime, aunque sea lo último que hagas por mí y de ello

dependa tu vida, dónde está el dinero que te llevaste, Paula. Lo necesito más que al aire. Ruth se me va, se está consumiendo y es urgente llevarla a Alemania. Es mi última salida, así que, por nuestra madre, dime dónde puedo recuperar el dinero.

Tras aquel ruego, encogido y con las manos entrelazadas como si estuviera pidiendo clemencia, Pablo observó cómo su hermana parecía querer decir algo.

—No fui yo quién te robó, fue la puta adicción. Ya te dije que era un caso perdido. No valgo para nada. ¡Mierda! La he cagado demasiado y encima con quien no debía. Ahora ya es tarde para todo, guaje. No hay vuelta atrás ni posibilidad alguna de recuperar el dinero. Mi final está escrito; me pudriré en una cárcel y con un poco de suerte se me reventará el corazón de una sobredosis. No hay nada que pueda hacer por ti ni tampoco por Ruth.

Paula se había pronunciado. A la policía le servía aquella declaración para inculparla, pero a Pablo no hacía más que acrecentarle su infortunio. Las palabras de su hermana terminaron por robarle la esperanza y, de paso, empujarlo al precipicio. Pablo dejó de pensar en Paula y en el dinero, su mente ahora la ocupaba una imagen: la de su esposa escuchando de sus labios que tenían que abortar su única vía de salvación.

Uno de los agentes tosió, esperando que alguno de los dos diera por concluido el careo. Pablo despertó de sus pensamientos y miró por última vez a su hermana.

—¿Sabes una cosa? Que pese a todo el mal que nos has hecho, voy a retirar la denuncia. Seguramente te vas a morir con uno de esos chutes que te metes. Pero te voy a decir algo, yo no estaré presente para llorarte —aseguró—. Esto ha tocado fondo y no quiero volver a verte nunca más. A partir de este momento, vas a desaparecer de nuestras vidas. De nada me va a servir insultarte o matarte a hostias. Necesito todas mis energías para ayudar a Ruth y no te mereces que gaste en ti ni una sola gota más de saliva.

6

La humillación de Pablo llegó a la cúspide cuando tuvo que sincerarse con Ruth. No estaba en su ánimo el hacerlo tan pronto, pero se armó de coraje y aprovechó aquel mismo día para contárselo todo. Horas después, tuvieron una reunión con el doctor, en la que les aconsejó regresar a su hogar. El facultativo pensaba que aquel cambio tal vez provocaría un empuje de energía en la malherida moral de Ruth. Las medicinas ya no podían hacer mucho más por ella y lo mismo daba estar en un lugar que en otro.

El 28 de enero de 2013 Ruth entró en su casa, sentada en una silla de ruedas. La encontró desangelada. Llevaba lejos de ella más de cuatro meses y, aunque Pablo la había preparado para lo que iba a encontrarse, hizo de tripas corazón para no morir del disgusto. Los acompañaba Margarita, una vecina de escalera con la que mantenían un trato muy cercano y que enseguida se puso a limpiar y a ordenarles la vivienda. También les aseguró que, hasta dónde su pensión lo permitiera, se encargaría de que no pasaran hambre.

Un pensamiento que había estado germinando en la mente de Pablo había sido cómo cubrir los gastos el día en que regresaran a casa. Se acababa de dar de bruces con el problema y debía visitar a don Julio, algo que no podía postergar durante más tiempo. Sin ahorros ni ingresos y con gastos, más dos préstamos que devolver, la situación económica familiar superaba la bancarrota. Y para colmo de males, el buzón albergaba las cartas que anunciaban el inminente corte del suministro de agua y luz.

—Don Julio, mi situación es insostenible. Estoy con la soga al cuello. Fíjese hasta dónde hemos llegado.

—Tranquilícese, Pablo. Vamos a ver. Sé de muy buena tinta que usted es una persona que ve las cosas desde una perspectiva positiva.

—Perdone por interrumpirlo, pero es que acudo a usted porque, por muy positivo que me quiera poner, estoy rodeado de frentes que me están comiendo.

—Lo comprendo. Vamos a hacer una cosa. ¿Recuerda el aumento de hipoteca que íbamos a concederle para el tratamiento de su esposa y que al final se canceló?

—Claro que me acuerdo. ¡Y menos mal! Un solo día más y mi hermana se habría llevado ese dinero. Estoy gafado.

—Atiéndame, voy a hacerle una propuesta. Vamos a congelar su préstamo hipotecario durante unos meses. Lo retomará en cuanto se estabilice todo. Por otra parte, voy a dejarle un dinero en la cuenta que, tal como vaya sacando para abonar sus gastos, yo se lo repondré. Es como si hiciéramos pequeños préstamos, pero añadidos a su hipoteca y manteniendo las condiciones, ¿comprende?

Pablo sabía bastante de números y advirtió la disposición y generosidad del banquero.

—No se imagina cuánto se lo agradezco, don Julio.

—Y una última cosa. Esto lo hago porque sé que es una persona de palabra, igual que lo fue su madre. Espero que su esposa se mejore y, en cuanto pueda, busque un empleo porque, si no lo hace, me tendré que ver en la situación de denegarle el apoyo.

—Voy a hacer todo lo posible, don Julio. Muchísimas gracias.

La vacante de Pablo en el museo había sido ocupada por un nuevo empleado y no pudieron ofrecerle otro puesto; solo le emitieron una carta de recomendación. Entre las tareas domésticas y atender a Ruth, apenas tenía tiempo para visitar empresas. En sus pensamientos sabía que si encontraba un empleo, no iba a poder cumplir con ningún horario que le ofrecieran. Su esposa lo necesitaba día y noche, y su obligación era estar con ella. Una enfermera comenzó a visitarlos en días alternos y tomaba nota de la evolución para pasarle los informes al doctor titular.

El apetito de Ruth había desaparecido y cada día se encontraba más debilitada física y mentalmente. La tristeza se había adueñado del hogar y las conversaciones eran escuetas y carentes de entusiasmo. Ese viernes nueve de febrero, como cada día, Pablo aireaba el dormitorio. Ruth lo observaba más de lo habitual; quería decirle algo, pero no sabía cómo hacerlo. Pensó en tragarse sus palabras, pero en un acto de valentía, decidió lanzarse.

—Pablo, ven, siéntate aquí.

Él cerró la ventana y se aproximó a su esposa. En sus ojos leyó que necesitaba contarle algo importante.

—Hasta ahora hemos evitado hablar de qué pasaría si… ya sabes.

—Ruth, deja de decir tonterías, no va a pasar nada —objetó Pablo, regateando el tema.

—Ya sé que no va a pasar nada, pero si alguna vez en el futuro me pasase algo —pausó el habla para respirar y de paso preparar a

su marido—, me gustaría que continuaras tu vida con naturalidad.

—De verdad, cariño, ¿es necesaria esta conversación?

—Sí que lo es. Sabes de sobra que en cualquier achaque que me dé, puedo irme para siempre. Y por eso quiero que sepas de mi propia voz lo que pienso. Hemos compartido muchos buenos momentos, ¿verdad? Y también hemos salido adelante en otros malos. —Tomó un nuevo respiro—. Creo que voy a aplazar el viaje a Cuba para la próxima vida.

—Pero ¿cómo eres capaz de pensar en viajes con la situación tan delicada que tenemos? —preguntó Pablo desde la incredulidad absoluta.

—Porque es uno de mis sueños y también una promesa que me hice a mí misma y hoy sé que no podré cumplirla.

—No digas eso, por favor. No sigas, Ruth. Estás provocando que me entre un ataque de pena y no podemos permitírnoslo.

—Vale, lo dejo. Solo quédate con la idea de que, pese a todas las adversidades que se te pongan por delante, tú eres capaz de superarlas. Todas, cariño, todas. Quiero que aproveches tu vida y que persigas cada una de las gotas de luz que se te presenten. Yo las pondré allí para que tú las sigas.

Ruth se vio interrumpida por una tos que le impedía respirar. Pablo la tomó por la nuca y le alzó la cabeza.

—Lo que tú digas, Ruth. Ahora que no tengo sellos, coleccionaré gotas de luz.

Ambos sonrieron entre un tierno abrazo.

—Y una última cosa, cariño. Necesito que llames a Margarita y me dejes a solas con ella. Por favor, vete a dar un paseo.

Transcurrieron diez días en los que Pablo y Ruth pudieron compartir sus últimas horas juntos en el hogar que tantos sueños había albergado. El estado de salud de Ruth empeoró y resistió con vida tres interminables jornadas tras las cuales fue sedada a petición propia. El trágico desenlace sucedió el lunes once de febrero.

Pablo pidió estar con ella en sus últimos minutos. La abrazó con todo su empeño para intentar alargarle unos suspiros mientras comprobaba cómo el corazón de Ruth se apagaba lentamente como un juguete sin pilas. El instante en que perecía entre sus brazos, tuvo la sensación de que su alma se despegaba de él a la vez que ella se marchaba.

Casi tres años después del fallecimiento de su madre, Pablo volvía a sentarse en la misma primera fila de la iglesia de santa Teresa y

santa Isabel. Esta vez lo hacía en solitario, apenas arropado por los vecinos más cercanos. Consciente del profundo dolor que estaba sintiendo, tomó una importante ingesta de calmantes. Aquel día no tenía oídos para nadie, solo pensaba en Ruth y decidió recordarla como era: una mujer que tenía la sonrisa tatuada en su bonita cara. Más tarde, en el tanatorio y en puertas de la incineración, Pablo se quedó a solas con ella. Le regaló una flor y, justo antes de decirle el último adiós, se arrodilló. Agachado a la altura de su oreja, le susurró algo que solo ella pudo escuchar.

7

A las puertas de cumplir los treinta y seis años, una lenta agonía tenía a Pablo sumergido en un estado carente de propósito. Las desgracias familiares habían fulminado su interés por la vida y era incapaz de expresar cualquier atisbo de emoción. No le quedaban lágrimas en los ojos y las mejillas habían olvidado lo que era sonreír.

Se cumplían cuatro meses del fallecimiento de Ruth y, desde esa fecha, su vida se había ido desmoronando hasta que el vacío terminó por secuestrarlo. Solía callejear cabizbajo, evitando cruzar la mirada con el vecindario.

Pensó en la posibilidad de poner fin a tal sufrimiento, zanjar por lo sano y desaparecer de aquel mundo. El suicidio parecía ser la única salida. Lo tenía asumido y solo era cuestión de esperar a que llegara un nuevo episodio de ansiedad y locura para consumar su destino. Ya lo había intentado en dos ocasiones, pero siempre acabó sucumbiendo ante una fuerza que le suplicaba con vigor que se aferrara a la vida.

Aquel día se encontraba cobijado en el antro en el que se había convertido su hogar. El colchón de la cama era su única compañía y le había otorgado un lugar de honor en el salón de la casa. Sentado sobre él y temblando como si un terremoto tuviera lugar en aquellos instantes, mantenía la mirada fija en la muñeca izquierda. Sobre ella se apoyaba el filo del cuchillo, que se movía rozando sus venas. En su ánimo estaba el apretarlo de una vez por todas y poner fin a tanto sufrimiento. Tras aquellos tabiques no quedaba un solo motivo por el que perder de vista aquella hachuela afilada. Pero en su fuero interno quería quedarse con el resto de los mortales, lo deseaba. Cargado de rabia, lanzó el cuchillo lo más lejos que pudo y dio por aplazado el macabro propósito. Se dejó caer y, de rodillas frente a una fotografía de su mujer, comenzó a llorar. Al poco, se dirigió a ella como si la tuviera en persona.

—Ruth, no sé estar sin ti. Lo he intentado todo, pero esto no funciona. La vida es muy triste. Me falta la sonrisa, la vitalidad, el tener algo por lo que luchar y a alguien con quien compartir mi soledad. Nunca pensé que caería en un vacío tan grande. Ya sé que

tengo que salir adelante, tú misma me lo dijiste, pero se me hace tan complicado, que no sé cómo dar la vuelta a esto. Necesito un aliciente, algo por lo que levantarme de la cama y salir por la puerta —Tragó saliva, tras advertir que la garganta se le comprimía, robándole el habla—. Me estoy dejando llevar. Hace dos días que no como nada y mira qué trazas tengo. Casi no me reconozco. Seguro que me estás diciendo que me levante de aquí y busque algo de comer, pero es que ya no hay nada. Falta poco para que aparezcan las cucarachas —enmudeció. Desolado, miró a su alrededor y amagó el sollozo—. En fin, de nada sirve llorar y hablarle a una foto, ¿verdad? Es como si te estuviera escuchando. Eso mismo me dirías, ¿a que sí? Pues vale, voy a hacerte caso, todavía me quedan fuerzas para intentarlo.

Acababa de regalarse una nueva oportunidad y obligó a su mente a regresar al presente, a la realidad. Aunque estaba desganado y abatido, emprendió la búsqueda por llevarse algo al estómago y comenzó por revisar los armarios de la cocina. Como había intuido, todos estaban vacíos. No recordaba haber registrado la parte alta del mueble y, con la ayuda de una silla, se alzó hasta lo alto del estante esquinero, el último rincón que quedaba por explorar en aquella vivienda. Movió una jarra de porcelana y tras ella descubrió un recipiente metálico. Al girar la tapadera, comprobó que en su interior había un sobre y una bolsita de tela repleta de billetes; había mucho dinero.

Pablo no daba crédito a aquel hallazgo y su curiosidad comenzó a despertar. Se aproximó a la ventana y comprobó que el sobre era una carta procedente de Cuba y fechada en el año 2010. El remite venía a nombre de Alejandrina, la amiga de la infancia de Ruth a la que había querido visitar. Pablo conocía el cariño que ambas se profesaban y, con curiosidad, leyó el manuscrito donde la cubana informaba del inminente regreso a su país de origen. Entre sus frases señalaba que el principal desencadenante de su decisión había sido el fallecimiento de su madre.

Lo fascinante de la misiva no era el mensaje original de Alejandrina, sino la respuesta que Ruth había escrito en el reverso del folio días antes de morir, información que Pablo desconocía y lo acababa de coger por sorpresa. Pablo intuyó que lo había escrito el día que le pidió que se marchara a dar un paseo. El contenido del mensaje escrito por Ruth era revelador, lo suficientemente importante y transcendente para que Pablo se planteara viajar hasta tierras tan lejanas y trasmitírselo a Alejandrina en persona. A raíz de aquella lectura, entendió el interés de su esposa por viajar a Cuba.

Regresó al colchón y se acostó. Aquel descubrimiento había

activado su maquinaria mental. Pensó que tal vez fuera una de esas gotas de luz que Ruth había prometido enviarle. Estaba sorprendido y pudo apreciar cómo su corazón ahora latía con vigor. La inesperada ilusión por cumplir la promesa de Ruth lo despertó de su letargo. Consciente de que ya no tenía nada que perder y sobrecogido, se cargó de valor. Sin apenas meditar en las consecuencias, decidió llevar a cabo aquel viaje, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo.

Con su aspecto descafeinado y vestido con la primera muda que encontró a mano, salió de casa camino a la farmacia para visitar a Jaime, el hijo de la farmacéutica. Era un estudiante de ingeniería aeronáutica al que Ruth había dado clases particulares durante algunos años. El joven no dudó en atenderlo. Pablo iba a pedirle un favor personal y, ante todo, discreción.

Segunda parte

8

El tórrido clima de finales de julio en Madrid no daba tregua y, acostado a los pies del ventanal, Pablo aguardaba desvelado a que la noche se consumiera. Por la frente corría un sudor espeso que rebozaba la imponente herida junto al ojo. Ni el mismísimo escozor conseguía descentrarlo de los recuerdos de la infancia que flotaban por su mente; en ellos se refugiaba intentando anestesiar el dolor interno de los últimos tiempos.

Un pitido lo devolvió al presente y le obligó a despegar los párpados. Tal vez se trataba de un camión echando marcha atrás, de los muchos que cada amanecer descargaban alimentos en el mercado de abastos Vallehermoso. El reloj marcaba las seis de la mañana y era el momento de pasar a la acción. Con la compañía de la suave luz del alba que entraba por el ventanal del salón, comenzó a prepararse. La primera tarea fue rasurar la barba de bello enredado y, de seguido, se aventuró a hacer lo mismo con el melenudo mostacho que colgaba por delante de la boca. El pelo estaba áspero y sucio; nadie había puesto unas tijeras sobre él desde que en Semana Santa visitó por última vez a Gabriel, su amigo barbero. Con la ayuda de la poca carga disponible en la maquinilla eléctrica, redujo al tres la mata de pelo hasta dejar el rostro al descubierto. Apenas se reconoció. El aspecto físico no le preocupaba; jamás fue alguien que cuidara su imagen, tendía a ser pragmático a la hora de mostrarse al mundo.

«¿Qué más da lo que piensen de mí? No queda nada de lo que fui», pensó.

Tras permanecer muchos días encerrado y aislado, decidió asearse, un deseo que se presentaba complicado porque no corría ni una mísera gota por los grifos de la casa. Así llevaba siete días, desde que la empresa distribuidora cortó el suministro de agua. Descalzo y semidesnudo, descendió a escondidas hasta el rellano del edificio y llenó una garrafa con el agua del grifo comunitario. De vuelta al piso, su cuerpo escuálido y esquelético dejaba visible el trazado de las voluminosas venas que evocaba a los presos del holocausto, unos muertos andantes. Y puso en duda si sus piernas resistirían en pie por mucho tiempo; estaba exageradamente débil y

patoso.

Hacía seis días que su vecina Margarita le había ofrecido unos cartones de leche y algunas bolsas de galletas y bizcochos. Aquella semana, Pablo estuvo alimentándose con dicha bollería hasta que el día anterior ingirió la última magdalena y, desde entonces, mantenía ayuno. La mujer no volvió a verlo; se cansó de aporrear los nudillos contra la puerta sin recibir respuesta, aun sabiendo que Pablo se encontraba dentro. Había simulado estar ausente para evitar asustar a la vecina con su aspecto desaliñado.

Sin víveres, latas o líquidos envasados, el frigorífico apenas servía para almacenar los viejos álbumes de sellos, esos que tras muchos años de coleccionismo se hallaban vacíos, como el corazón de su dueño. De todas formas, no existía un uso mejor para la nevera, pues llevaba sin funcionar desde el mes anterior, cuando cortaron la luz por impago.

Descartado el desayuno en casa, se acicaló con la única muda limpia de que disponía. Deseaba mostrar una presencia aceptable o al menos pasar desapercibido. Al frenarse ante el espejo, le llamó la atención la herida del ojo, de la que ya se había olvidado. El percance sucedió un par de noches atrás, cuando, al levantarse para orinar, se golpeó la frente contra el perfil de la ventana. Una brecha de tamaño importante comenzó a sangrar. Sin prestarle excesiva atención, consiguió cerrarla presionando la cabeza contra la almohada, que acabó impregnada de sangre. La herida cubierta por una costra rojiza no hacía más que amplificar el demacrado aspecto físico que presentaba.

—A ver, ¿qué cosas voy a llevarme? —se preguntó en voz alta.

Escuchar su propia voz le sorprendió; llevaba días sin hablar con nadie. Dejó de preguntarse qué equipaje preparar y, frente al espejo, optó por practicar cómo hablar. Tras toser varias veces y carraspear, consiguió afinar sus adormecidas cuerdas vocales. Aún mostraba ese tono de voz inocente y vergonzoso que desde crío había formado parte de su discreción.

Enderezó el cuerpo y, una vez erguido, examinó todo el salón como un radar, decidiendo qué cosas podrían serle útiles en su inminente aventura. El resto de pertenencias quedarían abandonadas entre esas paredes, igual que los sueños, ilusiones y aspiraciones que ya formaban parte del pasado.

No poseía nada de valor que mereciera la pena acompañarlo, salvo un colgante de su madre y una fotografía de Ruth. A mano tenía la vieja mochila donde solía llevar el almuerzo al trabajo e introdujo en ella ambos objetos junto a la billetera y el sobre que contenía la carta de Alejandrina. Antes de cerrar la cremallera, echó un lánguido vistazo hacia la puerta de entrada y rememoró el día de

su boda, cuando, sonriente y enamorado, la cruzó con su mujer en brazos. Por entonces, se respiraba amor, había colorido y también muchos sueños por cumplir, pero en aquel instante era un lugar ausente de alma, donde incluso las partículas del aire anestesiaban cualquier amago de sonrisa.

No era una cuestión de valentía ni tampoco de supervivencia; su vida y las ganas de vivirla se habían esfumado como cenizas en una hoguera. Todo por lo que había luchado tiempo atrás estaba muerto o desaparecido. También había olvidado lo que significaba la palabra motivación y ya nada le atraía, seducía o consolaba. El vacío se había adueñado de él y lo tenía secuestrado e hipnotizado, transformándolo en un ser apático. Ahora tenía una promesa que cumplir y quería, con las fuerzas y los pocos medios de que disponía, llevarla a cabo.

Antes de partir, se apoyó en la ventana y observó por última vez la calle Vallehermoso, un barrio con el ambiente familiar, el de Chamberí, que con tanto cariño los había acogido en el pasado. No experimentó ninguna emoción, ni rabia o nostalgia. Sus penas y el agotamiento mental lo habían transformado en alguien antisocial, sin aspiraciones ni sentimientos. Días atrás se le había encendido una pequeña luz y era lo único que lo motivaba a traspasar el linde de su casa.

Eran las ocho y media de la mañana de un viernes, 26 de julio de 2013. Pablo cogió la mochila en un brazo, una chaqueta primaveral en el otro y, una vez en la puerta, agarró la manivela con decisión y tiró hacia sí. Se escuchó un desagradable sonido a metal corroído, pero con paso firme, cruzó la puerta sin pestañear.

9

El trayecto hasta la oficina bancaria era corto. Pablo caminaba por la acera mirando al suelo para no toparse de cara con algún conocido. En apenas tres minutos, llegó a la sucursal y cuál fue su sorpresa al comprobar que no había cola. Antes de acercarse a la caja, realizó un barrido visual, buscando la presencia del director; estaba ocupado. Tras un mostrador rodeado por un imponente cristal blindado, una cajera con aspecto de becaria sonrió a Pablo, que extrajo de la cartera su dni.

—Buenos días, quiero cancelar mi cuenta de ahorro. Necesito todo lo que hay en ella.

La chica tecleó el ordenador, sosteniendo una sonrisa protocolaria y entreteniéndose más de lo habitual. Sus ojos viraban de lado a lado de la pantalla como lo haría un espectador de tenis. Pablo entrecruzó los dedos, suplicando hacia sus adentros que aún quedara dinero en la maldita cuenta. En su última visita, un mes atrás, había hablado con don Julio y consiguió que el banquero dejara congelada la cuenta de vencimientos para disponer de efectivo y poder alimentarse mientras buscaba una solución a sus problemas económicos.

—Aquí tiene el dinero, señor López. Doscientos noventa y nueve euros con setenta céntimos. ¿Quiere que los meta en un sobre?

—Sí, por favor —respondió tajante y sin gesticular.

Tras comprobar que lograría su objetivo, Pablo abrió la chaqueta y, mostrándose afanoso, hurgó en el bolsillo interior. Lo que buscaba se resistía a salir. Insistió, incómodo. Lo delataba un tic en el ojo izquierdo que ella percibió. Valiéndose de ambas manos, extrajo un sobre con el nombre del director escrito en la parte frontal, don Julio Gutiérrez. Apoyó la carta sobre el mostrador y le preguntó a la chica si le haría el favor de entregársela a su destinatario.

—Por supuesto. —Se apresuró la joven—. Enseguida informo a don Julio de que usted quiere verlo.

—No, espere, no se moleste. Quiero decir que no lo moleste a él —interrumpió Pablo a la chica que ya se encontraba de pie—. Hoy es viernes y coincide con últimos de mes. Estoy seguro de que don

Julio tiene muchos asuntos importantes que atender.

La cajera retomó el asiento, pensando en el comportamiento tan extraño del cliente. Su aspecto triste y la mirada perdida fortalecían su deducción.

—Señorita, le pediré un último favor. ¿Podría entregársela el próximo lunes? No quiero distraerlo.

—No se preocupe, yo misma la custodiaré. Que tenga un buen día, señor López, y hasta la próxima.

—Adiós —se despidió Pablo con frialdad.

Jamás utilizaba la palabra «adiós» para las despedidas. Le transmitía distanciamiento y la sensación de no volver a ver nunca más a una persona. Prefería utilizar otras expresiones más suaves como «hasta luego» o «nos vemos pronto», pero aquel día hizo una excepción. Tenía claro que no volvería a pisar la oficina ni tampoco a dialogar con la amable cajera.

Tras salir del banco, una pequeña sensación de liberación quiso expresarse en el pecho, pero apenas quedó en un leve amago. Eran las nueve de la mañana y todavía quedaba tiempo por delante, unas seis horas. No tenía nada planificado, pero pensó que debía ingerir algo para llegar con fuerzas a su cita. Muy cerca del banco estaba la cafetería de Ramón, un lugar que tiempo atrás solía frecuentar para tomar el vermut. Sabía que allí lo conocían y prefirió buscar otro sitio donde pasar más desapercibido para así evitar el tener que dar explicaciones. Tras caminar unos minutos, descubrió un nuevo bar donde apenas había un par de personas en la barra y decidió entrar.

Tomó la directa hacia una mesa esquinada contra la pared y que daba la espalda al resto del local, un gesto introvertido con el que pretendía mantener el anonimato. Tras tomar asiento, advirtió que su escuálido cuerpo carente de calorías presentaba dificultad para soportar la baja temperatura del bar y volvió a levantarse para proteger la espalda con la ligera chaqueta. Una vez acomodado en el rincón, pidió un café con leche y una tostada con mantequilla y mermelada. Al escoger el asiento, no había reparado en un detalle: ante él se encontraba el aseo. La puerta se abrió y de ella salió una señora. Pablo esquivó el contacto visual. Un fuerte olor a jazmín lo atrapó. Aquel aroma que procedía del baño lo trasladó a los tiempos de su niñez, cuando corría y jugaba por los prados asturianos con su hermana Paula.

Aún saboreaba la bonita estampa en su psique, cuando el camarero le sirvió el desayuno y lo obligó a regresar al presente. No recordaba la última vez que había comido tostadas. Estaba concentrado en untar la mantequilla, cuando los allí presentes levantaron la voz, captando su atención. Alguien subió el volumen del televisor y se escuchó:

—El balance de víctimas mortales del tren Alvia que descarriló cerca de Santiago de Compostela asciende a ochenta pasajeros. Aún no se conoce la lista completa de fallecidos…

La trágica noticia tampoco logró captar la atención de Pablo, que estaba concentrado en destapar la mermelada.

Tomó un sorbo al café con leche y, al dejar la taza en la mesa, advirtió la presencia de una persona.

—¡Pablito! Pero si eres tú, ¿verdad? —preguntó un hombre con aspecto dicharachero.

Pablo alzó la cara con parsimonia. No le fue difícil reconocer a Pacheco, un antiguo compañero de trabajo que llevaba dos años jubilado. Sin ganas de conversar, Pablo volvió a centrarse en el café e, ignorando a su excompañero, reanudó el desayuno.

—Pero, hombre, cuánto tiempo sin verte —arrancó a hablar Pacheco, conocido entre sus amigos como la Cotorra por ser un charlatán sin freno—. Bueno, sin verte no. La verdad es que un día caminando con Juan, ¿te acuerdas de él? Sí hombre, el del estanco. Pues te vimos entrar en la farmacia. En un principio dudamos de que fueses tú, estabas irreconocible con aquella barba. Pero, ¿te has visto? Estás en los huesos. Sé muy bien que lo estás pasando mal, ¿quién no lo estaría en tu situación? Pero hay que ser fuerte, han pasado unos meses y es hora de pasar página. Eres muy joven ¿treinta y…? Bueno, que te queda toda la vida por delante. ¿Has ido a algún psicólogo? A un sobrino mío se le murió un hermano, estuvo enfermo con cáncer mucho tiempo, qué mal lo pasó el pobre. Pero pidió ayuda y hace poco volvió a salir a la calle. Ahora que me acuerdo, ¿sabías que…?

Aquel hombre hablaba sin apenas respirar, enlazando frases, afirmaciones y cotilleos. Pablo lo conocía muy bien. Durante doce años habían trabajado juntos en el Museo Geominero, donde compartieron horas de cháchara y confesiones, pero habían sido otros tiempos. Hacía un buen rato, más bien desde el principio, que aquella conversación carecía de interés para Pablo, que había desconectado tras la segunda frase. Todo lo que estaba escuchando era ruido para sus oídos, no le aportaba nada, pero tampoco le molestaba. Pablo permanecía abstraído del mundo, en su particular estado de ausencia emocional. Al menos, el desayuno parecía estar sentándole bien y advirtió un ligero aumento de energía en sus piernas.

El ensimismamiento era tal, que llegó a olvidar que Pacheco estaba sentado a su lado; el muy pesado seguía calentándole la oreja. Estaba pensando en levantarse para marcharse, cuando su viejo amigo mencionó la palabra «Paula». En un acto reflejo, la consciencia de Pablo se despertó, abrió los ojos y orientó el rostro

hacia Pacheco, que se calló ipso facto. Había logrado captar la atención de Pablo quien, tras unos segundos de absoluto silencio, asintió, alzando las pestañas en muestra de interés por el tema.

Pacheco captó el mensaje y, por primera vez en su vida, inspiró aire de forma premeditada, tomando unos segundos para pensar en qué iba a decir antes de hablar, cosa extraña en él. Estaba enterado de primera mano de los problemas que Pablo había tenido con su hermana Paula, el esfuerzo que había realizado para ayudarla con su problema de drogodependencia y del desenlace que tuvo aquella situación cuando la dio por olvidada. Aprovechando que su amigo se estaba mostrando un poco receptivo, decidió hablar de forma sosegada y suavizar el mensaje.

—Como ya sabes, mi hija trabaja en la oficina de asuntos sociales. Conoce muy bien a tu hermana y ha estado al día de todo el proceso por el que ha pasado. Hace unas semanas intentaron ponerse en contacto contigo. Te llamaron por teléfono, pero parece que tu número ya no existe. También fueron a buscarte a casa, preguntaron a los vecinos y tocaron a la puerta con insistencia. Se preocuparon por ti y pensaron en avisar a la policía para comprobar si estabas bien. Ahí fue cuando apareció tu vecina, si no recuerdo mal —se quedó pensativo—, mi hija dijo que se llamaba Marga, ¿puede ser? Bueno, el tema es que le contaron lo que había sucedido y ella dijo que se encargaría de comunicártelo todo. Les comentó que estabas deprimido y no tenías ganas de hablar con nadie, así que se marcharon. De verdad, ¿no te contó nada?

Pablo se imaginó lo predecible. Viendo el tono de Ramón y sabiendo lo enganchada que Paula estaba a las drogas, supuso que su hermana había fallecido. Cerró los ojos, hinchó los pulmones para inhalar una profunda bocanada de aire y suspiró. Se alzó tomando la silla con la mano izquierda hacia atrás y se colgó la mochila en el hombro. Le dijo a Pacheco:

—No, ni quiero saberlo. Ese tema quedó cerrado para mí.

Su amigo se quedó perplejo. No vio en Pablo ni una simple mueca de preocupación, emoción o interés por saber qué le había sucedido a su hermana. Se preguntó cómo una persona tan responsable, bonachona y atenta había llegado a deshumanizarse tanto. No daba crédito a comprobar cuánto había cambiado su amigo, ése con el que tantos cafés y tertulias había compartido en el museo. Ahora era lo más parecido a un cadáver viviente bajo una enorme chaqueta. Pacheco calculó que Pablo habría perdido unos treinta kilos de peso, así como el alma, el propósito de vida y, por supuesto, el futuro. La lengua de Pacheco también se bloqueó. No tenía el valor necesario para decirle nada más y, con una enorme pena, observó cómo lo que aún quedaba de su amigo se marchaba a

cámara lenta por aquella puerta.

10

Pablo deambulaba cabizbajo entre el bullicio de personas que transitaban por la acera. Lo hacía ensimismado y con la mente en blanco hasta que un joven bien vestido y de cabellera engominada que intentaba adelantarlo, le dio un empujón fortuito. Aquel codazo propició que Pablo saliera despedido contra una papelera y despertara del paseo inerte y carente de objetivo. Tras retomar el equilibrio y la conciencia, recordó que a un par de calles había un lugar que había sido especial para él y decidió ir hacia allí.

Una vez sorteado el vaivén de viandantes con prisas, acabó frente a la entrada del parque del Oeste. Tomó un respiro y, apoyado en una de las escasas cabinas telefónicas que aún resistían en Madrid, observó el monumento de enfrente, el Arco de la Victoria. Aquella fue la primera edificación simbólica que, veinticinco años atrás, había visto a su llegada a Madrid. Fue cuando se mudó desde Asturias con su madre y su hermana.

Pese a no ser más de las once de la mañana, el calor sofocante y la humedad provocaban que la ropa se adhiriera al cuerpo y aumentara la sensación de fatiga. Una vez en la entrada del parque, se aproximó al kiosco y compró una bebida azucarada. No quería recibir un golpe de calor ni tampoco deshidratarse en una mañana tan bochornosa. Fue adentrándose por el precioso camino que recorría el parque rodeado de césped y arboleda. Ante él se cruzaba un continuo ir y venir de personas haciendo deporte, así como varias madres sonrientes que paseaban sus carritos de bebé; se veían ilusionadas y aparentaban optimismo, todo lo contrario que Pablo, que circulaba por el sendero anhelando los atardeceres compartidos con Ruth en aquel preciso lugar. Cuando fueron novios, pasaron allí muchas tardes de domingo leyendo libros bajo la sombra de los árboles y comiendo pipas en su rincón favorito, frente al estanque donde minutos más tarde se detuvo. Entrecruzó las piernas, se dejó caer y apoyó las manos en el césped. Quería disfrutar del caño de agua a presión que lanzaba un imponente chorro vertical que refrescaba el entorno. Un ligero airecillo le rozó la piel. Para entonces, la chaqueta descansaba en la mochila y las mangas de la camisa estaban recogidas hasta los codos.

Sus ojos enfocaron a una pareja de veinteañeros situada a varios metros de él. La chica estaba recostada bocarriba y apoyaba la nuca sobre la pierna del chico sentado. Él la contemplaba con ternura, acariciando el pelo con unos dedos que iban deslizándose con suavidad por la frente y resbalaban muy despacio por detrás de las orejas hasta juntarse en la base del cuello. La joven sonreía, embelesada. Para aquella pareja el tiempo se había congelado, así como todo cuanto los rodeaba. No existía nada más en el mundo salvo el uno y el otro. El chico no cesaba de rozar con suavidad a su pareja mientras Pablo los observaba con detenimiento. Estaba absorto, hasta que, de forma repentina, sintió un escalofrío. La reacción no fue por frío, sino porque su cuerpo acababa de experimentar una emoción. La demostración de cariño y amor de aquella pareja lo había excitado, algo que no le pasó desapercibido y le sorprendió.

Desvió el punto de enfoque y observó a los patos flotar en el estanque. Algo parecía estar cambiando; acababa de experimentar un pequeño amago de despertar al comprobar que todavía podía llegar a estremecerse, aunque desistió de darle más importancia al tema. Reclinó la espalda, apoyó la cabeza sobre la mochila y, acostado bocarriba, contempló el agradable movimiento de las hojas de los árboles.

Un rato más tarde, regresó del pequeño sueño en el que se hallaba sumergido. El brazo izquierdo le cubría los ojos, protegiéndolo de un sol de mediodía que lo enfocaba con potencia. Sobre el entrecejo se apoyaba un reloj al que siempre tuvo mucho cariño, un regalo de su madre en el día de su boda. En el adverso llevaba grabada una inscripción que en una etapa de su vida había sido una fuente de motivación, pero que ahora carecía de significado: «Si lo puedes soñar, lo puedes conseguir». Reclinó la espalda cuando un muchacho se aproximó para pedirle la hora. Pablo aún tenía los ojos medio cerrados y prefirió mostrarle el reloj.

—Las doce y media —dijo el chico. Pablo decidió que era hora de moverse de allí.

Antes de partir, se acercó al estanque y empapó las manos frente al potente chorro de agua de quince metros de altura.

—Adiós —repitió convencido por segunda vez en el día.

Tomó rumbo al lado opuesto del parque. Era una jornada de despedidas y tenía decidido abandonar aquel lugar para siempre. Sabía que jamás volvería a ver aquellas calles, edificios y jardines, pero una idea en forma gastronómica se le iluminó por sorpresa; sabía que había algo que tampoco se repetiría: comer en el restaurante La Nueva, un lugar que había visitado con asiduidad cuando los tiempos eran mejores. Le quedaba un buen paseo por

delante hasta llegar a la calle Arapiles. Caminando hacia allí, sintió recobrar el apetito.

Se detuvo ante el letrero de La Nueva, una de las tabernas más castizas de la capital, que mantenía la inconfundible fachada de madera y el olor a croqueta y vino impregnado en las paredes. Pablo inauguró el servicio de medio día. Tras pedir una mesa, lo acompañaron al comedor.

—Es usted el primero, escoja el lugar que desee.

Caminó hacia el fondo del salón hasta frenarse en la última mesa. No lo dudó ni un solo instante, aquel era su rincón preferido. Tampoco necesitó examinar la carta, tenía claro lo que iba a comer. Sintió curiosidad por comprobar si aquellos sabores lo despertarían del sufrimiento interior que lo tenían poseído.

—¿Qué quiere tomar el señor? —preguntó José, el camarero al que aquel visitante le era un tanto familiar, aunque no terminaba de ubicarlo.

—Salmorejo cordobés y callos con garbanzos.

Bolígrafo en mano, se dispuso a tomar nota, pero dejó de hacerlo porque algo no le cuadraba.

—Disculpe, caballero. Siento mucho decirle que en los meses de verano no cocinamos callos. Es un plato un poco pesado para los calores de esta temporada y los clientes no suelen demandarlo mucho. Si quiere, le puedo sugerir otra cosa.

Pablo se puso las gafas para revisar la carta, pero no lo tenía claro. Tras tantear varias opciones se decantó por el pollo al ajillo. Sabía que al lugar donde marcharía más tarde no tendría la posibilidad de volver a probar esos platos.

—Muy bien, fantástica elección. ¿Y para beber?

—Una copa de vino tinto.

El camarero recogió la carta y se dispuso a marcharse hacia la cocina, pero Pablo lo interrumpió.

—Perdone. —Levantó el dedo índice de la mano izquierda—. ¿Todavía siguen haciendo las croquetas de langostino? Querría probar una.

—Por supuesto, marchando —contestó sonriente José tras descubrir de qué le sonaba aquel hombre.

El camarero detectó que, al pedir la croqueta de langostino, el rostro del comensal se había iluminado, y el gesto del dedo índice le resultaba familiar. Tenía un aire a un chaval de unos treinta años de edad que solía acudir al restaurante, acompañado por una preciosa chica a la que le encantaban esas croquetas; siempre las pedían. Se trataba del mismo Pablo, solo que su figura y apariencia se mostraban envejecidas, pero los gestos habían quedado grabados en la memoria de José y esa forma de pedir las croquetas era muy

peculiar. Se acercó a servir la croqueta y el vino. Volvió a mirarlo a los ojos para cerciorarse de que, tal como intuía, era aquel muchacho.

Pablo saboreó con recreo la crujiente croqueta y examinó la decoración del salón. Sus paredes de ladrillo y la luz tenue creaban un ambiente íntimo y acogedor. Las fotografías antiguas en blanco y negro reflejaban las raíces del lugar, un local que llevaba funcionando desde principios del siglo veinte y que seguía contando con mucha aceptación por parte de la clientela.

Cuando Pablo estaba catando el vino con un breve sorbo, apareció el elegante camarero con su primer plato.

—Aquí tiene el salmorejo. Que lo disfrute.

El comensal, como de costumbre, se ajustó la servilleta en el cuello de la camisa. Pensó que el plato tenía muy buena pinta. Era una mezcla de sopa y gazpacho, complementada con jamón ibérico y huevo duro, que ya había probado en otras ocasiones. Se animó a desmigar unos trozos de pan para ahogarlos en el caldo. Tomó la cuchara y observó preocupado cómo le temblaba la mano; le fallaban las fuerzas. Decidió cogerla cerrando el puño como si fuera un martillo para asegurar que algo de líquido alcanzara su boca. Saboreó el plato. No pudo acabarlo porque su estómago se estaba llenando y prefirió guardar hueco para degustar el siguiente; aparcó la cuchara.

El salón fue llenándose de obreros, vecinos y turistas, recobrando el ambiente distendido de otras ocasiones.

Al llegar el postre, pidió tarta de queso. Cuando era pequeño y vivía en el pueblo, su madre solía preparar ese postre y ambos caminaban con una enorme bandeja repartiendo raciones entre los vecinos; era algo que permanecía latente en su memoria. Tras comérsela, pensó que faltaba algo para poner la guinda: un vasito de orujo. Sabía que los licores de aquel establecimiento eran caseros. José le informó de que el orujo procedía de Betanzos, en Galicia. Pablo dudó si le sentaría bien o no, pero lo tomó de un trago, como en los viejos tiempos, y pagó la cuenta. Con el estómago lleno, reanudó la marcha hacia la estación de metro Alonso Martínez, donde alguien lo esperaba.

Comer aquel día había avivado su agilidad, llevando frescura a las ideas. Mantenía el aspecto triste y demacrado, pero su cuerpo ya no estaba encorvado y el ritmo de los pasos iba acrecentando.

Al llegar a la plaza, se detuvo frente al hotel. En una mesa de la terraza y bajo una sombrilla, localizó a Jaime, el hijo de Eugenia, la farmacéutica del barrio. Se acercó a él y se sentó a su lado.

—Hola, Pablo, tienes mejor aspecto —le comentó Jaime, un tanto escéptico—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Es

respetable, pero sigo sin entender por qué vas a abandonar todo de esa manera —opinó con voz desgarrada, esperando una reacción—. Tal como te prometí, no le he dicho nada de esto a nadie.

—Gracias —respondió Pablo sin inmutarse.

Al ver que no lograba sacarle ni una palabra, Jaime decidió extraer unos papeles de una carpeta.

—Verás, aquí tienes el documento de identidad, el visado, un seguro médico de viaje y el pasaporte. El último lo renovaste hace tres años y no ha hecho falta modificar nada. Todavía está en vigor y le queda un año para caducarse. Otra cosa importante es el visado; te servirá para estar allí durante treinta días. También he rellenado este impreso, es obligatorio. Por otro lado, tienes el billete, que es solo de ida, tal como me dijiste. Sale de Barajas a las cinco y media, y deberías estar allí dos horas antes, así que no te entretengas mucho. Revísalo bien, a ver si tienes alguna duda.

Al coger el billete, Pablo echó en falta las gafas. Sin ellas le era imposible leer de cerca y veía todo borroso a una distancia menor a medio metro. Recordó haberlas usado por última vez en el restaurante. Con total probabilidad, se quedaron allí.

—Es correcto —le confirmó para evitar confesarle que andaba sin gafas y no veía nada de cerca.

—Con tan poco tiempo de margen no he podido encontrar un billete más barato. Aquí tienes un sobre con el dinero sobrante. Creo que te permitirá moverte unos días por allí. Dentro de él he metido una hoja, donde he escrito mi dirección y el teléfono.

La conversación era unidireccional. Pablo parecía hipnotizado, drogado o víctima de algún relajante muscular de los fuertes; apenas pestañeaba. Viendo que continuaba sin reaccionar, Jaime le ofreció más apoyo para empatizar con él:

—No sé lo que pretendes hacer en un lugar tan lejano, pero si necesitas ayuda o cualquier otra cosa, cuenta conmigo. Además, me gustaría saber de ti. —Pablo seguía inmóvil—. Si te apetece, escríbeme algún día.

El joven insistía en abrir lazos, pero Pablo le respondió con una mirada desganada.

—Gracias por todo, Jaime —recogió los documentos y los introdujo en su vieja mochila—. Adiós.

Se levantó de la silla, se colgó la mochila al hombro y a cámara lenta peregrinó hacia la boca del metro. Jaime observaba incrédulo a un buen amigo que, aun siendo reservado, siempre había mantenido el sentido del humor y era dado a conversar. El joven estudiante tenía claro que su vecino quería desaparecer y auguraba que viajaba a un destino aleatorio sin una razón que lo empujara a ello.

Pablo se internó por la boca de acceso a la estación de metro mientras Jaime daba el último sorbo al vaso de horchata. Se disponía a marchar, cuando vio a su amigo aparecer de nuevo. Pablo le hizo un gesto con la mano, pidiéndole que fuera hacia él. Jaime se apresuró a levantarse y, a paso ligero, fue a su encuentro.

—¿Todo va bien, Pablo? —preguntó, preocupado.

—Sí. ¿Puedes ayudarme? —comentó, girándose hacia las escaleras.

Ambos se detuvieron en las máquinas expendedoras para sacar el billete al aeropuerto. Las letras pequeñas de la pantalla impedían que Pablo pudiera comprarlo. Excusándose con ello, consiguió que el joven seleccionara el billete correcto.

—Gracias de nuevo. Adiós, Jaime. —Dio la vuelta y se perdió tras los tornos.

El joven tenía un sabor amargo debido a la fría despedida. La actitud de Pablo le preocupaba más si cabe y confirmó la premisa que había tenido desde que lo visitó en la farmacia: no caminaría muy lejos por el mundo si lo hacía solo.

11

Tras haber hecho trasbordo en la estación de Nuevos Ministerios, se había quedado en babia viendo las luces pasar a través del cristal hasta escuchar una voz que advertía: «Terminal cuatro, final de línea». No le fue difícil moverse por el aeropuerto de Barajas. Durante más de diez años fue el encargado de recibir a investigadores de todo el mundo que venían a trabajar al museo.

Una vez entregada la documentación en la ventanilla de facturación y con la tarjeta de embarque en su poder, no tuvo problemas para pasar el control de pasajeros. Si aún le quedaba apego a algún objeto, estaba dentro de su desgastada mochila. Viajaba sin ropa de cambio, calzado, accesorios de aseo, medicamentos y sin un teléfono móvil. Iba con lo puesto, como un aventurero que se disponía a partir sin rumbo y pasar los días con lo que el devenir le fuera ofreciendo. Tenía claro el objetivo y un lugar que visitar, aquel por el que se había atrevido a salir de casa y alejarse de su hasta entonces fúnebre vida.

Permanecía sentado frente a la puerta de embarque veintitrés y observaba a la gente que guardaba cola para entrar al avión. No tenía prisa. Su asiento estaba numerado y el equipaje de mano era minúsculo. Ante él había una pareja que parecía muy ilusionada por coger aquel vuelo y se les veía cariñosos. Muy cerca de ellos, un grupo de adultos y niños con rasgos latinos parecían ir a visitar a sus parientes. Pablo imaginaba y fantaseaba con la bonita e interesante historia que cada uno tendría detrás; pensaba que vendrían de cumplir algún sueño o se dirigían hacia él. Necesitaba recuperar la ilusión por algo, pero le parecía una tarea encomiable. Su vida se había centrado en luchar y preocuparse por los demás. Si en alguna ocasión había aparecido una idea propia, se desvaneció ante la carga de responsabilidad asumida. Su prioridad fue ayudar a la familia, primero a su madre y más tarde a su hermana, algo que le impidió tener tiempo para sí mismo y poder cumplir alguna ilusión.

—Última llamada para los pasajeros del vuelo air51 con destino La Habana; acudan a la puerta de embarque número veintitrés —anunciaron por la megafonía.

Era la hora de partir y de pisar por última vez aquel país que tantas desgracias le había traído. Fue de los últimos viajeros en acceder a la aeronave y caminaba hacia su asiento en el ala izquierda del avión, junto a la ventanilla. Al llegar, un señor que rondaba los cincuenta, con vestimenta informal, llamativa y un aspecto simpático, se levantó para cederle el paso. Pablo lo saludó con timidez, fijándose en la sonrisa de ese hombre; era de tal magnitud, que achinaba por completo sus ojos verdes. Tenía un rostro afeitado y con facciones muy marcadas. La raya del peinado en un lateral equilibraba su semblante, ofreciéndole un aspecto maduro, pero a la vez jovial. Una vez que Pablo tomó asiento, orientó la cara hacia la pista, evitando hablar con el pasajero de al lado; deseaba ver cómo se alejaba de aquellas tierras. Una vez en el aire destensó el cuerpo y se relajó hasta quedarse dormido.

Habían pasado más de cuatro horas cuando el vuelo llegó a su ecuador y Pablo seguía inmerso en un sueño profundo, donde se veía de pequeño en el porche de su casa de la infancia, comiendo una rosquilla. De repente, el llanto agudo de un bebé lo despertó. Era una niña con apenas semanas de vida, que lloraba desconsolada. Pablo observaba desde su asiento cómo la madre ofrecía el pecho a su bebé y no pudo evitar revivir la sensación de frustración por no haber alcanzado el sueño de su mujer: tener hijos.

Una vez regresado al presente, advirtió que tenía la boca seca, pastosa. En medio de un bostezo, torció la cabeza, buscando alguna azafata. Fue cuando se topó cara a cara con el señor simpático que le sonreía desde el asiento contiguo. Pablo desconocía la causa de tanta alegría.

—Caballero, lo envidio, créame —declaró el desconocido—. Qué manera más saludable de dormir. ¿Sabe usted que tiene un sueño muy profundo? No llego a entender cómo es posible que sus propios ronquidos no logren despertarlo —finalizó con una sonora risa.

Pablo enmudeció. Tardó en interiorizar lo que su compañero de viaje acababa de decirle y creyó que todo el pasaje había sido testigo de sus ronquidos. Se sintió molesto y a la vez avergonzado. Hacía mucho tiempo que nadie le llamaba la atención, aunque pensó que, por el tono de voz y el toque gracioso con el que el otro lo había dicho, no estaría hablando muy en serio. A los pocos segundos, reaccionó.

—Lo siento, disculpe si lo he molestado. Llevo unos días sin dormir —comentó ruborizado y con voz tímida.

El acompañante arrancó a reírse de nuevo, esta vez a carcajada limpia.

—Estese tranquilo, que es una broma. Le estoy tomando el pelo

—continuó riendo, provocando que algunos pasajeros curiosearan.

A Pablo no le gustó la broma del señor guasón, pero por primera vez en ese año, se esforzó por mantener el tipo y acompañó al vecino con una mueca débil y forzada que alzó sus pómulos, pero sin llegar a cerrar los ojos.

—Me llamo Constantino, aunque mi nombre artístico es Tino el Bambino. Soy humorista profesional, así que espero que no le incomode si vuelvo a gastarle alguna broma, es… ¿cómo lo llaman ahora? Ah, sí, defecto profesional.

«Vaya suerte que tengo, me ha tocado un payaso al lado», pensó Pablo, mordiéndose la lengua.

Por su mente pasó el cortar de raíz la conversación, pero, fiel a sus principios y la educación recibida, era incapaz de faltarle al respeto a aquel señor, e hizo un esfuerzo por corresponderlo.

—Encantado. Mi nombre es Pablo y me alegro de que tenga tan buen sentido del humor.

El gracioso acompañante se creció al escucharlo y no perdió la oportunidad de seguir bromeando, aunque fuera a costa del triste y serio acompañante de su izquierda.

—A partir de ahora vamos a ser compadres, ¿qué le parece? Hay que alegrar esa cara, amigo. Lo veo cabizbajo. Creo que sería bueno celebrar nuestra amistad, voy a invitarlo a un trago.

El pasajero vivaracho se comportaba como alguien hiperactivo. Tras darle un toquecito con el codo a Pablo, se levantó en busca de la asistente de vuelo.

—¡Azafata! —chilló con voz grave y potente—. Traiga algo de beber, que estoy más acalorado que un cura en un *sex shop*.

Para entonces todo el pasaje había despertado. Entre el sollozo del bebé y los berridos de Tino, la fiesta en el avión había comenzado. El humorista acababa de inaugurar la barra libre de bebida de aquel vuelo. Pocos sabían que el precio del billete incluía algunos refrescos sin alcohol, algo que propició que Pablo y Tino celebraran su recién estrenada amistad y las cuatro azafatas trabajaran sin descanso.

Aquel señor contaba chistes y anécdotas, acaparando la atención de los pasajeros que iban y venían por el pasillo y hacían corros para escuchar el *show*. Durante una hora y media, Tino distrajo a Pablo, haciéndole incluso arrancar alguna sonrisa. La actuación finalizó cuando las azafatas ordenaron tomar asiento y poner los cinturones porque el vuelo aterrizaría en breves minutos.

Tino dejó de contar chistes y, tras serenarse, retomó el diálogo interrumpido unas horas antes.

—Cada dos meses, más o menos, vengo a Cuba a hacer un *show*. Actúo primero en una sala de fiestas en La Habana y luego estoy

tres días en los complejos turísticos de Varadero. El resto del tiempo, suelo estar de bolo por España y en algún barco de crucero. Como podrás observar, soy un trotamundos. No tengo pareja ni hijos, pero sí muchos amigos. ¿Es la primera vez que vienes a Cuba? —preguntó a Pablo tuteándolo tras haberse sincerado y declarado su estado personal.

—Sí, es la primera vez. —Guardó silencio, pero sintió que su respuesta se quedó corta, así que la alargó un poquito más—. A mí tampoco me queda familia y he venido a hacer una visita.

—¿Vas a estar muchos días? —preguntó Tino con rapidez y un tanto impetuoso.

—Pues —dudó en la respuesta—, me dirijo a Playa Santa Lucía, en Nuevitas, pero quiero pasar un par de días en La Habana para hacer un poco de turismo.

Pablo hablaba más de la cuenta, no solo por la información que estaba ofreciendo, sino por el enorme esfuerzo que hacía por interactuar con su compañero de viaje. Sabía que iba en contra de su estado anímico y se sorprendió de dicha reacción.

—¡Eso es fantástico! —exclamó el humorista mientras escribía algo en una servilleta—. Mañana y pasado mañana estaré en La Habana. Me hospedo en el Hotel Caribbean, muy céntrico, al ladito del Museo de la Revolución. Aquí tienes anotada la dirección. Tendré las mañanas libres y me gusta hacer de guía. Pásate por allí y pregunta por mí. Podría mostrarte parte de la ciudad. Conozco los mejores lugares para comer y te puedo indicar dónde ir de fiesta por la noche. Veo que eres joven y te gustará mover la cintura; aquí verás auténticas bellezas haciendo arte con su movimiento de caderas.

Pablo estaba sorprendido. No sabía qué tenía aquel hombre, pero en apenas unas horas, había provocado que algunas células de su dormido hemisferio emocional despertaran. Con gusto, le tomó la servilleta y le dio las gracias por el ofrecimiento.

12

La aeronave descendía, aproximándose a La Habana. Desde el aire, Pablo comprobaba el bonito trazado de la bahía. Le sorprendió la escasez de grandes edificios y el buen dote de zonas verdes. Hasta entonces, nunca se había interesado por aquella isla, solo por la peculiaridad de su sistema de gobierno basado en el comunismo y, por supuesto, el carácter alegre de sus gentes con su singular acento caribeño.

El avión tomó tierra frente a un edificio cuyo letrero anunciaba la llegada al aeropuerto internacional José Martí-La Habana. El desembarco del pasaje se hizo a pie desde la pista hasta la misma terminal. Transitaron ante una bandera cubana que ondeaba ante la atenta mirada de los turistas que no dudaron en fotografiarla. Un par de pasillos los condujeron hasta unos mostradores donde los rótulos informaban del chequeo de inmigración.

Cuando llegó el turno de Pablo, se presentó ante la cabina número dos. Estaba gestionada por un señor de mirada cansada que rondaba los cincuenta. Aguardaba de pie frente a un monitor y vestía un uniforme verde clorofila, sencillo y sin adornos. Su parsimonia y ausencia de saludo evidenciaban que el día no estaba siendo sencillo para él.

—Documentación —exigió con tono rígido, augurando un chequeo exhaustivo.

Pablo extrajo de la mochila todos los papeles que unas horas antes había recibido de Jaime y los puso encima del mostrador. El instructor de inmigración los revisó con ardua cautela, sin cesar de teclear en el ordenador. Por detrás de las cabinas, caminaban dos señores armados, algo que captó la atención de Pablo, que no imaginaba a qué se debía tanta seguridad en aquel lugar. Al pasar a la altura de la cabina donde estaba él, uno de ellos se detuvo y sus miradas se entrecruzaron. El español comprobó cómo le hacía un descarado barrido visual de arriba abajo, sin disimulo. La mirada penetrante de aquel señor lo intimidó y Pablo torció el gesto a la vez que el instructor que chequeaba los permisos le dijo sin dejar de observar su monitor:

—¿A qué ha venido a Cuba? ¿Trabajo, familia o turismo?

—Turismo.

—¿Cuántos días pasará en la isla?

El semblante dubitativo de Pablo denotaba confusión. No tenía intención alguna de regresar a España, por lo tanto, no existía un billete de avión que justificara su retorno. La única manera de salir del paso era mentir a aquel hombre, pero no encontraba el modo, estaba espeso de reflejos y titubeaba.

—¡Señor! —intervino el empleado con voz incompasiva—, le pregunté que cuántos días se quedará en Cuba.

Levantó el rostro y clavó sus ojos impenetrables en Pablo que estaba nervioso y cavilaba cómo salir del apuro.

—Disculpe, agente, ando cansado del viaje y estoy calculando qué día regresaré. Si no me salen mal las cuentas, volveré el próximo jueves, así que estaré aquí… seis días.

—¿En qué lugar se hospedará?

Carecía de alojamiento y tampoco tenía referencias de ningún lugar donde pernoctar en La Habana, pero en un acto reflejo de frescura mental que lo cogió por sorpresa, un posible destino acudió a su memoria, el hotel que había citado su compañero de vuelo.

—Estaré alojado en el Hotel Caribbean.

Con la mano en el bolsillo rozaba la servilleta donde Tino anotó la dirección. Pensaba en enseñársela al instructor cuando el vigilante armado que lo había observado antes se acercó al agente de aduana y le dijo algo al oído. La situación era inquietante. Ambos observaban la pantalla del ordenador y la señalaron varias veces, sin cesar de levantar la vista y fijarse en los rasgos físicos de Pablo, que no entendía qué se decían, tan solo una pequeña frase susurrada del instructor al vigilante.

—Es imposible, este señor habla un perfecto español.

El vigilante de seguridad agitó la cabeza de izquierda a derecha en claro signo de negación y murmuró una última cosa al oído. En clara actitud de desacuerdo, regresó unos pasos atrás para supervisar desde la lejanía.

—¿Facturó alguna maleta?

—No, señor. Tan solo llevo esta mochila.

El pasajero pretendía pasar una semana en la isla y solo lo acompañaba una mochila que, además, estaba semivacía. El instructor vio este hecho muy sospechoso.

—Señor, tengo que revisar el contenido de su equipaje. Permítame —ordenó, disponiéndose a abandonar el mostrador—. Será un momento, aguarde aquí.

Requisó la mochila y, acompañado por el vigilante, la vació sobre una mesa situada a espaldas de los mostradores. Mientras tanto, Pablo observaba asustado a la pareja del vigilante, que

sostenía un arma imponente sobre su pecho. Lo peor de todo era que no le quitaba el ojo de encima.

—Aquí tiene su bolsa. Todo en orden.

Pablo se sintió aliviado. Aquellos minutos en el control de inmigración le resultaban incómodos. Consciente de que sus emociones volvían a despertar, experimentó nerviosismo e inquietud, y las manos le sudaban a grifo abierto. Estaba siendo testigo del despertar de su consciencia; por un lado, le sorprendía y por el otro, le asustaba.

—Por favor, mire a su izquierda, a esa camarita de ahí encima. —Indicó el trabajador con el dedo índice—. Muy bien. Aquí tiene su visado.

Con alivio, Pablo recogió los papeles y, sin detener el paso, fue introduciéndolos en la mochila. Recorridos unos metros, divisó en una esquina al vigilante de seguridad que había estado en la cabina unos segundos antes. Comentaba algo con otros compañeros, que se giraron hacia él para contemplarlo sin disimulo. Pablo agachó el rostro y, con decisión, giró hacia la salida de pasajeros.

Una multitud esperaba a los viajeros con carteles y banderas. Entre ellos se abrazaban, lloraban y reían. Se respiraba un ambiente agradable y festivo. Pablo recordó la expectación y nerviosismo vivido tantas veces cuando iba al aeropuerto a recoger a alguien; le encantaba observar la atmósfera de la zona de llegadas. Como nadie lo esperaba, se presentó ante una de las ventanillas llamadas «Caja de cambios» y convirtió todos sus euros en pesos cubanos.

Aunque la hora local era las diez de la noche, su reloj biológico marcaba las cuatro de la madrugada. El agotamiento era palpable y no tenía ni idea de qué medios de transporte existían para trasladarse a la ciudad. Mientras aguardó en la cola para cambiar su dinero, escuchó a alguien decir que para coger la *guagua* tenía que caminar hasta Boyeros y era muy tarde. Al salir de la terminal, se encontró con una larga cola atestada de taxis. Sufrió un *shock* al observar el variopinto escenario protagonizado por los coches allí estacionados. Era una mezcla de colorido, antigüedad y modernismo en unos metros, como un museo automovilístico al aire libre. Inspeccionó a los lados y, para su asombro, no había autocar alguno ni señalización del mismo. Cuando se aproximó al primer taxi libre, escuchó a alguien gritar desde la acera opuesta.

—¡Compadre! ¡Aquí, aquí! ¡Pablo!

Al oír su nombre se dio la vuelta y descubrió a Tino con los brazos en alto, dispuesto a subirse a un coche.

—¡Ven aquí, hombre!

Al ver que insistía, Pablo cambió de rumbo y cruzó la calle hasta llegar a su lado.

—¿No llevas ninguna maleta? Vas a la ciudad, ¿verdad? Pues vente conmigo, anda, sube.

Aquel hombre era un extraño, y Pablo dudó si aceptar la invitación o no. Sabía que no tenía nada que perder y accedió, pensando que el trayecto podría salirle más barato.

—Muchas gracias, Tino. ¿Esto es un taxi?

—Sí y no, amigo. Este señor de acá se llama Aurelio, es taxista y trabaja para la sala de fiestas donde actúo en La Habana. Cada vez que llego, lo tengo esperándome en este mismo lugar. Es un buen tío, si no fuera porque es del Barcelona…

Los dos amigos estaban de guasa y obviaron al joven viajero español, que intentaba acomodarse en un rincón del asiento trasero del coche.

Con la mochila descansando sobre las piernas, Pablo apoyó el hombro sobre la ventanilla para observar el ajetreo de transeúntes en la parada de taxis. Hizo un pequeño barrido y le llamó la atención un señor que estaba apoyado en un pilar. Llevaba una cámara voluminosa que enfocaba hacia ellos. Al tiempo que el coche emprendía el camino, el misterioso fotógrafo disparaba ráfagas con delicadeza y discreción. No tenía pinta de turista, sino más bien de profesional, de *paparazzi* o detective. Vestía ropa de calle, gorra y gafas con las que pasaba desapercibido. Pablo se mosqueó y comenzó a dudar de Tino y de su chófer. Decidió que, a partir de entonces, no cogería demasiada confianza con ellos.

Los dos amigos conversaban entre sí. El conductor, que al parecer tenía orígenes gallegos, lamentaba el descenso a segunda división del Club Deportivo de La Coruña, aunque se le veía contento de ver cómo el Celta de Vigo había logrado mantener la categoría y jugaría un nuevo año en primera. Sin prestar atención a las novedades futbolísticas, Pablo se entretenía pensando en una palabra que había captado su atención e ignoraba el significado: *guagua.* El coche circulaba lento y los anfitriones hablaban de cosas triviales para Pablo, que apoyó la cara en el cristal y entró en un profundo sueño a los pocos minutos.

—Compadre, despierta.

Pablo abrió los ojos y se incorporó. En el interior del vehículo solo quedaban él y su mochila. Al otro lado del cristal, Tino y el chófer descargaban el equipaje. Tras un escueto desperezo, abandonó el coche, tratando de ubicarse. Habían llegado a La Habana y estaban frente al hotel Caribbean. A los pies de un árbol, una vieja placa informaba del enclavamiento: el paseo del Prado. Muy cerca de allí y por encima de los edificios, asomaba una

prominente cúpula.

—No te pregunté a dónde te dirigías, pero el billete acaba aquí —comentó el humorista, emitiendo una de sus frecuentes y sonoras carcajadas.

—¿Aquello de allí es el Capitolio? —señaló Pablo hacia la cúpula.

—Correcto. ¿No me dirás que has reservado allí una habitación? —bromeó de nuevo.

—Creo que no. —Le devolvió la sonrisa—. Pero voy a un hostal cercano.

Acababa de mentirle. No tenía reserva ni rumbo, pero tampoco quería entrar en más detalles. Pablo extendió el brazo para despedirse de Tino con un apretón de manos, pero el otro optó por ofrecerle un abrazo, algo que le sorprendió gratamente.

—Muchas gracias por traerme.

Tras aquel gesto cariñoso, Pablo barajó la posibilidad de quedar con Tino e invitarlo a almorzar, pero en su memoria permanecía el misterioso *paparazzi* que había visto camuflado en el aeropuerto y declinó decirle nada.

—Espero que disfrutes mucho y pásate por aquí mañana o pasado —sugirió Tino, dando por hecho que volverían a verse en breve.

—Es posible —contestó Pablo mientras daba la mano a Aurelio tras agradecerle el traslado en coche.

La noche estaba animada. Decenas de personas caminaban con banderas cubanas. El veintiséis de julio era una fecha muy especial para el pueblo cubano, la Fiesta Nacional de la Revolución. Festejaban el aniversario del asalto al cuartel Moncada, encabezado por Fidel Castro. Ahí nació un movimiento que fue creciendo hasta originar la Revolución que acabaría con el mandato de Batista. Era una jornada de celebraciones, donde todo el mundo salía a la calle y se programaban multitud de actos conmemorativos; había bailes y un estupendo ambiente callejero.

Pablo se alejó del hotel de Tino a paso lento, pero, de repente, se detuvo en una esquina. Algo volvió a inquietarlo. Escasos metros atrás, al pasar por al lado de un coche, había visto a dos personas dentro que lo observaban a través de los espejos retrovisores. Optó por no hacer caso a aquellos personajes y seguir caminando. Advirtió que, después de varios meses, sus sentidos habían despertado.

Un olor a comida lo alcanzó y, como un dibujo animado siguiendo el aroma, se dirigió hacia él. Era un puesto callejero que vendía pan con lechón, algo muy parecido a un bollo con rodajas de carne asada. Compró dos de aquellos bocadillos y un refresco, y los

fue tomando sobre la marcha, intentando localizar algún letrero que advirtiera de un hostal o habitación. Todos los lugares en los que preguntó aseguraron estar completos. Siguiendo la indicación de un vecino de la zona, se dirigió a una dirección y preguntó. La dueña, conocida como doña Rosa, accedió a alquilarle una habitación en su casa particular. Advirtió a Pablo de que debía guardar discreción. Alojar a turistas era una actividad regulada por el gobierno cubano y, si alguien se chivaba, ambos podrían meterse en problemas. El contrato verbal incluía el acceso al aseo durante dos noches. Pablo le preguntó si podría prestarle ropa limpia y la señora aceptó. Aquel viejo piso tenía más glamur que el que horas atrás había abandonado en Madrid. Al menos se podía respirar, había vida, muchas fotografías en las coloridas paredes y, lo más importante, un baño con agua.

Ya se había hecho muy tarde y Pablo se mostraba cansado. Su cerebro bullía, tenía mucha información por asimilar, pero prefirió aplazarla; no eran horas para abordar asuntos que requerían de frescura. Tras ir al baño, se quitó la ropa y se aproximó a la ventana para abrirla y respirar. Desde el segundo piso, observó a una pareja paseando por la calle, cogida de la mano. Se embelesó con unos tiestos gigantes con arbolitos que adornaban la estrecha calle y los chequeó uno a uno de izquierda a derecha hasta advertir que, en la acera de enfrente, dos portales a la derecha del suyo, había un hombre sentado en la repisa de la entrada. Llevaba una gorra, fumaba y parecía mirar de reojo hacia la ventana de Pablo, haciéndose el despistado.

Desde que Pablo llegó al aeropuerto, se sentía vigilado; era un presentimiento que le causaba intriga, una nueva emoción que se estaba despertando en él. Pensó que estaba comenzando a delirar y que su imaginación comenzaba a tomar demasiado protagonismo. Dejó caer su cuerpo semidesnudo en la cama y, en un pispás, quedó sumido en un profundo sueño.

13

Eran las nueve de la mañana y, como en cada jornada, doña Rosa realizaba sus tareas matutinas. El sol esperaba fuera con su inmensa carga de luz regalando un precioso día. Por entonces, Pablo seguía acostado y medio adormilado, hasta que la señora encendió el equipo de música y una canción de Machín comenzó a sonar a máximo volumen. Retumbó a lo largo y ancho de la casa, penetrando por los cinco centímetros del hueco existente entre la puerta de la habitación del huésped y el suelo. Además, las paredes no ofrecían mucha resistencia y los cuadros colgados en ellas también vibraban. Pablo se despertó y, como si de un espectáculo en directo se tratara, comenzó a escuchar unas trompetas y maracas a las que siguieron la voz de Antonio Machín.

Yo soy el son cubano, todos me bailan contentos,
se divierten como hermanos, soy guajiro, tierra adentro.

Si en el campo yo nací y a la ciudad me trajeron,
allí fue donde me dieron el ritmo que brindo aquí.

Yo soy el son cubano, todos me bailan contentos,
se divierten como hermanos, soy guajiro, tierra adentro.

Si me bailan con cadencia enseguida notarán,
que como el son cubano en el mundo no hay igual.

Aquella música lo transportó a la villa asturiana donde vivió hasta los ocho años, Bueño. Aparte de las gaitas y cánticos regionales, allí se escuchaban los discos de Machín, Jorge Sepúlveda, Los Panchos y las clásicas rancheras mejicanas a las que Mami López acompañaba cantando.

Pablo se había despertado con mucha frescura y advirtió que el viaje le estaba sirviendo de terapia.

—¿Cómo puede ser que en escasas horas haya experimentado tantos sentimientos? —se preguntó, reflexivo.

En su casa estaba muerto, pero tras salir de aquellas paredes, le

fueron sucediendo cosas que le hicieron despertar: alivio cuando dejó atrás la oficina bancaria y las deudas, excitación al ver a la pareja demostrándose cariño en el parque, placer al degustar una comida especial, vitalidad al sentirse con fuerzas, curiosidad por saber qué iban a hacer sus compañeros de vuelo, enojo cuando le llamaron la atención por roncar en el avión, vergüenza ante un humorista que lo puso en evidencia, miedo al comprobar cómo un policía armado no le quitaba el ojo de encima, sorpresa al ver la generosidad de unos desconocidos que lo acercaron en coche a la ciudad, intriga tras comprobar que alguien seguía sus pasos, valentía al decidir restar importancia y continuar su camino, y, en aquella recién inaugurada mañana, ternura al recordar a su madre cantando esas bellas canciones.

Había estado prisionero en una cárcel, en su propio hogar. Los problemas emocionales lo obligaron a resguardarse en aquel lugar para olvidar que fuera de allí no existía más mundo. La tristeza seguía corriendo por sus venas, pero algo estaba surgiendo en su renovada vida: la inquietud. Sabía que las cosas no suceden por casualidad. Había tocado fondo muchas veces y no le importaba morir en la siguiente hora, por ello decidió disfrutar cada minuto y cumplir con la misión. Estaba seguro de que no podrían sucederle desgracias mayores a las vividas hasta entonces.

Repasó sus circunstancias. Era un recién llegado a un país distinto y lejano al suyo, disponía de poco dinero, carecía de un billete de vuelta, aunque no tenía intención de regresar y, además, lo acompañaba un visado que caducaría en veintinueve días. Por otra parte, no conocía a nadie, salvo a su compatriota Tino. Ese personaje le hizo resucitar el sentido del humor y le regaló algo que había tocado en la diana de su alma herida, un abrazo.

Pensó que no tenía nada que perder, salvo la vida, esa que él mismo había abandonado y dejado desvanecer de forma gratuita. Reaccionó, se cargó de valor y, como si de un desafío se tratara, se dispuso a saciar sus ganas de experimentar; comenzaría visitando a alguien con el poder de hacerle reír, Tino.

Decidió levantarse de la cama y, al ritmo del merengue que sonaba en la casa, se asomó a la ventana. La calle estaba repleta de vida y el supuesto investigador que lo estuvo vigilando la noche anterior había desaparecido. Fue al baño y aprovechó para darse una ducha y enjabonarse bien. La señora dejó encima de la cama varias prendas que habían pertenecido a su único hijo que, según le contó, emigró a Puerto Rico casi veinte años atrás y no volvió a saber nada más de él, así que podía utilizar toda la ropa que quisiera.

Con la ilusión de volver a parecer una persona normal, Pablo se

probó los pantalones y las camisas. Todo le quedaba holgado. Optó por unos pantalones blancos de lino y una camisa de color verde pistacho, un tanto llamativa, pero era lo que más le favorecía. Una vez en la cocina, comprobó que doña Rosa tenía todo muy curioso y ordenado.

—Buenos días —saludó a la señora, que se encontraba pelando patatas y moviendo la cintura al ritmo de Celia Cruz.

Ella bajó el volumen de la música y lo examinó de arriba abajo.

—Veo que la ropa te ha servido. Tienes mejor aspecto que anoche. ¿Quieres una curita? —preguntó mirándolo a los ojos.

—¿Cómo? —respondió Pablo, desorientado—. No se preocupe, desayunaré fuera, pero muchas gracias —dijo al pensar que Rosa le ofrecía algún tipo de dulce o infusión.

—No, chico. Quiero decir que si quieres una curita, una cinta para tapar esa herida que tienes en la frente.

—¡Ah, eso! No la entendí bien. En mi país la llamamos tirita. La herida está casi seca, muchas gracias —chilló al pensar que padecía sordera.

La señora se fijaba en aquel muchacho. Mirándolo de día, había algo en él que le resultaba familiar, pero no sabía bien el qué.

—Estaré visitando la ciudad y volveré a la noche. Que pase buen día.

Cogió su mochila y salió de aquel piso, no sin antes pedirle a la casera que le escribiera en un papel la dirección de la vivienda y el teléfono. Se excusó, diciendo que había dejado olvidadas las gafas en el avión y sin ellas no podía escribir.

La mujer lo contemplaba escéptica. Anotó la dirección, pero, cuando él se marchó, se quedó pensativa en la cocina.

—¡Ay! ¿A quién me recuerda este chico? —se preguntaba a la vez que sonaba otra canción de Celia Cruz.

Pablo salió del portal y caminó por la calle Villegas hasta la plaza del Cristo. Allí entró a desayunar en un pequeño café; no sabía qué pedir, así que le dijo al camarero:

—Quisiera tomar un desayuno cubano.

El camarero captó al vuelo que se trataba de un *yuma*, un turista. Cuando se dispuso a servir la comida, miró hacia ella sonriente, mostrándose orgulloso de sus costumbres y gastronomía. Era una taza con café y un plato que contenía pan con tortilla y una pequeña ensalada de frutas.

—Aquí tiene el señor.

Pablo no dejó ni las migas en el plato. Tras disfrutar de aquel festín, felicitó al camarero por lo bien que había desayunado y reanudó su jornada turística. Enseguida se topó de frente con el imponente Capitolio, que admiró con recreo, y continuó hasta el

paseo Martí, en cuyo interior se ubicaba el paseo del Prado, por el que se encontraba caminando con paso dominguero, sin prisa. Se recreó con los puestos de cuadros y arte callejero hasta llegar al hotel de Tino. A punto de cruzar la calle, algo lo alertó. Dos hombres uniformados salían del edificio y subieron a un vehículo policial. Optó por aguardar sentado en un banco frente al hotel, haciendo tiempo antes de entrar. Aquella finca de fachada azul magenta parecía muy antigua, aunque no más que el par de edificios coloniales que convivían a su lado. Era una calle muy pintoresca.

Pasados unos minutos, cuando el ambiente se enfrió y todo regresó a la normalidad, decidió entrar. El recibidor era peculiar. Un primer olor a hierbabuena y frescura contrastaba con la saturación de rojo por los cuatro rincones. Del mismo color eran las cortinas y también los sillones a modo de butacón afinados contra el tabique izquierdo, justo enfrente del mostrador de recepción. No había nadie y aprovechó para fijarse en los detalles de aquel curioso y llamativo lugar. Captaron su atención los cinco relojes colgados a espaldas de la recepción, cada uno con horarios diferentes. Al fin apareció la recepcionista, atravesando una pequeña cancela con bisagras, similar a las que había en la entrada de los salones de las películas del Oeste. Era una joven con un tono de piel tostado como un cielo de noche, que contrastaba con una deslumbrante camisa blanca. De camino al mostrador, iba recogiendo su cabello rizado y de un negro azabache, parecía inquieta.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó despistada, buscando algo en el escritorio y sin mucho interés por Pablo.

—Verá, quiero ver a Tino. ¿Podría averiguar si está en el hotel? —Utilizó una sonrisa porque se sentía con confianza.

Ingrid —eso indicaba en su camisa— se sobresaltó al oír la pregunta, apoyó las manos en la mesa y, tras tomar aire, contestó:

—¿Tú no serás otro investigador? —preguntó sobrecogida e inquieta.

Pablo tenía el alma en vilo, pero no lo exteriorizó. La noche anterior había pensado que Tino no iba a ser buena compañía y, aunque esa misma mañana había decidido darle una oportunidad, dudó si continuar en aquel lugar o no. Vaciló, pensativo, y, al igual que había aceptado compartir el coche la noche previa, se armó de valor y decidió proseguir con el plan.

—No, señorita. Soy un amigo suyo, de España. Quedé con él para dar un paseo.

—Siéntate ahí enfrente y espera.

El tono utilizado por la joven sonó como una orden. A Pablo le sorprendió el estilo tan directo utilizado por la recepcionista. Pensó

que no tenía modales ni categoría para trabajar de cara al público.

Sentado en uno de los sofás colorados de la entrada, tomó un periódico doblado por la mitad; era el Diario de Cuba. En la portada aparecía un titular con la letra grande: «La seguridad del Estado monta un fuerte operativo para detener a los cabecillas del Clan de la Pipa». Pablo se esforzó por seguir leyendo, pero sin gafas y con las letras tan pequeñas, le fue imposible continuar. Ojeaba las fotografías de las primeras páginas, cuando a lo lejos se aproximó la recepcionista con paso ágil y semblante serio. Se detuvo a unos palmos de distancia.

—Perdona, tú eres Pablo, ¿verdad? —Tras asentar este, continuó—. Me ha dicho Tino que ahora mismito anda ocupado, pero tengo unas instrucciones para ti. Dice que te vayas al Museo de la Revolución. Está muy cerca, a tan solo unas cuadras de acá. En una hora se reunirá contigo en la parte trasera, al ladito de la avioneta de combate Marina. Disfruta del paseo y de la visita.

Tras despedirse de la recepcionista, se puso en pie y salió del hotel camino al lugar de encuentro. Podía oler que algo no marchaba bien, pero optó por quitarle hierro al asunto. Supuso que Tino estaría sin vestir o tal vez desayunando. Alejó la mano izquierda para intentar descifrar la hora y dedujo que eran las once y veinte de la mañana. Minutos después, se topó con el majestuoso edificio que en sus orígenes fue el Palacio Presidencial y cuya torre revestida de mármol gris animaba a descubrir el interior. Antes de cruzar sus paredes, contempló un tanque utilizado por Castro durante la invasión de la Bahía de Cochinos; el flamante icono ofrecía la bienvenida a los visitantes del museo.

Abonó el pase y recorrió el *hall* principal. A partir de ahí se dejó llevar por la historia de la Revolución, visitando las diversas salas que componían el edificio. Caminó por el despacho presidencial, el consejo de ministros, la capilla y el gran salón. El tiempo transcurría veloz e imaginó que Tino estaría cerca y decidió bajar hacia el patio trasero donde se exhibían los vehículos de guerra. Observaba un impactante bombardero cuando, de repente, escuchó una voz por la espalda.

—¿Has visto el salón de los cretinos?

Pablo se dio la vuelta. Le costó adivinar la identidad de un hombre cubierto bajo un sombrero y gafas de sol. Era Tino. Pese a no esperar la pregunta, le contestó con avidez.

—Hola, Tino. Claro que lo he visto. Si no recuerdo mal, eran Batista, Reagan, Bush y…

—George Bush padre —interrumpió Tino para terminar la frase y empalmar con la siguiente—. Veo que te has puesto una camisa con tonos pasteles. ¿No querrás algo conmigo? —Sonrió como solo

él sabía hacerlo.

—Tú siempre tan guasón, Tino. Creo que hoy me he vestido con la luz apagada —bromeó Pablo, sorprendido por su propia reacción.

Ambos caminaron por aquel museo al aire libre. Tino se implicó en explicarle parte de la historia de aquel país, no faltaron los cotilleos y, por supuesto, algunos chistes. La visita los llevó hasta la una del mediodía. Pablo se sentía cómodo con Tino, deseaba corresponder la amabilidad ofrecida y se aventuró a proponerle una actividad.

—Tino, me encantaría invitarte a comer. ¿Te apetece?

Al igual que un enamorado invita a salir a su amor, aquella pregunta sonó como si fuera una declaración.

—Por supuesto —afirmó Tino, sintiendo cómo la boca se le hacía agua mientras pensaba a dónde iba a llevar a comer a su compatriota—. Vamos a ir al lugar más carismático de la ciudad, el restaurante que todo el mundo debe visitar si viene a La Habana. ¿Has oído hablar de La Bodeguita del Medio?

—No, pero suena muy bien —dijo Pablo mientras cedía el paso al humorista.

14

La pareja española callejeó por las concurridas calles de La Habana Vieja, el barrio antiguo de la ciudad. El calor era sofocante y decidieron hacer un alto en la Catedral de la Virgen María de la Concepción Inmaculada y así tomar un poco de aire. El templo estaba abarrotado de turistas que en su mayoría buscaban, al igual que ellos, cortar el agobiante sudor que recorría por sus cuerpos. Una vez realizada la visita a la capilla, regresaron a la entrada principal para observar con detenimiento la preciosa plaza que tenían ante sí. Estaba forrada con suelo adoquinado y bordeada por pequeños edificios adornados con palmeras que le aportaban al lugar un toque colonial.

—Mira lo que hay allí —advirtió Tino, señalando hacia su derecha.

A lo lejos se divisaba el gentío aglomerado frente a la mediática taberna donde pretendían cargar fuerzas.

Tras descender la escalera de la catedral, tomaron una calle estrecha y colapsada por curiosos. Al profundizar en ella haciendo eslalon, observaron pequeños tenderetes a ambos lados con artistas dibujando retratos, músicos tocando la guitarra y mujeres vendiendo collares de coco. El vocerío se entremezclaba con la música que procedía de más adelante. Medio centenar de personas estaban plantadas frente a un local de fachada azul. Pablo no podía leer bien el letrero amarillo, pero dedujo que se trataba del lugar tan famoso y pintoresco al que su paisano quería llevarlo a comer.

Tino se abrió camino, haciéndose hueco entre la muchedumbre hasta llegar a la entrada de La Bodeguita del Medio. Al comprobar que Pablo se estaba quedando atrás, Tino le tendió la mano y de un tirón lo arrimó a él.

—Ahora conocerás el verdadero corazón cubano —anunció Tino alzando la voz a la vez que buscaba al camarero.

Al otro lado de la barra, un imponente y sonriente mulato estaba preparando una veintena de mojitos. Lo hacía con gracia, captando las instantáneas de los turistas y bailando al ritmo del quinteto que tocaba una pieza de merengue en un rincón del local. Tino acercó la mano a la boca y emitió un silbido cargado de decibelios que captó

la atención del barman. Al verlo, el cubano dejó de preparar cócteles, cogió un par de botellas de ron y comenzó a hacer un *show* de malabares que calentó aún más el ambiente. Sin pensarlo dos veces, Tino entregó el sombrero y las gafas a Pablo, y con decisión fue a por una de las jóvenes cantantes. Sin ninguna vergüenza cogió la mano de la preciosa chica y empezó a bailar con ella. Pablo no daba crédito al ver lo que su paisano estaba haciendo.

—¡Qué desparpajo! —dijo Pablo con la boca grande comprobando cómo el gentío se abría paso para hacerles hueco.

El marchoso y desvergonzado humorista se fue creciendo más y más. Manejaba el baile con un arte innato y aprovechó la flexibilidad de aquella chica para darle giros imposibles de ejecutar por el resto de mortales. El grupo tocaba y bailaba al son del merengue para un público animado por el ritmo y la alegría que se respiraba en aquel lugar.

—¡Qué forma de disfrutar y desinhibirse! —se le escapó a Pablo, observando a su alrededor.

Los integrantes de la banda vestían con pantalón o falda negra y camisa morada con rayas blancas, un hecho que contrastaba con la decoración de aquel lugar, repleto de pintadas y firmas en las paredes, así como fotografías y banderas cubanas.

Una gran ovación prosiguió al improvisado baile que puso patas arriba la barra principal de la bodeguita. El humorista saludó uno a uno al resto de la banda y, tras fotografiarse con varios turistas, guiñó un ojo a su boquiabierto y emocionado paisano. Pablo lo acompañó al salón, donde un camarero bajito y con bigote a lo Cantinflas, les indicó que subieran a la primera planta. Pensó que sería imposible encontrar una mesa libre entre tanto bullicio, pero siempre dejaban algún hueco reservado para la clientela especial y Tino era uno de ellos.

—Bueno, ¿qué te parece este sitio? —preguntó Tino—. Para mí es único e inigualable. Cada vez que piso Cuba, vengo a este lugar. No me lo pierdo por nada. Son muchos años visitándolo y, pese al turismo, aún mantiene la esencia del principio. Espero que perdure por mucho tiempo.

El joven español lucía un semblante de sorpresa. Permanecía boquiabierto ante la energía y vitalidad con la que Tino vivía cada segundo. Cuando al fin regresó en sí, respondió:

—Esta bodeguita, como le dicen aquí, rompe con todo lo que había visto antes, con los bares tradicionales; tiene su propio estilo y —sus mejillas se alzaron, sonrientes— ¡me encanta!

Tino abrió un par de botellines de cerveza fría, el antídoto ideal para combatir el calor de aquella mañana.

—Dile al chef que ha llegado Tino y que hoy seremos dos para

comer —comentó al delgadito camarero.

—Tino, ahora que escucho cómo te has dirigido al camarero, tengo una pregunta sobre el habla cubana; supongo que será algo cultural.

—Dispara, compadre. Estás ante un español adoptado.

—Aquí la gente habla de una forma muy directa. Quiero decir que…

—Que no hay formalismos, ¿verdad? —terminó Tino la frase.

—Eso es. Me resulta chocante que nadie se haya dirigido a mí con un «usted».

—Es que es parte del espíritu del cubano. Son personas muy cercanas y también directas. No andan con rodeos. Son como los dermatólogos, van directos al grano.

El chiste de Tino propició el primer brindis.

—Por los granos de los cubanos, compadre.

—Por ellos, Tino. Ya está bien de ser políticamente correctos. A partir de ahora, diré «oye, tú».

—Eso es, mi *amol.*

No les quedó más remedio que alzar la voz, el bullicio de aquel lugar no permitía mantener una conversación normal. La música sonaba sin cesar y, entre la fabulosa pierna de cordero en su jugo y la fría cerveza, iban calentándose. Sudaban como gorrinos. Los ancestrales ventiladores que colgaban de las paredes apenas lograban reducir ni un solo grado la sensación de calor que se sentía allí dentro. No les importaba, estaban a gusto.

Pablo permanecía imantado por la atmósfera festiva. Había logrado aparcar sus penas y la jornada desinhibida con Tino le estaba anestesiando los dolores emocionales, al menos hasta ese momento. Brindaron por Cuba, los cubanos, el ron, los mojitos y todo lo que tenía que ver con aquella isla. El alcohol ingerido por ambos les estaba causando una grata sensación de júbilo, hasta que, una vez saciados de comer, Tino se dirigió al baño. Por su parte, Pablo aprovechó la tregua para secar el sudor que le caía a chorros por la frente. Lucía una sonrisa de adolescente enamorado, fruto de la desmesurada ingesta del elixir de levadura, cebada y lúpulo.

Minutos después vio cómo su gracioso paisano regresaba a la mesa con una botella transparente.

—No puedo beber más —advirtió Pablo con voz intermitente; no coordinaba demasiado bien y estaba ebrio.

—¡Si es que bebes más que los peces del villancico! No te preocupes, es agua fría —añadió el humorista, más sobrio que su compatriota.

Tino llevaba consigo una servilleta de tela, la mojó con bastante agua y le invitó a Pablo que se refrescara la cara con ella. Aparte,

llenó un vaso con agua y le pidió que la bebiera. Ese trago de agua fría despertó los sentidos de Pablo y volvió en sí. A raíz de aquello, Tino arrimó su silla quedándose a solo dos palmos de él.

—Verás, Pablo, me has caído muy bien. Ayer en el avión te vi cabizbajo y, sin conocerte de nada, decidí animarte. Digamos que es una especie de defecto profesional que tengo. Soy una persona abierta y creo que te he ayudado a despertar. No sé quién eres ni a qué te dedicas. Tampoco me interesa en qué andas metido ni qué diablos viniste a hacer a Cuba.

Tino tomó un respiro y disparó su mirada contra los ojos de Pablo que, para entonces, estaba bien despierto y desconcertado.

—Esta mañana —prosiguió hablando—, unos policías vinieron al hotel para interrogarme. Me pidieron la documentación y me hicieron todo tipo de preguntas mientras uno de ellos no dejaba de tomar notas. Aquí hay que llevar mucho cuidado, porque a la mínima lo mandan a uno al calabozo. Al principio, hablaron en tono suave. Todo estaba bien hasta que sacaron una fotografía de un hombre y me preguntaron si lo conocía. Cuando vi la imagen de aquel delincuente, casi me cago encima. Tenía un gran parecido a ti, pero algo cambiado. Llevaba el pelo largo, tenía bigote y una cicatriz en la frente similar a tu herida, pero más larga.

Pablo atendía atónito, incapaz de articular palabra alguna.

—Les dije que ese individuo era muy parecido a alguien con quien había coincidido el día anterior, pero que el de la foto no me sonaba de nada. Guardaron la imagen y sacaron tres fotografías más, en esas sí que aparecías tú. Una estaba tomada en el control de aduanas del aeropuerto, otra subiendo al coche en la que aparecíamos el chófer Aurelio y yo, y la última despidiéndonos anoche en la puerta del hotel. Hicieron muchísimas preguntas y les tuve que contar tres veces la historia desde que te vi por primera vez en el avión hasta hoy.

Cesó de hablar y miró alrededor, comprobando que nadie pudiera escucharlo. Se aproximó con disimulo al oído de Pablo para decirle algo.

—Estoy convencido de que no has hecho nada malo. A decir verdad, me pareces inofensivo. Basta con verte la cara y estar contigo un rato. A veces pienso que eres más raro que un torero con bigote —rebajó un poco la tensión—. Bromas aparte, lleva mucho cuidado, están siguiéndote. Andan buscando a un delincuente que, según parece, debe de ser muy chungo. He visto su foto y os parecéis de cojones. Ellos saben de sobra que no eres tú, pero me juego el cuello a que no van a quitarte el ojo de encima. Les dije que estos días volvería a verte y me aconsejaron que actuara con naturalidad. Me juego un huevo a que hay algún agente infiltrado

por aquí cerca, al acecho, ¿me entiendes, compadre?

El humorista volvió a distanciarse. Transcurrió un silencio desconcertante en el que Pablo indagaba en su psique, buscando la manera de asimilar aquella declaración.

—Si te soy sincero, me he sentido observado desde que me atendieron en el control de inmigración. Más tarde vi a un hombre haciendo fotos en el exterior del aeropuerto. Nada más despedirnos en el hotel, había otros dos camuflados de paisano en el interior de un coche y, por último, otro husmeando frente al lugar donde he pasado la noche. Escucharte me ha conmovido, pero no quiero seguir preocupándome. —Pablo alzó su tez y, con mirada cómplice y sincera hacia su paisano, retomó la declaración—. La vida me ha golpeado con alevosía y, tras muchas situaciones duras y desgracias, he logrado salir adelante. El motivo de venir hasta Cuba no es otro que cumplir una ilusión de mi difunta esposa. —Los ojos le brillaron al citarla—; ni siquiera es algo que yo quiera hacer. Me dirijo a visitar a una vieja amiga suya. Solo dispongo de lo que ves: mi cuerpo, esta ropa prestada y la mochila con un par de recuerdos. Soy incapaz de hacer daño a nadie, tú mismo lo has dicho, y creo que es algo que salta a la vista.

La emoción lo obligó a callarse unos segundos para tomar un nuevo vaso de agua cuyo poder refrescante ya se había evaporado. Tino se apenó al escuchar las palabras de aquel muchacho, no sabía qué decir y dejó que siguiera hablando.

—Hace veinticuatro horas estaba muerto en vida —suspiró, cerrando los ojos al rememorar el oscuro agujero en el que vivía— y, gracias a arrancar este absurdo viaje, he ido retomando la conciencia y las ganas de comenzar de nuevo. No lo creerás, pero tú me has proporcionado una inyección de vida, sí, tú. Y también me has contagiado las ganas de sentir. Todo ello me ha empujado a tomar una decisión esta mañana: voy a vivir sin miedo y quiero volver a disfrutar o, más bien, aprender a disfrutar como nunca antes lo había hecho. En mi interior he sentido cómo resucitaba una vez más. Sé que será imposible estar más hundido de lo que he estado y, por Dios —alzó la voz—, si quieren seguirme, no me importa.

Pablo finalizó la conversación, dedicándole una sonrisa. El humorista le correspondió, tragó saliva y, apoyando la mano izquierda en la rodilla derecha de su paisano, le comentó con gran emoción:

—Ha sido un placer cruzarme en tu camino y te deseo toda la suerte del mundo. Ahora tengo que ir a ensayar para el espectáculo de esta noche y, si no te parece mal, preferiría que no volviéramos a vernos, al menos estos días. Ojalá consigas cumplir la misión que te

trajo hasta aquí y sigue así, disfruta de cada segundo.

—Recuerda que a esta invitaba yo —interrumpió Pablo.

—Es verdad. Hablaré con el dueño y le diré que te haga precio vip. —Ambos sonrieron—. Sabes que puedes encontrarme en internet. Ya sabes, soy Tino el Bambino. Espero saber pronto de ti.

La comida se dio por finalizada con un apretón de manos tras el cual quedó abierta una relación de amistad que, pese a haber nacido el día anterior, contaba con un fuerte grado de confianza.

Pablo permaneció sentado en su silla, pensativo, observando a Tino alejarse por las escaleras. Comenzó a fijarse en cada persona de aquella cantina tratando de encontrar a algún espía. A unos metros de él, descubrió de pie a un señor de pelo grasiento y tez pálida que se hacía el despistado. Apoyado en la pared, sostenía una copa vacía y dirigió su mirada hacia Pablo en dos ocasiones. Cuando el español estaba a punto de levantarse para ir hacia el individuo a pedirle explicaciones, una señora alzó los brazos desde la escalera y el extraño fue en su encuentro. Ambos entrecruzaron las manos y se marcharon. Pablo empezaba a ver espías donde no los había.

15

Si no fuera porque Pablo había observado por sí mismo a los policías saliendo del hotel aquella misma mañana, le habría parecido que Tino le contó una historia inventada. Indagó en su memoria, persiguiendo una lógica a todo aquel asunto, aunque la única conclusión cuerda que encontró fue que todo había sido fruto de un error. El delincuente al que perseguía la policía no era él y podía demostrarlo, tenía documentos que así lo acreditaban. Discurrió sentado, con el sudor resbalando por las piernas y empapando los calcetines, hasta que, en un arrebato de orgullo, tomó la decisión de ignorar lo sucedido, proseguir con su viaje y disfrutar de la ciudad. Abonó la cuenta y reanudó la marcha, no sin antes detenerse a observar el ambiente de la peculiar taberna cubana.

Arrancó a caminar con el objetivo puesto en La Habana Vieja, a la par que todo el alcohol ingerido en la comida se evaporaba a través del sudor que bañaba la camisa. Saboreó el entorno, los colores, el habla característica cubana y sus tradiciones culturales, no tenía prisa. En su paseo, curioseó en varios establecimientos de tabaco, donde el peculiar olor a habano que flotaba en el ambiente lo transportó a su infancia, cuando jugaba en la plaza del pueblo: en el bar, los hombres fumaban puros acompañando la partida de cartas.

Era media tarde y, pese al calor asfixiante de aquel día, las calles estaban concurridas por turistas ataviados con sombreros y cámaras fotográficas. Sumergido en su papel de viajero, Pablo olvidó que tal vez estuvieran vigilándolo. Esa historia de policías y delincuentes había quedado relegada y ahora disfrutaba de algo imposible de pensar unos días antes, el volver a sentir emociones. No iba a permitir que nadie lo estropeara.

Al pasar por una estrecha calle, se detuvo. Había varios adolescentes jugando al papalote, unas cometas artesanales que ondeaban a unos metros de altura, y entre ellos luchaban por ver cuál tumbaba a las otras.

«¿Dónde quedaron los juegos de infancia de mi país? Aquí todavía perduran», pensó con nostalgia, recordando las canicas y la

comba.

Su *tour* por la ciudad transitaba por la Plaza de Armas y el Castillo de la Real Fuerza hasta llegar al Malecón, un dique kilométrico que protegía la ciudad de las olas del mar. Eran varios los años que habían trascurrido desde la última vez que Pablo sintió la frescura de la brisa del mar. En un entorno de sosiego, un dilema trajo a Ruth a su memoria. Se preguntó por qué lo eligió a él y si tal vez solo aceptó ser su pareja por pena o miedo a quedarse sola. Era una sospecha que lo incomodaba, algo que nunca antes había pensado y, al comprobar que el momento era inapropiado y no servía de nada rondar esa idea, decretó aparcar los fantasmas y reanudar la marcha a lo largo del paseo marítimo.

Con un andar parsimonioso, se dejó deleitar por el variopinto escenario de personas y vehículos hasta alcanzar el Castillo de San Salvador de la Punta. Allí tomó asiento bajo una escueta zona sombría y se quedó contemplando el ir y venir de actividad, y la vida de aquel rincón. Observaba a unos recién casados fotografiándose en el precioso paraje con el mar de fondo. Pablo estaba nostálgico y una lluvia de recuerdos lo apartaron del presente. Estuvo ensimismado durante un escueto lapso de tiempo, hasta el instante en que aparecieron dos preciosos caballos negros que remolcaban una carroza engalanada. Coronando la bella carroza, se alzaban los recién casados, que, con las manos en alto, agradecían la ovación del gentío al verlos marchar.

A Pablo le quedaba deshacer el camino andado. Dejó atrás la majestuosa fortaleza rodeada de cañones para adentrarse por segunda vez en las retorcidas calles de La Habana Vieja. Nada más cruzar la enorme avenida, llamó su atención un pequeño solar donde se exhibía una docena de coches descapotables. Eran taxis antiquísimos y peculiares, lucían colores desiguales y cuya atracción no era desperdiciada por un buen número de turistas que aprovechaban la oportunidad para capturar un curioso recuerdo.

Pablo paseaba sin una dirección definida, se dejaba llevar mientras comprobaba cómo los lugareños apenas utilizaban las aceras y caminaban libres por las calles sin inmutarse por si en esos instantes transitaba un autobús o alguna de las ruidosas motocicletas. Los cubanos no conocían lo que era el estrés ni tampoco se tropezaban entre sí por estar mirando el teléfono móvil.

El ocaso acabó cogiendo por sorpresa al turista, que estaba perdido entre el entramado de calles del centro. Trataba de localizar la referencia de la cúpula del Capitolio y así aproximarse a la zona donde vivía la señora Rosa porque no quería retirarse tarde. Caminando hacia allí, intentaba decidir si permanecer un día más en La Habana o tomar rumbo a Nuevitas. Tras la copiosa comida

con Tino, no tenía mucho apetito, pero deseaba aprovechar la visita y mostró interés por probar algún nuevo plato de la cultura cubana. Dio varios rodeos por el parque Curita y el Barrio Chino hasta que algo lo hizo detenerse. Un peculiar letrero captó su atención y cruzó la acera. Era un pequeño bar con apenas seis mesas donde un cartel escrito a mano con las letras enormes y anaranjadas decía: «Prueben aquí los mejores tamales cubanos».

Decidió entrar. De pie y contra la barra, varias personas tomaban refrescos y en el salón había varias mesas libres. Le asignaron una de ellas, próxima a la esquina y bajo un televisor enorme de los que ya no se veían en España. Calculó que aquella reliquia tendría más de cincuenta años.

—Bienvenido a mi casa. Mi nombre es Olegario, para servirte. ¿Tienes hambre? —le preguntó un amable camarero con la cabellera cubierta por un pañuelo de colores.

—Me encantaría probar los tamales —respondió Pablo, sonriente.

—Verás qué ricos —afirmó el señor, devolviéndole el gesto alegre—. Para tomar, ¿ponemos Bucanero?

El español desconocía lo que era Bucanero, aunque intuyó que se trataría de algo típico cubano y aceptó la propuesta.

El interior del local estaba decorado con variopintas imágenes, las paredes de color azul suave evidenciaban el toque caribeño del lugar. En el techo, unos enormes y ruidosos ventiladores removían el aire, ofreciendo una leve sensación de alivio. A espaldas de Pablo y en lo alto, asomaba la reliquia de televisión; de ella se escuchaba una sintonía que anunciaba el inicio de los informativos de la cadena Cubavisión. Una voz femenina arrancó el noticiero: «El pasado jueves, aprovechando el festivo nacional, varios encapuchados asaltaron el depósito nacional de armamento en la capital. En el tiroteo murieron siete agentes y los intrusos sustrajeron dos camionetas cargadas de munición. Se sospecha que la misión fue planificada desde fuera de la isla…».

El camarero se aproximaba a la mesa con un plato de comida en una mano y en la otra, un botellín de cerveza de la marca Bucanero. Alzó la mirada hacia el televisor. En el primer plano de la pantalla aparecía la fotografía de uno de los asaltantes y en el pie de la foto un texto informaba: «Peligroso cabecilla buscado por la policía». De repente, el camarero se detuvo en seco; algo no le cuadraba. Reconoció a ese individuo y, sin disimulo, orientó los ojos hacia Pablo. Este observó cómo Olegario estaba clavado en mitad de camino y no cesaba de alternar la visión entre la pantalla y su rostro. Olegario encontró un parecido abismal entre ambos.

«¡Dios mío, el hombre que busca la policía está comiendo en mi

bar!», exclamó hacia sus adentros mientras cotejaba la imagen.

Transcurrieron cuatro eternos segundos hasta que tomó conciencia de que se hallaba inmóvil y perplejo ante la televisión. Olegario tenía claro que Pablo era el delincuente buscado y pensó que este parecía haberse dado cuenta, pues lo miraba extrañado. Reanudó su cometido y sirvió la comida. Al dejar el plato en la mesa, Pablo detectó un temblor agudo en las manos del camarero. Además, vio que, cuando regresó hacia la cocina con paso acelerado, llamó a un chaval sentado frente a la barra. El joven se levantó de forma inmediata y acompañó al dueño hasta los fogones. El español estaba muy preocupado. Aquel señor tan simpático había cambiado de actitud tras ver algo en el televisor.

Olegario y el chaval hablaban a escondidas en la cocina.

—Corre a avisar a la policía. Hay un delincuente sentado ahí afuera. Date prisa —ordenó al chico mientras pensaba qué hacer para mantener entretenido al criminal.

El mosqueo de Pablo fue en aumento tras ver al joven salir azotado de la cocina y arrancar a correr con notable agilidad por la puerta principal del local. Tras esa repentina reacción, presentía que algo iba mal; en el ambiente se respiraba un poco de tensión y tal vez fuera una manía o una corazonada, pero tenía el sentimiento de estar siendo observado. No quería causar problemas y decidió engullir esa especie de rollo de primavera con carne y verduras para así marcharse lo antes posible. Bebió un trago de cerveza, cogió la mochila y, masticando un último bocado, se aproximó a la barra. El camarero estaba en la esquina opuesta susurrando algo a un treintañero corpulento, como si estuviera contándole un secreto.

—Caballero, perdone —lo llamó Pablo desde un extremo de la barra, tratando de captar la atención del dueño.

Olegario contaba al oído de su primo que el hombre de la camisa verde pistacho era el delincuente que acababa de salir en el televisor y debían retenerlo en el local utilizando la fuerza si era preciso. Le indicó que se dirigiera con disimulo hacia la entrada para poder cortarle el paso en caso de querer huir y él, por su parte, cogería algún utensilio para atemorizarlo en caso de resistirse.

—¡Oiga! —insistió Pablo, levantando la voz.

Olegario lo miró como a un extraño, aparcó la charla, se dio la vuelta y con un andar perezoso se aproximó a Pablo que, sacando dinero del bolsillo le dijo:

—Disculpe, me ha encantado la comida, pero tengo que marcharme. Lo comeré por el camino. ¿Cuánto le debo?

El camarero lo esquivó, y haciendo oídos sordos entró a la cocina.

—¿Será posible? ¡No me ha hecho ni puñetero caso! —se le

escapó en voz baja.

Pablo quedó incrédulo ante el desprecio de aquel señor. El pulso se le aceleró y, oliendo que algo se estaba cociendo en su contra, caminó hacia la mesa para coger la botella de cerveza. Al darse la vuelta, comprobó que Olegario había traspasado la barra y que en un lateral ocultaba un objeto largo y sólido. Al mismo tiempo, reparó en la presencia del forzudo que se había levantado de la banqueta y caminaba hacia él con una mirada desafiante. El peligro era palpable y Pablo retrocedió unos pasos hacia la salida. Todo se complicó cuando el hasta entonces simpático cocinero exhibió una estaca metálica y, con mucho nerviosismo y agresividad, gritó:

—¡Quédate quietecito! ¡Vuelve a tu sitio y siéntate!

La clientela del bar se asustó y un par de mujeres gritaron alarmadas. La situación era muy tensa. El español, paralizado, estaba siendo amenazado y temía por su integridad. Su única arma era un botellín de cerveza que sostenía con fuerza en la mano derecha. El cachas estaba muy cerca de él, era una mole de dos metros de altura con unas manos capaces de estrangularlo sin apenas pestañear. Para entonces, Pablo ya pisaba el peldaño de la entrada y apenas los distanciaban tres metros entre ellos. El dueño del bar volvió a advertirle, esta vez sujetando la barra de hierro con ambas manos y armándola al alza como un bateador de béisbol.

—¡No te muevas, cabrón!

No había tiempo para pensar y, tras observar el gesto del gorila dirigiéndose hacia él con los dientes apretados y con los ojos saliéndose de las órbitas, Pablo decidió huir corriendo. Al pasar al lado de la silla que mantenía la puerta abierta, la empujó contra ellos de una patada y, con la mano que le quedaba libre, cerró de un portazo. Ya en la acera, torció hacia la izquierda y se topó de frente con el chaval que había salido antes del bar; el chico gritó a alguien que se acercaba por el otro lado y gesticuló con los brazos airosos, llamando la atención de todo el mundo.

—¡Policía! ¡Aquí! ¡Rápido!

Pablo dio media vuelta y observó a dos policías de infantería que avanzaban hacia él. En un escenario de acorralamiento y emergencia, arrojó la botella de vidrio contra el pómulo izquierdo del muchacho y con un rápido *sprint* cambió de acera. Sus piernas aceleraron como si fuera un velocista de élite. A lo lejos escuchó a un policía gritarle.

—¡Alto! ¡Detente!

Pablo corría despavorido de una zancada tras otra, huyendo sin saber de qué o de quién, desesperado por verse en la situación más incómoda vivida hasta entonces. Trotaba a más no poder, esquivando a personas como un delincuente mientras se preguntaba

por qué razón lo hacía.

«No he hecho nada malo. Es una estupidez fugarse. Esto va a poner las cosas más difíciles».

Además, era consciente de la carencia de fondo físico y resistencia, y no podría sostener ese ritmo por mucho tiempo. Los policías estaban cada vez más cerca y pensó en ocultarse en algún lugar donde hubiera gente concentrada, pero no tuvo suerte. La ansiedad tomó el control de su cuerpo, paralizando la respiración. El corazón estaba a punto de explotar, las piernas flojeaban y la falta de entrenamiento y actividad física le advertían de que aquello estaba llegando a su fin.

A los dos minutos de emprender la huida, el aire no alcanzaba a entrar en sus pulmones y, muy a su pesar, al final de la calle Maloja, haciendo esquina con Padre Varela, cesó en su empeño y puso fin a la huida. Con la frente y los codos apoyados en la pared, jadeaba descosido, con el esófago taponado. Inhalaba aire con premura, acelerado, y tratando de no caer ahogado. En apenas unos segundos, los infantes llegaron a su altura. Se mostraron enojados y emitieron graznidos de toda índole. Le propinaron porrazos por todo el cuerpo hasta hacerlo caer al suelo, como un toro tras recibir la estocada final.

Agonizando bocabajo sobre la acera, Pablo era consciente de su debilidad, no solo física causada por la fatiga y la paliza que estaba recibiendo, sino mucho peor: se encontraba acorralado. Entendió que su historia estaba llegando al final, una cuenta atrás irrisoriamente breve. Lo veía muy cerca, tan próximo que se le echaba encima, y durante unos segundos perdió el presente y comenzó a vislumbrar la muerte. Un camino de luz se abrió ante él. Solo tenía que dejarse llevar y todo el sufrimiento habría acabado. Era tan sencillo como tirarse al agua y fluir con la corriente.

Justo antes de dar el primer paso y despegar los dedos de la tierra, un impulso interior, pequeño pero intenso, le recordó que había una gota de luz por la que seguir con vida y no podía arrojar la toalla. Su camino verdadero era la lucha, aunque fuera por simple orgullo. Además le debía lealtad a su vida, a Ruth y a su misión, el verdadero motor que lo había hecho despertar y renacer. Con las pocas energías que le quedaban, dejó de observar la potente luz y recobró la conciencia en un heroico esfuerzo por aguantar con vida.

En la calle, un corro de curiosos observaba a Pablo yacer en el suelo sin aliento ni frescura para hablar, gesticular o defenderse. Cuando los policías decidieron poner fin al linchamiento, le cubrieron la cabeza con una bolsa de tela. Le registraron y confiscaron todo lo que llevaba consigo, el reloj y la mochila.

Esposado, lo llevaron a rastras hacia la calzada, donde un auto los esperaba, y a empujones lo introdujeron en él. Todo sucedió muy rápido.

El motor del vehículo policial comenzó a rugir mientras uno de los agentes informaba a través del intercomunicador.

—Al habla la unidad trescientos once. Hemos capturado a Fabio Benítez. ¿Recibido?

—Positivo, fuerte y claro, compañero —contestó al otro lado una voz masculina con tono eufórico—. Buen trabajo, camaradas. El mando superior os felicita.

El coche circulaba a gran velocidad. A pocos metros, se les sumaron varios vehículos policiales con sirenas ensordecedoras. Era un despliegue tan exagerado que emulaba a las películas americanas, aunque en esta ocasión el escenario era bien distinto, y el personaje detenido nada tenía que ver con ladrones, asesinos o terroristas.

Pablo permanecía conmocionado, desorientado e incapaz de articular palabra. Consciente de que acababa de meterse en un buen lío, se encontraba tumbado en el asiento trasero con las muñecas esposadas por la espalda. La bolsa le impedía respirar con fluidez, estaba exacerbado y se concentró en recuperar el aliento.

Aquellos policías lo habían golpeado sin discreción, ensañándose con él sin decir por qué y, para colmo, le habían ocultado el rostro. Cualquiera podría definir la actuación como de secuestro. Un agudo dolor emergía de la cabeza, debido a algún porrazo desviado hacia ella. Apenas alcanzaba a pensar qué sería de él, cuando la inercia de una curva tomada de forma agresiva le hizo salir despedido hacia el otro lado del vehículo; el auto se detuvo.

Acababan de llegar al Castillo de la Estación de Policía de La Habana Vieja, una fortaleza que albergaba a la comandancia de la Policía Revolucionaria de La Habana. Era un fortín muy fotografiado por los turistas; sus preciosas e imponentes murallas invitaban a hacerlo. Pablo iba a conocerlo por dentro, aunque no iba a ser una visita de cortesía.

Era sábado, las diez de la noche del 27 de julio de 2013, y Pablo López aguardaba sentado en un sillón. Le habían precintado la boca con cinta americana, cubierto la cara con una bolsa, esposado las manos en los apoyabrazos laterales e inmovilizado los pies con cuerdas. No se escuchaba nada más que el rotar de las aspas de un pasivo ventilador de techo. Nadie había entablado una sola palabra con él y tampoco recordaba la cara de las personas que lo habían detenido, ni un solo nombre o conversación. Desconocía por qué

estaba detenido y a qué se debía tanta agresividad y ocultismo; era una situación desconcertante.

Los segundos trascurrían lentos como la burocracia, y la desesperación aumentó cuando afloró la ansiedad y se sintió impotente. Necesitaba alguna información, aunque fuera mínima, algo que pusiera un poco de cordura a toda aquella barahúnda de persecuciones, apaleamientos y detenciones propias del cine de acción. Se le ocurrió una idea: pensó que llamando la atención tal vez lograría un contacto con los secuestradores. Lo intentó moviendo la cabeza, después el pecho y con pequeños saltos impulsándose con la silla. Nadie apareció por allí. Un par de horas más tarde y cansado de esperar, decidió jugársela y se balanceó de un lado a otro hasta que cayó tendido al suelo.

Pasada la medianoche, alguien accedió a la sala. Lo hizo con sigilo para evitar ser detectado, pero lo delató su respiración ruidosa y marcada. Quienquiera que fuera abandonó el lugar de inmediato. En cuestión de minutos, unos pasos intermitentes de al menos cuatro personas se aproximaron hasta frenarse a la altura de Pablo, lo incorporaron y le pidieron calma.

Pablo estaba aterrado, bloqueado y encogido. Alguien le retiró la bolsa opaca que le cubría la cara, y pudo abrir los ojos. Ante sí había un hombre flaco, uniformado de verde y con un pasamontañas que apenas dejaba visibles los ojos de color castaño. Acercó las manos a la cara de Pablo y, con un tirón seco y veloz, le arrancó el precinto que le cubría la boca.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el señor con voz imponente.

Tratando de recuperarse del dolor en los labios, una lluvia de preguntas se amontonó en la punta de la lengua de Pablo. No dudó en aprovechar la ocasión y dejarlas salir.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me han detenido? ¿Qué quieren saber de mí?

Pablo continuó lanzando una pregunta tras otra hasta que el señor encapuchado decidió hacer oídos sordos y girarse hacia la salida.

—¡Tengo sed! —gritó Pablo en un intento por retener a aquel individuo.

Sus esfuerzos fueron en vano; el señor se marchó cerrando de un portazo. Solitario en la celda, aunque con el rostro libre, divagaba haciendo memoria de algún detalle del carcelero y recordó uno: aquel señor llevaba las manos ocultas por unos guantes. Ignoraba el origen de sus captores, pero era consciente de que fueran quienes fueran, tenían la situación muy estudiada y no querían dar datos ni pistas. Pablo dedujo que estaban intentando ganar tiempo.

«¿Tiempo para qué?», pensó buscando una lógica a todo aquello.

16

Al otro lado de los muros donde Pablo se hallaba cautivo, un dispositivo policial trabajaba en una operación considerada de seguridad nacional. El control de la misma venía orquestado por algunas autoridades de las altas esferas del gobierno cubano. La cabeza visible y mando principal era el capitán Morales, un veterano y condecorado militar con influencia en asuntos de gobierno. Su ambición no conocía límites y vivía obsesionado por obtener algún cargo de relevancia en la dirección general del ejército.

Todo había comenzado cuando, días atrás, un pequeño grupo formado por una veintena de individuos asaltó el fortín donde el ejército cubano tenía almacenado un gran arsenal armamentístico. Fue por la noche, en la madrugada anterior al día de la Fiesta Nacional. Al tratarse de una jornada festiva, las instalaciones apenas estaban vigiladas por una cuadrilla de soldados. Dos vehículos accedieron a uno de los almacenes de munición y, tras un intercambio de disparos, fallecieron seis militares y un asaltante. Los terroristas se apropiaron de una valiosa dote de armas de fuego. En su huida, detonaron dinamita en los dos accesos principales de las instalaciones, evitando que ningún vehículo pudiera salir de ellas y anulando cualquier persecución. Fue un golpe muy limpio. Hubo un minucioso estudio previo y, según el primer parte del ejército, el material sustraído era de suma peligrosidad. El atracador fallecido formaba parte de una banda organizada llamada El Clan de la Pipa, dedicada principalmente al tráfico de drogas y cuyo presunto cerebro se llamaba Fabio Benítez Castro.

Fabio era un viejo conocido de la policía cubana. Su historial estaba repleto de antecedentes. Había pisado la prisión en dos ocasiones, aunque su estancia fue fugaz y no permaneció en ella por mucho tiempo. Desde el año 2011 tenía impuesta una orden internacional de búsqueda y captura; se había emitido después de secuestrar y asesinar a tres turistas francesas que tuvieron la mala suerte de coincidir en una playa con Fabio y algunos de sus fieles lacayos.

El conocido traficante, toxicómano y terrorista llevaba de cabeza

a las fuerzas de seguridad cubanas. A finales de 2011 estuvieron a punto de arrestarlo en una compleja emboscada, pero de forma misteriosa acabaron perdiéndole el rastro. Según las sospechas de la policía, dirigía sus negocios desde fuera de la isla.

El pasmoso parecido físico entre Pablo y Fabio fue lo que desató las alarmas en el personal de vigilancia del aeropuerto. Una vez comunicado el hallazgo a la cúpula de la investigación, esta ordenó el seguimiento del turista español. Fue el capitán Morales, de forma unilateral y aprovechando el revuelo que se había montado en el bar de Olegario, quien dio la orden de arrestarlo y mantenerlo incomunicado hasta tener madurada una decisión.

La investigación estaba focalizada en averiguar todo lo que tuviera que ver con el detenido y comprobar si existía alguna prueba para inculparlo. El capitán Morales deseaba sacar a la luz la detención y, poseído por la codicia, barajaba la posibilidad de simular la detención del temido Fabio Benítez.

En la mochila de Pablo encontraron un monedero, un sobre con algo de dinero, una foto de una chica y otro sobre con una carta manuscrita. Junto al dinero localizaron el papel donde Jaime, el comprador del billete de avión, había escrito su teléfono y la dirección particular. La carta fue escrita en el año 2010 desde Cuba a España y llevaba una dirección remitente: Alejandrina Moreno Abadía, en la calle Máximo Gómez de la población de Nuevitas. Además, añadía: «Preguntar en la Escuela Primaria Aurelia Castillo». Un equipo policial de aquella ciudad costera salió en busca de pistas y, por otro lado, se movilizó a los agentes secretos ubicados en España que de inmediato comenzaron a mover hilos.

En el fondo de un bolsillo del pantalón de Pablo, descubrieron un papel arrugado con una dirección de La Habana y un número de teléfono. Se trataba del piso de doña Rosa. Hasta allí se desplazó una patrulla que irrumpió en la casa perturbando su descanso y sometiéndola a un enrevesado interrogatorio. La señora comprobó asustada y con actitud delirante cómo su coqueta vivienda era registrada por todos los rincones.

Ajeno al aparatoso despliegue en el que los servicios de seguridad recopilaban y cruzaban datos sobre Pablo, él aguardaba impaciente en la estancia de aislamiento. Las paredes aburridas y tenuemente iluminadas ayudaban a ralentizar la espera y, como si fuera un lunático, les hablaba y persuadía, esperando respuestas.

—¿Será posible lo que me está pasando? En vaya lío me he metido, joder. Hostias, Pablo, es que hay que ser tonto. Pero, ¿cómo se te ha ocurrido salir corriendo? ¿A dónde querías ir? Ya te dijo

Tino que en Cuba había que llevar mucho cuidado y además sabías que estaban siguiéndote. ¿Por qué no le hiciste caso? —Tomó un respiro para divagar—. Y, ahora que lo pienso, ¿cómo no voy a correr? ¿No te acuerdas del gigantón del bar? Venía hacia mí con ganas de hacerme picadillo y, ¿qué decir del dueño? Con lo simpático que parecía y el pedazo barra de hierro que tenía preparada para estampármela. —Cerró los ojos recordando la escena mientras soportaba un nuevo pinchazo en la cabeza—. Y menuda paliza que me han pegado. ¿Quiénes serán estos tíos? No entiendo a qué esperan para hablar conmigo. Por el uniforme tienen pinta de ser policías. Y si son policías, ¿por qué se presentan con la cabeza cubierta? ¿De qué se esconden? Creo que como tarden mucho en venir voy a tener que hacer algo, los nervios me están comiendo. Relájate, Pablo, relájate. Pero ¿cómo voy a relajarme? Si es que me va a dar algo. ¡Venid ya de una vez! —Gritó con las pocas fuerzas que le quedaban— ¡No soy peligroso! ¡Solo soy un hombre que quiere ir a la playa! ¡Y tampoco he hecho nada malo! ¿Quieren entenderlo?

Hastiado de la ausencia de detalles y obligado a claudicar en una emboscada ilegal donde el todo y la nada avanzaban sin que nadie le sirviera ni un vaso de agua, jadeaba descontrolado, tembloroso y con la mirada absorta. Pasadas las cuatro de la mañana y en la antesala de la locura, volvió a dejarse caer a plomo en un intento por entablar contacto con sus captores.

El ruido estridente producido por el golpe de la cabeza contra el suelo, alertó a dos guardas que acudieron con los rostros ocultos y lo ayudaron a incorporarse. Uno de ellos era la segunda vez que lo visitaba; el otro tenía rasgos muy definidos, era bajito, regordete y con un andar manso. Sin citar una sola palabra, se ausentaron por unos segundos y regresaron con una mesa. La encajaron contra el pecho de Pablo y la ataron a la silla para evitar que volviera a tirarse. Al ver que aquellos señores no soltaban prenda, decidió tantearlos con más calma que en la ocasión anterior.

—Tengo sed. ¿Podrían traerme un poco de agua, por favor? —preguntó con sutileza.

Una vez hilvanado el doble nudo sobre sus piernas, el señor bajito fue a por un botellín de agua para, con desgana y exigua paciencia, abocarla sobre los labios del preso. Al terminarla, el guarda de ojos marrones le preguntó:

—¿Sabes por qué estás detenido?

Pablo tragó saliva valorando cuál sería la respuesta más apropiada. Para entonces había entendido que debía usar la astucia.

—Puedo asegurarle que no lo sé. —Tomó una breve pausa, volvió a humedecerse los labios y reanudó la narración—. Estaba cenando en un bar y, cuando fui a pagar la cuenta, el camarero vino hacia mí con una barra metálica. Lo acompañaba un señor musculoso. Fue cuando me increparon y, por mi seguridad, decidí salir de allí. Cuando vi que la policía venía en dirección al bar, me asusté y salí corriendo lo más rápido que pude. No entiendo a qué se debe todo esto. Yo no he hecho nada malo.

Pablo dio por finalizada la pequeña confesión y vio cómo los guardas se buscaban con la mirada y, sin mediar palabra, abandonaron el cuarto. Una vez fuera dialogaron entre ellos. Acababan de comprobar que el hombre detenido no era el criminal del que tanto estaban hablando sus superiores. Lo dedujeron tras escucharle el acento, que no tenía nada que ver con el cubano. Aquella era la prueba clave para exculpar a Pablo, pero también era la causa por la que se habían tomado tantas molestias evitando que nadie escuchara su voz.

Pablo no volvió a tener visitas hasta la mañana siguiente.

17

Amaneció en La Habana y, para entonces, el director de la investigación, el capitán Morales, ya poseía informes de Madrid, Nuevitas y de la casa de la señora Rosa. El reloj que lucía el capitán en la muñeca marcaba las nueve de la mañana de un domingo que se presentaba tan movido como la noche anterior. Con claros signos de agotamiento, aunque bien disimulados por unos andares firmes, accedió a su despacho. Allí lo aguardaban Gerardo y Máximo, dos altos cargos del Gobierno con competencias en temas de seguridad del Estado. Aquella reunión tenía un objetivo claro: llegar a una determinación sobre el detenido.

Morales tomó la palabra.

—Como bien sabrán, anoche detuvimos a un varón cuya identidad no coincide con Fabio Benítez. Hemos investigado sus orígenes y se trata de un turista español que vino a visitar a una amiga. Con todas las averiguaciones realizadas sobre la mesa, tengo que decir que no existen motivos para seguir reteniéndolo.

La afirmación de Morales cogió desprevenidos a los dos superiores, que se vieron frustrados. Haber capturado a Fabio habría sido una hazaña que, con total seguridad, les hubiera hecho ascender algunos escalones en el Gobierno.

Un silencio tenso y unánime invadió la sala; cada cual estaba sumido en sus ideas, considerando el escenario y en búsqueda de la mejor de las salidas. Gerardo Torres, el político trajeado y con el rostro oculto tras unas gafas oscuras, torcía los labios de un lado a otro, inquieto. Se incorporó y comenzó a caminar de forma pausada y con andares refinados alrededor de la mesa. Entre los dedos sostenía un enorme habano excesivamente mordisqueado; eran visibles las ansias que tenía de sacar rédito profesional al presente caso y cavilaba una maniobra para salir triunfante. Una vez proyectada la estrategia en su mente, la expuso a los presentes.

—Verán ustedes, ¿cuánto tiempo perdimos buscando a Fabio? ¿Cuatro años? Lleva dos desaparecido y quién sabe si seguirá con vida. Por otra parte, tenemos encerrado a un hombre que es su vivo retrato. Podrá sonar descabellado, pero es una valiosa e inmejorable oportunidad para inyectar un empuje de confianza al pueblo.

Podemos hacerles ver que su Gobierno trabaja duro, que las Fuerzas Revolucionarias tienen músculo y que pueden vivir tranquilos. —Guardó silencio, captando la atención plena de sus contertulios—. ¿Cuánta gente es consciente de que aquel hombre no es Fabio? —preguntó enfocando a Morales.

—Calculo que podrán ser una docena y todos forman parte de mi equipo.

Aquella respuesta fue del agrado de Gerardo, que cambió el semblante y le dedicó un gesto de complicidad al capitán.

—Capitán Morales, ¿piensa que podríamos mantener su identidad en secreto? —volvió a preguntar, con los puños apoyados con firmeza sobre la mesa.

Morales no se atrevía a poner en duda o desaprobar la golosa y ambiciosa propuesta de Gerardo Torres. Por sus ideas asomó un débil amago por querer expresar su sincera opinión, pero en un pestañeo, su ego le arrebató el control y respondió con rotundidad:

—Por supuesto, señor. Nadie hablará con él, salvo personal policial de plena confianza. Estoy convencido de que podríamos encarcelarlo y mantenerlo aislado sin levantar ninguna sospecha —afirmó mientras se crecía más y más con cada palabra que citaba.

Gerardo extrajo el habano de los labios, lo arrojó al suelo y lo mató con el pie.

—¿Están ustedes conformes? —preguntó Gerardo a Morales y a su homólogo, esperando sus apoyos. Asintieron con la cabeza, dando el visto bueno—. Morales, redacte un informe justificando la detención y los cargos que se le imputan.

Tras la orden de Gerardo, su compañero, un político vampírico y audaz de nombre Máximo, quiso intervenir en la reunión aprovechando el revuelo que iba a armarse.

—Permítanme un apunte más —tomó la palabra Máximo—. Soy partidario de hacer una rueda de prensa, pero no una simple aparición, sino algo a lo grande. Podemos convocar a la prensa cubana y también asegurarnos la asistencia de los medios internacionales. Esta es una ocasión que no podemos dejar escapar, ¿comprenden? —Finalizó la intervención con semblante serio y firme, aunque por dentro estuviera frotándose las manos—. Si les parece correcto y lo aprueban, ahorita me pongo en contacto con el delegado de prensa.

—Muy bien. Por mi parte no hay más que añadir —opinó Gerardo, retomando el control—. Póngase manos a la obra, capitán Morales. Creo que usted es la persona indicada para hablar ante los medios.

El golpe seco de la puerta contra la pared desveló de sopetón a un Pablo adormilado. Abrió un ojo y vio entrar al par de guardas que lo habían custodiado por la noche, pero llevaban la cara y las manos descubiertas. Esto llamó su atención. Supuso que algo estaba cambiando, para bien o para mal. Junto a los dos guardas, apareció un señor vestido de chándal y con apariencia informal.

—Muy buenas. Soy el doctor.

Su proceder distaba mucho del que un especialista médico debería tener. Sin dirigirse al preso, apoyó una mochila en la mesa y extrajo un pequeño aparato que aproximó a la oreja de Pablo para tomarle la temperatura. A continuación, regresó hasta la bolsa y, dándole la espalda, comenzó a manipular algo. Cuando lo tuvo preparado, se dirigió a Pablo.

—Amigo, voy a darte un pinchacito, es una especie de vacuna. Me dijeron que vienes del extranjero y queremos evitar que contagies a nadie. Hoy en día se dan muchos casos de infecciones, pero, no te preocupes, es un protocolo, no va a dolerte.

Para entonces la jeringa era visible y su dedo pulgar estaba en posición de disparo.

El mensaje del doctor carecía de un argumento fiable para Pablo, que suponía que la visita del facultativo se centraría en auscultar los golpes e interesarse por su estado de salud. No se creía nada de aquel médico, pero tampoco podía negarse. A regañadientes, observó la aguja penetrando en su cuerpo y descargar una sustancia disfrazada en forma de vacuna.

El doctor recogió sus cosas y desapareció sin despedirse. Los agentes, por su parte, desataron la silla de la mesa y uno de ellos le preguntó:

—¿Eres zurdo o diestro?

Pablo se preguntó para qué requerían aquel detalle y, harto de tanto secretismo, decidió mentirles. Cuando contestó que era zurdo, le liberaron las esposas de la mano derecha. Uno de los agentes instaló un trípode que sostenía una cámara de vídeo que lo enfocaba, y una pequeña luz verde le advirtió que la grabación estaba en curso. Le sirvieron un café con leche y bollos, pero se negó a desayunar hasta que alguien le explicara qué estaba sucediendo.

A las once y media de la mañana, todo seguía igual. Hacía mucho calor y Pablo cayó en la cuenta de que el ventilador estaba parado. Ante él se posaba un enorme vaso lleno de agua, que acabó tomándose. En pocos minutos le invadió el agotamiento, los ojos se cerraban y sintió cómo la saliva se le desbordaba por la comisura de los labios. Trató de mover la lengua, pero no respondía y se alertó. También probó a hablar y le fue imposible, solo podía emitir ruidos

y gemidos. Los guardas se percataron de ello y le preguntaron:

—¿Te encuentras bien? Relájate. Enseguida vendrán a interrogarte.

Aquellas palabras tranquilizaron a Pablo, que cesó en su empeño por hablar. Con una señal, pidió que le volvieran a llenar el vaso; quería beber con la esperanza de limpiar su boca y restaurar el habla. No se imaginaba que acababan de drogarlo. Lo que el médico le había inyectado no era una vacuna, sino una dosis de Desmedetomidina, un fármaco con efecto sedante muy potente que relaja todo el cuerpo e impide coordinar los movimientos. Le estaba haciendo efecto.

En mitad del calvario, apareció en la sala un señor vestido de militar, con varias estrellas en el pecho. Se mostró serio, firme y, al contrario que los guardas presentes, era alto y fuerte. Se trataba del capitán Morales. Consigo portaba una silla, que ubicó al otro lado de la mesa. Una mueca fue suficiente para que sus compañeros abandonaran la estancia, pero, antes de que lo hicieran, les ordenó que volvieran a engrillar el brazo derecho del detenido. Morales tomó asiento y abrió una carpeta con amplia documentación. La cámara de video estaba detrás suyo, en un lateral, y grababa el interrogatorio donde, en primer plano, aparecía la cara de Pablo y, ante él, la espalda del militar.

—Señor Benítez —tomó la palabra el capitán a la vez que apoyaba sobre la nariz las gafas de ver de cerca—, tiene un historial delictivo de primer orden. Ha sido detenido en catorce ocasiones, denunciado por robo, contrabando y tráfico de drogas. También veo que su mamita pagó una fortuna para evitarle ir a la prisión en varias ocasiones. Según parece, su influencia no va a poder ayudarlo esta vez.

Morales recordó algo y se ausentó de la sala. Pablo miraba hacia aquella carpeta, deduciendo que había fotografías y documentos, pero su hipermetropía le impedía saberlo a ciencia cierta. El ventilador se puso en movimiento a la vez que el capitán entraba de nuevo. Había salido a por cigarrillos. Se encendió uno y comenzó a observar una fotografía con mucho detenimiento. La dejó sobre el resto de papeles, se quitó las gafas y prosiguió con su exposición ante el detenido.

—Fabio Benítez Castro, lo detuvimos porque tenemos pruebas que confirman su pertenencia a una banda criminal. En concreto, podemos asegurar que usted la lidera y es responsable de una extensa lista de extorsiones y robos. El último fue perpetrado el jueves por la noche y sabemos que comandó la operación desde España. Allí tenía la oficina en una vivienda del centro de Madrid. Utilizó un pasaporte y visado falsos a nombre de un tal Pablo López.

Además, compró un único billete de ida para viajar a Cuba. Tal vez querría quedarse acá una temporadita, ¿verdad?

En el rostro de Pablo se apreciaba que estaba desubicado y estupefacto. No se explicaba cómo habían inventado e hilvanado una historia tan retorcida y plagada de calumnias. Pero intentar hablar era absurdo, su lengua no coordinaba y el único medio con el que podía expresarse era moviendo la cabeza. Eso es lo que hacía, la movía inconforme de lado a lado desaprobando todo lo que aquel señor le acusaba. Pablo comenzó a atar cabos. La cámara grababa toda la escena en la que una mesa situada a conciencia, ocultaba las manos y los pies inmovilizados. Aquello sonaba a interrogatorio protocolario y falso, donde al detenido le era imposible participar, convirtiéndose en el protagonista de una conspiración donde el capitán contaba con una notable ventaja.

—Creo que se quedó todo bien clarito. Por cierto, tiene derecho a un abogado. Si le parece bien, le asignaremos un jurista perteneciente a la organización nacional de bufetes colectivos.

La posibilidad de tener a alguien que pudiera defenderlo abría una puerta a la esperanza. No tenía otra opción que volver a gesticular con la cabeza, afirmando que aceptaba su defensa por alguien de oficio.

—Bien, haré unas gestiones para localizarle un abogado lo antes posible. —Informó, recogiendo los documentos.

Tras la salida de Morales, los guardas recogieron la videocámara, rellenaron el vaso de agua y le liberaron los pies y las manos. Pablo intentó beber, pero la lengua aún era incapaz de articular, así que trató de enjuagarse y retomar el habla. Más tarde, cuando los efectos del sedante desaparecieron, se incorporó y, pese a comprobar que sus piernas flojeaban, caminó a lo largo y ancho de los once metros cuadrados de la estancia, esperando nuevos acontecimientos.

Poco tiempo necesitó el capitán para localizar un abogado de oficio. En apenas un par de horas volvió a abrirse la puerta y un guarda apareció seguido de un señor vestido con un traje marrón, una camisa blanca y una corbata azul marino. Era calvo, pero lo que más destacaba de su aspecto era el frondoso y estrafalario bigote que le colgaba hasta la barbilla.

—Mi nombre es Gerónimo Mendoza, me designaron para defenderlo y seré su abogado. Un gusto conocerlo.

Gerónimo se presentó estirando el brazo para saludar con un apretón de manos a su defendido. Para entonces, los efectos de la anestesia habían desapareciendo y Pablo consiguió devolver el saludo. Estaba inquieto, aunque seguía esperanzado que aquel señor con aspecto inspirado en los letrados del siglo XVII pudiera aclarar

la situación. El guarda los dejó a solas y, tras encender un puro que mantenía a medias, el abogado tomó la palabra.

—Comprobé su historial y los cargos que se le imputan. Este proceso pasará a disposición judicial de forma inminente y tienen previsto trasladarlo mañana lunes a una prisión. No tiene por qué preocuparse, hacen eso por un tema de seguridad.

Con un sonido ronco y sobrecogedor, al abogado lo sorprendió un ataque de tos desgarrada como si un pulmón le fuera a salir disparado como un cohete por la boca. Su aliento desprendía un fuerte olor a alcohol que Pablo percibió.

—Perdone, no logro quitarme esta maldita tos —se excusó y retomó la conversación—. Lo calificaron como un recluso extremadamente peligroso, por tanto, dispondrá de un espacio privado en el centro penitenciario. Hoy es domingo y no tengo posibilidad de obtener más información. No le quepa duda de que mañana a primera hora tendré acceso a la documentación de la investigación y haré todo lo posible para aclarar esta situación.

Pablo atendía a la exposición de aquel señor mirándolo a los ojos y tratando de averiguar si lo que le decía era cierto o formaba parte del complot para cargarle la culpa de otro. Siempre había confiado en la buena intención y bondad de las personas. Pensó que tal vez pecara de ingenuo, pero no existía otra alternativa más que dar un voto de confianza al abogado.

—Ahora no es necesario que me narre su versión de los hechos —prosiguió Gerónimo—. En mi opinión, lo interesante es ganar tiempo ante el estamento judicial para poder reunir todas las pruebas que sean posibles. Además, usted se encuentra agotado y, según observo, le han tenido que suministrar algún tipo de sedante, porque aprecio que es incapaz de articular palabra. ¿Estoy en lo cierto?

Con esa última objeción, Gerónimo se ganó la confianza de Pablo que levantó el dedo pulgar de la mano derecha. De aquella manera, daba el consentimiento para secundar los trámites que el abogado estaba proponiendo.

—Aquí traigo unos documentos, léalos y, si le complace, fírmelos. De esta forma me dará poderes para representarlo. Una vez estemos más tranquilos, me contará lo que sucedió y cómo actuó. He visto que lo acusan de falsificación, agresión y, déjeme comprobar, ah sí, también lo acusan de huida cuando la autoridad le dio el alto.

Para el triste y desmayado preso, el diminuto tamaño de la letra le resultaba ininteligible. Decidió firmarlos porque no le quedaba otra salida que aferrarse a una nueva gota de luz que se le presentaba. Firmó como Pablo López.

18

Con el rostro oculto, Pablo fue trasladado a una habitación situada en el primer piso del edificio. Una vez allí, liberado de la máscara, descubrió un lugar austero y desabrigado, donde una triste y solitaria cama esquinada gobernaba el pequeño habitáculo. A lo alto y en el centro, una bombilla de luz cansada iluminada la estancia que carecía de ventanas. En el lateral, una cortina daba acceso a un aseo con ducha. Llevaba unas horas aguantándose y no desaprovechó el momento de intimidad para estrenar el retrete. De regreso a la cama, observó un detalle que le recordó que estaba preso: la puerta era lisa y no tenía manivela para abrirla desde dentro. Lo invadió el agotamiento y decidió no darle más vueltas. Además, unas horas antes había delegado su defensa en el señor Mendoza, quien, con tan convincente argumento, relajó su ansiedad. Pablo sabía que hasta el día siguiente no habría noticias y, aunque le aterraba la idea de ir a una prisión, mantenía la esperanza de que las cosas se aclararan.

A la una del mediodía, alguien accedió a la habitación y, con discreción, posó una bandeja con comida a los pies del catre. Pablo dormía en un profundo y reparador sueño. A la misma hora abrían los informativos nacionales anunciando la detención de Fabio Benítez, cabecilla del Clan de la Pipa. Relataban con todo detalle que Fabio había gestado el asalto al depósito de armamento. Pusieron mucho énfasis en adular la eficiencia del Servicio Nacional de Seguridad, que lo detuvo tras una intensa persecución por las calles de La Habana. Exhibieron algunas imágenes de Pablo en la oficina de inmigración, también subiendo al coche de Aurelio, asomado en la ventana de Rosa y, por último, en la puerta del hotel, abrazando a Tino, aunque este aparecía de espaldas. En paralelo, el locutor narraba los acontecimientos.

—Aquí pueden ver al detenido siendo interrogado en las dependencias policiales. Ahora se encuentra apresado en un lugar secreto, que por cuestiones de seguridad no puede ser desvelado. Mañana lunes se procederá a su traslado al centro penitenciario Combinado del Este, donde aguardará recluido en una celda de aislamiento hasta ser juzgado por el tribunal competente.

Cerraron el reportaje mostrando parte del interrogatorio en el que el capitán Morales aparecía de espaldas.

Medio país se acababa de enterar de la detención. El desenlace aportaba alivio a la sociedad y aumentaría el índice de confianza hacia las Fuerzas Revolucionarias. El anuncio no terminó ahí, porque la intención de los dirigentes era que tuviera más repercusión y así lo habían programado.

—Esta tarde, a las siete en punto —prosiguió el periodista—, comparecerá en rueda de prensa el capitán don Guillermo Morales, que presentará más detalles sobre la investigación. Los animamos a descubrir cómo rastrearon la pista del detenido hasta consumar su captura.

Sin ser consciente de la propaganda y la repercusión mediática que su detención estaba teniendo, el preso se despertó con una buena noticia: la lengua le volvía a funcionar y aprovechó para ingerir la comida que habían dejado a sus pies. Se acercó a la puerta y trató de mirar a través de una minúscula ranura redonda del centro; todo aparecía desenfocado, aunque logró deducir la figura de una persona leyendo un periódico y una luz intensa que entraba desde un ventanal. Intuyó que aún era de día. Había perdido la noción del tiempo y su reloj biológico estaba alterado. Decidió aprovechar para descansar, deseaba estar fresco y recuperado para la jornada del día siguiente.

A las siete de la tarde todo estaba listo en la plaza de la Revolución, donde el pueblo había sido convocado. Los organizadores del acto pretendían que fuera multitudinario y recibieron un importante respaldo a su convocatoria. Unas diez mil almas copaban la famosa plaza, ataviadas con símbolos y banderas cubanas. Los responsables de la detención no querían desaprovechar la ocasión para darse un buen baño de masas. Bajo la imponente figura del Che Guevara, famoso símbolo de la revolución cubana, había un escenario que se elevaba varios metros para lograr que todos los asistentes y curiosos avistasen y reconocieran al orador desde cualquier ángulo de la plaza.

A los pies del escenario, en una zona acordonada, medio centenar de periodistas de todos los rincones del mundo preparaban sus grabadoras y cuadernos. El gobierno iba a emitir la señal televisiva en directo para todos los medios de comunicación que desearan emplearla. No se permitía utilizar cámaras de filmación, solo fotográficas.

La música que amenizaba la espera enmudeció y se desplegó una gigante bandera cubana desde lo alto del edificio posterior,

ocupando una gran superficie, algo que emocionó al público que arrancó a aplaudir y chillar «¡Viva Cuba!», en símbolo de patriotismo. La comitiva apareció en el escenario; estaba compuesta por altos cargos del Gobierno, militares y policías. Sacando pecho, se apreciaba a los mandos que habían decidido, junto al capitán Morales, mostrar al pueblo la versión que, por motivos personales y lucrativos, les interesaba anunciar, que el personaje detenido era Fabio.

El capitán, un tanto inquieto por la responsabilidad que había asumido, se aproximó al atril. Desde allí hizo un barrido visual, cerciorándose de que todos le prestaban atención, y con voz firme y autoritaria, tomó la palabra.

—Buenas tardes, pueblo cubano. —El público recibió el arranque con una sonada ovación—. Estamos acá para informarles de que en la noche de ayer los Cuerpos de Seguridad Revolucionaria capturaron al terrorista Fabio Benítez Castro. Este delincuente deshonró a su patria. Hoy, al fin, se encuentra entre rejas.

Volvió a ganarse un minuto de aplausos. Prosiguió citando a los cuerpos de seguridad que intervinieron en la misión, ensalzando sus esfuerzos y profesionalidad. Tras unos minutos en los que el discurso cobraba el cariz de mitin político, regresó al caso que le traía aquel día.

—El gobierno desplegó todos los medios disponibles para dar captura a este sujeto mezquino. Patrón y director de una organización criminal que lleva años intentando desestabilizar al pueblo cubano con actos como el de la semana pasada. Lo identificamos al querer entrar en la isla, pero quisimos cogerlo con las manos en la masa. Lo seguimos durante días y armamos un dispositivo de trabajo junto al servicio secreto cubano. Se operó de forma simultánea en tres lugares donde logramos detener a gran parte de la organización criminal conocida como el Clan de la Pipa. Cayeron veintitrés integrantes y confiscamos una tonelada de munición escondida en varios zulos.

Morales realizó una pausa en un intento por digerir la sarta de mentiras que acababa de contar. No obstante, era aclamado por el ingenuo y emocionado gentío que vitoreaba sus oraciones en cada respiro.

—Este perro malnacido pagará por sus actos. Acá no queremos a esta basura. Trataron de desconchar al pueblo, pero jamás lo lograrán. Hoy, todos dormiremos tranquilos sabiendo que acá se hace justicia.

Echó un vistazo a sus apuntes para continuar diciendo:

—El Gobierno cubano quiere advertir a todos los infames, miserables y ruines que piensen violar la convivencia en este país,

que por parte de este Gobierno no habrá miramiento ni consideración alguna.

El discurso estaba llegando a su fin y solo faltaba rematarlo con algún mensaje patriótico y acabar a lo grande. Tomó aire, se puso firme y con tono militar dijo:

—¡Viva Cuba!

El público enloqueció imitando el grito.

—¡Viva Cuba, libre y fuerte! —Volvió a animar justo antes de finalizar el discurso—. Buenas tardes, señoras y caballeros.

Como si del final de un concierto se tratara, el excitado público agradeció el trabajo de su Gobierno con una inmensa ovación. El vibrar del público se filtraba con los ritmos cubanos que sonaban por los altavoces. El acto se dio por cerrado.

Tal como estaba planeado, todo salió redondo y los organizadores estaban satisfechos, no tanto los periodistas a quienes negaron la oportunidad de realizar preguntas. Lo que en un principio iba a ser una rueda de prensa, acabó convirtiéndose en un mitin político, un acto medido y planeado cuyos objetivos se habían alcanzado: el aumento de confianza en sus mandatarios por parte del pueblo y que lejos de las fronteras cubanas comprobasen que aquella nación poseía suficiente infraestructura y poder como para solventar situaciones delicadas.

Los medios de comunicación tendrían mucho trabajo aquella noche. Se había provocado una gran expectación por saber más detalles de la investigación pero, ante todo, había mucho morbo por ver imágenes del convicto en directo.

Mientras tanto, Pablo dormía en la celda provisional, intentando recargar fuerzas. De repente, se despertó aturdido al escuchar música en la habitación. El sonido provenía de unas rejillas pegadas al techo que simulaban ser de climatización. El volumen era alto. Se asomó a la mirilla y encontró oscuridad. Eran las once de la noche y no entendía a qué venía ese concierto. Cuatro horas más tarde lo había captado a la perfección. El sonido alternaba música clásica con merengue y, de vez en cuando, algo de *rock*.

Probó a taparse los oídos con la almohada, a meterse en el baño e incluso a retorcer una toalla alrededor de la cabeza. Los responsables de la macabra tortura apagaban la música durante unos minutos para poco después volver a ponerla cargada de decibelios e impedir así el descanso del preso. Jugaban con él y su paciencia. Algún gracioso apagaba y encendía la luz para completar la discoteca.

El mal humor se apoderó de él, se enojó y pensó en dar golpes en la puerta, pero recapacitó y optó por aguantar como fuera. Recordó cómo se las gastaban aquellos salvajes, lo había probado en

sus carnes, y una nueva paliza no le haría ningún bien.

19

Amaneció un nuevo lunes en La Habana y, al fin, llegó la calma al cuarto de Pablo, quien celebraba que la música hubiera cesado de sonar. Se encontraba escondido bajo la almohada sumido en un dolor de cabeza horrible. Tras pensarlo varias veces y realizar un inmenso esfuerzo, logró levantarse y caminar hacia el baño; deseaba orinar y de paso lavarse la cara. Pero al ver que le fallaba el equilibrio, se vio obligado a regresar a la cama y tomar asiento; un leve mareo le impedía centrar la vista. Con sumo cuidado y paciencia, hizo un nuevo intento y esta vez, un poco más estable, alcanzó su objetivo. Abrió el grifo y, sentado en cuclillas, abrazó las piernas dobladas para percibir el agua caerle como piedras sobre la piel. El baño era el único lujo a su alcance en aquella miniprisión.

La ducha finalizó tras veinte minutos de agua fría en los que el dolor de cabeza no logró remitir. Salió del remojón caminando de rodillas a paso de tortuga hasta alcanzar el inodoro, tomó pie y, ataviado con una simple toalla, se desplazó hasta la puerta de entrada donde miró a través de la mirilla. Al ver la claridad de la luz dedujo que el reloj de un nuevo día estaba rotando. Aquella iba a ser, en teoría, la jornada del traslado a la prisión donde tendría la oportunidad de recibir noticias del abogado; al menos la ilusión alimentaba su esperanza.

Agotado y con la cabeza pesada como un yunque, pensó en golpear la puerta y pedir alguna medicina, pero no le quedaban fuerzas. Con dificultad, alcanzó el borde de la cama y se dejó caer sobre ella. Tendido bocabajo, intentó guardar energías. Deseaba olvidar el agotamiento de las piernas y la banda de música que aún seguía retumbando en su psique pese a estar en absoluto silencio. Consiguió dormirse.

Aquel descanso reparador iba a durar poco. Estaba inmerso en un profundo sueño en el que a lo largo del malecón habanero montaba a un caballo manso, de piel suave y blanca como el algodón.

—Benítez, levántate.

Pablo dormía al margen de aquellas palabras. Su mente se encontraba desconectada del cuerpo y era incapaz de percibir las

advertencias del policía. Este se vio obligado a pedir refuerzos tras reclamar la atención del preso en repetidas ocasiones. Con la ayuda de dos funcionarios, lograron despertarlo. Fatigado y desorientado, Pablo se incorporó y fue forzado a vestirse. Le obsequiaron con prendas limpias: un pantalón gris oscuro y una camisa gris clara de manga larga. Pese al calor que hacía a esas horas en La Habana, lo obligaron a abrocharse los botones de las mismísimas muñecas.

Eran las doce en punto de la mañana y arrancó el traslado a la prisión. Sin haber ingerido nada, le engrilletaron las esposas en las muñecas y, al igual que dos días antes, le cubrieron el rostro con un saco. El agotamiento de Pablo le impedía coordinar los sentidos. Se esforzó por no caerse al suelo al tiempo que le sujetaban de los brazos y arrastraban a lo largo de los pasillos.

El patio interior del Castillo estaba flanqueado por un fuerte dispositivo policial. Lo componían tres furgones blindados que estaban custodiados por cinco militares cada uno. Todos aguardaban al detenido. Cuando apareció, un mutismo colapsó el ambiente. Lo introdujeron en el vehículo central y, tras la orden de algún mando, la comitiva inició la marcha. En el interior de la camioneta lo vigilaban tres militares armados con fusiles. Durante los veinte minutos que duró el traslado, Pablo aprovechó para dormir; estaba rendido, con las ideas consumidas y el cuerpo fatigado. Como a un bebé, el vibrar del vehículo lo tranquilizó, aunque, de no haber tenido el rostro cubierto, habría caído fulminado por un ataque cardíaco al ver semejante despliegue.

Dos patrullas de policía en motocicleta abrían el paso entre las calles de La Habana, lo seguían los furgones blindados y otros cuatro motoristas, todos ellos fuertemente armados. Desde el aire y muy próximo, un helicóptero gestionaba el operativo de traslado. Las medidas desplegadas eran desproporcionadas mientras Pablo, sumido en su cansancio, anhelaba con mucha esperanza que su abogado se hubiera esforzado a fondo para sacarlo del malentendido.

En las afueras de La Habana, se alzaba el centro penitenciario Combinado del Este, una ciudad carcelaria cercada por enormes vallas. La comitiva circulaba por la solitaria carretera que comunicaba el mundo libre con la prisión. Apenas apareció el letrero que anunciaba su cercanía, un primer control de seguridad se encargó de discriminar los vehículos con permiso. Las cámaras de televisión tenían prohibido cruzar el punto de registro, pero aquel día, y dadas las circunstancias, la dirección del centro decidió hacer una excepción y permitirles el acceso. Una vez cruzada la primera barrera, los vehículos que transportaban a los presos solían desembarcar en un extremo donde, tras una nueva inspección, se

autorizaba el paso hasta el interior. Pero el protocolo de aquella jornada iba a ser distinto: los vehículos se detendrían ante la escalinata principal, donde una veintena de periodistas y un centenar de curiosos aguardaban la primera aparición pública del terrorista.

Al llegar a la entrada principal, el operativo de tierra se detuvo. De su interior bajaron diez militares que fueron alineándose para formar un pasillo que cruzaría Pablo hasta llegar al recibidor del centro. Se respiraba una gran expectación, los medios informativos preparaban sus cámaras para captar el rostro del detenido. Todos enfocaban al furgón, aunque unos cristales tintados impedían ver al terrorista.

Uno de los militares que custodiaban al preso le retiró la capucha y le colocó una gorra, graduándola de tal forma que su mirada quedara oculta y no fuera revelada. Al ver que el preso seguía adormilado, decidió abofetearle la cara. Pablo abrió los ojos y, con rostro abatido, escuchó al militar darle instrucciones.

—Fabio Benítez, estamos en la entrada de la prisión. Ahora iremos a las dependencias donde se te hará un reconocimiento médico. Vamos a custodiarte. Te encontrarás con algunos curiosos, pero dedícate a mirar al frente y sin decir nada. Nosotros te ayudaremos a caminar.

Pablo seguía desconcertado, más si cabe al escuchar las palabras del militar. No entendía a qué se debía aquel tumulto y mucho menos la presencia de periodistas ataviados con imponentes objetivos. Se escucharon golpes en el vehículo que provenían de fuera; acto seguido, el militar que estaba junto a Pablo respondió con tres toques seguidos, la señal que daba comienzo al desfile ante los medios.

Se abrió la puerta y un puñado de flashes iluminaron el furgón blindado. Apareció un militar abriendo el paso mientras los otros dos cogían a Pablo de los hombros para ayudarlo a incorporarse. Se dejó llevar, porque las piernas le flojeaban y apenas tenía fuerzas para respirar. Tras bajar el escalón del vehículo, emprendieron el pequeño recorrido limitado por vallas y custodiado por militares y guardias de seguridad de la prisión. Había muchas personas en los laterales, con cámaras que captaban instantáneas y vídeo. Los periodistas, alineados en el lado derecho, no cesaban de realizar preguntas. Pablo se dedicaba a mantener el equilibrio y apoyar los pies sin ejercer fuerza alguna, los dos militares lo llevaban en volandas.

El público enmudeció al ver el aspecto demacrado del preso. Pero poco duró el silencio, porque alguien con un grito desgarrador lo llamó asesino y desencadenó el contagio de los asistentes que

empezaron a insultarlo, silbarle y lanzarle objetos. Pablo los miraba sin parpadear, sin creerse lo que estaba presenciando.

Las escaleras que daban acceso al centro estaban a escasos metros. Pablo recorría el pasillo en volandas cuando, de pronto, sintió el impacto de una botella de agua sobre la oreja izquierda, provocando que girara la cabeza hacia el lado derecho. Con la inercia del golpe y de manera fortuita, miró en dirección a la prensa, ofreciéndoles la instantánea que tanto ansiaban, su primer plano. Las ráfagas de *flashes* se sucedieron y casi acabaron por cegarlo.

Al llegar al primer escalón, Pablo tropezó y abrió los ojos. Una vez retomado el equilibrio, el militar que lo custodiaba por el hombro derecho tiró de él con tanta fuerza que la cabeza rebotó hacia la izquierda. Fue cuando sus ojos se quedaron fijados en una silueta de mujer que se recortaba en una esquina tras la muchedumbre, apartada del bullicio. Ella descubrió las gafas de sol y sus miradas se ensamblaron durante unas décimas de segundo. Había algo en aquella conexión visual que atrajo a Pablo como una fuerza imantada. El rostro de aquella señora se quedó grabado en su memoria.

A trompicones y con gran esfuerzo, alcanzaron el interior del edificio, donde las fuerzas de seguridad del correccional lo encerraron en una sala aislada del ruido exterior.

Una vez más, algunos gobernantes consiguieron su cometido, cosechar más publicidad de cara a la galería. Las imágenes de Fabio Benítez entrando en prisión ponían la guinda a una semana de triunfos y galardones para la Guardia Revolucionaria. La jugada les había salido perfecta y los medios de comunicación abrirían los noticieros con la imagen del terrorista entrando en Combinado del Este.

Varios militares y gobernantes celebraron el encarcelamiento con un ostentoso ágape. Entretanto, Pablo acababa de ingresar en una prisión de alta seguridad. Maniatado y sentado en una esquina de un cuarto solitario, aguardaba la aparición de su abogado.

20

Al otro lado del charco, en España, don Julio Gutiérrez, el director de la sucursal bancaria de Chamberí, se dispuso a abrir la carta que la cajera le había prometido a Pablo que le daría el lunes por la mañana.

Madrid, julio de 2013

Querido don Julio, hoy es un día complicado para mí. He decidido poner fin a tanto sufrimiento. Voy a marcharme y no volveré nunca más. No he tenido las fuerzas ni el valor para despedirme de usted en persona.

Tiene todo mi respeto y aprecio por la inmensa paciencia que mostró conmigo y también por apoyarme en los momentos tan adversos que he pasado.

Perdí todo mi dinero. Bien sabe usted que mi exceso de confianza fue aprovechado por mi hermana para descapitalizarme; además conoce los asuntos oscuros en los que ella estaba metida. Con la enfermedad de mi mujer, abandoné el trabajo y, con ello, mi fuente de ingresos. Usted estuvo ahí prorrogando los recibos y haciendo virguerías para congelar el abono de la hipoteca.

No queda nada de lo que fui y tan solo pienso en irme. Carezco de testamento ni herederos. Por lo tanto, espero que este escrito, abajo firmado, sirva como prueba ante un notario y así certificar que lo poco que tengo quede a disposición de su entidad para que, de esta forma, pueda cobrarse mi deuda.

Entiendo que deba denunciarme. Hágalo sin ningún tipo de remordimiento.

Desde el poco corazón que me queda, siento acabar de esta forma una relación tan especial, pero entienda que no me quedan ilusiones ni ganas por las que seguir luchando.

Mi más sincera gratitud ante usted y su comprensión.

Pablo López

Una vez leída la misiva, el banquero la releyó absorto. Se despojó de la chaqueta del traje y con premura aflojó la corbata. Seguir leyendo era como echar leña a un calor que le recorría todo el cuerpo y se intensificaba tras volver al principio una y otra vez. No conseguía tomar conciencia de lo que Pablo había escrito en aquella hoja.

Al revisar la cuenta corriente, descubrió que se había retirado todo el dinero, una modesta cantidad con la que nadie podría llegar muy lejos. Apartó la mirada de la pantalla con preocupación. Entretanto, volvió a leer y analizar cada frase, buscando alguna pista, aunque le fue imposible, todo era muy extraño. Sobrecogido y sin despegar la vista de la carta, meditó qué hacer. Unos sudores fríos, seguidos de descomposición, lo obligaron a ir al baño y aparcar su jornada en el banco. Abandonó la oficina en dirección a la vivienda de Pablo. De camino, estuvo recapitulando mentalmente sus últimos encuentros, pero le era imposible, estaba poseído y colapsado por los nervios.

Una vez en el portal del edificio, Julio tocó al timbre una, dos y hasta veinte veces sin obtener respuesta. Salivaba como un animal en celo según la preocupación iba en aumento. Precisaba con urgencia encontrar respuestas o al menos alguna pista. Preguntó uno tras otro a cada vecino, sin lograr concretar nada, hasta que se topó con Margarita. La agradable señora leyó la carta que portaba el banquero. Su mente se inundó de recuerdos y de pensamientos negativos bañados en desgracia. Comenzó a santiguarse con ambas manos, luchando contra los temblores que recorrían su cuerpo. El nerviosismo se apoderó de ella y las lágrimas bañaron sus mejillas. Julio la abrazó, ofreciéndole calma.

Una patrulla de la policía se presentó de inmediato. Forzaron la puerta y, al abrirla, un fuerte olor a descompuesto les hizo presagiar que los malos augurios de los vecinos estaban cerca de volverse realidad. Margarita lloraba desconsolada en el rellano de la escalera frente a Julio, que aguardaba tembloroso y expectante bajo el marco de la entrada; la policía les prohibió cruzarlo. Ambos se miraban presintiendo el peor desenlace.

Los agentes encontraron todo revuelto, sucio y muerto, como si de un huerto arrasado por el fuego se tratara. No había rastro de Pablo. El fétido olor procedía de los excrementos acumulados en el baño y de las bolsas de basura abiertas. El ambiente era irrespirable y abrieron la ventana, era necesario ventilar aquella pocilga. Al entrar la luz e iluminar el salón, quedaron al descubierto cosas muy misteriosas: cajones rotos y esparcidos por el suelo, armarios vacíos y un colchón rajado. Les extrañó encontrar el colchón de la cama en el salón. Allí había estado viviendo Pablo desde que cortaron la luz,

aquella ventana fue el único contacto que tuvo con el mundo exterior durante sus últimos días. Siguieron inspeccionando la vivienda hasta que encontraron una almohada con restos de sangre y decidieron avisar a la brigada criminalística.

La desaparición de Pablo quedó en manos de la Policía Nacional. Arrancaron la investigación revisando las imágenes de las cámaras de seguridad de la entidad bancaria e interrogando a los vecinos. Nadie aportaba ningún dato, hasta que Javier, el vecino del tercer piso, confirmó que en la noche del sábado vio a dos hombres de mediana edad y con aspecto latino abandonar la finca sobre las cinco y media. Reconoció que se había cruzado con ellos al regresar de la discoteca donde trabajaba como vigilante de seguridad.

Tercera parte

21

Tras su entrada en el centro penitenciario, el ya considerado presidiario se mostraba cabizbajo y abatido. Se encontraba sumido en sus reflexiones, aguardando acontecimientos positivos, como la visita del abogado con buenas noticias.

Un señor irrumpió en la habitación, cortando el hasta entonces silencio sepulcral, se acercó a Pablo y, firme como un pilar, se presentó.

—Le habla Mauricio Fuentes. Soy el responsable de seguridad del centro y, antes de nada, quiero dejarle bien claro que no voy a quitarle el ojo de encima.

Pablo acababa de conocer al gerente de la prisión, que no se había andado con rodeos en la escueta y directa presentación. Era un señor fuerte, de mirada desafiante y rasgos achinados. Lucía un ajustado y deslumbrante uniforme militar adornado con varias condecoraciones. Era alguien que no contaba con muchas amistades dentro ni fuera de la prisión, su talante autoritario tenía parte de culpa. Hijo de una familia bien situada y con ciertos privilegios, emprendió su andadura ocupando cargos de responsabilidad. Era luchador y no concebía el pudor si para llegar a lo más alto era necesario pasar por encima de quien fuera, aunque limpiaba su conciencia ayudando los domingos a retirar residuos en playas y bosques. Pero hacía unos meses que acudía sin compañía, porque su segunda esposa se cansó de aguantarlo y se marchó con los dos hijos, dejándolo solo con su orgullo, gritos y palizas.

—Abra bien esos ojitos y atiéndame, si es que desea seguir vivo acá dentro. Le voy a dar dos recomendaciones. La primera es que, si quiere mantener todos los deditos en sus manos, no me cause ningún problema. Y la segunda, y más importante, es que no puede hablar con nadie. No sé si me ha escuchado bien. Cuando digo nadie es nadie, ¿de acuerdo?

Pablo tuvo miedo a contestar. Mauricio imponía mucho respeto y no convenía entrar en conflicto con un personaje tan imperioso. Pensó que lo más inteligente era asentir con la cabeza.

—Pronto vendrá a verlo el abogado y tenga muy en cuenta lo que le dije antes, prohibido abrir la boca.

Aquel responsable tenía mucho carácter y Pablo no quería provocarlo, solo deseaba que el abogado se presentara ante él con buenas noticias.

El mandamás se marchó sin despedirse y la sala quedó custodiada por Ramiro, un guarda armado que se mantenía de pie y firme junto a la puerta de salida. El calor era insoportable en la hermética estancia, donde apenas volaba un átomo de aire. Por la cabellera despejada de Ramiro corrían chorros de sudor que transformaron su camisa verde en bicolor. Pablo llevaba dos horas sentado en un rincón, tenía mucha sed y con un gesto inocente trató de indicar a Ramiro que necesitaba beber. El también deshidratado cuidador cumplía las órdenes de Mauricio y no pudo hacer otra cosa que, con una mueca cómplice, negar el auxilio a Pablo.

A las dos y media de la tarde apareció Gerónimo Mendoza con gesto sonriente y andares torpones. Era el abogado en el que Pablo había depositado su futuro. Lo primero que hizo al entrar fue apoyar el maletín en una silla. Al despojarse de la chaqueta del traje, aromatizó la caldeada sala con un pestilente e inapropiado olor a alcohol. Se aproximó a Pablo y le ofreció un refresco que el otro aceptó sin pestañear. El sabor era un tanto ácido, pero al estar frío circuló por su garganta como el agua bendita.

—Señor Benítez, me dieron acceso al expediente de la detención y estuve conversando con el jefe de la investigación. Seamos claros, según aquel informe está usted muy salpicado y es complicado debatir las pruebas que hay en poder de la comandancia.

Pablo estuvo a punto de interrumpirlo, pero el abogado arrancó de nuevo.

—Usted alega que no es Fabio Benítez y la única forma de demostrarlo es a través de su huella dactilar. Por lo tanto, voy a requerir que se tramite dicha prueba. Esa es la mejor baza que podemos utilizar ante un juzgado militar.

Aquella propuesta tranquilizó a Pablo, que se mordía la lengua siguiendo el consejo de Fuentes de no hablar con nadie. Pensó que, al tomar la huella, se esclarecería el error y todo quedaría aclarado. Sin mediar palabra, aceptó la propuesta del letrado.

—Por cierto, tuve una reunión con el jefe del correccional, creo que ya se presentó ante usted. Hicimos un pacto. Usted no pasará penurias y tampoco hambre, pero a cambio, deberá mantenerse al margen de todo lo que ocurra a su alrededor. No puede entrar en conflicto con ningún otro preso y, por favor, atiéndame bien, no se le ocurra dialogar con nadie.

«Otra persona que hace hincapié en mantenerme callado, qué raro», pensó Pablo al oír las palabras de su defensor.

—Hablamos de su seguridad —aclaró, categórico.

Un ataque de tos interrumpió a Gerónimo y, al no cubrirse la boca, parte de la nicotina de sus pulmones y líquidos gástricos acabaron repartidos por el suelo.

—Discúlpeme, pero es que no logro quitarme este resfriado —trató de justificarse—. Dispondrá de una celda propia en la zona de aislamiento, por lo tanto, no debería de tener contacto con los otros reclusos. No intente tenerlo, es peligroso para usted —añadió—. Además, debo advertirle del peligro que corre si se mezcla con ellos. Parece ser que aquí dentro tiene buenos amigos, pero me aseguran que les doblan en número los que tienen sed de venganza. El señor Fuentes me advirtió de que a la mínima que infrinja una de esas normas, puede ponerse a temblar. Así que manténgase alerta.

Pablo llevaba unos minutos montado a un tiovivo emocional, escuchaba algo que lo serenaba para justo después oír otra cosa que le preocupaba todavía más. Comenzó a entender que le habían tendido una trampa y había picado hasta el fondo. Barajaba multitud de ideas, pero todas acababan en la misma conclusión, preveía un presente duro y un futuro incierto. No podía hacer otra cosa que resignarse, ceder ante las condiciones impuestas y, pese a no ser creyente, esperar que alguien o algo divino lo premiase por sus buenos actos del pasado.

—Volveré a visitarlo en unos días —informó Gerónimo recogiendo sus cosas.

«¿En unos días? —pensó Pablo para sus adentros—Joder, qué mala pinta tiene esto. ¿Y si aprovecho para pedirle algo?, pero ¿qué narices voy a pedirle? Lo único bueno es que va a solicitar la prueba de la huella dactilar. Eso es muy bueno, ¿no? Habrá que acogerse a eso, no me queda otra. ¿Qué puedo hacer si no? Hostias, otro pinchazo, vaya dolor de cabeza».

Pese a no haber dormido en toda la noche y sufrir unas migrañas efervescentes, Pablo había captado las instrucciones de Gerónimo y no quiso comentarle nada al respecto.

—Y, por cierto, intenté contactar con su familia, pero nadie quiso darme ninguna explicación.

Por un instante cesó de hablar para fijarse en la herida del ojo derecho de Pablo, que apenas era apreciable. Después bajó la mirada y enfocó a sus brazos cubiertos por las mangas de la camisa. Tras chequear las dos partes, volvió a mirar la cara de Pablo.

—Haré una visita a su familia para ver si quieren colaborar.

Gerónimo se despidió con aquellas palabras esperanzadoras, tomó su chaqueta, el maletín y abandonó la estancia. A los pocos segundos, regresó y se aproximó a Pablo, que pensó que iba a decirle algo más, pero no fue así, el abogado solo deseaba recoger la botella vacía.

El preso se encontraba absorto, fatigado y con la moral muy dañada. Comenzó a maldecir hacia sus adentros toda la rabia contenida de las últimas horas.

«Desde luego, vaya personaje que me han asignado. ¿Por qué me ha dado un repaso? Se ha fijado en mi cara y en los brazos. A ver si el tío va a ser homosexual y le gusto. Deja de decir tonterías, Pablito. Ya, pero es que tenía que haberle dicho algo. Si no me equivoco, todavía no ha escuchado mi voz. ¿Por qué razón te has arrugado ante él? Si es tu abogado, ¿por qué no le has explicado todo? Bueno, tampoco iba a servir de nada. Menos mal que va a solicitar la prueba de la huella. Habrá que tener fe en él. Y ahora que me acuerdo, si llego a decirle algo y se entera el jefe de la cárcel, me habría dado un escarmiento. Joder con el tío. ¿Cómo se llamaba? Creo que dijo que era Mauro o algo así. Mauricio, eso es. Menuda bienvenida que me ha dado. Yo no sé si voy a aguantar mucho tiempo antes de desmayarme. Qué sed que tengo. Estoy agotado y deshidratado. También estoy agotado mentalmente. Creo que, si le quito la pistola al guardia ese de ahí enfrente, me pego yo el tiro en lugar de dárselo a él, fíjate lo que te digo».

Sus lamentaciones se vieron pausadas cuando dos agentes de seguridad irrumpieron en la sala, llevaban prisa. Le cubrieron la cabeza con un pasamontañas que tenía dos orificios por los que, al menos, podía advertir por dónde caminaba. Dudaba de si sería mejor mantenerlos ocultos. No quería ser pesimista, pero tal y como decía su madre, un pesimista es un optimista bien informado y, dada la información que había recibido de su abogado, auguraba un recibimiento carente de cortesía alguna.

Del mismo modo que horas antes lo ayudaban a salir del auto para entrar en la prisión, ahora eran dos agentes los que entrecruzaron sus brazos, uno a cada lado. Salieron del cuartito donde estaba encerrado y emprendieron un largo recorrido. Por el camino atravesaron tres controles de seguridad hasta llegar a un patio donde no había ni un alma. Todo parecía estar en paz, pero unos metros más adelante, Pablo comenzó a escuchar vocerío que provenía de los edificios de fachada blanca que los rodeaban. Tras los barrotes de seguridad de los pasillos exteriores, comenzaron a amontonarse decenas de presos que jaleaban asomando las manos y haciendo todo tipo de gestos despectivos. Los llaveros, como llamaban a los agentes en la prisión, aceleraron la marcha y, al pasar por delante de un edificio, a escasos cinco metros de la fachada, una lluvia de escupitajos aterrizó sobre ellos.

Los presos eran conscientes de que el rehén encapuchado era Fabio Benítez y le ofrecieron un recibimiento hostil.

Pablo pensó que aquel paseo exhibicionista era incomprensible y

se preguntaba si el exponer a un preso recién llegado ante el resto de los reclusos era una tradición. La curiosidad se le acabó cuando, llegando a la esquina del último edificio, observó en lo alto a un hombre con barba, bigote y actitud caníbal que amenazaba con cortarle el cuello. Aquel gesto cruel lo sobrecogió. Decidió cerrar los ojos y caminar a ciegas hasta que los agentes lo frenaran. El sonido de un abrepuertas eléctrico les permitió la entrada a un pabellón.

La ansiada paz regresó y las efusivas pulsaciones del recién llegado decayeron con timidez. Circularon por un pasillo sinuoso, con las paredes renegridas y un olor a orín y humedad que producía arcadas. Al fondo los esperaba un hombre de mediana edad y cabello rizado que llevaba puestas unas gafas de pasta bastante llamativas. En la mano izquierda sostenía una carpeta y del hombro derecho colgaba una pequeña mochila; no lucía uniforme ni tampoco tenía aspecto policial o militar.

Subieron unas escaleras que los llevó al nivel superior. El pasillo simulaba a un túnel, no le salpicaba ni una mueca de luz y a los lados había puertas blindadas con un cuadrado tapado en medio de las mismas; Pablo supuso que eran celdas. No se escuchaba nada, apenas las pisadas, que se frenaron cuando el señor de paso elegante extrajo unas llaves del bolsillo y abrió la última puerta.

Accedieron a la estancia. Los guardias corrieron los cerrojos, esta vez por dentro. En un rincón había un lavabo con una toalla y en el centro una camilla. Hacia ella se dirigió el señor estiloso tras uniformarse con una bata blanca.

—Quitadle las esposas —ordenó a los agentes.

Mientras uno de ellos custodiaba la entrada, el otro obedeció.

—Soy el doctor Carreras y tengo que auscultarte. Seré rápido, así que, por favor, desnúdate.

Para entonces Pablo tenía las manos liberadas. Lo primero que hizo fue quitarse la capucha, su cabello estaba empapado de sudor. La camisa estaba adherida al cuerpo y con una lentitud exasperante logró retirarla. Una vez desnudo, observó al doctor con patente desconfianza. Este le asestó un repaso visual y extrajo una cámara fotográfica de la pequeña mochila que lo acompañaba. El facultativo ordenó a Pablo que se girara cara a la pared, con los brazos y piernas abiertas, después a la inversa, luego de perfil y así hasta ocho ángulos distintos. Para finalizar, tomó una imagen del rostro y otra de los brazos, quería captarlos extendidos hacia la cintura. Nadie medió palabra alguna hasta que el facultativo decidió dar por finalizado el reconocimiento.

—Puedes vestirte.

Pablo obedeció sin apartar la vista del grifo del lavabo que parecía estar hablándole como un oasis en pleno desierto. En aquel

instante, se tiraría sobre él para regocijarse entre agua y así aliviar los picores provocados por algún insecto que se había dado un buen festín a su costa. Frunció el ceño y, aceptando que la hora del baño quedaría para otro momento, se vistió con la misma ropa sudada y maloliente. Aprovechó para arremangarse y dejar medio brazo al descubierto. Una vez vestido, le encadenaron las manos y aguardaron mudos, como un amante oculto en el armario, a que el doctor rellenara el informe.

No marcharon muy lejos de allí. Al caminar unos pasos, se frenaron ante una puerta que, tal como Pablo intuía, era una celda. Le liberaron las manos y quedó encerrado en un habitáculo gélido e insulso de tres metros de largo por uno y medio de ancho. Apenas entraba luz y aire a través de un ridículo orificio. La falsa ventana estaba en alto y era imposible divisar civilización alguna a través de ella, salvo una diminuta porción de cielo. La funesta celda de Pablo incluía un colchón estrafalario apoyado en una pared, y al fondo un meadero en el suelo acompañado de un cubo con un palmo de agua en su interior.

—Le damos la bienvenida a su nuevo hotel en La Habana, señor López —se dijo Pablo en voz alta tras inspeccionar el antro por el que ahora deambulaba.

Escucharse citando aquella frase cargada de sarcasmo e ironía lo dejó sorprendido. Mantener el sentido del humor en esos duros momentos era complicado y, pese a todas las desventuras que estaba sufriendo, persistía firme a su compromiso con la causa que lo había llevado tan lejos.

Sin apenas tiempo para instalarse, alguien liberó la minúscula casilla cuadrada de la puerta y obligó a Pablo a desplazarse hasta la pared del fondo. Un funcionario menudo y sonriente aparcó en el suelo una bandeja de plástico con comida y agua. Sin apetito, el preso solo ansiaba descansar, así que se dejó caer en el colchón y rezó para que no volvieran a poner música. Precisaba reponer fuerzas con urgencia.

22

Pablo arrancaba su nueva vida encerrado en un zulo y abandonado a su suerte. Sin haber tenido el tiempo suficiente para asimilar la controvertida situación en la que se encontraba, enseguida descubrió lo duro que iba a ser el estar privado de libertad.

Un par de horas fue lo que Pablo logró dormir hasta que algo lo despertó y atrajo su atención. Eran unos picores en las piernas provocados por una familia de chinches que vivían en el colchón sobre el que estaba acostado. Aquellos diminutos animales eran su única compañía y decidió ignorarlos. Los últimos y tímidos reflejos del atardecer aún lograban revelar las telarañas en el techo, así como la pared carcomida por la humedad y el paso de los años. Acostado bocarriba y compungido, Pablo observaba la celda con disgusto cuando comenzó a sentir náuseas tras alcanzarlo un pestilente olor a sumidero que provenía del meadero del suelo.

El tabique de la pequeña e inaccesible ventana daba a un patio enrejado por el que, de forma individual y en soledad, paseaban algunos reclusos. En un segundo plano, una explanada enrejada marcaba la frontera entre el cautiverio y la libertad.

Pablo no se imaginaba la idea de estar durante mucho tiempo en un lugar tan desagradable e inerte. Calculaba y suponía que la estancia en aquel zulo sería temporal.

—Todo se aclarará cuando lleguen los resultados de la huella dactilar y comprueben el error —susurró a una araña situada a unos palmos de distancia.

No fue hasta citar aquella reflexión cuando cayó en la cuenta de que estaba pasando por alto un detalle de suma trascendencia: no le habían tomado la huella. ¿Qué podía hacer? Esperar un encuentro con Mauricio, al que había prometido mantener la boca cerrada; no existía otra opción que resignarse y proseguir con la paciente espera.

Perdido en el tiempo, recordó que frente a sus pies lo aguardaba una bandeja con comida. Elevó la cabeza y, al ver que aún permanecía allí, desató su curiosidad por la oferta gastronómica de la prisión. Se levantó a cotillear. Un ligero destello se coló por el tragaluz, lo suficiente vivo como para ojear el menú con apariencia

mundana compuesto por arroz y carne supuestamente guisada. Fijándose bien, descubrió algunos huesos bordeando al arroz y la ausencia de una esquina en el trozo de pan. Presagió que aquella insulsa comida había circulado por otras manos antes de llegar a él. Decidió no ingerir el cochambroso y repulsivo menú, pero sí quedarse con la botella de agua. Dio un sorbo. Al comprobar que sabía fatal, optó por no ingerir más y aprovechar el líquido para refrescarse las piernas, en un intento por aliviar los molestos picores.

La celda se oscureció con espantosa celeridad, consumando sin más hechos una jornada cargada de situaciones tensas. Recostado sobre un brazo, rememoraba con disgusto el sufrimiento de la noche anterior, en la que fue torturado por el vaivén musical. Procuró poner orden en todo lo sucedido e indagar en los detalles para encontrar alguna solución; a la par que las neuronas se ejercitaban a pleno rendimiento, los picores de las piernas comenzaron a cesar. Decidió desconectar su baldada mente y entrar en un profundo sueño.

El agudo y penetrante sonido de una sirena le dio los buenos días. Aquel ruido se coló a través de la ventana junto a la luz de una nueva jornada. Pese a lo inhóspito del lugar, Pablo había logrado dormir de un tirón y descansar. Un impulso interno de confianza lo animó a levantarse y pasar a la acción, estaba lúcido. Le era grato y sorprendente el comprobar que, pese a todas las adversidades sufridas hasta el momento y la incertidumbre del qué pasará en el siguiente minuto, poseía unas ganas vigorosas de continuar viviendo.

«No voy a dejarme amilanar», se dijo.

Estaba privado de todo y encerrado a merced de lo que a algún mandamás con aires de grandeza se le antojara hacer con él. Pablo deseaba dialogar para arreglar las cosas y aguardaba la ocasión para implorar atención y profundizar en su defensa. Mientras llegaba el momento y aprovechando la claridad del nuevo día, se esmeró en ordenar su celda.

Como bien suponía, el colchón estaba mugriento, agrietado y deshilachado. Se ayudó de él para alcanzar las esquinas del techo y barrer las telas de araña. Arrojó la comida al agujero que hacía las veces de inodoro y apoyó la bandeja sobre él, evitando de esta manera el retorno de olores. Por primera vez en su vida, le incomodó la falta de ruido. Las ideas iban y venían dialogando entre sí y tomando el control de su mente. Pablo deseaba enmudecerlas y, en un intento por distanciarse de sus propios

pensamientos, comenzó a caminar. La escasa longitud de la celda no iba a ser un obstáculo; para hacer el recorrido más largo, caminaba en diagonal, de una esquina a otra.

—Ya está bien de hacer el imbécil caminando de lado a lado como un loco —se recriminó tras aguantar andando apenas dos minutos.

Se sentía inepto y estéril por la imposibilidad de poder hacer algo. Tener el habla mutilada le estaba carcomiendo la paciencia y avivando la furia. Aquel cóctel de emociones no tardó en reventar y sufrió un amago de crisis ansiosa. Comenzó a percibir cómo el aire no atravesaba las puertas de sus pulmones y decidió acostarse bocarriba para retomar el aliento. Al abrir los brazos, alcanzó a tocar ambos laterales de la celda. Aquella postura no hacía más que despistarlo; se giró hacia una de las paredes y puso ambas piernas en alto. Se concentró en la respiración y, al poco tiempo, el aire volvió a fluir.

«Pablo —comenzó a hablar para sí—, no puedes caer en la depresión, no puedes permitírtelo. Ya lo sé, pero es que necesito ver el cielo y caminar. Joder, quiero desahogarme».

Se reincorporó y estuvo vagando por la celda como una mosca encerrada en una caja de cerillas. Observó la puerta y decidió apoyar la oreja, tratando de escuchar algo al otro lado.

Alguien transitaba por el pasillo y abrió una celda situada frente a la de Pablo, que lo detectó y se aproximó otra vez a la puerta para apoyar la oreja plana. Al otro lado, una voz masculina decía algo con tono impetuoso y sin obtener respuesta. Un poco más tarde, Pablo volvió a escuchar movimiento y repitió la acción, esta vez eran varias personas. Hablaban entre ellas, aunque no logró captar el mensaje. Ansiaba recibir la visita de alguien para cerciorarse de que al menos lo tenían en cuenta. En un instante de lucidez, pensó que era la situación ideal para llamar la atención y se armó de coraje. Con decisión lanzó dos puntapiés contra el trozo de metal macizo que lo separaba del pasillo. Las voces enmudecieron de inmediato.

No volvió a escuchar ruido alguno hasta que una hora más tarde se abrió la ventana. Por el diminuto espacio asomaron unos ojos camuflados entre un poblado entrecejo que lo observaron sentado en el suelo y mirando hacia la entrada. Nadie dijo nada. La ventana volvió a cerrarse.

El simple hecho de haber visto aquella aparición tranquilizó a Pablo. Apenas llevaba transcurrida una noche en la cárcel y ya experimentaba claustrofobia, algo que no le había ocurrido en la casa de Madrid. Indagó en su memoria en un intento por adivinar la fecha presente. De pronto, escuchó nuevos ruidos que procedían del

pasillo y se arrimó a la puerta con sutileza. Pegó el oído para identificar los sonidos de fuera, pero observó incrédulo cómo se abría la ventanita de su celda; la cara se le quedó a un palmo de ella. Se asustó y dio un paso hacia atrás.

—Apártate —ordenó alguien desde el otro lado.

Aparecieron dos funcionarios, uno era el bajito simpático que el día anterior había dejado la comida en el suelo. Se le acercó dispuesto a esposarle las manos y colocarle unos grilletes en los pies. Pablo accedió sin susurrar y reponiéndose del susto.

—Sígueme —añadió el pequeño guardián.

Al salir de la celda, el escolta torció a la izquierda. Pablo lo seguía de cerca y observó cómo la celda de enfrente estaba abierta. Al fondo y de pie vio al médico que el día anterior lo había auscultado y en la entrada, se incorporaba un hombre en cuclillas, vestido con uniforme militar. Pablo, petrificado como una estatua anclada al firme, no podía creer lo que estaba viendo. En mitad de la celda y tendido en el suelo, yacía un cuerpo cubierto por una sábana blanca.

«¡Dios mío!».

Pablo emitió un grito mudo al deducir que se trataba de un preso, alguien de su misma condición. Sintió las fuertes pulsaciones del corazón bombardeando en el pecho mientras las pupilas crecían y crecían hasta que empezó a ver todo borroso. Se encontraba entre el mareo y entrar en cólera. Apenas pasaron tres segundos hasta que el agente que custodiaba la puerta lo agarró del brazo, forzándolo a caminar hacia el pasillo.

—No te detengas y mira hacia el frente.

Tras contemplar la siniestra escena, Pablo estaba aterrado e impresionado. Una nube de incógnitas y suposiciones comenzaron a rondarlo. Pensaba en si el recluso fallecido tal vez estuviera enfermo, desnutrido o en huelga de hambre. No servía de nada seguir haciendo conjeturas y, cuanto antes, debía asimilar lo ocurrido. No le quedaba más remedio que mantener la guardia para no despistarse.

Descendieron por unas escaleras y recorrieron varios pasillos repletos de celdas como las de su planta, todas ellas cerradas. Se detuvieron ante una reja. El funcionario bajito intentó con torpeza abrir un candado y, tras varios tanteos, consiguió librarlo y desplazar la reja corredera. Tras ella los aguardaba otra puerta metálica con un cerrojo. El vigilante introdujo una llave y, con mucha fortuna, acertó a la primera. Ante Pablo se abrió un patio diáfano de importantes dimensiones. La claridad de la luz lo deslumbró y para sus adentros agradeció poder respirar aire que no oliera a excrementos. Le liberaron los grilletes de las piernas y lo

autorizaron para poder merodear a su libre albedrío. Unos muros hormigonados bordeaban el perímetro del recinto y sus cinco metros de altura abortaban cualquier fantasía de huida.

Se quedó solo en aquel lugar, sin nadie con quien hablar y poco que ver, salvo la fachada del edificio llena de pequeños cuadrados, los tragaluces de las celdas. Los funcionarios bloquearon la cerradura y se marcharon. Desde el patio y pegado al acceso por el que acababa de entrar, Pablo observó un letrero que informaba: «Prohibido hablar y hacer ruido. Atenerse a las consecuencias».

«Con esas indicaciones, a ver quién es el guapo que se atreve a chillar», pensó.

Era su hora de recreo y fantaseó con que aquella rutina sería realizada de forma diaria e independiente del resto de presos, o al menos para aquellos que disfrutaran de un trato especial como era su caso. Anhelaba moverse y respirar, y ahora disponía de una fantástica ocasión para hacerlo.

Durante veinte minutos paseó bajo una paz inusual hasta que el sol empezó a quemar y decidió resguardarse en un lateral, donde uno de los muros ejercía de sombra. Le era imposible desviar de la memoria el cadáver que acababa de ver en la celda de enfrente.

En los últimos días, había experimentado miedo en dos ocasiones. La primera vez fue en el aeropuerto, donde se sintió observado por un vigilante armado con un rifle y después ante el director de la prisión, que le advirtió de las consecuencias que tendría si se metía en problemas. Pero ver a un muerto tendido en una celda era algo muy duro. No recordaba otra ocasión en su vida en la que hubiera sentido miedo a morir. Ahora lo tenía, y mucho. Enfocó los ojos hacia sus jóvenes manos para descubrir, con estupor, que todavía le quedaba mucha vida por delante.

A sus treinta y cinco años podría experimentar nuevas sensaciones, pero había una que regresaba a su memoria como un imán: cumplir el deseo de su mujer. Llevaba sin pensar en Ruth desde la detención, porque había centrado buena parte de su tiempo en luchar por su propia vida. Lo importante para él en aquel momento era encontrar la forma de salir del agujero en el que estaba metido, pero se lo estaban poniendo muy difícil.

Inmerso en su recreo al aire libre, seguía cavilando sobre cómo retomar su vida hasta que reparó en varios pájaros que volaban libres por el solar. Aquellas aves se movían con elegancia, dibujando su aleteo por todos los sitios, sin tener que dar cuentas a nadie. Pablo las contempla con repulsa, celos y odio; sospechaba que se reían de él, de su desgracia y falta de libertad.

—¿No tenéis un sitio más bonito a dónde ir? —les preguntó desquiciado y en voz alta.

Con la última sílaba saliendo de su boca se percató de la imprudencia que acababa de cometer, hablar. De inmediato unió los labios, apretándolos con fuerza entre sí. Deseaba rebobinar, echar marcha atrás y no haber emitido palabra alguna por su boca.

«Joder, si tuviera a mano aguja e hilo, me cosería los labios de dos puntazos», maldijo para sus adentros.

Era muy consciente de que aquellas palabras podían traerle problemas. Se cubrió la cara con las manos y rezó para sí, suplicando que nadie lo hubiera oído. Enseguida comprobó que sus plegarias habían sido en vano cuando escuchó salir una voz por alguna de las múltiples y minúsculas ventanas de aquel edificio.

—¿Quién anda ahí?

Tras lo cual alguien prosiguió:

—Tenemos hambre.

Acto seguido otro le replicó:

—Callaos, por vuestra madre.

Y así fueron escuchándose varias voces que provenían de diferentes lugares.

El preso español estaba sobrecogido. Pensaba en que, si fuera capaz, taparía aquellas ventanas con sus propias manos. Sufría rabia e impotencia. Acababa de llamar la atención de la forma más torpe. Y los presos, ocultos tras los tragaluces e inconscientes de lo que pudiera sucederle a Pablo, aprovecharon el aparente levantamiento de veda para desahogarse.

Poco tardaron los agentes en acudir al patio y ordenar al pobre recluso que se acercara a ellos. Los obedeció, con la cabeza gacha y la piel erizada, aunque no mediaron palabra alguna. Le calzaron los grilletes en los pies y, deshaciendo el paseo previo, lo devolvieron a su celda. Al caminar por los corredores, Pablo observó a los funcionarios retirando las bandejas de comida de las celdas y apilándolas en el pasillo. Todo se desarrollaba en un hermético silencio.

No volvieron a escucharse más voces.

Aquella imprudencia acabaría en castigo, no solo para él, sino para todos los reclusos del pabellón. Para templar los nervios, tuvieron que cumplir un día completo de ayuno. Nadie tuvo el valor de protestar la decisión.

Pablo temía que su inocente acto alcanzara los oídos del jefe de la prisión. La remota posibilidad de llegar a tener desavenencias con él lo mantenía incómodo.

23

Era miércoles, y coincidiendo con la jornada de ayuno en el pabellón de Pablo, su abogado, Gerónimo Mendoza, recorría en solitario las dos horas de coche que separaban La Habana de Pinar del Río. En ese precioso lugar se hallaba la finca donde vivía la familia de Fabio Benítez. El defensor de Pablo viajaba con la intención de dialogar con su madre, doña Aurora Castro, viuda de un importante fabricante y exportador de tabaco. Fabio era su único hijo y, según los informes policiales a los cuales había tenido acceso, ambos habían roto las relaciones dos años antes.

—Discúlpeme, señorita, ¿no sabrá dónde está… déjeme comprobar, Villa Viñales? —preguntó Gerónimo a una hermosa moza que andaba en bicicleta por una carretera bacheada.

La joven, al ver el vistoso y divertido bigote que destacaba sobre su despoblada cabellera, sonrió sin disimulo.

—Busco la finca de doña Aurora Castro —insistió al observar el júbilo enigmático de la chica de sonrisa cautivadora.

Cuando la alegre muchacha dejó de reírse del trabajado mostacho del licenciado, le indicó la ubicación con amabilidad; estaba cerca.

Los agentes policiales le habían puesto en aviso de que la madre de Fabio no quería saber nada de su descendiente y además se había negado a costearle un abogado. Por lo tanto, Gerónimo iba a presentarse por sorpresa y consciente de que podría chocarse de frente contra un escudo infranqueable. Nadie lo obligaba a realizar la visita, lo hacía a título personal con la pretensión de averiguar si la madre de Fabio sabía a ciencia cierta si la persona encarcelada era su hijo o no. Con aquellos datos en su poder, preveía que la visita estaba condenada al fracaso.

A pocos metros, atisbó una preciosa parcela que databa de 1842 y había ido pasando por varias generaciones, todas ellas productoras de tabaco. El majestuoso pórtico adornado por preciosas enredaderas florales estaba abierto y lo cruzó en coche, siguiendo el camino marcado por docenas de palmeras a los lados, que conducían hasta la vivienda. Varias cuadrillas de campesinos trabajaban los verdes y extensos campos de hoja. Aquellos obreros

iban ataviados con legones, hoces y enormes sombreros de paja que los protegían del duro sol que ese día apretaba. Eran cerca de las doce y Gerónimo detuvo el auto bajo un techado que regalaba una agradable sombra a dos motocicletas. Por un lateral de la casa salió a su encuentro un señor de brazos vigorosos que abrazaba un puñado de herramientas.

—¿Buscas a alguien?

—Si, buen hombre. Me gustaría hablar con la señora Castro —contestó Gerónimo, con la mano sobre las cejas haciendo de visera para suavizar el deslumbre de un sol intenso.

—Espérate aquí un momento.

El campesino desapareció por donde había venido y Gerónimo, con discretos y pequeños pasos, se fue acercando de forma disimulada hacia el porche que cobijaba de sombra a la vivienda. Permanecía firme y guardando la compostura, igual que un novio espera a su amada frente al altar. El tiempo avanzaba lento y el abogado comenzó a bostezar de forma continuada. Mataba el tiempo pensando en su regreso y en la parada que haría en una taberna de bonita fachada que había visto antes, no muy lejos de allí. Aburrido de aguardar durante veinte minutos, reparó en la presencia de una señora que se veía difuminada tras la ventana contigua a la entrada. Él la miró expectante y le sonrió, pese a no poder distinguir sus rasgos; ella desapareció tras el cristal y una cortina reemplazó su rostro.

El acalorado visitante se vio aliviado tras comprobar que alguien sabía de su espera. Retomó la posición erguida, ajustó el cinturón y, con un pañuelo que mostraba grabadas sus iniciales, limpió el sudor de la frente.

A través del visillo tras el que se ocultaba el recibidor de la casa, apareció una señora con semblante campechano y mirada imperturbable. Sin poner un solo pie sobre el escalón de la puerta, saludó con cautela al hombre estrafalario que la visitaba.

—¿Nos conocemos?

—Supongo que usted es Aurora —le devolvió Gerónimo el saludo, dedicándole una leve sonrisa que elevó ambas caídas de su bigote en dirección a las orejas.

—Así es —correspondió la anfitriona, riéndose hacia sus adentros del rostro tan chistoso de aquel señor.

—Verá, siento irrumpir en su jornada sin avisar y le ruego que acepte mis disculpas por presentarme de esta manera tan inapropiada. —Tragó un poco de saliva y se dispuso a presentarse —. Soy Gerónimo Mendoza y me han asignado la defensa de Fabio Benítez.

Esperaba alguna reacción por parte de la señora, pero ella se

quedó muda.

—Me informaron de que no quiere saber nada de él e incluso reniega del mismo. Tiene mis respetos hacia su decisión, no vengo a convencerla ni presionarla. Me agradaría mantener una conversación distendida con usted para hablar de Fabio. —Tomó una pausa a conciencia—. En concreto, quisiera hablar sobre el verdadero Fabio.

La aclaración última fue la llave que abrió y penetró en la sensibilidad de Aurora, que sabía que el muchacho preso no era su hijo, un tema que la removía por dentro. Ella no había querido colaborar con los investigadores, prefirió no saber nada de Fabio y evitar remover cicatrices que en apariencia estaban cerradas. Por un lado, deseaba que se hiciera justicia y su hijo pagara por sus actos y malas decisiones, pero a la vez era madre y no podía evitar sentir algo por esa criatura que trajo al mundo. Pensó que no perdería nada si invitaba a aquel señor a tomar un café y, de paso, trataba de aliviar su mermada conciencia.

—Será un placer compartir unos minutos con usted. Adelante —afirmó en tono afable y respetuoso, abriéndole paso hacia el fondo de la casa.

Tras sortear, no sin cierta dificultad, el espinoso trámite de las presentaciones, Gerónimo estaba sentado sobre un butacón de mimbre en un colorido, fresco y coqueto patio interior. En el centro yacía una preciosa fuente de piedra que emanaba paz con el sonido relajante del fluir de sus aguas. Una vez terminó de recrearse con los preciosos pasillos interiores y la bonita colección de plantas y flores, se decidió a iniciar la charla, pero el ruido de unos pasos lo desorientaron. Una señora se detuvo ante ellos.

—Matilde, puedes traer un jugo de guayaba y el señor tomará… ¿quiere un *buchito* de café?

—Algo más fuerte, por favor. —Gerónimo se dejó llevar por su adicción al ron, sin guardar las formas—. Quiero decir… disculpe, traiga una copita de algo que tenga a mano, gracias.

Con una sonrisa guasona consiguió salir del aprieto; el bailar de su bigote era un apoyo infalible. Consiguió romper el hielo divagando sobre Pinar del Río, una ciudad que nunca había visitado y, por lo poco que estuvo divisando por el camino, le pareció una zona bellísima. Ella le seguía el juego y con un palpable orgullo describió la historia de la ciudad y eso le llevó a hablar de su linaje. Se recreó explicando cómo un pariente visionario, seis generaciones anteriores a ella, se aventuró a cultivar y exportar la hoja de tabaco. Desde entonces dicha actividad había sido el sustento familiar.

—Tengo entendido que usted es viuda y Fabio su único descendiente. —El abogado decidió entrar en materia y orientar la

conversación hacia su terreno, no sin antes llenar la segunda copa de ron.

—Sí, está en lo cierto. —Aurora tomó aire, dudando de cómo empezar—. Mi marido se llamaba Oswaldo, era el hijo de un capataz y coincidíamos mucho por la hacienda. Ya sabe, la afinidad lleva a otra cosa y así fue transcurriendo hasta que acabamos casándonos. Él tomó las riendas de la plantación, era un gran hombre. —Hizo una pausa, sus ojos se nublaron—. Bien, tuvimos a Fabio y al poco tiempo enfermé de un virus poco común y contagioso, según los médicos. Estuve muy malita y me perdí una buena parte de la infancia de Fabio por culpa de los achaques y las fatídicas recaídas. Pasé mucho tiempo encerrada en un cuarto, sola y aislada. Veía a mi pequeño a través de la ventana, estaba ahí ante mí y no podía achucharlo. Cuando al fin vi la luz, mi chiquito tenía diez años y yo había perdido una década de mi vida entre sábanas y medicinas. Él apenas me reconocía. Se crio aquí, en estas tierras. Mi padre, un buen hombre también, le consintió todos los caprichos que quiso.

Justo cuando comenzaba a hablar de Fabio, Matilde irrumpió en la reunión con una caja de habanos entre las manos. Gerónimo, muy agradecido, tomó uno e inició un ritual. Con delicadeza y concentración, encendió dos cerillas y aproximó la llama al extremo del puro sin tocarlo, a una pequeña distancia para evitar quemarlo y no alterar sus propiedades. Se cercioró de que todo el contorno había sido encendido.

La amable asistente, con aspecto jovial y uniformada con un delantal rosado, le informó sobre la procedencia de la colección.

—Son de la cava privada. Cultivados, secados y trabajados en la finca.

—Una pieza de excelente calidad, portentoso, en fin, una divinidad —las felicitó el abogado tras exhalar dos ligeras bocanadas por su barbudo hocico.

De igual forma que los niños se distraen con un juguete, Gerónimo se recreó en exceso con el inesperado pero apetitoso habano que le estaba brindando un instante placentero. Se desinhibió observando embelesado el humo que se escapaba de forma perezosa por el extremo de aquel puro señorial. El chasquido provocado por la pisada de la señorita Matilde sobre unas hojas secas del suelo lo obligó a regresar de su hibernación.

—Ah, sí, ¿por dónde íbamos? Me contaba que el abuelo de Fabio fue muy permisivo con él, ¿cierto?

Gerónimo reanudó la tertulia, animando a la señora a retomar el coloquio.

—Cierto. Por aquel entonces mi marido viajaba mucho y pasaba

largos periodos fuera de casa. En ocasiones desaparecía incluso meses. A veces pienso que a Fabio le faltó una figura paterna que lo educara. Era un chico abierto, ingenioso y con don de gentes, pero todo dio un giro al poquito de comenzar en la secundaria básica. Cuando cambió de centro, lo hizo también de amistades y ahí fue cuando aparecieron los primeros problemas. Sus calificaciones en el octavo grado fueron horribles y no logramos que enderezara su conducta. Para colmo, mi marido falleció en un barco que viajaba a Europa. Fue muy duro para todos.

La señora se manifestaba cercana, animada por los recuerdos que florecían de forma correlativa. Estaba sensible. El abogado había logrado empatizar con ella y, sabedor de que aquello era solo el principio, compartió su tristeza.

—Lo siento mucho, es una pena.

No perdió la ocasión para rellenar el vaso de la señora y animarla a tomar un respiro y, aprovechando la coyuntura, hacer lo mismo con el suyo hasta tenerlo, por tercera vez, bien colmado de ron.

—Y bien, ¿cómo empezó su hijo a delinquir?

No había tiempo que perder y quería aprovechar su lucidez mental.

—El primer disgusto vino tras ser detenido por participar en peleas clandestinas de perros. El me juró que no tuvo nada que ver y que encontrarse allí fue algo fortuito. Después se limitó a robar dinero de la familia. Tardamos bastante tiempo en detectarlo; como le dije, es muy astuto —confirmó, mirando hacia el abogado y asentando con la cabeza—. Tomamos medidas disciplinarias con él, pero no sirvió de nada, la cosa fue a más. Le siguieron riñas continuas con los trabajadores de la finca, peleas callejeras y detenciones por pequeños trapicheos de drogas. Estuve sometida a una presión insoportable, ¿me comprende?

La mirada del abogado se había clavado en los rojizos y lluviosos ojos de Aurora. A través de ellos observaba el sufrimiento de una madre por su hijo y el sacrificio invertido con tanto amor.

—Fabio se aprovechó del apellido familiar, lo deshonró e hizo zarandear todo lo que sus antepasados habían cosechado con tanto trabajo y dedicación —se lamentó, recordando la figura de su abuelo—. Las puertas se nos iban cerrando una a una, causándonos rabia e impotencia. Las discusiones eran continuas, hasta que una mañana de hace tres años, mi papá no se levantó. Tenía ochenta y un años y una salud de hierro. Murió en su lecho mientras dormía.

»Tres días más tarde vino a verme el médico, un amigo de la familia, y me informó que la muerte no había sido natural, sino por asfixia. Alguien le había bloqueado el cuello. No hacía falta indagar

mucho para saber que el bandido de mi hijo, y no me avergüenzo de llamarlo así, créame, el bandido de Fabio había asesinado a su abuelo —afirmó, con los puños cerrados—. Él lo negó, pero lo detuvieron por ser el principal sospechoso. En la habitación de su abuelo encontraron sus huellas en las gafas del anciano y en los barrotes metálicos del cabecero. Fue la última vez que protegí a mi hijo. Y me pregunto una y otra vez qué hice yo para merecer esto.

Aurora se mostraba triste y angustiada, la delataba su lágrima fácil. La conversación había llegado a su punto álgido y el experimentado abogado lo sabía. Sin dejar tiempo a que se enfriara, Gerónimo volvió a tomar la palabra.

—¿Cuándo tuvo contacto por última vez con Fabio?

Ella captó a dónde quería llegar el abogado con la pregunta, observó la perspicacia de aquel señor. Decidió que iba a ofrecerle lo que quería saber, no tenía nada que perder.

—Logré que lo absolvieran del asesinato de su abuelo y mantuve una charla profunda con él, le dejé las cosas bien claras. En primer lugar, le dije que no quería verlo nunca más en mi vida. En segundo, que ya estaba desheredado y se olvidara de pensar en obtener un solo peso mío. Y la tercera fue que «chivo que rompe tambor, con su pellejo paga».

—Esto fue hace tres años, ¿verdad?

—Si, cierto, aunque no quedó ahí la cosa. Durante un año se presentó aquí en tres ocasiones y telefoneó otras tantas. Necesitaba dinero. Se había convertido en un delincuente de poca monta, pero conflictivo. Temí por mi integridad y la de mi gente, así que lo denuncié cada vez que apareció por aquí. Cuando lo miré a la cara y le dije que para mí estaba muerto, le cambió el rostro y, a partir de ahí, no volví a saber más de él.

Llevaban una hora de tertulia, se acercaba la hora del almuerzo y Gerónimo no quería marcharse de tan precioso patio sin tomar la cuarta copa de ron y de paso encontrar respuesta a la pregunta que lo había motivado a viajar hasta allí.

—Doña Aurora, llegados a este punto, deseo informarle de que han detenido a un muchacho con rasgos físicos semejantes a los de su hijo y se encuentra encarcelado en una celda de Combinado del Este. Las autoridades dieron por hecho y han confirmado que se trata de Fabio. Estuve ante él en dos ocasiones y vi su tristeza —informó a Aurora, mirándola a los ojos y esperando un gesto o reacción por su parte—. Y ahora quiero realizarle una pregunta, hoy vine exclusivamente porque deseo saber la respuesta de su propia voz. Entre usted y yo, ¿ese muchacho encerrado es en realidad Fabio Benítez Castro?

Aurora tomó aire y tragó saliva, entrelazó las manos mientras

hacía varias muecas con la nariz, pensativa e inquieta. Levantó las pestañas y se chocó contra la expectante y cercana mirada de Gerónimo Mendoza. Dudaba de si aquel señor era de fiar o no, incluso en pensamientos especuló la posibilidad de que llevara algún micrófono oculto. Abrió la boca en un amago por decir algo, pero volvió a cerrarla, se mostraba titubeante. Eran muchos los segundos de reposo y el abogado parecía deducir la respuesta. La situación se había vuelto tensa.

—Si no quiere contestar, no se preocupe, yo ya me marcho.

Gerónimo estaba levantándose del butacón cuando Aurora decidió expulsar toda su angustia.

—¡No! No es ese chico. Ese chico no es Fabio.

Al escuchar la afirmación de la señora, Gerónimo volvió a acomodarse. El sudor recorría la frente de Aurora; le faltaba el aliento y en un intento por retomar la normalidad, cerró los párpados entre sí y llenó los pulmones. No fue suficiente y una pequeña crisis de ansiedad comenzó a brotar. Gerónimo era consciente del episodio y corrió a abanicarla con un periódico donde, curiosamente, se exhibía la cara de Pablo en la portada.

—Respire, respire profundamente.

El abogado tomó su pañuelo bordado con las letras GM y lo sumergió en la fuente. Tras escurrirlo, lo apoyó en la nuca de Aurora mientras ella le cogía la mano en señal de gratitud. El aire regresó a sus pulmones y, en un par de minutos, la señora volvió a recobrar la plena cordura.

—Me hierve la sangre y se me acelera el pulso cuando pienso en el muchacho que detuvieron. Tengo la certeza de que no es Fabio. Una madre es capaz de identificar a su hijo, aunque su aspecto esté demacrado y lo hayan drogado. Vi las imágenes en la televisión, lo vi cuando estaba en la comisaría y también al entrar en prisión. Llevan varios días emitiéndolas. Lo veo a todas horas, incluso en la prensa. —Señaló al periódico que le servía de abanico—. Me avergüenzo de ello y siento mucha pena por él. No le engañaría si le digo que me gustaría que fuera Fabio quien estuviera preso, es un delincuente y también un asesino. Espero que todo se aclare pronto y que ese muchacho no padezca más.

Aurora acababa de darle a Gerónimo lo que había ido a buscar. Él no quiso forzarla más, pero tampoco podía marcharse sin preguntar una última cosa:

—¿Podría decirme cuál es el paradero actual de Fabio?

—No se imagina las ganas que tengo de saberlo. Para mí sería un bálsamo el lograr de una vez que cada cual esté donde le corresponde.

—Ha sido muy amable. Gracias por atenderme y la mantendré

informada.

—Siento no poder servirle de más ayuda.

Un fuerte apretón de manos puso fin a la amena charla. Gerónimo abandonó la finca con el objetivo cumplido y un puñado de habanos que la anfitriona le había ofrendado para el camino.

24

La primera jornada de ayuno fue seguida por otra. Durante ambos días no se escuchó nada en el módulo de Pablo, salvo la sirena de primera hora de la mañana. Nadie había entrado en su celda, ni siquiera para confirmar su estado de salud. Tenía hambre, sed y necesitaba un baño. Soñaba con que aquel último deseo llegara, pero hasta entonces no le había quedado más remedio que esperar.

Salió el sol en la mañana del jueves, 1 de agosto de 2013. Era el cuarto día que Pablo sobrevivía en aquella penitenciaría, donde las horas pasaban muy lentas y no había nada que hacer, ni siquiera podía disfrutar de una mísera y gratuita distracción como observar a través de la ventana. Estaba preocupado por el incidente del día anterior en el patio. No dejaba de pensar en las consecuencias que podía tener y eso le quitaba el sueño, no había dormido ni un solo minuto en toda la noche.

Acurrucado en el suelo en postura fetal, retomó el estado reflexivo. Lo había dejado aparcado a causa del tremendo agotamiento. Pensaba en qué sería de él si no se aclaraban las cosas. No se veía encerrado por mucho tiempo, pero le angustiaba lo invisible y, sobre todo, lo imprevisible, no era hombre de muchos sobresaltos. Dejó que sus pensamientos tomaran el control y fluyeran a sus anchas.

«Maldigo el día en que salí de casa. Pequé de aventurero, cuando no soy más que un inútil. Pero aquello era un malvivir y le prometí a Ruth cumplir su misión. Cuánto la echo de menos. Si estuviera aquí pondría firme a más de uno. Lo de ella sí que era carácter, no como yo, que mi único consuelo es esperar a que un abogado con aspecto de chiflado me tome las huellas. Pero, ¿y si no lo hace? ¿Y si me está engañando? Seguro que todo es una conspiración. No seas negativo Pablo, hostias. ¿Y si me intoxican? Al tío de enfrente tal vez lo asesinaron, quién sabe. O a lo mejor lo asfixiaron o lo dejaron morir de hambre. Joder, ¿y si enfermó? A ver, ¿quién iba a venir a verlo si ni siquiera podía avisar? Y, de todos modos, si la consulta médica es el chiringuito donde me hicieron las fotos, vamos apañados. Es posible que el vecino se viera tentado a quitarse la vida, no me extraña. A saber cuánto tiempo

llevaba aislado. ¿Y cómo puede matarse uno aquí dentro? Deja de pensar en eso, Pablo. Queremos vivir, ¿verdad? Sí, eso creo, ¿o no?».

Poseído por las voces que le invadían el cerebro, temía enloquecer. En alguna ocasión escuchó que las personas internadas en las prisiones solían padecer trastornos mentales.

«Hay que tener fe, Pablo. Hay que tener fe. Sí ¿pero fe en qué o en quién? ¿En Mauricio Fuentes? Si esto es un trato de favor, yo soy el mismísimo Tom Cruise. Es decepcionante. Seguro que no tienen a los presos aislados por mucho tiempo, si no, uno acabaría loco. Agua, quiero agua, ahora me ahogaría en una piscina fresquita. ¡Cállate y deja de decir tonterías! Tienes que comer, el hambre tarde o temprano te va a perseguir; eso es lo importante. Si no comes, enfermas y te mueres. ¿Cuándo pensarán darme de comer? Aunque solo sea un arroz con tropezones, como el que me trajeron el otro día. Aquí uno deja de ser escrupuloso por narices. Mira esa araña, es mi única amiga, al menos me entretengo buscándola y viendo cómo camina. ¿Y qué pasará si me quedo aquí para siempre? Me volveré un tarado mental que dibujará rayitas en las paredes y moverá la cabeza de arriba abajo sin cesar. Cuando la demencia se apodere de mí, olvidaré quién soy. Deja de decir gilipolleces, Pablo. Estoy aquí más solo que la una, es verdad, pero todavía ando cuerdo. Impotente, castigado, desolado, ridículo y hambriento, pero cuerdo. Eso es lo importante, ¿a que sí?».

Continuó filosofando sobre la triste y dura vida en la prisión, donde se vive instalado en un perpetuo estado de anhelo. Se preguntaba quién concibe la vida estando condenado y encerrado en un aislado antro, donde el único pasatiempo es deambular entre las huellas mentales de uno mismo y sin más salida que coexistir junto al vacío. Carecía de altavoz y de nada le servía el intento de implorar compasión, se veía con el habla mutilada mientras su estancia parecía eternizarse.

«Dios, ¿por qué? ¿Por qué me haces pasar por esto? ¿No es suficiente martirio el enviudar y despedirme de mi mayor punto de apoyo, que además me castigas a envejecer en un antro inhumano como este? Me siento como un bicho despreciable, ¿sabes? ¿Dónde quedan mis buenas obras? Y ahora, dime, ¿a quién he hecho yo daño? ¿A quién he robado o matado? ¿No hay una vacante para mí en un lugar más oscuro y solitario que este?».

Pablo estaba encogido en la esquina de la celda, desconsolado. Al fin, rompió a llorar. Era el único desahogo que le quedaba. Su raciocinio había sido invadido por unas interferencias que lo alejaban de la serenidad. Le atormentaba la idea de vivir perdido en el limbo.

Se avecinaba el mediodía, cuando alguien abrió la ventanita de la puerta y dejó caer dos plátanos y una botella de agua. Aquel gesto fue como haber ganado el premio gordo de la lotería. Pablo recuperó la tranquilidad al comprobar que aún contaban con él.

Para entonces, había retomado el aplomo y mataba el tiempo con cosas alegres; bien cantando para sus adentros, citando diálogos de películas o haciendo memoria de los tipos de minerales que había limpiado y catalogado en el Museo Geominero.

A las cinco de la tarde y por sorpresa, recibió una visita. El funcionario llegó sonriente, algo de agradecer en aquel inhóspito lugar. Tras él apareció el mismísimo Mauricio Fuentes que, con actitud dominante y cierto menosprecio, observaba a Pablo, que vaticinaba una visita nada cortés. Una vez de pie, lo esposaron. El joven preso esperaba tener una oportunidad a solas con el jefe de la prisión para recordarle que debían hacerle la prueba de la huella dactilar; hasta que llegara el momento se limitó a seguir el paso. El recorrido fue diferente al de días atrás. Caminaron por nuevos pasillos hasta frenarse en una sala oscura. Tras encender los focos, Pablo se encontró frente a una pared con grifos en el techo y un banco apoyado al otro lado.

—Tienes diez minutos para bañarte —informó uno de los guardias.

Pablo acababa de toparse por sorpresa con un oasis en medio del desierto. Tras percibir el golpe de la puerta encajándose con el marco, una agradable sensación de alivio le recorrió el cuerpo. Había soñado con agua y libertad, incluso tuvo alucinaciones en las que varias cascadas como colas de caballo rompían en su pecho. Tal vez aquel vestuario con barra libre de agua fuera lo más parecido al paraíso. Presagiaba que en aquella prisión no había un rincón mejor, al menos hasta el momento. Con las manos liberadas, se pellizcó el brazo para cerciorarse de que todo era real y, con premura, se despojó de las ropas sudadas, manchadas y llenas de bacterias que habían cubierto su cuerpo durante cinco días. Desnudo y con el ansia de un niño ante una golosina, alcanzó las duchas. Fue abriendo uno a uno los siete caños. Pensó que era un sacrilegio desperdiciar la oportunidad de ver caer agua por todos lados. El regalo era tan grande que olvidó que se encontraba recluido en una prisión. Apoyó los antebrazos en la pared, agachó la nuca y dejó que el agua regara su escuálido cuerpo.

—Esto es mejor que un balneario —expresó al sentir caer el agua de forma violenta por su rostro.

Frotó el cuerpo entero, dejándose llevar por la sensación de bienestar y relajación que el agua le estaba regalando. Los poros de la piel se abrieron como girasoles y un escalofrío fue descendiendo

por la sien hacia su torso y continuó hasta culminar en una súbita excitación incontrolable que lo alzó hasta el mismísimo éxtasis. No recordaba cuándo fue la última vez que sintió tanto placer. Creó una atmósfera imaginaria y esbozó varias carcajadas. Sentía la necesidad de desahogarse, chillar y llorar. Miró hacia arriba y le pareció un milagro ver caer el agua desde el techo cuando minutos antes había estado rodeado de oscuridad, insectos y olores repulsivos.

El placentero clímax se vino abajo cuando apareció el simpático funcionario para dejarle una toalla y ropa limpia encima del taburete.

—Ve acabando —le ordenó.

Pablo trataba de saborear las últimas gotas y apenas aguantó un minuto más bajo el diluvio. Comenzó a vestirse, pues en ningún caso deseaba enfadar a Mauricio. Se sentía relajado e incluso había retomado el humor. Al comprobar su nueva indumentaria, agradeció que la camisa fuera de manga corta.

Aparecieron dos funcionarios, esposaron a Pablo y lo acompañaron hasta un pequeño despacho. Lo primero que llamó su atención fue la gran ventana desde la que se podía divisar el patio central, donde gran parte de los reclusos pasaban horas a la intemperie. Mirando a través de ella y bajo un retrato de Fidel Castro, estaba Mauricio Fuentes, el jefe de la prisión. Al escucharlos entrar, observó al preso y lo invitó a tomar asiento mientras se prendía un habano. El español obedeció y dudó si preguntar sin tapujos por la prueba de la huella dactilar, pero no quiso tentar a la suerte y optó por ser precavido y esperar a que el mandamás mostrara sus cartas.

—Se habla mucho de usted ahí fuera —advirtió, señalando hacia el cristal para justo después dirigirse a los guardias—. Señores, déjennos solos.

Los funcionarios obedecieron la orden y pasaron a montar guardia en el exterior de la sala. Mauricio se dirigió a un pequeño mueble esquinero, abrió la puerta y extrajo dos vasos y una botella de ron producido en la destilería de un pariente de Cienfuegos.

—Tómese un trago.

Pablo sabía que debía aprovechar la ocasión de estar cara a cara con Mauricio y que tal vez no volvería a repetirse, así que se animó a preguntarle.

—Señor Fuentes…

Pablo tomó una pausa para ver cómo reaccionaba Mauricio, que alzó la barbilla dándole su consentimiento.

—El abogado me dijo que iban a tomarme las huellas dactilares para comprobar mi verdadera identidad. De esto hace cinco días.

Tras aquellas palabras, un mutismo súbito se apoderó del despacho. Mauricio se concentró con mimo en el puro que sostenía en la mano derecha, lo acariciaba y se recreaba girándolo con un sosiego de esos que irritan. Se encontraba absorto poniendo en orden sus pensamientos y cavilando las opciones; tenía que tomar una decisión. Al fin encontró una salida al dilema y, emanando un tenue suspiro, volvió a mirar a Pablo.

—Tiene razón. Según parece, usted admite ser español y su abogado está haciendo gestiones con su embajada. Esperan la visita de un especialista que vendrá con un equipo informático para tomarle huellas y muestras de adn para así demostrar su verdadera identidad.

Pablo quedó encandilado con lo que acababa de escuchar; era música para sus oídos y la guinda tras la estupenda ducha de la que había disfrutado.

Mauricio recibía órdenes del capitán Morales y formaba parte del plan trazado en los despachos para hacer pasar a Pablo por Fabio Benítez. La misión de Mauricio era mantenerlo oculto en la prisión. En el pacto con los superiores no estaba definido cuánto tiempo debía retenerlo en cautiverio, pero estaba preocupado porque el resto de la prisión se había alterado con la presencia de aquel rehén.

—Verá usted —continuó Mauricio—, hemos pensado en trasladarlo a otro pabellón. Allí gozará de más higiene y mejor comida. Mientras tanto, esperaremos a que se aclare todo este enigma, ¿qué le parece?

Pablo pensó en levantarse de la silla y comerse a besos a aquel señor. Hasta el momento, era una tarde cargada de alegrías y no podía contener la euforia.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor. Estos días han sido muy duros para mí y estoy muy contento de escuchar sus noticias. Muchísimas gracias, se lo digo de todo corazón —admitió sin disimular su entusiasmo.

—Muy bien, ahora lo llevarán al patio para que tome el aire mientras preparamos una celda en otro sector. Espero que pronto tengamos buenas noticias de su abogado.

Mauricio se levantó en dirección a la entrada, salió de la estancia y, al poco, regresó con dos funcionarios.

—Estos agentes lo custodiarán en todo momento, serán su sombra.

El español desbordaba la euforia en su fuero interno, pero tuvo que retener la emoción y guardársela para sí porque le debía respeto a aquel señor, así que solo le dedicó una sonrisa.

Al salir escoltado de la sala, escuchó a Mauricio decirle:

—Fabio. —Al escuchar aquel nombre, Pablo se quedó paralizado, no sabía qué hacer, pero en última estancia decidió girarse—. No se olvide de la primera norma y condición que tenemos, ¿oído?

Aquel precepto era el de silencio absoluto. Pablo lo tenía grabado a fuego y, en señal de conformidad, le guiñó el ojo.

25

Pablo caminaba a ciegas por los pasillos del edificio. Lo escoltaban dos agentes que parecían no tener prisa, sus andares exhibían la lentitud y pasividad que reinaba en el establecimiento penitenciario. Sus aspectos triviales y descuidados reflejaban el desgaste producido por trabajar en contacto directo con presos. Como era costumbre en aquel lugar, el paseo concluyó ante una puerta de barrotes metálicos, custodiada por un robusto candado de seguridad. A través de ella se divisaba el patio principal del correccional, equipado con varias canchas de vóleibol y baloncesto; estaba desértico. Al fondo había un par de alambradas y varias garitas de seguridad donde los agentes hacían guardia y controlaban todo lo que sucedía en el recinto.

La inquietud del vulnerable preso se amplificó tras percibir algo extraño en los gestos y la actitud de los agentes. Una vez superada la barrera de seguridad, lo desposaron y acompañaron hasta un banco desgastado y cobijado a la sombra, donde Pablo tomó asiento. Los funcionarios regresaron a la puerta y cortaron el paso, encerrándolo bajo llave y desapareciendo como fantasmas. Pablo quedó olvidado en el gélido asiento de piedra, sin comprender qué hacía ahí, abandonado en el despoblado patio de la prisión, sin propósito alguno y, lo más preocupante, sin un escolta que lo custodiara.

Rondaban las seis de la tarde cuando escuchó una sirena que provenía del interior de los edificios colindantes. Desde el banco, se fijó en la garita ubicada a unos cien metros de distancia de él, justo en el lado opuesto. Un soldado uniformado y armado con un rifle lo miraba con unos prismáticos. Pablo hizo un barrido visual para averiguar si el resto de controles estaban habitados y se asustó cuando comprobó que aquel militar era el único ser armado y legitimado para protegerlo ante un posible altercado.

No le dio tiempo a inspeccionar más cosas porque se vio sorprendido por un barullo procedente del lado este. Se abrieron unos accesos y, como si fueran las diez de la mañana del primer día de rebajas, decenas de presos con aspectos variopintos fueron esparciéndose en desorden por todo el recinto, unos a practicar

deporte en las canchas y otros a sus habituales lugares de recreo.

Pablo aguardaba encogido en un extremo del patio; quería pasar desapercibido, pero sin ser consciente estaba llamando la atención. El resto de reclusos vestían con bermudas o pantalón corto y muchos de ellos iban con el pecho al aire. Con su pantalón largo y la camisa de manga corta de color gris, era sencillo adivinar que Pablo era un nuevo recluso, algo que levantó la curiosidad en aquel lugar. Algunos presos desfilaron ante él observándolo sin disimulo, hasta que un hombre cercano a los cuarenta y con el rostro envejecido se quedó mirándolo. Lucía un pelo tintado de rubio irisé con reflejos violetas y un top femenino a juego. Sonrió a Pablo, que se sintió intimidado y se puso nervioso, sin comprender lo que estaba sucediendo. Miró hacia atrás, buscando a los guardias que en teoría debían de estar ahí, custodiándolo.

El rubio amanerado se acomodó a su lado, cruzando las piernas y ajustándose unas gafas de sol con cristales de color rojo carmín.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad?

El español tenía muy presente que debía retener sus palabras y, buscando que aquella persona lo dejara en paz por la vía rápida, le lanzó una mirada envenenada.

—¿Cuál es tu nombre, amigo?

La insistencia de aquel hombre le comía los nervios y, apretando los dientes como una mordaza, aguantó unos segundos callado hasta que su nuevo acompañante volvió a preguntar.

—¿Te ha comido la lengua un gato?

A Pablo no le importaba conversar con el extraño, pero no en aquel lugar carente de intimidad y rodeado de peligros. Había mucho en juego y optó por levantarse y regresar a la puerta por la que antes había entrado. Se arrimó a las rejas y miró por entre ellas, tratando de ver pasar a alguien. No tuvo éxito. Miró a su alrededor en busca de algún funcionario, pero no había ninguno en aquel patio. A lo lejos, el vigilante de la torre de control seguía observándolo impasible a través de los prismáticos.

De reojo, Pablo se percató de que dos reclusos se fijaban demasiado en él. Uno señalaba con el dedo índice hacia él y, al ver que le devolvía la mirada, levantó la palma hasta la altura del hombro. Aquel gesto no hizo otra cosa que incomodarlo todavía más. Volvió a mirar hacia los barrotes y, aunque lo tenía prohibido, emitió un chillido en una búsqueda desesperada por llamar la atención de algún funcionario.

—¡Oigan! ¡Oficiales! —gritó lo más fuerte que pudo sin obtener respuesta.

Sin tiempo para pestañear, advirtió la presencia de alguien a sus espaldas; eran los dos presos que unos segundos antes cuchicheaban

a lo lejos. Los miró, asustado: llevaban la cabeza afeitada, barba de un mes y aparentaban más edad de la que tenían. Mientras uno vigilaba el entorno controlando que nadie sospechara de aquel acercamiento, el otro, con la nariz de boxeador y aspecto de fugitivo, enfocó la mirada al rostro de Pablo, buscando una cicatriz.

—¡Chete! ¡Cuánto tiempo, amigo! —irrumpió con saludo enfático a Pablo, que maldecía haber nacido.

Chete era el mote que perseguía a Fabio Benítez desde la infancia y su círculo más cercano solía llamarlo así. Pablo no medió gesto ni palabra alguna; estaba asustado y sentía que las piernas le temblaban. Aquellas personas eran viejos camaradas de Fabio, hacía unos años que trabajaron juntos transportando hachís a la isla. Al ver que Pablo no se inmutaba, el preso con aspecto de sicario dejó de sonreír y pensó en lo mucho que Fabio había cambiado. Miró hacia los brazos de Pablo, donde debía estar tatuada la figura de Cachita, como llaman cariñosamente a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba. Y encontró lo que no quería imaginar, los brazos estaban desnudos y no existían tatuajes.

—Tú no eres Fabio, ¿verdad? —le susurró al oído en un tono desafiante que intimidaría hasta al mismísimo diablo.

Pablo sudaba a grifo abierto. Tenía prohibido hablar y debía cumplir la orden, pero a la vez se encontraba en una situación delicada. La presión extrema y el miedo obstruían su capacidad de evaluar y razonar. Se vio acorralado y, tras encoger los hombros y tomar aire, le dijo con voz baja:

—No, no lo soy. Ha habido un malentendido.

Tras escuchar aquella afirmación, el recluso con pinta de matón dio un paso atrás. Aquella primicia era una buena noticia para él, acababa de averiguar que su amigo Fabio estaba en libertad y que, por cualquier circunstancia, habían colado en su lugar a un hombre que parecía su doble. Agarró a su camarada por el hombro y se alejaron.

Pablo respiró aliviado; al menos lo habían dejado en paz. Un río de sudor fluía por su cara y bajaba hacia el cuello. Se desabrochó varios botones. Quería huir, esconderse e incluso llegó a añorar el volver a la celda de los días previos.

Sin ningún funcionario a su lado, continuaba solo y desprotegido de aquellos presos. Era consciente de que muchos de ellos ansiaban el tener a Fabio entre las manos y que tarde o temprano aquellos dos se chivarían y vendrían a por él, así que el tiempo corría en su contra. Percibía cómo muchos otros lo observaban; tal vez fuera manía suya, pero todos le devolvían la mirada. Tenía que hacer algo y de forma urgente. Caviló la posibilidad de llegar al otro extremo, justo delante del oficial que lo vigilaba con los prismáticos, donde

tendría más posibilidades de ser visto en caso de que alguien lo acosara. No lo pensó dos veces y arrancó el paso con la cabeza gacha, haciéndose el despistado. Podría bordear el patio, pero deseaba llegar cuanto antes al otro extremo y decidió cruzar en línea recta, entre dos pistas de baloncesto.

Al mismo tiempo, la pareja de matones con los que había hablado antes sabían que, si se chivaban al jefe del Consejo, se ganarían su confianza. El Consejo era un grupo de presos con poder y privilegios en la prisión, que se encargaban de imponer orden, aunque solían moverse por intereses personales. Tras escucharlos, el cabecilla se frotó las manos, seguro de que la primicia daría carnaza a algunos presos con muchas ganas de coger a Fabio por banda.

Pablo caminaba mirando al suelo con paso ligero hasta que se topó de frente con alguien. Intentó esquivarlo, pero el otro le cerró el paso. No tenía más opción que frenarse y alzar la cabeza. Ante él se había plantado un hombre de mediana edad, alto, con la musculatura marcada y el pelo largo recogido en una coleta. Debía de ser el único en toda la cárcel con el privilegio de llevar el pelo largo. Su mirada era desafiante y llamaba la atención el bigote oscuro y difuminado en el centro por un amarillo tabaco. Vestía una camiseta blanca de tirantes y lucía varios tatuajes por los brazos y cuello. Se trataba de Jorge Luis Rivas, a quien todos llamaban Dogo, un mote inspirado en la raza canina dogo argentino, perro de presa con coraje, valentía y nobleza.

Dogo cumplía condena por culpa de una mala jugada que Fabio le había hecho siete años atrás y había jurado ante todo el mundo y la mismísima Virgen Cachita que mataría a Fabio con sus propias manos por traicionarlo.

—¿Te has perdido, Chete? —preguntó al recluso español, que encorvaba el cuerpo en claro gesto de rendición.

Pablo desconocía quién era ese individuo, pero por la fuerza con la que apretaba los puños, dedujo que aquel encuentro no iba a terminar bien. Desesperado, miró alrededor buscando algún guardia que lo auxiliara, pero se vio en el centro de un círculo formado por unos doce presos que le dedicaban burlas e insultos.

—Verás —prosiguió Dogo—, recé a la Virgencita para que pusiera aquí delante tu carita de traidor. He soñado con este momento durante siete malditos años y hoy voy a propinarte tu merecido, hijo de puta.

Pablo estaba tan asustado, que se orinó encima. Parecía un púgil maniatado. Aquel gigante le sacaba dos palmos. Sin perder más tiempo, Dogo armó el brazo derecho y con potencia dirigió la mano abierta hasta el cuello de Pablo. Lo cogió con fuerza y lo arrastró cuatro metros hasta llegar a una canasta de baloncesto. Apoyó la

espalda del español contra ella y, sosteniéndolo del cuello, estiró el brazo hasta alzarlo sesenta centímetros del suelo. Pretendía que todo el mundo viera aquella acción. El pobre Pablo agitaba las piernas de forma descontrolada mientras sus manos trataban de aflojar los enormes dedos que lo estaban asfixiando. Sin fuerzas para defenderse, era consciente de que iba a morir y de que aquellas serían sus últimas imágenes.

Treinta eternos segundos trascurrieron mientras estuvo suspendido en el aire, hasta que el bruto de Dogo lo lanzó contra el suelo como a una peonza; su cabeza rebotó varias veces y perdió la conciencia. En la frente se le abrió una imponente herida de la que brotaba sangre a pequeños impulsos, cubriendo toda su cara. En lugar de apaciguarse la escena, el gesto de rabia del líder del Consejo contagió al grupo de fieles, que arremetieron con patadas sobre el cuerpo de Pablo. Algunos saltaron sobre él y otros le escupieron. Aquel horrible linchamiento violaba cualquier derecho humano.

Tras pasar un minuto de vejación, un agente disparó al cielo desde su garita y los presos se dispersaron con agilidad, dejando a la luz al moribundo. Una veintena de efectivos se presentaron con porras en las manos. Cuatro de ellos cogieron al malherido por los brazos y las piernas, y lo llevaron a cuestas hacia dentro del edificio. Pablo estaba perdiendo mucha sangre e iba dejando rastro por el suelo del patio. Unas sirenas dieron por finalizada la hora de sol y todos los reclusos regresaron a sus celdas.

El cuerpo del español yacía recostado en la camilla de la improvisada sala de urgencias, un pequeño y descuidado lugar donde el doctor Carreras pasaba consulta y a dónde se dirigía con paso despreocupado. Una vez se presentó ante el paciente, tomó unas gasas y al descubrir el rostro que se posaba ante él, se conmovió. No era un preso cualquiera, sino Fabio Benítez. Intuyó que alguien habría cometido la imprudencia de mezclarlo con el resto. Desde el momento en que se enteró de que aquel preso no era quien todo el mundo pensaba, no logró quitarse el caso de la cabeza. Estaba cansado de vivir tantas injusticias y de acabar siendo un cómplice involuntario.

Hacía años que el médico había perdido la ilusión por su profesión. La política de la prisión, la escasez de medios y medicamentos, así como las órdenes de sus superiores, castraron el entusiasmo con el que había comenzado en su juventud. Su quehacer diario era muy monótono y la vocación de antaño quedó secuestrada mucho tiempo atrás, pero algo se acababa de remover con intensidad en sus entrañas. Era muy duro comprobar cómo una persona injustamente condenada acababa de ser víctima de aquella

brutal paliza. La adrenalina comenzó a correr veloz por sus venas y activó unos sentidos que despertaron como lo hacía Popeye tras ingerir sus espinacas. Estaba convencido y dispuesto a cumplir con su cometido y hacer todo lo posible por ofrecer una nueva oportunidad a aquel muchacho.

Era consciente de la precariedad de los medios hospitalarios de la prisión, pero los años de práctica como cirujano y los conocimientos adquiridos en multitud de seminarios lo animaron a tomar las riendas. No había tiempo para trasladarlo a ningún otro lugar, porque no llegaría con vida.

El Hospital Nacional de Reclusos de Combinado del Este formaba parte del complejo. Era un edificio colindante con capacidad para sesenta camas y contaba con una sala de quirófano, aunque escaso personal y recursos. Sin despegar la vista de Pablo, el doctor organizó a los seis funcionarios que lo acompañaban en la sala.

—Vosotros dos, avisad al hospital. Decidles que preparen el salón de operaciones con todo el personal disponible. Es urgente, vamos chicos.

A la vez que dio la orden, sus manos cogieron un puñado de gasas con las que presionó la enorme brecha que el paciente tenía en la frente, tratando de controlar la hemorragia.

—Y, vosotros, abrid paso. Hay que trasladarlo al hospital sin perder ni un minuto más. —Otros dos salieron corriendo del consultorio para descorrer los cerrojos.

Al desabrochar los botones de la camisa, el doctor apreció contusiones por todo el cuerpo de Pablo. Tal como sospechaba, constató que la situación del herido era muy crítica. Le tomó el pulso; era muy débil, aunque el corazón latía veloz a causa de alguna hemorragia interna. Auguraba que tendría varios órganos dañados, pero lo que más le preocupaba eran las posibles heridas craneales.

Abandonaron el consultorio empujando la camilla a toda velocidad por los pasillos del pabellón. Las puertas ya estaban abiertas y en apenas tres minutos llegaron a la sala de operaciones. El personal médico presente aquel día se había movilizado para asistir al doctor; lo formaban dos enfermeras, un médico en prácticas y varios voluntarios polivalentes. Tras la carrera, el doctor se cambió de vestimenta y trató de recuperar el aliento. Por primera vez desde hacía años, se santiguó pidiendo un milagro para aquel muchacho. No disponía de más tiempo para oraciones; a partir de ahí, Pablo estaba sus manos y a merced de que en esta ocasión recibiera alguna ayuda divina.

26

Mientras Pablo se debatía entre la vida y la muerte, tomaba tierra el avión que retornaba a Tino el Bambino a Madrid. Tras haber actuado con su espectáculo humorístico en La Habana y en los resorts de Varadero, regresaba a su país, conmocionado por los sucesos que habían rodeado a Pablo. Desde la última vez que hablaron en La Bodeguita del Medio, estuvo siguiendo su captura a través de los medios de comunicación, la multitudinaria rueda de prensa y la posterior entrada en prisión del que para él consideraba ya su nuevo amigo.

Durante el vuelo estuvo mudo y pensativo, algo inusual en él. Con su sentido del humor guardado en la maleta, no estaba con ánimos para contar chistes. Hacía mucho tiempo que no mostraba una imagen tan abatida. Le parecía tan confuso todo lo que envolvía a la figura de Pablo, que no podía sucumbir a quedarse de manos cruzadas. Se preguntaba una y otra vez qué podría hacer para ayudar al pobre muchacho.

En el vuelo de ida, Pablo comentó que vivía en Madrid y no tenía familia. Luego mantuvieron una interesante conversación en la que el humorista enumeró las salas de espectáculos en las que había actuado y donde Pablo mencionó la sala Berlanga, un recinto cultural ubicado en su barrio. Tino titubeó sobre el asunto; dudaba si olvidar lo sucedido y continuar con su vida. Era un hombre que siempre había promulgado un ímpetu detractor de las injusticias. Tras madurarlo a conciencia, se armó de ánimos para presentarse en aquel barrio.

El vuelo fue agotador y el *jet lag* siempre lo dejaba debilitado. Una vez repuesto y acicalado, salió del hotel tras haber comido sin ganas, pese a ser un glotón recalcitrante. Eran cerca de las cuatro y la tarde estaba como él, oscura e insulsa. Tampoco tenía ganas de caminar ni sabía bien a dónde dirigirse, así que se aproximó a una pequeña parada de taxis y se subió en uno.

—Buenas tardes. A la sala Berlanga, por favor.

—Muy bien.

Un taxista joven con apariencia de intelectual conducía el vehículo. Por los altavoces una voz hablaba sobre Mesopotamia, el

Imperio Paleobabilónico y de cómo unas tablillas de arcilla cruda habían resistido al paso del tiempo. Escuchar aquel discurso histórico estaba adormilando a Tino y, consciente de ello, dudó si pedirle al joven que pausara la reproducción. Decidió obviarlo y perderse en sus pensamientos.

«¿Qué voy a hacer cuando baje del coche? ¿A dónde voy? ¿A quién me dirijo? —se preguntaba en silencio—. Lo más lógico sería presentarme en una comisaría de policía, sin dar más rodeos».

Su estancia en el taxi se eternizaba al seguir escuchando la voz ronca y pausada que ahora explicaba el valor histórico de los textos escritos en cuneiforme hallados en unos yacimientos arqueológicos en la zona donde habitó la civilización sumeria. El cansancio, Pablo, la preocupación, Sargón II y el cielo aciago eran asuntos que estaban cortocircuitando su espesa memoria y se vio obligado a poner calma.

—Caballero, perdone.

—¿Sí?

—¿Podría apagar la radio? Quiero preguntarle algo.

El taxista desconectó la grabación justo cuando el locutor indagaba en las lenguas indoeuropea y la semítica. El joven miró a Tino por el retrovisor.

—Lo siento, señor. Soy estudiante de Historia y he dejado para septiembre la asignatura que trata sobre el Neolítico.

—No pasa nada. ¿Sabe usted si hay una comisaría de policía cerca de la sala Berlanga?

—Déjeme ver. —Buscó en un navegador—. La más próxima es la Comisaría de Policía Nacional distrito Chamberí. Le coge un tanto lejos a pie, una media hora.

Tino valoraba qué hacer: no imaginaba el ir por la calle preguntando a todo el mundo si sabían algo de un muchacho escuchimizado llamado Pablo, que andaba sumido en una depresión y la semana anterior había viajado a Cuba. No eran datos precisos y Madrid era enorme. A la espera de una nueva orden, el taxista prosiguió con el trayecto inicial; faltaba poco para llegar.

—Cambiamos de plan —intervino Tino, decisivo—. Lléveme a la comisaría. Anoche me robaron el teléfono móvil y voy a poner una denuncia. ¡Cuánto quinqui hay en el metro!

Había decidido ir cuanto antes a la policía y contarles todo lo que sabía. Por el camino intercambiaron opiniones sobre la delincuencia juvenil y lo permisivas que eran las leyes con los pequeños hurtos. Una vez en el destino, pagó la carrera y se despidió del agradable chófer.

—Que tenga mucha suerte en septiembre y lleve cuidado no vaya a subirse a su taxi algún bárbaro acadio y le hable en hurrita-

uratiano.

—Muchas gracias. Y usted que recupere su móvil. Adiós.

Al ver la lluvia caer con intensidad, Tino se alegró de no haber ido caminando hasta allí. En la entrada de la comisaría había un pequeño *hall* presidido por un oficial de pie y varias personas sentadas en un banco de madera. El policía lo miró animándolo a presentarse, pero Tino parecía dubitativo y decidió sonreír, tratando de transmitir confianza. Cuando estuvo a medio metro, se presentó.

—Hola, muy buenas. Me llamo Tino y quería hablar con algún responsable. Se trata de algo… llamémosle delicado.

—Disculpe, caballero, debe esperar su turno para denunciar, como aquellas personas. —Señaló a dos parejas que aguardaban la vez con paciencia.

—No me he explicado bien. No quiero denunciar nada ni a nadie. Estoy aquí porque un compatriota español ha viajado a Cuba, lo han confundido con un importante terrorista y ahora mismo se encuentra encarcelado. Yo he sido testigo de parte de lo ocurrido, ¿me entiende mejor ahora?

El policía, un recién graduado que cumplía su primera suplencia vacacional en el cuerpo, ignoraba qué hacer o a quién delegar y decidió consultar con su compañero que tomaba declaración en la sala de denuncias. Este le aconsejó avisar al capitán Torres, que interrumpió un informe para atender a aquel misterioso señor con una historia de apariencia inverosímil.

—Soy el capitán Manuel Torres, ¿usted es?

—Constantino.

—Acompáñeme.

Tomaron una escalera que llevaba a las oficinas. El policía le cedió el paso y ambos se sentaron uno frente al otro. Cogió un bolígrafo y un folio pulcro donde en la parte superior comandaba el escudo del cuerpo. Anotó la fecha, la hora y el nombre del declarante. Una vez estuvo rellenado, apoyó los codos en la mesa, cruzó los dedos y, con la esperanza de no estar perdiendo el tiempo, dio paso a Tino.

—Por favor, comience de forma clara y ordenada con los hechos. Soy todo oídos.

—Gracias. Verá, soy cómico y suelo viajar a Cuba a realizar *shows*. El viernes de la semana pasada tomé un avión en Barajas hasta La Habana. Viajaba solo y, como podrá comprobar, tengo mucho nervio, así que no puedo estar callado y suelo aprovechar para hablar con el primero que se presenta. Bueno, sigo. La cuestión es que a mi lado se sentó un chico de unos treinta y tantos años, con aspecto triste. Estaba muy delgado, cabizbajo y olía un poco mal. El tema es que me dio un poco de pena y decidí animarle el vuelo. Soy

humorista profesional y no me costó nada captar su atención. Él no habló nada, tan solo me dijo que vivía solo y que no le quedaba familia. Presentí que había sufrido algún golpe duro, de tipo amoroso, laboral o incluso ambos a la vez. Le conté chistes y también lo invité a tomar un trago en el avión. Por cierto, hablando de beber, ¿no tendrá usted una botellita de agua? Tengo la boca muy seca.

El capitán dejó de tomar notas y salió al pasillo. Al poco regresó con agua y un refresco de cola, necesitaba azúcar en el cuerpo para seguir con atención a Tino, que volvía a sentirse con confianza y se envalentonó.

—Gracias, señor. Pues me dijo que su destino era la ciudad de Nuevitas. Allí iba a visitar a una amiga de su mujer, pero aprovecharía para hacer un poco de turismo por La Habana. Como soy tan abierto, lo invité a quedar y así poder enseñarle la ciudad.

—Perdone.

El capitán se estaba perdiendo, Tino hablaba a más velocidad de lo que él interiorizaba la información y tomaba notas.

—¿Cómo dice que se llama ese hombre?

—Ah, sí. Se llama Pablo. Desconozco los apellidos.

—Poca ayuda.

—Ya lo sé, pero déjeme seguir y comprenderá a dónde quiero llegar. Cuando salimos del aeropuerto, al ver que tan solo llevaba una minúscula mochila, lo invité a llevarlo al centro en mi coche y aceptó. Una vez allí, nos despedimos y se marchó hacia su hotel. Lo fuerte vino a la mañana siguiente cuando unos agentes de policía cubanos…

—¡Un momento!

La voz contundente e invulnerable de Torres lo hizo enmudecer.

—A ver, caballero. Antes de proseguir con su historia, ¿podría decirme por qué razón ha venido usted precisamente a esta comisaría para contar algo que ha sucedido en Cuba?

—Muy fácil. Porque Pablo me dijo que este era su barrio, creo que se llama Chamberí, y que vivía cerca de la sala Berlanga.

El capitán movió el cuello de un lado a otro, tratando de liberar sus cervicales; se escucharon varios chasquidos. Tomó aire y revisó las notas con sigilo, era muy meticuloso. Desplazó el bolígrafo sobre el texto de manera ordenada y escalonada, marcando línea a línea. Parecía que algo empezaba a serle familiar y, sin despistar el folio, alcanzó un roturador de color naranja chillón para subrayar varias palabras. Tino lo observaba perplejo. Era como tener ante sí a uno de esos científicos ensimismados queriendo resolver un problema matemático.

—¡No puede ser!

Aquellas palabras devolvieron al policía a la sala. Clavó sus ojos en una pizarra imaginaria y comenzó a mover el dedo índice de la mano izquierda señalando en el aire con sumo interés. Tino se asustó al ver que el policía parecía estar poseído.

Durante dos eternos minutos estuvo cavilando hasta que, sin esperarlo, se levantó hacia la puerta de entrada y la cerró. Tino giró la silla y lo observó revisar un calendario adherido a la parte interior de la entrada. Torres regresó con paso acelerado y tomó asiento.

—Viernes de la semana pasada, o sea, el veintiséis de julio. ¡Sí que cuadra!

Tino alucinaba con el capitán. Como en una buena película de suspense, la intriga era máxima.

—Chico de treinta y tantos años. Delgado, cabizbajo y maloliente. Vive solo. No tiene familia. Viaja a Cuba sin compañía. Visitar amiga de su mujer. Su nombre es Pablo. Solo lleva una mochila y, además, es de Chamberí.

Tomó el teclado de su ordenador y tecleó con prisa. Estaba tenso e impaciente y salivaba más de lo normal, su continuo movimiento de labios lo delataba. Tras unos segundos de suspense y con un golpe directo y seco, pulsó la tecla *enter* del teclado, cogió el monitor con las dos manos y lo giró ante Tino, al que, al ver un retrato de su amigo, se le iluminó la cara.

—Es él. ¡Dios mío! Es Pablo, señor. ¿Cómo lo ha encontrado? No me lo puedo creer. Es Pablo, mi Pablo, el Pablo del que le hablo.

—Tranquilícese.

Ambos tenían el pulso acelerado, aunque Manuel Torres se repuso de inmediato. Miró su reloj, tomó el teléfono y marcó.

—Buenas tardes, póngame con el jefe de la unidad. ¿Urgente? Sí, urgente y muy importante.

Tino reparó en los latidos de su corazón bombeando sobre la sien. Le afloraba la inquietud, los pies temblaban y, sin poder soportarlo más, se levantó de la silla.

—Señor, soy Manuel Torres desde la comisaría. Ante mí hay un testigo que se ha presentado por voluntad propia y afirma saber el paradero de Pablo López. ¿Recuerda al chico desaparecido la semana pasada? Sí, correcto, el del piso revuelto y sangre en la almohada, eso es, el de la carta al banquero. Dice que coincidió con él en un vuelo a Cuba y constata que sigue allí. Sí, es de fiar. Perfecto, aquí lo esperamos.

Tras colgar el teléfono, Manuel observó a Tino, que estaba de pie apoyado en la silla y ansiaba escuchar las palabras del policía.

—Verá, Constantino. El jefe de la unidad desea hablar con usted en persona y necesito su documentación.

—Por supuesto, aquí la tiene.

—Queremos conocer todos los detalles. Puedo confiar en que usted nos los facilitará, ¿verdad?

—Para eso he venido hasta aquí.

Tino era incapaz de apartarse del caso. Cada vez que pensaba en Pablo, se lamentaba por su mala fortuna.

—¿Vive en Madrid?

—No, la verdad es que no tengo una residencia fija. Me alojo en un hotel. Mañana tengo que coger un tren hasta Barcelona para subir a un crucero.

—Perfecto. Le adelanto que la noche será larga.

—No hay problema, pero ¿dan de cenar?

Tino volvió a ser él tras haber contenido su lado cómico. La situación de tensión vivida con la incertidumbre de identificar a Pablo lo había mantenido bloqueado, pero ahora se había relajado. No tenía prisa, lo que deseaba era colaborar revelando todo lo que sabía.

El despacho de Manuel Torres se quedaba diminuto ante el despliegue que se avecinaba. Se trasladaron a la sala de juntas, una habitación cuadrada con una mesa redonda al centro y bordeada por doce sillas. Hacía mucho calor, pero comenzó a salir aire frío por las rejillas del techo. Eran cerca de las seis de la tarde cuando aparecieron tres hombres que, sin mucha efusión, saludaron a Manuel. Ninguno de ellos estaba uniformado. Tino se mantenía a la expectativa. Tras dar un portazo, el más alto de todos, que parecía recién llegado de la piscina por la sombra de las gafas de sol en la cara y los pantalones cortos, empezó a hablar.

—Mi nombre es Carlos Esteve y soy el jefe de esta comisaría. Me acompañan el instructor Lozano y el oficial Baroja, ambos llevan la investigación de Pablo López. —Una vez realizadas la presentaciones, se sentó enfrente de Tino—. Le agradecemos su predisposición y, antes de comenzar, me gustaría pedirle que cuando salga de esta oficina no divulgue ninguna información en la calle. Le comento esto porque, según le dijo al señor Torres, el implicado se encuentra en un país extranjero y debemos trabajar con mucha cautela. Las cosas se complican cuando tocamos asuntos de posible calado internacional.

—Comprendo. Disculpe mi indiscreción, pero me inquieta el averiguar una cosa. ¿Qué le sucedió a Pablo? He oído mencionar algo de un piso revuelto y sangre en la almohada.

El jefe de la unidad lo miró con seriedad, dudaba si revelar o no algún dato. Sabía que el caso estaba estancado y necesitaba ganarse la confianza de Tino para reanimar la investigación.

—*Grosso modo* —comenzó Carlos Esteve la explicación de los

hechos—, desapareció sin despedirse de nadie salvo de su director de banco mediante una carta que no ofrece muchas pistas. Registramos su vivienda. Estaba llena de basura y con clara evidencia de que alguien había registrado todos los cajones. Aquel lugar daba miedo. Encontramos sangre en la almohada y ningún indicio de a dónde podría haberse marchado.

—¿Vivía solo?

—Así es. Su mujer murió hace unos meses. Sabemos que sufrió un aborto repentino, después enfermó y fue apagándose muy lentamente. Además, su madre falleció hace más de dos años en un accidente fortuito y rompió relaciones con su hermana debido a su drogodependencia. Se volcó en ayudar a su mujer y dejó de asistir al trabajo, acabó perdiéndolo y así una tras otra. Le cortaron la luz, el agua, no pagaba la hipoteca ni la comunidad y el día de su desaparición vació la cuenta corriente, llevándose consigo unos trescientos euros.

Las palabras del jefe de policía volvieron a secuestrar la gracia en Tino. Escuchar las penurias del pobre muchacho lo ayudaba a entender con plena magnitud por qué Pablo había llegado tan abatido al avión, y se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo sonriente en la Bodeguita.

—Gracias, señor.

—Ahora le toca a usted, Constantino. Cuando esté preparado, queremos escuchar todo lo que sepa de Pablo López.

27

Cinco días después de la brutal paliza, el corazón de Pablo resistía latiendo en un dormitorio del hospital del centro penitenciario. Su escuálido y amoratado cuerpo reposaba con el pecho al aire sobre una cama. Sumergido en un coma controlado, era asistido por una melena de cables que monitorizaban sus constantes, que eran estables, pero no confirmaban ninguna mejoría.

El doctor solía visitar el sanatorio varias veces al día para comprobar la evolución de Pablo. Había advertido al personal del hospital que, ante cualquier complicación en el estado de salud del paciente, lo avisaran de forma inmediata.

En la habitación lo acompañaba el doctor Carreras y una joven y preciosa enfermera de origen polaco llamada Yasmín Warka. Ambos mantenían una relación afectiva desde hacía poco tiempo, aunque lo mantenían en secreto. Tras la operación, el doctor le explicó a Yasmín cómo la figura de Pablo le había hecho resucitar su espíritu profesional y le pidió que se ocupara con especial dedicación de sus cuidados. Desde entonces, ella había estado volcada en la evolución del preso español y, como si de un pariente suyo se tratara, le ofreció un trato preferente. El cuerpo médico tenía la esperanza de que el paciente saliera adelante. Al ser religiosa y mostrar una gran devoción por la Virgen de la Caridad, adornó la humilde habitación con imágenes de la Santa.

Aquel día, dentro de su estado vegetativo y pese a no poder moverse ni hacer ningún gesto, Pablo empezó a escuchar sonidos. Algo se estaba despertando en su interior.

El doctor Carreras chequeaba ensimismado el historial del enfermo y decidió compartirlo con Yasmín.

—¿Ves cómo han mejorado los resultados de los análisis? Según parece, el riñón funciona bien y estos valores empiezan a ser medio aceptables.

—Es cierto, Yos. —Así llamaba al doctor en privado. Su verdadero nombre era Yosvany, aunque todo el mundo lo conocía como el doctor Carreras.

—Sigue curando la herida —señaló a la brecha— y dale pequeños masajes en las zonas contusionadas, trátalo con cariño,

¿okey?

Yasmín se puso manos a la obra mientras el doctor, antes de abandonar la estancia, contempló unos segundos el rostro ausente y pacífico del joven español.

—Vamos a sacar a este hombre adelante. Verás como no tarda en despertarse.

Ya en la puerta, le dedicó una sonrisa cómplice y cariñosa a la enfermera.

Alguna recóndita y despierta parte del cerebro de Pablo escuchó la conversación y, pese a ser incapaz de articular palabra ni sentir nada, algo en su interior supo que allí se acababan de mencionar buenas noticias.

En la prisión no se rumoreaba otra cosa que no fuera la paliza sufrida por Fabio Benítez y su más que probable fallecimiento. Aquel bulo cruzó los muros de la prisión y se comentaba en pequeños corrillos, aunque no había llegado a publicarse en los medios de comunicación. Las autoridades tenían desplegadas medidas especiales y se ocupaban con esmero de acallar el rumor, diciendo que un grupo de presos habían ajustado cuentas con él y que se encontraba hospitalizado.

Mauricio Fuentes, el supervisor de la prisión que había planeado y provocado la emboscada a Pablo, no contento con el desenlace, se conformó al ver que el preso permanecía convaleciente, moribundo y que difícilmente volvería a darle problemas. Estaba informado del, a su juicio, excesivo interés que el doctor Carreras había evidenciado por salvar a aquel recluso, desplegando todos los medios disponibles a su alcance; era algo que le molestaba en demasía y aguardaba la oportunidad de averiguar a qué se debía tal grado de implicación.

Fueron transcurriendo las jornadas y en la habitación de Pablo apenas existía actividad. Amaneció un miércoles, 7 de agosto de 2013 y, a las nueve de la mañana, el preso español abrió los ojos. Estaba desorientado. Miró a su alrededor y dedujo que se hallaba en una habitación, pequeña pero luminosa gracias a una gran ventana por la que entraba una bonita claridad y algo de aire fresco. Los barrotes que entrecruzaban el hueco de luz atestiguaban que todavía permanecía en la prisión. Acostado en una camilla, con las manos y pies atados, comprobó la ausencia de dolores. El cuello estaba cubierto por un protector de cervicales y carecía de movilidad. A su alrededor no observó ningún objeto que le diera más pistas, la estancia era diáfana y las paredes relucían, pintadas de un blanco cegador. La última acción que permanecía marcada en

su memoria fue la de salir desprendido desde dos metros de altura contra el suelo, ahí se apagó todo.

Se preguntó quién estaría encargándose de él y miró hacia los pies, donde un portón de barrotes acerados comandaba la estancia. Las fuerzas lo acompañaban y, en un acto de valentía, arrancó a chillar:

—¡Ayuda! ¡Estoy aquí! ¡Ayuda, por favor! —repitió con fervor en varias ocasiones.

La cerradura giró hasta escucharse un clic, tras lo cual el imponente bloque de metal se desplazó con ligereza hacia un lado y apareció una silueta vestida de militar. A Pablo le costó reconocer la cara de aquel individuo, aunque sus facciones le resultaban familiares. Cuando el recién llegado se aproximó, reconoció al capitán Morales, el causante de su entrada en la prisión y a su lado estaba el jefe de la misma, don Mauricio Fuentes. El semblante distante de ambos no era nada halagüeño. El español los miró sin atreverse a decir nada.

Un silencio embarazoso gobernaba aquel cuarto hasta que, un minuto después, los dos altos cargos cruzaron sus miradas y, sin mediar palabra, se dieron media vuelta y caminaron hacia la entrada. Con actitud misteriosa, desaparecieron del escenario y la puerta quedó abierta. Pablo se había asustado y no comprendía nada de lo que sucedía. Esperando a que alguien acudiera a socorrerlo, se preguntó:

«¿Qué hacen estas dos personas juntas? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?».

Sin tiempo para respuestas, entró el doctor Carreras que, al llegar a su lado, le tomó la mano derecha. Lanzó una sonrisa y, al igual que sus predecesores, de su boca no salió ninguna palabra. Tras regalarle una suave caricia en el brazo, le dio un par de golpecitos en la pierna y se marchó. Aquel detalle tranquilizó al español, que se consoló al recibir un gesto de cariño y complicidad por parte del doctor.

Sin tiempo para rebajar las pulsaciones, el doctor regresó al dormitorio. Casi a la altura del pecho del paciente, se dio la vuelta y, dándole la espalda, extrajo algo del bolsillo y, ocultándolo, comenzó a manipularlo. Pablo no sabía lo que el doctor estaba tramando, pero era preocupante.

—Señor Pablo, cierre los ojos y relájese —dijo el médico.

¿Señor Pablo? Acababa de llamarlo por su nombre real. La inesperada expresión llegó al corazón de Pablo, ofreciéndole la tranquilidad de saber que, al menos, el médico estaba de su parte y lo reconocía por su verdadera identidad.

El ingenuo preso obedeció y se relajó. Diez segundos después, su

boca había sido cosida con un trozo de precinto que le impedía hablar, chillar o emitir cualquier ruido. Observó al médico cuyo rostro reflejaba tristeza y compasión. También apreció cómo una lágrima se le escapaba por el ojo derecho y trató de limpiarla con la manga larga y blanca de su bata. La mirada de Pablo pidiendo clemencia fue correspondida por el doctor.

—Lo siento mucho. Que vaya usted con Dios.

Con aquellas tristes palabras, el facultativo se despidió de Pablo, dejándolo en una especie de limbo material, desubicado en todos los sentidos. Pablo no quería pensar en cuál sería la siguiente sorpresa, se estaba acostumbrando a vivir al límite y ver la muerte demasiado cerca. A lo lejos pudo escuchar un ruido de metal, como un roce o chasquido entre chapas que, tal como se aproximaba, se asemejaba más a un abrir y cerrar de tijeras. El ritmo del sonido era lento pero mesurado, y provocaba inquietud en Pablo, al que le caían hilos de sudor por la frente. Al igual que en un desfile militar, oyó la pisada uniforme de una persona y cerró los ojos, no quería mirar. El individuo detuvo el paso, la herramienta dejó de sonar y un silencio irritante y perturbador pasó a ocupar el habitáculo. El español sabía que alguien había ante sus pies y no precisamente para ofrecerle algo bueno.

La corredera de acero estaba cerrándose con una lentitud exasperante y aumentó el estado de nerviosismo del aterrado español, que advertía sus piernas temblar como peces fuera del agua. Se estaba muriendo de miedo sin saber por qué. Todas las pistas animaban a pensar que a sus pies había alguien con la intención de hacerle daño, y no podía evitar sentir pavor. Sus paranoias mentales lo estaban volviendo loco y, en un impulso de coraje, aunque fuera el último en su vida, aunó sus pocas fuerzas para comprobar quién iba a ser su verdugo.

Tal y como temía, se encontraba en peligro, pero era algo mucho peor que cualquiera de sus más negras pesadillas. Ante sí descubrió a un hombre de inmensa envergadura, fornido y con una cizalla de filo brillante entre las manos. Era Dogo, el jefe del Consejo, y venía a rematar la faena.

—Amigo Chete, volvemos a encontrarnos, pero te aseguro que en esta ocasión no podrás contarlo.

Con las manos en alto y sujetando la cizalla, Dogo intimidaba a su presa en señal de triunfo.

—Voy a cortarte en pedacitos y me comeré tus ojos a bocaditos, uno detrás de otro, luego me beberé tu sangre y, por último, lanzaré por esa ventana tu maldito corazón para gozar viendo cómo las urracas se lo comen.

Dogo babeaba sonriente pronunciando aquel discurso. El

atemorizado preso carecía de escapatoria, víctima de una nueva trampa. Cuando unos días atrás se habían visto las caras en el patio, Pablo hizo lo posible por llegar hasta la garita y pedir ayuda al guardia, pero ahora, los mandatarios y el propio médico parecían haber consensuado el terminar por la vía rápida y dejar que Dogo saciara su sed de venganza. El indefenso y torturado español estaba contra las cuerdas, atado y noqueado como un boxeador, incapaz de maniobrar los brazos ni para defenderse; arrojar la toalla era la única alternativa que le quedaba.

Pablo contemplaba cómo las enormes tenazas de cuchillas afiladas se dirigían decididas hacia sus pies. El grandullón le ató el pie derecho y, sin pestañear, apretó las tenazas con todas sus fuerzas, haciéndole volar los dedos de dicho pie. El dolor inundó el cuerpo de Pablo que, en su intento por chillar y desahogarse, se mordió la lengua en varias ocasiones. Lloraba y lloraba desconsolado. Las piernas y brazos le temblaban sin control mientras la sangre salía a borbotones como el agua en una fuente y resbalaba hasta el suelo por las patas de la camilla.

El monstruo carnicero celebraba y vociferaba con ímpetu, desahogando su ira hasta que clavó su demoníaca mirada en el siguiente objetivo: el brazo izquierdo de Pablo, que estaba exhausto y descontrolado; no quería sufrir más y con voz amortiguada suplicaba que acabara la tortura. Con el brazo atado a la camilla por la muñeca, Dogo la bordeó con afiladas cuchillas y se preparó para ejecutar la mutilación con toda su rabia y fuerza. Justo antes de la maniobra, enfocó a los ojos de Pablo y, con una enorme carcajada y apretando los dientes, le dijo:

—¡Muérete!

Los musculados brazos de Dogo se hincharon y descargaron su fuerza en la cizalla hasta que las dos hojas se unieron, dejando caer al suelo la mano izquierda de Pablo. El español daba saltos en la camilla, retorciéndose de dolor, todo el cuerpo le temblaba. No quería morir, todavía le quedaban fuerzas para aguantar. Tenía marcado un objetivo y no iba a cesar hasta haberlo alcanzado, se lo debía a Ruth.

Un pitido agudo e intermitente sonó a mucha velocidad y empezaron a acudir las primeras asistencias. Pablo estaba acostado en la camilla con convulsiones. Los brazos y pies se movían como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. El personal se alertó y avisó con urgencia al doctor Carreras. Yasmín, la enfermera, ordenaba a sus compañeros que aguantaran el cuerpo del enfermo; iba a inyectarle un sedante. Cuando la aguja entró en el brazo de Pablo, él abrió los ojos y gritó, desconsolado. Todo el mundo se asustó. Orientó su cabeza hacia la mano izquierda y luego al pie

derecho, comprobando aliviado que todo había sido una pesadilla. Acababa de abandonar el coma y retornado a la vida real.

28

Los milagros a veces suceden, y ver a Pablo despierto conmovió al doctor Carreras. Pese a haber tratado con el preso español en una sola ocasión, le tenía un cariño especial. La vocación del doctor también se había despertado y volvió a ilusionarse con prestar ayuda haciendo lo que mejor se le daba y entregándose en cuerpo y alma.

El calmante suministrado hizo efecto de inmediato y el paciente reanudó el sueño. Las constantes regresaron a la normalidad y el facultativo se preguntaba qué secuelas tendría el delicado recluso.

Al día siguiente, una vez que la calma regresó al dormitorio de Pablo, la señorita Yasmín encendió varias velas y besó las postales de la Virgencita, agradeciéndole su generosidad con el inocente y maltrecho enfermo. Aparte de ser muy devota, tenía un gran corazón y daba todo de sí cada día, por ello la querían tanto sus compañeros. Desde el sobrecogedor susto del día anterior, no se había despegado ni un solo minuto del lado de Pablo. Quería estar presente cuando él despertara y le hacía especial ilusión poder darle la bienvenida; no quería imaginar el miedo que tendría después de haber vivido el linchamiento del resto de presos.

Pasaron las horas y llegó el mediodía; un calor bochornoso invadía la habitación y la joven asistente bañó la frente de Pablo con una toalla húmeda para refrescarle el rostro. Al sentir las primeras gotas de agua, el español respondió con una mueca en las mejillas y, de forma gradual y sosegada, como el paso de una tortuga, comenzó a alzar las pestañas. Sus retinas quedaron imantadas ante los ojos verde oliva de Yasmín y, cansado del esfuerzo, apagó la visión.

Se preguntaba quién sería la mujer morena con tan bella sonrisa que acababa de ver. Pensó que debía encontrarse sumido en un sueño o que tal vez fuera el recibimiento que le habían preparado en el otro mundo. Estaba adormilado, le era imposible mover el cuerpo y se centró en percibir cómo el aire le circulaba con lentitud a través de la garganta y le hinchaba el pecho. Ella lo observaba embelesada. Una vez comprobado que respiraba con naturalidad, abrió de nuevo los ojos y volvió a encontrar la bonita sonrisa de

aquella mulata; embobado, la observó con detenimiento. Yasmín vestía un pijama sanitario blanco nuclear que hacía dudar a Pablo; no sabía si estaba despierto o si al fin había llegado al cielo, pero tenía claro que ella lo miraba sonriente, algo muy difícil de encontrar en su triste y maltrecho mundo.

Cuando la enfermera lo consideró oportuno, alzó con suavidad la cabeza del paciente y le apartó la mascarilla de oxígeno. Pablo quería decir alguna palabra pero, al ver su intención, ella lo animó a guardárselas con la palma de la mano abierta en señal de calma.

—Respira tranquilo y relájate. Mi nombre es Yasmín Warka y soy enfermera. Te encuentras en una habitación del hospital de Combinado del Este. No te preocupes, que todo ha pasado, estás bien y a salvo. Ahora tienes que descansar. Avisaré al doctor para que venga a visitarte.

Él la escuchaba con atención, pero no disponía de fuerzas para hablar ni averiguar si aquello era real o no. La fatiga y la mezcla de sedantes lo mantenían adormilado. Se dejó llevar por el agotamiento y de forma inmediata cayó en un sueño profundo.

Mientras Pablo retomaba la conciencia en la habitación del hospital, varias personalidades de distintos estamentos mantenían una reunión secreta en el despacho de Mauricio Fuentes. Algunos de ellos manifestaron un marcado interés en que el anonimato del preso siguiera vigente. En dicho encuentro se negociaron muchos puntos; hablaron de la situación del preso y lo ocurrido durante los días previos, pero se focalizaron en decidir qué harían con él a partir de entonces.

La puerta de la dependencia del señor Fuentes se abrió y de allí salió el doctor Carreras, acompañado por un caballero trajeado y de semblante reflexivo. Ambos caminaban con apremio, sin mirar atrás ni dirigirse la palabra. Tenían prisa por tomar distancia con la oficina donde aún quedaba media docena de personas entre gobernantes, militares y funcionarios de la prisión. Una vez cruzada la puerta del hospital, llegaron a la oficina del doctor, donde conversaron cerca de una hora. Tras debatir unas ideas y llegar a un acuerdo de colaboración, tomaron rumbo a la planta donde descansaba el convaleciente.

Una vez en la habitación, observaron a Pablo sentado en la cama, bebiendo agua con la ayuda de una pajita que sostenía Yasmín. No presentaba buen aspecto y un voluminoso vendaje le cubría la cabeza para taponar la cicatriz de la frente.

—Buenas tardes —se presentó el doctor.

Pablo lo miraba con admiración. La enfermera le había contado

la gesta del médico al salvarle la vida. Hizo intención de devolver el saludo, pero una emoción en su interior se lo impedía: el miedo. No sabía de quién fiarse y prefirió guardar las distancias con todo el mundo; todavía estaba en *shock* y no distinguía lo real de lo ficticio. Unas horas antes, el mismo doctor que tenía ante él había dejado que Dogo le cortara los dedos y la mano con una cizalla y, aunque sabía con certeza que aquello pertenecía a una pesadilla, decidió que esa persona tenía que ganarse su confianza.

—Sabemos que estás aturdido por todo lo sucedido —comentó el doctor—. Todavía no podemos saber el alcance de las lesiones, es temprano. Habrás comprobado que la enfermera Warka está muy pendiente de ti, *¿okey?*

El doctor detuvo el discurso y observó cómo Yasmín se disponía a afeitar al convaleciente. Con una pequeña mueca, le rogó que abandonara la estancia. Cuando ella se marchó, a su lado solo quedaba el señor trajeado.

Desde su llegada a Cuba, Pablo vivía instalado en una montaña rusa emocional. Enfocó a su cuerpo y comprobó cómo unos grilletes sujetaban las piernas a la cama, al igual que el brazo derecho. Solo un pantalón de pijama tapaba sus vergüenzas. Con aspecto serio observó a los presentes, pero no lo intimidaban. Después de haber sufrido en su propia piel lo que un hombre salvaje, en celo y con ganas de venganza era capaz de hacerle a otro, entendió que la visita del doctor y su amigo con aspecto interesante no podría traer peores noticias.

Los invitados se aproximaron hasta los pies de la cama y el doctor Carreras tomó de nuevo la palabra.

—Verás, Fabio —inició dedicándole un guiño, gesto que Pablo percibió—, a partir de ahora tú y yo vamos a vernos mucho. Pasaré consulta a diario y haré todo lo posible para que recuperes la salud. Ahora, voy a dejarte a solas con este señor, *¿okey?* No tengas miedo, es un buen hombre. Quiere revelarte algo y necesita privacidad, así que voy a dejaros a solas.

El misterioso señor que lo acompañaba dejó el maletín de cuero negro encima de la silla, se quitó la chaqueta y aflojó los botones de su impecable camisa blanca para ir recogiendo las mangas sin prisa ninguna. Pablo lo miraba atento. Aquel hombre era alguien que transmitía seguridad y, por la apariencia y modales, pensó que debía de ser alguien importante. Era alto, esbelto y sus movimientos se mostraban un tanto refinados. Cuando al fin acabó de ajustarse la camisa y se puso cómodo, caminó hacia la altura del preso.

—Con su permiso. —Tomó el asiento que había ocupado Yasmín —. Lo veo un muchacho joven y, si le parece bien, voy a tutearle.

Desde la cama, totalmente impedido, borracho de calmantes e

incapaz de mover ninguna parte de su cuerpo, Pablo asentó con la cabeza en un gesto que mostró el interés por seguir escuchando al enigmático visitante.

—¿Cómo te encuentras, Pablo?

El tono era amigable y tuvo la precaución de rebajar el volumen de su voz. Para Pablo, el simple hecho de nombrar su verdadero nombre destapó un posible acercamiento entre ambos.

—Deja que me presente. Soy Camilo Ponce Carbajo y a partir de ahora, seré tu abogado.

Tras escuchar aquella afirmación, Pablo suspiró acongojado. De inmediato acudió a su memoria Gerónimo Mendoza, el abogado de oficio con bigote circense y amante del ron que le habían asignado tras la detención. Recordó que aquel hombre no hizo más que entretenerlo y darle falsas esperanzas, un personaje que le había fallado y defraudado. Ahora el escenario era diferente y la aparición imprevista de aquel señor podría ser una pequeña puerta que al fin se abriría a su favor. Respiró en profundidad y regresó a la conversación con toda la atención puesta en el nuevo abogado.

—Es temprano para darte muchos detalles. Debes centrarte en recuperarte, ésa tiene que ser tu única preocupación. Aquí estarás tranquilo. Sé que no es un hotel español, pero te aseguro que nadie vendrá a molestarte y tendrás una estancia tranquila. El doctor y la enfermera están de tu parte. No volverás a tener contacto con ningún preso. Estamos trabajando para sacarte de aquí lo antes posible.

—¿A quiénes te refieres? —lo interrumpió Pablo, harto de escuchar mentiras de personas que aseguraban querer ayudarlo y nunca lo hacían.

—Sé que para ti es difícil confiar en nadie. Desde la detención, hemos seguido tus movimientos de cerca y sabemos la injusticia que estás sufriendo. También estamos al día de lo que te hicieron en el patio, pero no pudimos hacer nada por impedirlo.

—¿Quién demonios eres tú y quién te manda?

Pablo no quería escuchar más mentiras, necesitaba ir al grano.

—No estás preparado para saberlo. Tan solo puedo avanzarte que ahí fuera hay gente trabajando para demostrar tu inocencia. No es nada fácil cambiar las cosas. Tu caso es muy peculiar y te recuerdo que estás en Cuba, aquí las cosas funcionan de forma diferente a España. Me encantaría darte una fecha, pero me es imposible. Solo puedo asegurarte que vamos a sacarte de aquí.

El argumento del abogado no terminaba de convencer a Pablo, que deseaba escuchar la verdad y los detalles. Miraba hacia el maletín y ansiaba leer uno por uno los papeles que en él se ocultaban y meterse en la mente de aquel hombre para extraer

hasta el más mínimo detalle de lo que sabía, pensaba y escondía. Pablo fue toda la vida un hombre paciente y cándido, pero tras sufrir los episodios de las últimas semanas, desconfiaba de las personas.

Camilo sabía que tenía que ganarse la confianza de Pablo y eso requería de tiempo, así que no quiso seguir forzándolo.

—Como te dije antes, céntrate en tu recuperación y haz el favor de creer en los facultativos. Hicieron un trabajo colosal contigo. En breve volveremos a hablar y te haré una propuesta para la cual necesitarás un poquito de movilidad. Anímate y verás cómo tener una actitud positiva te ayudará.

Una mueca sin llegar a sonrisa y un guiño formaron la confidente despedida de aquel señor que tomó la chaqueta, el maletín y se ausentó de la estancia. Aquella entrevista dio mucho que pensar a Pablo, pero el cansancio era palpable y sus ojos fueron cerrándose hasta que se quedó dormido.

A unos metros de distancia, al final del pasillo, el abogado se despidió del doctor y de la enfermera con un apretón de manos y un fuerte abrazo. Entre ellos existía compañerismo y complicidad, se habían propuesto luchar por sacar adelante al muchacho, aunque este todavía no fuera consciente de ello.

29

La noche trascurría en calma. Una fresca cortina de aire se colaba por la pequeña ventana de aquel habitáculo apacible y limpio. En el extremo opuesto a la ventana, la puerta de metal macizo gobernaba la entrada y, tras ella y a través de un pequeño orificio, los guardas controlaban a los presos. Aparte de la cama y un par de sillas, el mobiliario era ridículo y austero. En un rincón, una pequeña mesa prevista para apoyar los medicamentos se encontraba colapsada por las figuras sagradas a las que Yasmín hablaba en cada visita. En la esquina opuesta, junto a la ventana, una cortina daba acceso al diminuto pero completo aseo compuesto por el retrete, un lavabo y un grifo en alto que hacía las funciones de ducha. Carecía de luz artificial, enchufes o elementos de distracción. Desde su cama, Pablo no podía divisar que al otro lado de la ventana comenzaba una extensa explanada plagada de hierbas y, tras las vallas de seguridad, arrancaba una bonita arboleda que se perdía a lo lejos, justo en las montañas.

—Buenos días, amigos, os saluda Loreto Vargas desde Onda Salsa. Amanecemos en La Habana con diecinueve grados de temperatura. Para los que andan desorientados, hoy es viernes, nueve de agosto y este fin de semana en el teatro Lázaro Peña, podréis disfrutar del concierto del cantautor Pablo Milanés. Arrancamos con música y ritmo para desearos un buen día.

Aquella voz despertó a Pablo. Provenía de una pequeña y antigua radio apoyada en la pared, junto a la entrada. Yasmín estaba agachada y le quitaba volumen al transistor. Sonaba una música agradable, salsa, el estilo favorito de la enfermera. Tras ajustar el sonido, se incorporó y se giró hacia el paciente. Sus miradas se buscaron y la facultativa no dudó en saludarlo.

—¿Qué tal descansaste? Disculpa si te he despertado, es la costumbre. Por cada habitación que paso, me acompaña la radio. ¿No crees que es lindo comenzar el día con alegría?

La muchacha sonreía y se movía con simpatía, sorprendiendo gratamente al interno, que desvió rápido la atención al sentir cómo los sedantes dejaban de ser efectivos y comenzaron a aparecer algunos dolores incómodos. Desconocía hasta dónde alcanzaban las

secuelas de la histórica paliza; una de ellas era la dificultad para hablar. Optó por permanecer callado y aguardar el devenir del día bocarriba, mirando al techo.

Una vez Yasmín llegó a la altura de Pablo, un funcionario entró en el dormitorio y le liberó los pies y el brazo. Tras ello, regresó a la entrada y prosiguió con la guardia.

—Bien, voy a asearte y cambiarte de ropa. Estate relajado, hace una semana que vengo haciéndolo. Ahora intenta mover las piernas por ti mismo.

Pablo hizo ademán de cumplir con la orden de la asistente, pero se asustó al comprobar que las piernas estaban inmóviles como un jarrón y no lo obedecían. Comenzó a ponerse nervioso.

—No puedo mover las piernas, no funcionan, ¿qué pasa?

—Tranquilízate, es normal. Tienes dañada la columna, hay varias costillas rotas y lesiones importantes en algún órgano. Poco a poco irás recuperando la movilidad, yo te ayudaré.

Consiguió elevar los brazos con dificultad. Sentía molestias focalizadas en los antebrazos, estaban amoratados por importantes derrames internos. Acabó recreándose observando la mano izquierda, esa que Dogo hizo saltar por los aires en la pesadilla del día anterior. Al comprobar que los dedos de ambas manos se movían con agilidad, disfrutó de ellos como un pianista ante el teclado.

—Ahora concéntrate en la música, deja de pensar y permíteme que haga mi trabajo.

Aquella mujer lo movía con suma delicadeza y, cuando quiso darse cuenta, ya estaba aseado, y con ropa y sábanas limpias.

—Más tarde vendrá el doctor. No te preocupes por la comida, esos tubos se encargan de alimentarte.

El agente de la puerta caminó hacia la cama para atar las correas que debían bloquear las articulaciones de Pablo. La enfermera dedujo sus intenciones.

—No es necesario, amigo. Este hombre difícilmente va a moverse y, además, no es peligroso. Puedes estar tranquilo.

Yasmín se marchó, dedicando una sonrisa al enfermo, y con ella también la música y la distracción.

Regresó el silencio, solo interrumpido por un aparato electrónico que le suministraba comida a Pablo a través de unos tubos. Tras escuchar el parte provisional de lesiones que Yasmín le había adelantado, tomó una decisión: no iba a preocuparse más. Era mejor asimilar que su estado de salud era muy delicado, frágil, y debía confiar en aquellas personas para recuperarse. En cuanto a su encarcelamiento y liberación, no quedaba más alternativa que dar una oportunidad al abogado Camilo Ponce, que al menos le había

hablado con determinación, así como a su mensaje esperanzador.

Esperando la visita del doctor, dejó fluir sus pensamientos. En su memoria más reciente aparecía con fuerza un instante con todo lujo de detalle, cuando Dogo lo agarró del cuello y lo alzó medio metro contra la canasta. A la vez que el aire dejaba de entrar en sus pulmones, una serie de imágenes fueron desfilando ante sí a toda velocidad. En ellas, se vio junto a su madre friendo croquetas en la cocina del pueblo, en clase con su maestra Arantxa, acariciando a la vaca Morica en el prado, a sor Lucía repartiendo caramelos de miel, saludando al rey de España, viendo a Ruth entrar en la iglesia el día de su boda, jugando a las cartas con su amigo Andrés y siguieron apareciendo imágenes, una tras otra. Pero hubo una imagen que lo mantenía descolocado, una de las últimas que había visto y que ahora no lograba borrar de la memoria. En ella aparecía una señora quitándose las gafas de sol, en lo alto de la escalera de la entrada a la prisión. Aquella mujer de mirada discreta pero profunda no parecía ser una curiosa más ni estaba allí por azar, y Pablo lo presentía.

Los pensamientos se vieron interrumpidos cuando se escuchó girar la cerradura y el doctor Carreras apareció bajo la bata blanca que llevaba grabado su nombre en el pecho. Aguantaba una carpeta debajo del brazo y su aspecto parecía algo cambiado. El cabello rizado había desaparecido y lucía un corte de pelo veraniego y fresco, así como unas gafas nuevas, que le ofrecían un aspecto más jovial. Aunque lo mejor de todo era que regresaba con aspiraciones renovadas.

—Buen día. ¿Todo va bien? ¿Estás receptivo?

El saludo efusivo del médico no obtuvo respuesta. Pablo afirmó con un ligero desplazamiento vertical de la cabeza; el collarín le impedía hacer mucho más.

Viendo que estaba despierto y con las capacidades mentales óptimas, Carreras decidió hablarle claro al paciente. Se acercó a la entrada y pidió al agente que custodiaba la visita que aguardara fuera. Tras cerrar la puerta, se situó a un lado de la cama y apoyó la carpeta en la misma.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, Pablo. No vamos a hablar del incidente del patio de días pasados, y tampoco de por qué te encuentras aquí. Comparto tu malestar, pero desde mi humilde posición no puedo hacer nada para enmendarlo. Es algo que no entra en mi potestad y competencia. Lo único en lo que puedo trabajar y ayudarte es en cumplir mi cometido que no es otro que velar por tu salud, *¿okey?*

El facultativo pausó el discurso para respirar, dejar que el enfermo fuera asimilando el mensaje, y tomar un traguito de agua.

—El pasado uno de agosto, me avisaron con urgencia y, según estos documentos, eran las seis y cuarenta de la tarde. Habías sufrido una paliza en el patio de la prisión. Al examinarte, encontré una brecha de tres centímetros en la parte frontal de tu cabeza, que sangraba en abundancia. Tenías sudores fríos y el pulso era débil, pero las pulsaciones aceleradas. Aprecié contusiones por diversas partes del cuerpo y deduje que algún órgano estaba dañado. Te trasladamos de urgencia al quirófano de este edificio y allí fuiste operado por el equipo presente ese día. Durante cinco largas horas tratamos de salvar tu vida.

Tomó un nuevo descanso para buscar una hoja, en concreto el parte de lesiones.

—¿Seguimos?

El doctor se fijó en el rostro de Pablo, que ahora sí parecía mostrar preocupación por lo que venía a continuación.

—Si te encuentras indispuesto o te mareas, dímelo de inmediato, *¿okey?*

Pablo iba a averiguar su verdadero estado de salud. Ladeó el rostro hacia el doctor, respiró hondo y alzó el dedo pulgar de la mano derecha dando su aprobación.

—Al perder el conocimiento, nos preocupaban las posibles lesiones en la zona craneal. Por fortuna, tan solo tienes una pequeña hemorragia interna que esperemos se diluya pronto. Debido al golpe, sufriste una conmoción cerebral que te mantuvo inconsciente durante algunos días. Además, perdiste mucha sangre a causa de la rotura del bazo y lamentablemente tuvimos que extirparlo de inmediato, *¿okey?* —Aprovechó para mirar de refilón la reacción del preso—. Por otra parte, localizamos la fractura de dos costillas. Tuviste suerte amigo, una de ellas por poco te perfora un pulmón. Y bien, ahora vamos con la lesión más importante.

El doctor tomó un respiro que Pablo agradeció. Alargó el brazo para tomar una nueva hoja, la examinó y prosiguió.

—Descubrimos dos vértebras rotas, en concreto la C3 y C4 que por suerte no afectó a la médula, por eso llevas esa protección en el cuello. Habrás notado que te resulta imposible mover las piernas. Hay muchas probabilidades de que esto suceda por los impactos recibidos en las lumbares. Me habría encantado practicarte un tac, pero no disponemos de esa tecnología en el centro. Pero, viendo las radiografías, dedujimos que había una luxación vertebral lumbar. Para que me entiendas, tienes zonas inflamadas que bloquean varios conductos nerviosos que controlan las extremidades inferiores.

Pablo escuchaba al doctor con interés, pero no le importaba cuántas cosas tenía rotas. Lo que de verdad le asombró y no acababa de entender era por qué aquel señor se había involucrado

tanto en salvarlo; era lo más parecido a un ángel de la guarda para él. Pensaba que con total seguridad le quedarían secuelas, pero debía acogerse a algo o a alguien para ilusionarse de nuevo. Ese hombre de bata blanca y semblante serio le estaba tendiendo la mano, era una nueva gota de luz que se le presentaba en su desafortunado camino y decidió agarrarse a ella con todas sus fuerzas.

—Todavía no he acabado. ¿Me sigues? Notarás que tienes dificultad para hablar, eso es debido a la luxación de la mandíbula y la pérdida de un par de piezas dentales.

El doctor finalizó el parte médico y Pablo decidió comprobar con la lengua y los dedos que en su dentadura faltaba un incisivo superior y una muela inferior. Pese a la situación tan deprimente y adversa, aún le quedaban ganas para agradecer al señor Carreras su trabajo. Buscando el brazo más cercano del doctor, cogió su mano con cariño y, como pudo, le dio las gracias. El facultativo se emocionó y aguantó las lágrimas de forma heroica. Tras recuperar el aliento, retomó la palabra.

—Te mantuvimos sedado unos días porque, si no hubiera sido de esa manera, te habría sido imposible soportar los dolores. A partir de ahora iremos rebajando la dosis de forma paulatina, *¿okey?* Espero que las inflamaciones de mandíbula y lumbares se atenúen y, con la ayuda de la rehabilitación, logremos que todo vaya a su sitio. Ante todo, te pido que tengas mucha paciencia y, de nuevo, quiero dejar claro que este equipo médico va a pelear para que salgas adelante. Tienes mi palabra.

Aquellas palabras tranquilizaron a Pablo que ahora sí tomó consciencia de su delicado estado de salud. Tras escuchar el extenso parte del doctor Carreras, comprendió que era un milagro el seguir con vida. La implicación de los facultativos médicos y una serie de casualidades le permitían continuar respirando y era algo que no podía desperdiciar.

Una vez más, corroboró que existen personas muy buenas en el mundo y podía alardear de tener ante sí a una de ellas. Pese a su delicado estado de salud, tomó la brava decisión de pelear con todas sus ganas por salir adelante.

—Que descanses. —Se despidió el doctor, recogiendo los documentos y abandonando la habitación.

Se cerraba una reunión condicionada por una suma de lesiones preocupantes, pero lejos de provocar en Pablo un insurgente estado de agonía y catarsis, lo motivaba a luchar y batirse contra lo tortuoso y decadente. Acababan de suministrarle la mejor medicina, el amor y el cariño. Eso le hizo sentirse invencible y salir fortalecido.

Cuarta parte

30

Las jornadas transcurrían con lentitud, como si el reloj estuviera parado en aquel lugar. Las horas de sol eran muy largas en esas fechas y el ruido parecía haberse marchado de vacaciones. En la habitación de Pablo se respiraba mucha paz, solo cortada por las agradables visitas de Yasmín. Apenas hablaban entre sí. Él estaba cómodo con aquella relación silenciosa y, por su parte, la joven cubana aprovechaba cada oportunidad para ganarse su confianza.

Ahora, cuchilla en mano, se disponía a afeitarlo.

—Hoy tienes una visita. He recibido la orden de trasladarte a otro lugar, pero estate tranquilo, que yo misma te acompañaré.

El preso sabía que era jueves, quince de agosto; la radio de su amiga enfermera se había encargado de anunciarlo. Por los altavoces sonaba bachata y, aunque la enfermera trató de disimularlo, no cesaba de mover las caderas al ritmo de la música.

Pablo continuaba sin movilidad en las piernas, Yasmín fue hacia él y lo miró, acariciándole una rodilla.

—Voy a por refuerzos, no te vayas de aquí —bromeó, tratando de arrancar una sonrisa al paciente.

Al poco regresó con una silla de ruedas y dos enfermeras de apoyo que estaban acomodándose unos guantes.

—Vamos a incorporarte. Es posible que sientas dolores, pero tenemos que intentarlo.

Pablo recordó cómo un par de días antes habían intentado hacer el mismo movimiento y en aquella ocasión había visto las estrellas.

—Solo déjate llevar y no te preocupes. Si notas algún dolor, dímelo —advirtió Yasmín, justo antes de estirar de los brazos de Pablo.

Entre las tres mujeres, con mucha delicadeza, consiguieron poner de pie al preso y acomodarlo en la silla móvil. El protocolo para todos los presos hospitalizados entró en acción y un funcionario se acercó para amarrarle los brazos a la silla. Una vez esposado, Yasmín intentó hacerle unos ejercicios de gimnasia para favorecer la circulación y la movilidad de unas piernas que todavía se resistían a despertar.

Cuando estuvieron listos, iniciaron el paseo. Dos guardas abrían

el camino y los seguían la silla con Pablo y Yasmín empujándola. Transitaron por varios corredores de apariencia austera donde hacía al menos una década que ninguna brocha rozaba sus paredes. Un intenso olor a comida sorprendió a Pablo que, haciendo cuentas, llevaba más de dos semanas sin probar alimento alguno, aunque no lo echaba de menos. Pese a alimentarse a través de sueros, su aspecto distaba mucho del que había presentado cuando estuvo preso en uno de los edificios vecinos, había recobrado el brillo en la cara.

Cruzaron dos controles de seguridad y se frenaron ante una estancia presidida por un cartel escrito a mano con letra pequeña; sin gafas, era ilegible por el preso español. Una vez dentro, estaba esperándolo, tras una enorme mesa y leyendo unos documentos, Camilo Ponce, el abogado que había retomado el caso. La expresión de su cara era seria y tensa, lo que alertó a Pablo.

Yasmín acercó la silla de ruedas al lado opuesto de la mesa y se despidió. En el interior aún quedaban tres agentes. El abogado pidió que los dejasen solos, aun sabiendo que iba a ser imposible. Dos de los tres guardas se marcharon y el tercero se quedó para custodiar la sala. El ruido de la puerta al cerrarse devolvió la calma al lugar.

—Pablo, mira a ese señor de la entrada —dijo Camilo señalando al guarda de forma descarada—. Su nombre es Pereda. Es un agente de confianza que colabora con nosotros. No precisas saber nada más de él.

El guarda saludó a Pablo levantando la mano y prosiguió firme junto al acceso. El abogado dejó de estar tan serio y la rigidez de instantes previos fue desapareciendo.

—Tienes mejor aspecto. A diario, el doctor me informa de tus avances y creo que debemos de estar de enhorabuena por ello. Parece ser que en breve volverás a comer y ese collarín lo utilizarás solo para dormir.

Pablo atendía con expectación. Las palabras del señor Ponce sonaban a música, aunque no quería ilusionarse, estaba acostumbrado a las subidas y bajadas emocionales.

—Si te parece, vamos a entrar en materia —propuso Camilo. Tomó una pausa para sacar la agenda y una libreta de su cartera—. Tal como te dije en otra ocasión, hay mucha gente ahí fuera interesada en que salgas libre. Entiendo que necesites más datos, pero ahora mismo no puedo dártelos. Por otra parte, también tengo que informarte de que hay ciertos personajes, llamémosles así, con interés en que no salgas de aquí. Todo se debe a que han aprovechado ciertos asuntos un tanto opacos para realizar una campaña publicitaria y, si eso viera la luz, los comprometería. Por eso, a día de hoy es inviable llevarles la contraria.

El mensaje de Camilo le sonó a Pablo como una excusa, pero comprendía que alguien había provocado que él estuviera en la prisión y sería complicado dejarlo en evidencia. Decidió seguir escuchando a aquel señor, no le quedaba otra opción.

—Estamos posicionados en varios frentes, negociando lo mejor para ti. Aquí todo va muy lento y entiendo que tu paciencia tenga un límite, así como la confianza que puedas poner en mi persona. Estoy tratando de convencerte, discúlpame por ser tan directo —se sinceró el abogado—. Hazte a la idea que tendrás que seguir en prisión durante un tiempo, no sé cuánto. Tal vez días o semanas, aunque me temo que es muy probable que sean meses.

Camilo dejó de hablar para ver la reacción de Pablo, que no hizo ni una sola mueca. Agradeció la sinceridad del licenciado y, muy a su pesar, se hacía al ánimo de esperar lo que fuera necesario. Lo importante era que le habían dado esperanzas de salir de aquel lugar y eso imperaba sobre todo lo demás.

—Adelante —afirmó, haciendo un esfuerzo por coordinar el habla.

—Habrás comprobado la calidad y cercanía por parte del personal. Supongo que estarás tranquilo y bien atendido. Hemos mantenido negociaciones con los superiores y nos han prometido que, mientras te encuentres convaleciente, podrás permanecer en este lugar. Si mejoraras hasta el punto de valerte por ti mismo, tendríamos que barajar otra alternativa.

Se escucharon unos golpes advirtiendo que el tiempo se había consumido.

—Por último, tenemos que hablar del precio.

Pablo se sorprendió al oír aquella afirmación, aunque entendía que los servicios de ese señor habría que compensarlos de alguna manera.

—No te voy a pedir dinero, sé que no tienes, pero quiero exigirte algo.

Camilo sacó una libreta de tamaño folio y un bolígrafo, y los puso ante él. Pablo no entendía qué pretendía con ese gesto.

—Eres diestro, ¿verdad?

El preso alzó la mano derecha y con ella la vía que lo mantenía alimentado.

—Aquí tienes este cuaderno. Todas las páginas están en blanco. Necesito saber de ti. Solo me dejan visitarte cada siete días y en las circunstancias actuales es crucial la información. Tengo entendido que escribes bien, me consta que en tu antiguo trabajo en el museo hacías informes, ¿verdad?

Al escuchar la afirmación del abogado, Pablo se emocionó tanto, que sintió cómo las paredes de aquel cuarto se caían hacia fuera y

de repente todo el aire y claridad que había en el exterior entraba y lo elevaba un par de metros sobre el suelo. De forma mágica e inexplicable, el señor Ponce sabía de su verdadera identidad y también parte de su pasado. Se mostró excitado y, con la dificultad que le suponía el hablar, no dudó en lanzar una pregunta.

—¿Cómo sabes eso de mí?

—Te estoy diciendo que estamos trabajando muy duro y por supuesto hay personas investigando acerca de tu verdadera identidad, pero necesitamos saber más. Necesitamos saber todo de ti, tu vida, tu pasado, absolutamente todo.

Volvió a sonar la puerta y Pereda se asomó para solicitar un pequeño tiempo añadido.

—Te voy a pedir que te comprometas conmigo —pidió Camilo acercando el cuaderno y quedando sus manos a unos centímetros de Pablo—. Aquí tienes esto. Necesito que me escribas cuándo y cuánto te plazca. Te recomiendo que lo hagas a modo de carta, por ejemplo, una cada día. Quiero que seas sincero y, muy importante, déjate llevar por lo que venga a tu cabeza. Esta semana me gustaría que cuentes cómo es tu vida en la prisión, la evolución, las sensaciones y, ya de paso, qué te hizo venir a Cuba. El cuaderno lo custodiará el agente Pereda. Si te fijas, hay un mueble en tu habitación con un pequeño cajón; allí lo guardarás. Nadie tiene que saber de su existencia salvo Pereda, Yasmín y el doctor, ¿me has escuchado?

—Me parece bien, así lo haré. Pero…

—Por ahora no hagas preguntas, mejor será que no sepas nada más. Escribir te entretendrá y te ayudará a expresar emociones, a desahogar la ira y a que desde fuera sepamos cómo te va. Esos escritos deberán ir firmados con tu verdadero nombre y podrían utilizarse como prueba en un juicio.

—Camilo, perdona que te interrumpa. Puedo escribir pero me es imposible ver lo que escribo, no tengo mis gafas.

—No te preocupes, enseguida lo solucionaremos.

El abogado miró a Pereda para que abriera la puerta. Tras hacerlo, apareció Yasmín, tomó el manillar de la silla y, cuando se disponía a mover al preso, el abogado le dijo:

—Espere, señorita.

Se acercó a ella e introdujo la libreta entre la espalda de Pablo y el respaldo de la silla.

—Le voy a pedir un favor. Encárguese de cambiarle al muchacho la vía de mano y, por favor, hable con el doctor para que le hagan unas gafas. Está perdiendo la vista y no pienso tolerarlo.

Pablo regresó a la habitación tras una visita de lo más productiva. El talante de aquel señor le robaba las palabras.

Hablaba de tal manera y medía tan bien cada una de sus frases, que Pablo no podía hacer otra cosa que dejarse guiar. Dada la coyuntura, pensó que el disponer de un bolígrafo y papel en aquellas circunstancias debía de ser una nueva gota de luz que Ruth le estaba enviando desde lo alto. Hacia allí miró y le guiñó un ojo a su querido ángel.

31

El doctor Carreras acudió al dormitorio con una caja repleta de gafas pertenecientes a los elementos personales olvidados por los reclusos. Tras varias pruebas, Pablo se decidió por unas lentes que, una vez remendadas con cinta adhesiva, le permitían ver de cerca con claridad. Le cambiaron la vía de mano y comenzó a tomar alimentos líquidos para ver cómo los toleraba.

—Doctor, quería hacerte una consulta.

—Adelante, dime.

—El abogado me mandó deberes, creo que ya me entiendes.

—Te entiendo. Ahora hablaré con un compañero de mantenimiento para que te adapten una pieza donde apoyarte, *¿okey?*

—Eso es. Gracias.

Pasada la media tarde, accedió al dormitorio de Pablo un señor de cuerpo famélico enfundado en un mono de trabajo azul. Consigo portaba una pieza voluminosa de madera con forma de puente. Una vez instalada, dos soportes descansaban sobre la cama de Pablo y una superficie plana quedaba por encima. Era el nuevo mueble donde poder apoyarse para escribir y de paso comer. El señor lo dejó en un lateral y se marchó. Cuando la puerta iba a cerrarse, alguien la mantuvo y se asomó; era el guarda Pereda que miró a Pablo, haciéndole un gesto con la mano para insinuarle si quería escribir. Solo hizo falta el sí del paciente para que a los pocos minutos Yasmín entrara en la habitación.

—Hola, te traigo la merienda.

Apoyó un vaso con zumo en la mesita, junto a las velas, y se aproximó a la cama.

—Voy a levantar el respaldo para que estés cómodo. Agárrate con las manos al lateral de la cama.

Pablo quedó sentado en noventa grados, y Yasmín le situó el soporte sobre las piernas. Extrajo la libreta del cajón y la apoyó junto al vaso.

—Regresaré en un rato.

—Yasmín, de corazón, muchas gracias por todo.

Ella sonrió con afecto y lo dejó a solas. Pablo dio un sorbo al

zumo y abrió la tapa del cuaderno para enfrentarse a un folio en blanco. La última vez que escribió fue a don Julio. Recordó que a esas alturas el director del banco ya habría leído la carta y, con total seguridad, se habría montado un revuelo en el barrio.

15 de agosto de 2013

No sé a quién va dirigida esta primera carta ni tampoco si servirá de algo lo que voy a escribir. El señor Ponce me dio total libertad para expresarme y eso es lo que voy a hacer. Llevo mucho tiempo sin hablar con nadie y es algo que echo en falta, pero a la vez y aunque suene raro, no me apetece.

Aquí se portan muy bien conmigo. Hay una enfermera muy simpática que me visita varias veces al día. Ella pone todo su interés en ayudarme. Apenas hablamos, tengo miedo de meter la pata y que deje de venir. Se encarga de curarme la herida de la cabeza; la tuve tapada durante muchos días y parece que va mejor. Tengo una sonda por la que orino y un pañal por el que hago mis necesidades, ella es también la que me asea. Todo esto viene porque no tengo el control de parte de mi cuerpo. De cintura para abajo soy incapaz de realizar movimientos ni controlo los esfínteres. También Yasmín es la persona que se encarga de mis ejercicios de rehabilitación. Por la mañana y por la tarde, me realiza masajes en las piernas tratando de que la sangre circule por ellas.

Duermo mucho. Tengo conectados unos tubos por los que me alimento y también me suministran calmantes. Ayer me dijo el doctor que tengo mucha suerte de estar vivo, hay bastantes lesiones y tardarán algún tiempo en curarse. Deduzco que, si no tuviera esa medicina, estaría rabiando de dolor.

Tengo muchas pesadillas, todas tienen que ver con cárceles, persecuciones y palizas. Es muy duro lo que me está pasando y, sobre todo, injusto. No me han dejado la posibilidad de defenderme. Desde que me detuvieron he estado aislado y me han hecho pasar momentos en los que he pensado que esta vida se estaba estirando demasiado.

Vivo en una habitación que tiene una ventana con una reja. La mayor parte del día está abierta porque hace mucho calor, aunque no me puedo quejar en ese sentido. Tengo ganas de asomarme y ver qué hay tras ella. Cuando pueda mantenerme de pie, será lo primero que haga, bueno, y darme una ducha yo solo.

Voy a terminar de beber un vaso de zumo que, por cierto, no sé de qué sabor es, está dulce, aunque tiene un toque ácido. Aquí utilizan frutas diferentes a las que tenemos en España.

Estoy sorprendido de lo bien que me siento al escribir. Menos

mal que a los brutos que me dieron la paliza no les dio por romperme el brazo. Mañana seguiré escribiendo.

Pablo López

Unos minutos después, le retiraron la bandeja portátil y guardaron el cuaderno en el cajón. Se sintió muy bien tras reflejar sus sentimientos sobre el papel y recuperar un viejo hábito que le permitía expresarse abiertamente. No le importaba quién sería el receptor, lo interesante era que el primer objetivo ya estaba cumplido y no era otro que el de servir de terapia para descargar emociones contenidas. Esta iba a ser su rutina y la principal actividad a partir de entonces.

17 de agosto de 2013

Hoy me he despertado con ánimos. Por la mañana siempre suena la radio de Yasmín con música caribeña y me da mucha alegría, aunque también un poquito de nostalgia. A veces recuerdo a mi madre: era muy vivaracha y le encantaba escuchar música, en casa siempre tenía la radio encendida. Se llamaba Elisa, aunque toda la vida la llamé Mami López. La pobre murió hace más de tres años. Pero quiero quedarme con su fantasía y vitalidad, esa que yo nunca tuve.

Ahora que me acuerdo, cuando me detuvieron llevaba conmigo varias cosas, entre ellas un colgante que me regaló para mi boda y que desde entonces me acompañaba. No sé dónde estará, me lo quitaron todo.

Por cierto, tengo una buena noticia: acaban de retirarme el collarín, al menos durante unas horas. El doctor va a hacer una radiografía a ver qué tal evolucionan las vértebras. He intentado mover el cuello y tengo buena movilidad, aunque con algunos dolores y limitaciones. También me dijeron que iba a empezar a comer sólido.

Aquí dentro las horas trascurren muy lentas y quisiera aprovechar el tiempo. Ojalá tuviera alguna distracción, aunque solamente fuera un libro. Ahora que tengo unas gafas nuevas y puedo leer, estaría un poco entretenido.

Lo que voy a contar es muy curioso. Ahora que estoy encerrado añoro pequeñas cosas que me pasaban desapercibidas cuando estaba en libertad. Tan solo la posibilidad de caminar a donde quieras ya es todo un mundo. Se me está olvidando cómo son los

árboles, los edificios y dudo si me acordaré de comer. Acciones tan básicas como asomarme a la ventana, ir a una cafetería, pasear por la calle o ver la televisión se vuelven imposibles aquí dentro.

No soy una persona cariñosa, pero echo de menos un abrazo. Cierro los ojos y puedo sentir el último abrazo que me dieron; fue Tino, un señor que conocí en el vuelo. Apenas sabía nada de mí, pero detectó que estaba falto de cariño y se despidió de mí con un abrazo. Me sentí raro estando entre los brazos de aquel desconocido, pero me transmitió ánimos. Yo venía de una situación muy difícil en España y aquel gesto me removió por dentro y me transformó por fuera.

Me encantaría abrazar al doctor Carreras y a Yasmín, unas personas que me tratan como si fuera de su familia. Me estoy encariñando con ellos. Hay algo dentro de mí que quiere expresarse y agradecerles su atención. Se están convirtiendo en mi familia aquí dentro.

No sé si sirve de algo, pero Camilo me dijo que me expresara abiertamente y tengo que decir que me estoy emocionando. No puedo contener las lágrimas, mañana explicaré el por qué.

Pablo López

Al coger el cuaderno para releer lo escrito, algo asomó entre las hojas de aquella libreta. Pablo abrió la página y, con sorpresa, descubrió una fotografía de Ruth, su mujer. Era la imagen que había llevado consigo en la mochila que le requisaron y uno de los pocos objetos que cogió al partir de su casa.

Cuando vio el rostro de su esposa, rompió a llorar sin consuelo. No podía contener el llanto y alertó al guardia, que se asomó preocupado para ver si todo marchaba bien. Pablo abrió la palma de su mano rogando que lo dejara a solas.

Unos minutos después, Yasmín y el doctor aparecieron por el dormitorio de Pablo.

—Se te ve emocionado —saludó el doctor, sabiendo la causa del estado anímico del enfermo.

—Sí, me han venido a la mente muy buenos recuerdos, doctor. No te imaginas lo que una simple fotografía es capaz de emocionar.

—Me alegro mucho. Ahora vamos a trasladarte a la sala de Rayos X. Quiero comprobar cómo marchan las lesiones de caderas y cervicales.

18 de agosto de 2013

No sé a quién dirigirme, pero seguro que la persona que tuvo la idea y el detalle de facilitarme la fotografía de mi mujer tiene un corazón inmenso.

Ruth, así se llamaba ella, era una mujer especial. La conocí en el pueblo, siempre fue amiga de mi hermana. Desde bien pequeños, era una niña que siempre me tenía en cuenta. Sabía de mi timidez y siempre venía a cogerme de la mano, animándome a participar en los juegos de los niños. Desde entonces, fue alguien especial en mi vida. Durante muchos años perdimos el contacto hasta que vino a estudiar a Madrid y volvió a quedar con nosotros. Ambos fuimos testigos de cómo mi hermana se metía en jaleos y eso nos unió hasta el punto de enamorarnos.

Otro día hablaré más de ella, tenemos muchos recuerdos en común y me emociono cada vez que me viene a la memoria.

Camilo me dijo que escribiera sobre qué hago en Cuba. Parecerá algo absurdo, así lo pensé cuando me surgió la idea, pero vine a cumplir un sueño que tenía Ruth: visitar a Alejandrina, su amiga de origen cubano con la que había convivido hasta la adolescencia. Hablaba mucho de los buenos momentos vividos juntas en la infancia, fueron como uña y carne.

Un día me contó la historia de Ale, así la llamaba ella. Sus abuelos emigraron de Cuba a España en los años cincuenta, acompañando a una familia española que hizo fortuna en Sudamérica a principios de siglo. Los abuelos de Ale sirvieron a aquellos señores y, más tarde, sus padres sirvieron en casa de Ruth. Ale no tenía hermanos, primos o tíos en España, así que, tras fallecer su madre decidió volver a Cuba y reencontrarse con sus raíces.

Para entonces, Ruth vivía en Madrid y durante dos años no supo nada de su amiga cubana. En una de las visitas a Asturias, unos familiares de Ruth le tenían guardada una sorpresa, era una carta de Alejandrina que venía sellada desde Cuba. En ella, la cubana la informaba de todo lo ocurrido y de cómo era su nueva vida. También la invitaba a visitarla cuando quisiera.

Aquel era el sueño de mi esposa, lo repetía una y otra vez. Lo que nunca me dijo es que estaba ahorrando en secreto para algún día darme una sorpresa y viajar juntos a Cuba. Lo descubrí unas semanas antes de partir hasta aquí; fue tras encontrar la carta de Ale y un sobre con mucho dinero. Eran los ahorros de mi mujer y me entró mucha pena por ella, era su ilusión y se había marchado sin poder cumplirla. Por un instante, pensé en coger aquel dinero e ir al banco para rebajar la deuda con la entidad de don Julio, el director de la oficina que se estaba portando muy bien conmigo.

En el reverso de la carta había un mensaje escrito por Ruth, algo muy importante que debía decirle en persona a Alejandrina. Ahí se me encendió una luz y, por primera vez en mi vida, me armé de valor y tomé una decisión de forma unilateral, hacer realidad ese sueño. Mi intención era comprar el billete de ida, visitar a Alejandrina y hablarle de Ruth, tan solo eso. A partir de entonces, dejarme llevar como lo estuve haciendo durante los últimos meses. No tenía nada planificado.

Tras su fallecimiento, caí en una enorme depresión, abandoné mi trabajo y los pagos fueron secando la maltrecha cuenta corriente que mi hermana fue vaciando unos meses atrás. Sinceramente, pensé en dejar este mundo en varias ocasiones, pero me faltó valor. Y ahora que he visto peligrar mi vida por terceros, han surgido de mi interior unas ganas increíbles de vivir, aunque solo sea por agradecimiento a las buenas personas que tanto interés están poniendo en mí.

Pablo López

La noche del sábado estaba siendo un tormento para Pablo, las pesadillas se adueñaron de él. Acostumbraba a tener alguna, pero no tan intensas como las de aquella noche. En ellas aparecían presos y policías que abusaban de él y parecían cobrar vida. No podía controlar sus pensamientos inconscientes, se desesperó y experimentó ataques de rabia al verse postrado en la cama como una escultura olvidada en un desván. Se negaba a aceptar la vida sin libertad. Temía que su recuperación no avanzara y todo el esfuerzo quedara en vano. Agonizaba, sudaba y solo el caer rendido le permitió dejar de flagelarse.

Al retomar la respiración y cuando al fin sus voces internas se escondieron, volvió a recordar su misión y pensó en su mujer, en lo orgullosa que estaría de él. Se calmó hasta volver a dormirse, olvidando aquel infierno de ideas y pensamientos nocivos.

32

La policía española estuvo trabajando en profundidad sobre el caso Eclipse, como habían designado a la investigación referente a la desaparición de Pablo López. La información proporcionada por Tino había sido clave para hilar lo ocurrido con el español. Revisaron todas las noticias que venían desde América y, como había asegurado el humorista, aquel chico era Pablo. Las embajadas de ambos países mantenían conversaciones bajo un secretismo inquebrantable. El instructor Lozano se dio de cara con varias puertas cerradas. Como las posibilidades que tenía de maniobrar eran escasas, el caso estaba en manos de algunos altos cargos. En la comisaría preveían que desde arriba querían darle carpetazo en la mayor brevedad posible.

Lozano continuaba a la búsqueda de pistas, quería averiguar quién había ayudado a Pablo en la compra del billete de avión. Unos días atrás escribió a la aerolínea solicitando la identidad del pagador del pasaje y aquel día, lunes, veinte de agosto a las diez de la mañana, recibió un mensaje de correo electrónico a la atención del jefe de la unidad. El billete había sido abonado por un varón llamado Jaime González Maeso, vecino de Madrid y que residía próximo al domicilio de Pablo.

Antes de visitar a Jaime, el instructor prefirió consultar a Ramiro, un compañero especialista en ciberdelincuencia. Le pidió que investigara todo lo referente al individuo que pagó el vuelo.

Aprovechó la espera buscando algún cabo suelto en el expediente. Había hablado con los vecinos y compañeros de trabajo de Pablo, y todos coincidían en los hechos. No quedaba mucho más donde indagar. Había varias cuestiones que mosqueaban a Lozano; por qué solo adquirió el billete de ida, de dónde sacó el dinero y si había alguna intención oculta en aquel viaje.

A Ramiro apenas le bastaron treinta minutos para tener chequeado todo internet y poder hacer una descripción fiable del individuo.

—Se trata de un chaval de veintidós años, estudiante de aviación, aficionado a los cómics, los videojuegos y el cine. Como verás en las fotos que tiene posteadas en la red, no le gusta nada

practicar deporte. —Ramiro sonrió, señalando una fotografía de Jaime en una red social donde su sobrepeso quedaba en evidencia—. Debe de gustarle mucho la informática y, por la cantidad de comentarios que realiza, está muy activo en las redes sociales. El pago lo hizo con una tarjeta que solo utiliza para pequeñas compras online, ropa, libros, etcétera. No tiene antecedentes de ningún tipo y su familia tampoco. A simple vista, estamos ante un adolescente de buena familia y, en apariencia, sin nada que esconder.

—Gracias, Ramiro.

Lozano imprimió la dirección del muchacho y cogió su maletín portadocumentos. Era la hora del desayuno y su compañero, el oficial Baroja, lo esperaba en la cafetería de enfrente.

—Un cortado y media tostada, Paco —pidió al camarero y se giró hacia su compañero—. Vamos a visitar al chaval que compró el billete de avión del desaparecido, vive cerca. Por cierto, vaya caldo está cayendo ahí fuera.

—Pues mira lo que pone en el periódico: ayer cuarenta y dos grados en Córdoba, y cuarenta y tres en Sevilla. Se están derritiendo por allí abajo. Ahora dará miedo coger el coche.

Una vez tomado el tentempié, se presentaron en la vivienda de Jaime, donde tocaron varias veces al timbre sin recibir respuesta. Eran las doce del mediodía y no había nadie en casa. Esperaron unos minutos hasta que un vecino les indicó que la madre del chico regentaba la farmacia que había un par de esquinas más adelante. Al llegar, los atendió Eugenia, que, tras escuchar a los agentes preguntar por su hijo, se puso nerviosa

—¿Jaime? Vaya por Dios. Preguntan por mi hijo, ¿ocurre algo?

—Queremos hablar con él, es sobre la desaparición de Pablo López.

—Pobre Pablo. A saber qué ha sido de él, con lo buen muchacho que es. ¿Qué tiene que ver mi hijo con él?

—Se conocían, ¿cierto?

—¡Claro! ¡Y tanto! Mi hijo se llevaba muy bien con su esposa, pobrecita. ¿Y por qué buscan a Jaime?

—No se preocupe, pensamos que sabe algo de Pablo y podría servirnos de ayuda.

—Esperen que lo llame al móvil, ha ido a la papelería.

A la espera de que el joven regresara, doña Eugenia los acompañó a la trastienda. No quería que el vecindario curioseara, eran muy conocidos y cualquier bulo podría perturbar su reputación profesional. Regresó al mostrador para atender a la clientela. Los policías aguardaron bajo el aparato de aire acondicionado, esperando contrarrestar el espantoso bochorno que se respiraba esa mañana.

—Hola, buenos días.

Jaime apareció en la trastienda cargado de bolsas. Llevaba la camiseta empapada de sudor, se secó la mano derecha con lo primero que encontró y saludó a los dos agentes. No estaba sorprendido, esperaba aquella visita desde hacía unos días. Se aproximó a la nevera, cogió una botella grande de agua y tres vasos del congelador, y tomó asiento ante la mesa camilla, junto a los agentes. El instructor Lozano tomó la palabra.

—Supongo que sabrá por qué venimos a verlo. Hemos descubierto que usted pagó el vuelo de Pablo y con destino a La Habana.

—Es cierto.

El instructor cambió el semblante. Ahora estaba serio, pensativo y ladeó la cabeza mirando a Jaime con cierto disgusto.

—Hasta ahora tenía un interrogante y acaba de surgirme otro. El primero es ¿por qué lo pagó usted? y el segundo es algo que me atañe directamente y, además, me irrita. Si usted sabe de la desaparición y es consciente del trabajo policial que estamos realizando, ¿por qué no se puso en contacto con nosotros antes y de esa forma podríamos haber acelerado la investigación?

—Entiendo su enfado. Hasta ahora no había hablado con nadie del asunto. Bueno… sí. Hace unos días me llamó el abogado de Pablo.

—¿El abogado de Pablo? —interrumpió el oficial que andaba más rápido de reflejos que el instructor.

—Sí, eso es. Pablo está preso en Cuba y un abogado está luchando por sacarlo de allí.

—Perdona, joven, pero me estás empezando a cabrear —el instructor no pudo aguantar y reventó—. O te estás quedando conmigo, o sabes más de la cuenta y nosotros llevamos dos semanas comiendo mierda como gilipollas mientras tú, que vives cerca de la comisaría, tienes los santísimos cojones de quedarte aquí callado. Me cago en mi puta madre.

—Tranquilo, Lozano, el chico tendrá sus motivos, vamos a calmarnos.

El semblante de Jaime cambió al ver al instructor enfadado. Ahora se sentía intimidado y acobardado. Aprovechó el silencio para servir agua a todos y rebajar la tensión. Jaime era inteligente, pensó que no tenía nada que esconder y, estando ante dos policías, no podía callarse nada. Era la oportunidad ideal para lavar su conciencia y de paso ayudar a los oficiales.

—Entiendo su enfado, instructor. Le pido disculpas por mi

silencio, pero tenía un juramento hecho con Pablo. Y luego lo del abogado, en fin. Si le parece le cuento todo lo que sé.

—Bien, bien. Es que hay cosas que me tocan las narices y me sacan de mis casillas. Adelante, cuente.

—Pablo y yo nos conocemos desde hace muchos años. A principios de julio vino a verme, por cierto, estaba sentado en la misma silla que usted. Bueno, me dijo que iba a marcharse de aquí y que, con toda seguridad, no regresaría. Me pidió que le hiciera un favor, quería que le sacara un vuelo desde Madrid a La Habana y poner en regla su pasaporte y los permisos. Le pregunté por qué a Cuba y si iba a algún lugar concreto. No contestó, apenas hablaba y su aspecto era esquelético, daba mucho miedo. Ah, y me pidió que no se lo dijera a nadie. Entonces yo se lo prometí. Es por eso que no he abierto la boca hasta ahora. Me dio su documentación y un sobre con un montón de billetes, casi todos de veinte, en total unos mil setecientos euros. Hice la gestión con el ordenador desde casa y pagué con mi tarjeta. La diferencia se la devolví el día que se marchó junto al tique del vuelo y la documentación.

—Estoy seguro que, si piensa un poco, podrá recordar algo más —insistió Baroja, intuyendo que Jaime sabía más cosas.

—Bueno, es verdad. Hay algo que me mosqueó. El día siguiente de marcharse, noté que dos personas me siguieron durante toda la tarde. Los vi hasta en tres ocasiones. Eran dos hombres de mediana edad con aspecto sudamericano. Vestían como jóvenes, pero tenían pinta de ir de incógnito.

—¿De incógnito? —preguntó Lozano sin entender aquella afirmación.

—Sí, ahora verá. Descubrí que me seguían por un detalle. Me llamó la atención que uno de ellos llevaba una gorra plana de esas tipo béisbol americano, era negra y en el frente llevaba una espiral de color gris. Soy un amante de las espirales y, claro, tras ver la misma gorra en tres ocasiones, deduje que me seguían.

—Dos hombres con rasgos sudamericanos… Tal vez fueran los mismos que vio el vecino de Pablo por la madrugada, ¿verdad, Baroja?

—Cierto, los mismos que entraron en su vivienda y la destrozaron. Quién sabe, tal vez fueran cubanos.

La pareja de agentes se miraron como si estuvieran hablando por telepatía entre sí. Jaime los observaba ensimismado, nunca antes había estado ante la policía. El instructor volvió al presente y animó al muchacho a continuar.

—La semana siguiente se armó un buen revuelo en el barrio. El que más y el que menos conoce a Pablo, y saben lo mal que estaba. Comencé a escuchar todo tipo de suposiciones. En varias ocasiones

estuve tentado de hacerles una visita a la comisaría y contarles lo que sabía, pero tuve que morderme la lengua, le hice una promesa y, además, sabía que estaba bien. No lo habían acuchillado ni secuestrado y, por supuesto, olvidémonos del suicidio. Yo tenía claro que nada de eso era cierto —explicó Jaime—. Se marchó porque no aguantaba más aquí y ya está, no se me ocurre otra cosa. Todo el mundo estaba alborotado, menos yo, que sabía de su marcha. Así que disculpen por no buscarlos, creo que no he hecho nada malo. Ahora que vinieron a preguntarme, les cuento lo que sé, estoy obligado, pero no antes.

El instructor se había repuesto del cabreo inicial y miraba a Jaime sin guardarle rencor. El chico estaba colaborando y no había que desperdiciar la ocasión.

—Estese tranquilo, entiendo que hizo una promesa y no ha faltado a la ley en ningún momento. Ahora quiero que me cuente la llamada del abogado desde Cuba, por favor.

—Ah, sí. El jueves o viernes pasado recibí una llamada de un número oculto. Estuve a punto de no cogerla y también de colgar al escuchar una voz sudamericana preguntando por mí. Ya sabe, es típico en las compañías telefónicas que venden productos. El tema es que me dijo que quería hablarme de Pablo López. Me preguntó si lo conocía y le dije que sí. Lo primero que hice fue interesarme por cómo se encontraba. Con tanto revuelo la semana anterior, estaba desubicado y no lograba distinguir entre lo que yo sabía y lo que se escuchaba en el vecindario.

—¿Sabe el nombre del señor?

—Sí, me dijo que se llamaba, déjeme ver el móvil, lo anoté en el bloc de notas… Aquí está. Se llama Camilo Ponce y es el abogado de Pablo.

—¿Abogado? Pero ¿qué ha hecho Pablo para necesitar un abogado?

—Le cuento. Me hizo preguntas personales sobre Pablo, por ejemplo, de qué lo conocía, si tenía familia y dónde trabajaba. También le expliqué cómo fue la muerte de su esposa, en fin, todo. Según me contó, nada más llegar Pablo a La Habana, lo confundieron con un terrorista y lo detuvieron. El hombre parecía buena persona, como ustedes. Me reveló que está preso en una cárcel de La Habana y hay problemas para demostrar su inocencia debido a temas burocráticos con el gobierno.

—¿Y por qué lo llamó precisamente a usted?

—Antes de que Pablo se marchara a La Habana, le escribí mi dirección y el teléfono en una hoja que metí junto a la documentación. Supongo que la encontrarían y por eso me llamaron.

La información de Jaime complementaba la que Tino les había proporcionado unas semanas antes. Estaban avanzando bastante. Tenían claro que Pablo estaba vivo, en Cuba, y la novedad era que alguien estaba luchando por demostrar su inocencia. Pero había algo que al instructor le olía raro.

—Jaime, yo me pregunto si podríamos contactar con ese abogado. ¿No tiene su número?

—No. Ya les he dicho que me llamaron con un número oculto.

—¿Solamente lo telefoneó una vez?

—Sí, eso es. Me dijo que me llamaría más adelante, cuando todo fuera esclareciéndose.

—Entiendo. Pues por ahora eso es todo. La información que acaba de proporcionarnos es trascendente para la investigación. Le ruego que, si vuelve a tener noticias, se ponga en contacto con nosotros. Aquí tiene mi tarjeta.

El instructor y el oficial salieron de la farmacia con nuevos datos y las cosas más claras. Desde España, no podían hacer nada por socorrer a Pablo; todo intento de actuar por libre se salía de su jurisdicción. Debían informar al jefe de la unidad, Carlos Esteve, de las nuevas que el confidente les había proporcionado.

Lozano indagaba en sus adentros y, antes de entrar en el coche, reclamó la atención de su compañero.

—A ver, Baroja, analicemos. Un inmigrante español en Cuba con la moral por los suelos, sin conocidos ni dinero y, de repente, por milagro, se le aparece un abogado que se implica por sacarlo de aquel agujero. Hay una cuestión que merodea por mi mente y no encuentro ninguna respuesta: ¿quién está pagando a ese abogado?

33

Fueron transcurriendo las jornadas y Pablo presentaba mejoría en su salud; ya comía por sí mismo y el doctor estaba muy contento con su evolución. Tras unos días escribiendo cartas al señor Ponce, iba a tener la oportunidad de volver a citarse con él.

Aquella mañana un característico olor a pintura se había colado en el dormitorio de Pablo. De camino a su cita con el abogado, se cruzó con un par de presos que estaban reparando las goteras de un techo. Una vez en la sala de visitas, se repitió la escena de unos días atrás. El abogado lo esperaba sentado en un lado de la mesa y ambos se quedaron a solas en compañía de Pereda, el discreto y cómplice agente.

—Querido Pablo, tienes mejor aspecto. Me gustaría escucharte, ¿puedes hablar?

—Sí que puedo. ¿Has leído mis cartas?

—Veo que captaste muy bien mi mensaje y estás expresando tus emociones a través de la escritura. Es muy interesante lo que transmites y nos tranquiliza comprobar que notas mejoría.

—¿A quiénes os tranquiliza?

Pablo insistía, le intrigaba el saber quién o quiénes estaban leyendo aquellos textos. El abogado retuvo la palabra. Después de discurrir la respuesta durante unos segundos, se ajustó las gafas.

—A mi equipo y a mí. Todos los datos que nos proporcionas están siendo investigados. Pretendemos localizar pruebas que sostengan tu argumento. Ya sabes que el proceso es lento, pero vamos por buen camino. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Pablo se enfadó hacia sus adentros al comprobar que el abogado volvía a esquivar una respuesta más concisa. El malestar se esfumó cuando recordó el detalle que habían tenido con él.

—Pues, antes de nada, quería agradecerte que me devolvieras la fotografía de mi mujer, fue un gesto muy emocionante y quería agradecértelo en persona. Por otro lado, las horas se hacen muy largas y te pedí alguna lectura.

—Me alegro mucho. Sabíamos que aquella fotografía te subiría la autoestima. No me dejan entrar libros, pero en la próxima reunión que tenga con la dirección, negociaré por ese privilegio, ¿te

parece bien?

—Muchas gracias.

—Respecto a tus próximas redacciones, quiero que escribas sobre tu infancia.

—¿Mi infancia? ¿Para qué? ¿Esa información puede ser transcendente para sacarme de prisión?

—Verás —intervino Camilo tratando de rebajar las revoluciones de Pablo—, somos conscientes de lo largo que puede ser un día aquí dentro. Todavía no lo sabes, pero en mi equipo hay psicólogos que te están estudiando y piensan que hacer este ejercicio, el de recordar cosas, te ayudará a retomar la confianza. También te dará la oportunidad de observar tu propia historia desde otro punto de vista, otro ángulo. Sabemos que pasaste un período muy negativo y triste durante tus últimos años en España.

Aquella afirmación logró convencer a Pablo. Escuchar que un psicólogo estaba analizándolo en la distancia le pareció una buena idea.

—Así lo haré, Camilo.

—Cuídate mucho y céntrate en tu recuperación. Volveré a visitarte en otros siete días.

Durante el trayecto hasta la habitación, Pablo estuvo pensando en su infancia; era como abrir un álbum de fotos y redescubrir qué había sucedido en aquellos años. Hacía mucho tiempo que no hablaba de su niñez y pensó que sería divertido.

23 de agosto de 2013

Estoy muy animado por escribir sobre mi infancia. He tenido que pensar mucho para ver por dónde comenzar.

Hasta que cumplí diez años, viví con mi madre, Elisa, a la que siempre llamé Mami López, y mi hermana Paula en un pequeño pueblo de Asturias llamado Bueño. Los tres vivíamos en una casa muy grande y bonita en la calle Carlos Prieto. En la planta superior, estaban los dormitorios y abajo, la cocina, el salón y, al entrar, una habitación donde vendíamos la miel y el queso que unos ganaderos de la montaña traían cada día. Fuera, en el jardín, teníamos un pequeño almacén en el que se guardaban las herramientas y trastos como bicicletas o tarros de cristal. Justo enfrente, al cruzar la carretera, había una enorme explanada verde, donde pastaban las vacas y, a veces, me colaba entre la valla para jugar con ellas. Solía caerme alguna bronca por esta travesura.

A decir verdad, y de esto me enteré unos años más tarde, fui

adoptado. El marido de Mami López, Aurelio, falleció en un accidente. Trabajaba en la central térmica de Soto de Ribera y un día de tormenta se cayó al vacío desde una de las chimeneas. Cuando sucedió, Paula tenía pocos meses y Mami López entró en una depresión; quería tener más hijos y la tristeza la estaba consumiendo.

Hace pocos años, en una de mis visitas al pueblo, una anciana del barrio me contó algo acerca de mi adopción. Dijo que una monja a la que yo conocí llamada sor Lucía, por cierto, gran amiga de mami, cuando yo era un recién nacido, me entregó en sus manos y, a partir de ahí, pasé a formar parte de la familia. No pregunté más al respecto y, la verdad, jamás tuve curiosidad por averiguar de dónde provengo.

Me llevo dos años y medio con mi hermana Paula, pero nunca supuso un problema para mí. De pequeños estábamos muy unidos, aunque tengo que confesar que nuestra madre siempre tuvo predilección por ella. Le consentía todo y pienso que por esa razón le dio tantos problemas de mayor. Siempre he sido un muchacho tranquilo que me he adaptado a lo que me mandaran, nunca me quejaba de nada.

Pienso que jamás nos faltó de nada. A mami le quedó una pequeña paga de viudedad y, sumando lo poco que lograba vender en casa, fuimos saliendo adelante.

Voy a acabar por hoy, tengo una visita.

Pablo López

Alrededor de las seis de la tarde, Pereda se coló en la habitación de Pablo, recogió el cuaderno y lo guardó a toda prisa en el cajón. Parecía nervioso e incómodo. No dijo ni una sola palabra. Cerró la puerta con llave, cosa poco habitual. El preso español se preocupó, algo raro sucedía al otro lado. Llevaba muchos días sin sobresaltos y el gesto del guarda estaba fuera de toda lógica. Era habitual que preguntara antes de entrar y que recogiera las cosas con pasividad.

Pablo seguía dando vueltas al comportamiento de Pereda, cuando escuchó la cerradura girar y después abrirse. Tras ver la figura que apareció por la entrada, comprendió por qué el guarda tenía tanta prisa por esconder las cosas. Venía a visitarlo Mauricio Fuentes, el responsable de la prisión, el mismo que, minutos antes de dejar a Pablo solo en el patio el día de la paliza, había brindado con ron y le había prometido trasladarlo a una celda más cómoda y saludable.

Aquella visita llegaba veintitrés días después de haber recibido las agresiones. Pablo no podía creerlo, sus ojos parecían querer

salirse de las órbitas y hacia sus adentros trataba de encontrar una explicación.

«No puede ser. El abogado me dijo que no vendría nadie a visitarme. Pero ¿qué hace este personaje aquí? El muy desgraciado se ve que no tiene bastante con la paliza que me han pegado, que aún viene a pasar revista. Míralo, todo engalanado con ese uniforme militar y las medallitas ordenadas y brillantes. Me cago en todo, que el tío está cerrando la puerta por dentro. Joder, pero si se va a quedar a solas conmigo».

Los pensamientos de Pablo se vieron desvanecidos cuando Mauricio se acercó a su altura, armó el brazo derecho y le dirigió una bofetada con la palma de la mano abierta. El fuerte golpe provocó que la cabeza de Pablo acabara mirando hacia la pared contraria. El español no se quejó, ni siquiera emitió un «ay». El eco del tortazo se estuvo escuchando durante un par de segundos. El pobre abofeteado comenzó a sentir mucho calor y a escuchar un pitido agudo en la oreja izquierda.

Mauricio condujo la mirada hasta la pequeña ventana. Observando el exterior de la prisión, comenzó a desabrochar los botones de las mangas del traje, los dobló hacia los codos y repitió la acción con la camisa. Por su parte, Pablo hizo un esfuerzo titánico por contener la rabia. Cerró los puños y se guardó las fuerzas, porque tal vez las necesitara después.

—Señor Benítez —habló Mauricio mientras se giraba y caminaba hacia el preso—, veo que se está recuperando del incidente del patio. Supongo que el doctor le informó de lo sucedido, pero voy a resumirlo.

Mauricio se detuvo a espaldas de la camilla, donde apoyó las manos; los dedos tecleaban la sábana a escasos centímetros de las orejas de Pablo. El español miró hacia arriba y vio de frente el rostro moreno y afeitado de Mauricio. De él sobresaltaban las cejas unidas y pobladas sobre unos ojos achinados de color negro carbón.

—El día del fatídico e involuntario altercado, hubo un conflicto con unos reclusos en un pabellón. Los funcionarios que lo custodiaban tuvieron que socorrer aquella urgencia y lo dejaron solo en el patio —explicó Mauricio—. Como acabo de decirle, era una cuestión de fuerza mayor, ¿comprende? Entiéndame, en estas fechas vacacionales hay escasez de personal y el resto de agentes que controlaban el patio tuvieron que dejar sus puestos para atender el incidente.

Mauricio puso sus manos sobre los hombros de Pablo, primero los apoyó, pero instantes después los apretó tenuemente.

—Lamento sinceramente lo que más tarde le ocurrió con el resto de presos. Todo fue una suma de casualidades. Lo importante es que

se le ve bien y va recuperando la salud.

Las manos de Mauricio ascendieron despacio hacia el cuello de Pablo y comenzaron a bordearlo hasta que el mandamás decidió cerrarlas y dejar caer todo su peso sobre ellas. Trataba de asfixiar a Pablo que, en un acto reflejo, cogió las muñecas de Mauricio, haciendo todo lo posible por separarlas.

—Hijo de mala madre —balbuceó Mauricio, apretando los dientes y cargado de ira—, me has traído muchos problemas. El primer día que llegaste, tendría que haberte quitado de en medio con mis propias manos, cabrón.

La boca de Pablo estaba abierta pero el aire no lograba traspasarla. Estaba agonizando y empezó a desistir del intento por apartar los brazos de Mauricio, sobre los que apenas ejercía fuerza.

—Tienes un puñetero ángel que anda dándote vueltas.

Mauricio apartó las manos del cuello de Pablo. Caminó hasta el lavabo para refrescarse y volver a recomponer su camisa y chaqueta. Hacía aquello ignorando a Pablo, que movía la cabeza y la mandíbula para atrapar todo el aire que podía. El sudor bañaba el pijama y las convulsiones lo hacían elevar el pecho como si fuera un pez fuera del agua.

Una vez que el mandamás se secó las manos, fue hasta los pies de la camilla. Observó al preso que parecía retomar el aliento y le devolvía la mirada. Se dijeron todo lo que tenían que decirse sin necesidad de articular una sola palabra. Los ojos de ambos delataban sus sentimientos. Los de Mauricio querían acabar de una vez por todas con el peso de mantener a un recluso mediático en su cárcel, y los de Pablo maldecían el día en que nació aquel hombre protegido por un uniforme.

—Creo que ha quedado todo muy claro, Fabio. Solo voy a decirte una última cosa: como alguien se entere de lo que ha ocurrido aquí esta tarde, seré la última persona que veas en tu vida. ¿Ha quedado claro?

Se dedicaron una última mirada. Mauricio dio media vuelta y salió de la habitación con el pecho y la cabeza en alto, dejando patente quién tenía el poder en aquel lugar.

34

Aquella noche Pablo estuvo reviviendo una vez tras otra la tortura sufrida el día previo a manos de Mauricio. Hacía un par de horas que había logrado coger el sueño, cuando Yasmín lo despertó con su música alegre. El español se despertó y, entre bostezos, pudo ver lo que Yasmín llevaba entre las manos: había logrado introducir en la prisión, camuflados en su mochila, una docena de churros cubanos.

Pablo se llevó una grata sorpresa al ver el gesto de la enfermera y le pidió que se acercara para darle un beso en símbolo de agradecimiento. Yasmín accedió y recibió un beso contundente en la mejilla, de esos que hacen ruido. Rieron y compartieron aquellos churros con azúcar. Pablo vivió cada mordisco con intensidad y nostalgia. El sabor de los crujientes churros lo transportó a aquellas mañanas de domingo en las que acompañaba a su amigo Andrés a la Plaza Mayor de Madrid para vender sellos y monedas.

—Yasmín, ¿sabes una cosa? Por unos minutos me he sentido como si estuviera fuera de la prisión, sentado en una terraza escuchando el ir y venir de la gente. Cuánto daría por disfrutar de esas sensaciones. —Suspiró mientras regresaba a la realidad—. Te doy un millón de gracias por el detalle. Cuando salga de aquí, me gustaría invitarte a desayunar churros con chocolate, ¿aceptas?

Pablo estaba emocionado e incluso se atrevía a hacer planes. Ahora tenía una nueva promesa que cumplir.

24 de agosto de 2013

Ayer fue un día complicado para mí. No voy a escribir nada sobre ello, es de esas veces que uno está de bajón y no puede explicarlo.

Los primeros recuerdos que tengo de pequeño son de cuando tenía unos tres años. Con esa edad empecé a ir a la escuela, fueron los mejores momentos de la infancia. El pueblo en el que vivía tenía muy pocos niños y estábamos mezclados en una misma aula. La escuela se llamaba Graciano Sela y estaba a la entrada del pueblo. Era una casa de principios de siglo, con la fachada blanca y los bordes de las ventanas y puertas de ladrillo. En un lateral estaba el

patio donde jugábamos siempre que no llovía.

Cada mañana iba al colegio cogido de la mano de mi hermana. Cuando digo que fueron los mejores años de mi vida es por la estupenda maestra que tuve; se llamaba Arantxa y era encantadora, siempre estaba pendiente de mí. Yo era el más pequeño de la clase, y ella sabía que me costaba relacionarme con los otros compañeros y me ayudaba a integrarme. Pienso que fue tan importante porque me daba el cariño que no terminaba de recibir en casa. Se me iluminaba el rostro cuando la veía cada mañana, con su bata de rayas rosas y blancas. Siempre olía bien y me encantaba abrazarla, tal vez para huir de mi vergüenza; ella era la única persona que me entendía.

No fui un buen estudiante, me despistaba con mucha facilidad. Lo que mejor se me daba eran las letras. Arantxa me transmitió la afición por la lectura. Todos los días, antes de marcharnos a casa, me contaba un cuento. Todavía puedo recordar a mi hermana esperándome con cara de desesperación en la puerta del colegio.

Mañana escribiré más, acaba de venir el doctor y tengo que aparcar la escritura.

Pablo López

—Bueno, bueno… Yasmín me dijo que habías logrado apoyar las piernas en el suelo. Eso es bueno, ¿verdad?

Los avances en las piernas de Pablo estaban siendo fantásticos; poco a poco iba recuperando la movilidad y el control de los esfínteres.

—Así es, doctor. Estoy pensando que cuando salga de aquí iremos un día a correr juntos y te dejaré bien atrás.

—Pero bueno, sí que se te ve animado. Tendré que entrenar un poco más, porque un duelo entre España y Cuba promete.

Ambos habían congeniado muy bien. Pablo sabía que el doctor era deportista y le gustaba guardar la forma. En la adolescencia lo seleccionaron para entrenar en un equipo profesional de atletismo, pero tuvo que elegir entre correr o estudiar y al final se decantó por la medicina. Un par de días antes le había revelado a Pablo que tenía una espinita guardada; al doctor le habría encantado ser atleta profesional, este era su sueño frustrado.

—Debemos aprovechar ese buen humor para avanzar en la recuperación, el positivismo ayuda mucho. Empiezas a tener movilidad y te hemos quitado los sueros, pero esto implica que, aunque no queramos, tenemos que bloquear la puerta, ¿me entiendes? Digamos que estamos en un punto delicado. Queremos

que te pongas bien, pero si te pones bien te trasladarán a una celda y eso no lo queremos, *¿okey?*

Pablo recibió la indirecta.

—Trataremos de ser discretos, no solo tú, sino todos. Siempre que venga alguna visita, tienes que permanecer acostado, en posición de reposo —explicó el doctor—. En teoría no vendrá nadie y mucho menos que nosotros desconozcamos, pero ya me contó Pereda que el comandante Mauricio se presentó sin avisar; el muy pendejo anda con la mosca detrás de la oreja.

—Sí, vaya susto. Te entiendo.

—Veo que tienes confianza y es bueno que te pruebes. Intenta incorporarte y sentarte, puedes hacerlo hacia un lado y luego al otro, como una gimnasia. No debes tener miedo, no va a pasarte nada. Quiero que ejercites y fortalezcas la zona abdominal para que la musculatura vaya hinchándose. Es temprano para poder levantarse y caminar por tu propio pie, pero si todo va bien, en unos días empezaremos a hacer pruebas.

—Muchas gracias, doctor. Quería hacerte una pregunta, ya sabes que soy discreto y hasta ahora no te he puesto en ningún compromiso, pero quiero saber tu opinión.

—Adelante.

—Conoces todo mi caso de primera mano, lo que tiene que ver con la parte médica, pero también lo que no. Tú vives ahí fuera y sabes lo que han hecho conmigo, lo que se dice de mí y también la realidad de lo que me espera. Trabajas aquí dentro y a tus oídos llegan cosas. No voy a pedirte detalles, pero ¿crees que hay posibilidades de que yo vaya a salir de aquí?

El doctor lo observó compasivo y, sabedor de los entresijos del caso, no se atrevía a hablarle de ellos. Sopesaba qué decirle, pero había cierta información que prefería no desvelar para evitar herirlo emocionalmente.

—Vas a salir de aquí, eso es evidente. Y para serte sincero, pienso que será más pronto que tarde. No puedes rendirte, debes agarrarte a la vida y levantar la moral. Imagina que tu estancia aquí es la de un hospital de rehabilitación, que viniste a ponerte bien y que, tras finalizar el tratamiento, te marcharás a casa con los tuyos, ¿comprendes? Aprovecha tu estado de buen humor para transmitir al cuerpo ánimos y fuerzas, las necesita. Verás los avances en las próximas jornadas.

Aquellas palabras aportaron ánimos a Pablo, que lo miró sonriente, pues confiaba en el doctor. Nunca se había caracterizado por tener buen humor, pero a menudo recordaba a Tino y se apoderaba de su espíritu.

—Doctor, no olvides que tenemos una carrera pendiente y te voy

a machacar.

26 de agosto de 2013

Hoy soñé con Mel, el primer amor de mi vida. La conocí en Madrid, en el instituto de Formación Profesional Islas Filipinas. Su sonrisa tenía algo que me atraía y llegué a obsesionarme con ella. Apenas hablábamos; me sentía intimidado, y de nuevo mi cobardía y vergüenza fueron un obstáculo para acercarme. A decir verdad, ella era la única razón por la que iba a clase. Allí dentro me aburría, las artes gráficas no eran lo mío y tampoco me relacionaba con nadie. El segundo año ya no apareció. Era septiembre de 1993 y, según descubrí, se había mudado con sus padres a Santander. No tuve ocasión de despedirme ni de pedirle el teléfono o una dirección.

Aquel curso pasó sin pena ni gloria para mí. Al terminar las clases, caminaba hasta el Museo Geominero donde trabajaba mi tío Ramón. Él fue quien animó a Mami López a trasladarnos a Madrid en 1988. Mi tío siempre trabajó en la mina, en Asturias, pero años antes de inaugurar el museo, lo contrataron para catalogar minerales y se quedó en la capital. Como decía, iba hasta allí al salir de clase y pasaba las tardes con él, dónde aprovechaba para hacer deberes, aunque siempre me dejaba ayudarlo a desembalar y ordenar cosas.

Allí me sentía bien, rodeado de muchas piedras y en un ambiente agradable. Ahora miro a mi alrededor y solo veo el blanco de cuatro paredes. Por cierto, hoy hace un mes que partí de España.

Lo dejo por hoy, este recuerdo acaba de cortarme el día.

Pablo López

Amaneció la mañana del veintisiete de agosto y Pablo iniciaba sus ejercicios. Se había propuesto entrenar tres veces al día y podía palpar cómo las caderas se estaban engrasando y se movían con fluidez. Finalizaba sus ejercicios siempre sentado hacia el lado izquierdo y observaba en dirección al baño, como un lobo ante su presa. Al igual que un vidente, visualizaba su futuro más cercano; lo acompañaban las fuerzas y se veía en pocos días caminando hacia allí y haciendo sus necesidades de forma autónoma. Desde la cama, en la distancia, le hablaba al grifo de la ducha.

—Pronto nos veremos, amigo.

Rememoró la última vez que sintió el agua sobre su cuerpo, fría

como escarcha. Su baño imaginario se vio cortado por el sonido del cierre. Se reclinó bocarriba y esperó. Era Yasmín que asomaba la cara sonriente y alzaba las cejas. Con voz bajita le susurró:

—Cierra los ojos.

Pablo obedeció. No quería pensar qué iba a suceder, estaba curado de espanto e inmunizado, llevaba vistas muchas cosas en el último mes. Percibía los pasos de al menos dos personas. Alguien le levantó la nuca y le apoyó algo en la frente. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo. Si no fuera porque sabía que Yasmín lo acompañaba, ya habría abierto los ojos. Creyó escuchar un pequeño susurro. Desde que había entrado en prisión, sus oídos se habían sensibilizado como los de un invidente. Cerca de un eterno minuto pasó desde que su imagen se volvió oscura y unas voces a modo de coro comenzaron a cantar:

Felicidades, Pablo, en tu día,
que lo pases con sana alegría
muchos años de paz y armonía
felicidad, felicidad, felicidad.

Al escuchar las primeras voces, abrió los ojos. La sorpresa fue tan grande, que tardó en reconocer a tres personas disfrazadas con una nariz de payaso: Yasmín, el doctor Carreras y el agente Pereda. Habían pasado el cerrojo por dentro y cantaban alegres, como si lo hicieran a un niño hospitalizado. Pablo sabía que los cubanos llevan el ritmo en la sangre y celebran hasta la caída de un coco, pero no tenía claro a qué se debía tal despliegue. Dedujo que celebraban su cumpleaños pero, si las cuentas no le salían mal, aún faltaban dos días, el veintinueve. No importaba, jamás habría imaginado esa sorpresa.

—Por favor… qué alegría, qué ilusión, ¿cómo sois tan buenos conmigo? Me vais a hacer llorar.

Por supuesto que lloró y lo hizo entre los brazos de Yasmín, que fue la primera en ayudarlo a incorporarse. Se retorcieron en un precioso y profundo abrazo. Pablo desahogó sus lágrimas en el hombro derecho de la mujer, conmovido. Nunca imaginó que hubiera personas tan maravillosas en el mundo. Ahora abrazaba al doctor que tampoco había podido contener las lágrimas y aprovechó para dejar fluir sus sentimientos con un abrazo de esos que marcan historia, como el que un mes atrás le había dado Tino en su despedida ante el hotel Caribbean. Pereda, conocido por ser un hombre introvertido y gélido, no hacía otra cosa que tragar saliva para mantener el tipo, pero acabó sucumbiendo a la emoción y le regaló un precioso abrazo al preso. Yasmín andaba buscando

algo en el carro de la limpieza.

Pablo era muy querido por sus tres aliados, quienes habían improvisado una celebración un tanto rudimentaria pero emotiva y confidente, inolvidable. Las palabras sobraban en esa habitación, se respiraba alegría que olía a amistad y Yasmín quería sellarlo. Extrajo una botella de Chiva Blanca, una mezcla de ron con limón que sirvió para brindar en símbolo de felicidad. Un gesto que Pablo nunca olvidaría y una celebración inverosímil que permanecería en su memoria hasta el último día de su vida.

—Que disfrutes de tu día —dijo la enfermera—. Aquí traigo un detallito, lo dejo sobre la mesa.

Recogió las imágenes de vírgenes y velas, las introdujo en una bolsa y en su lugar apoyó una alegre planta adornada en su parte más alta por una flor de color violeta.

—Qué alegría, una compañera nueva. Muchas gracias, no sé cómo agradeceros el detalle. Estoy, como dicen los jóvenes en mi país, flipado. Gracias, gracias y gracias.

Fue el turno del doctor, que dejó una caja poco voluminosa sobre el pecho de Pablo. Estaba envuelta en papel de regalo, y Pablo la cogió.

—Si nos permites, tenemos que marcharnos; ya sabes, el trabajo. Ábrelo cuando te quedes solo y esperamos que lo disfrutes.

Pablo estaba flotando, no quería que el mágico momento se dispersara, así que lo alargó. Era una sensación de amor, ternura, de sentirse querido y arropado, donde una sobredosis de energía inundaba su corazón y lo llevaba hasta un lugar que hacía tiempo no visitaba, la paz. El instante se eternizó y, acomodado en la cama, disfrutaba de él. Sentía cómo su autoestima se fortalecía y habría podido estar así durante todo el día, se negaba a dejarlo marchar. Abrir la caja tendría que esperar a más adelante.

Horas más tarde, la noche invadió el dormitorio. Pablo había ocupado el día disfrutando del profundo estado de ánimo que se convertía en recuerdo. No había tomado alimento en todo el día, salvo el dulce sorbo de Chiva Blanca. Se resistía a dar por concluida la jornada, parecía un drogadicto bajo los efectos de algún estimulante de esos que te hacen ver pajaritos, pero el sueño pedía paso y no le quedaba otra elección que claudicar ante él.

35

Yasmín sorprendió a Pablo semidespierto bajo los efectos de la resaca emocional del día anterior. Estaba hipnotizado y exhibía una sonrisa inocente y boba como si meciera a un recién nacido entre sus brazos. Ella prefirió dejarlo disfrutar del placentero despertar, no quería molestarlo y cerró la puerta para regresar más tarde.

Pablo separó los párpados. No se había despertado tan feliz desde el día siguiente a su boda. Tenía ganas de escribir la increíble sorpresa del día anterior. Con un solo movimiento, consiguió incorporarse sobre el lateral de la cama, estaba ágil y cargado de vitalidad. A los pocos minutos apareció Yasmín, que lo encontró sentado y con aspecto risueño. Se alegró por ello.

—Buenos días. ¿Ya te has despertado?

—Yasmín, mírame. En un solo día me habéis quitado diez años de encima. Lo de ayer no tiene precio. Estoy feliz. Siento rejuvenecer y os estoy muy agradecido.

—Qué lindo es escucharte decir eso. Tienes muy buen aspecto. Al verte ahí sentado pensaba que ibas a animarte a caminar.

—¿Hablas en serio?

—Claro, vamos.

Yasmín se acercó a su lado y lo ayudó a apoyar los pies en el suelo.

—No camines, tan solo trata de mantenerte recto. Prueba esas piernas a ver si aguantan el peso.

Al comprobar que sus piernas resistían y se mantenía plantado, un río de energía le recorrió el pecho y se elevó hasta lo más alto de su cerebro.

—No me lo creo, Yasmín.

—¡Qué bueno! Vamos a hacer una cosita, siéntate de nuevo.

La joven salió en busca del doctor. Sabía que no quería perderse el momento en que Pablo volviera a caminar. Ambos se presentaron en el dormitorio con un andador e hicieron pruebas hasta que Pablo consiguió llegar por sí mismo hasta la ventana y mirar a través de ella. El gran paso fue celebrado con sonrisas y abrazos. Pablo se había convertido en una de las motivaciones diarias de la pareja y copaba gran parte de sus conversaciones fuera del centro. Verlo

caminar los llenó de júbilo.

28 de agosto de 2013

El día de ayer fue uno de los más especiales de mi vida. Tuve una sorpresa por parte de mis cuidadores, celebraron mi cumpleaños. Fue algo inesperado que me ha marcado muy adentro. Todavía estoy en una nube de la que no quiero bajar. Encontrar cariño en este lugar está muy cotizado y, dentro de lo mal que me han ido las cosas en los últimos tiempos, me siento afortunado de seguir con vida; y saben que se la debo a ellos. Me están apoyando, cuidando, motivando y, encima, me dan cariño. No sé qué más puedo pedir.

Creía que dentro de una prisión todo era oscuro y triste, pero ayer me dieron una lección que voy a valorar mucho a partir de ahora.

Ayer pensé mucho en ello y me lleva a una conclusión con la que no contaba o de la que no era consciente: siempre hay una buena causa para abrir tu corazón y dejar de ser egoísta. Cuando me hice objetor de conciencia en la Cruz Roja, ayudé a mucha gente. Lo hacía por acompañar a otros en la labor y por librarme del servicio militar, claro. Solo ponía mis manos, pero no entregaba el corazón como aquí lo hacen conmigo.

Muestra de esa labor desinteresada es que hoy he vuelto a caminar. Aún no me lo creo. Ha sido algo emocionante. Siento como mi cuerpo se está curando y transformando. No dudo de que las medicinas tengan parte de protagonismo, pero las ganas de vivir son las que están revolucionando mis células para que sanen.

Les estoy muy agradecido a todos.

Me trajeron un regalo que todavía no he abierto. Lo haré mañana, pues es la fecha de mi cumpleaños.

Pablo López

La mayor parte del día, la luz del sol atravesaba la ventana iluminando el lateral opuesto, donde trasladaron la mesita con la planta de la que empezaban a brotar varios hijos. Era viernes y Pablo cumplía treinta y seis años. Abriría su regalo tras la habitual visita de Yasmín.

Como cada día a primera hora, la hermosa y sonriente enfermera irrumpió en el dormitorio. Su melena lisa y brillante lucía recogida en un gracioso moño que dejaba el cuello al

descubierto y le ofrecía un aspecto más cercano. Conectó la radio y arregló el dormitorio con su habitual ritmo caribeño. Volvieron a caminar con el andador. Era importante que Pablo ejercitara la musculatura en las piernas para recobrar la estabilidad.

—El sábado no vendré a visitarte y el domingo tampoco.

El preso la escuchaba mientras hacía un esfuerzo por dar el último paso hasta la ventana donde solía observar el paisaje.

—¿Va todo bien? ¿Tienes alguna celebración?

—Sí, eso es. Pedí permiso para visitar a mi hermana, tuvo un bebito y el sábado será el bautizo.

Un bebé. Al oír aquella palabra, un pensamiento sacudió con fuerza a Pablo en lo más profundo de su ser; la frustración por no haber sido padre. Por entonces, no había valorado la vida como lo hacía ahora. Indagaba en sus recuerdos mientras a lo lejos observaba un camión transitar por la carretera.

—Pablo, tienes que regresar a la cama, no puedes pasar tanto tiempo de pie.

—Ah, sí. Yasmín, miro a los vehículos ir de un lado a otro y me sorprende mucho. Aquí todo parece muy estático, ¿no crees? Tengo la sensación de que los días se alargan y parecen no tener fin.

—No quiero desmoralizarte, pero espera a que llegue el invierno y los días se acorten. Eso sí que es duro. Esperemos que para entonces estés ahí fuera montado en uno de esos autos.

Yasmín sonrió, cuidaba a Pablo con delicadeza. Siempre se comportaba de una manera amable, paciente y cariñosa. Era normal que el doctor Carreras estuviera enamorado de ella; desde la primera vez que la vio, supo que aquella preciosa mulata iba a ser para él. Llevaban juntos siete meses, aunque todavía no lo habían hecho público. Se besaban en privado para evitar habladurías en el trabajo. Cada cual vivía en su casa, pero planeaban una boda a mediados del año siguiente. Y también proyectaban un cambio radical de vida, en otro lugar, tal vez muy lejos de la isla.

Una vez que Yasmín terminó de atender a Pablo, él se quedó a solas con el regalo. Acariciaba los bordes; deseaba abrirlo pero sabía que, tras hacerlo, se esfumaría la magia.

«Y a todo esto, ¿de quién será este regalo?», pensó.

No tenía ganas de seguir haciendo cábalas. Mantener el misterio no hacía más que dejar en evidencia su propia inseguridad. Temía llevarse un desengaño. Cuando al fin se dispuso a abrirlo, entró en pánico, presagiaba que algo no iba a ir bien. Su lado negativo tomó el protagonismo con pensamientos nocivos que vaticinaban algo malo. Una estúpida lucha se había encadenado en su mente y estaba perdiendo el control. Ese ruido no le dejaba ver que entre las manos sostenía una simple caja, un obsequio, algo que le habían regalado

con cariño.

De un salto, se irguió y, sentado en la cama, respiró con calma, tratando de regresar al presente. Apoyó la espalda contra la almohada y se dispuso a abrir el presente. Utilizó las uñas para rasgar el coqueto embalaje grisáceo con puntos blancos. Debajo de él encontró una cajita azul turquesa que se abría a modo de bisagra. Al descubrir la tapadera, halló una bolsita de terciopelo negra que contenía algo en su interior. Desató el fino cordón y en la mano izquierda dejó caer lo que había dentro.

Lo que ahora descansaba sobre su piel era algo sobrecogedor, un bálsamo de poder, coraje, ímpetu, y había llegado en una jornada clave para él. Un súbito escalofrío recorrió cada milímetro de su piel, cerró la mano y comenzó a llorar. No se lo podía creer, lo había dado por perdido, aunque no olvidado. Volver a recuperar el colgante de su madre, ése que recibió el día de su boda, el que jamás lo había abandonado y que le hacía compañía, le llevó a pensar en su infancia, la familia y sus valores. Aquel objeto tenía un valor sentimental que no había dinero en el mundo que pudiera pagar. Se sintió dichoso por tenerlo en su poder.

Necesitaba expresar sus sentimientos, abrazar, besar, saltar, bailar, gritar y celebrar. Tampoco podía contener la euforia, estaba melancólico y blandito como un flan. Miró hacia todos los lados buscando alguna mirada cómplice que entendiera su fervor, pero estaba solo en aquel habitáculo. La maceta era el único ser vivo que lo acompañaba. Pablo la contempló y creyó estar volviéndose loco como Tom Hanks cuando le hablaba a una pelota de voleibol en la película *El náufrago*.

«Para ser Tom Hanks, solo me faltaría ponerle nombre a la planta», murmuró para sí.

Desplegó el colgante. Era una medalla de plata con la imagen de Nuestra Señora de Covadonga, patrona de Asturias. En el reverso tenía grabada una inscripción en letras mayúsculas: «Para siempre - 8/9/2007». Aquella fecha coincidía con el día de su boda. Para Elisa López, su madre, aquel fue un día especial. Tan devota como era de La Santina, pensó que lo arroparía en los buenos y malos momentos. Pablo aparcó la idea de ponérselo en el cuello, sabía que no podrá lucirlo porque, según el doctor, no debía llamar la atención. Lo observaba con detenimiento, imaginando la ternura y el calor de su madre abrazándolo.

La caja permanecía abierta y contenía más sorpresas. La siguiente era un sobre. En su interior había una postal con una fotografía de una playa espectacular de aguas cristalinas. En primer plano aparecía una imponente palmera y a su lado una pasarela de madera que conducía a una especie de cabaña dentro del mar, un

lugar paradisíaco. En el reverso había inscrita una marca con el lugar, Playa de Santa Lucía, donde trabajaba Alejandrina, la amiga cubana de Ruth. Ocupando todo el espacio de la parte trasera, había un mensaje escrito a mano:

Jamás pierdas la esperanza.
Felicidades, Pablo.

La postal no llevaba remitente, pero Pablo imaginó que Alejandrina tendría algo que ver y la huella del señor Ponce, que, según parecía, estaba moviendo hilos ahí fuera. Pablo dedujo que ambos habían estado en contacto. Al llegar a dicha conclusión, pensó en algo que no le gustaba y a la vez le inquietaba.

Era evidente que el señor Ponce había leído la carta que Pablo quería contar en persona a Alejandrina, pero Pablo dudaba si con todo aquel lío, ella la habría leído. Si así fuera, su misión habría quedado descafeinada.

Sostenía la postal en una de las manos y advirtió que un tercer elemento anhelaba salir de la caja, era un libro. Lo extrajo con delicadeza y comprobó que se trataba de todo un clásico de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*.

—¿A quién se le ocurre regalar a un preso un libro con semejante título? —expresó con ironía.

El ejemplar estaba bastante bien conservado para tratarse de una edición de 1971. En la base de la portada se apreciaba lo que parecían ser tres tulipanes y, copando el protagonismo de la misma, un antiguo e imponente navío. El fondo lo ocupaban unas ramas de árboles impresas en blanco y negro que transmitían un mensaje desaliñado, al igual que el propio título.

Le pareció fantástico; ya tenía su lectura y podría distraer su cuantioso tiempo ante las casi cuatrocientas páginas del escritor sudamericano. Cuando había estudiado en el instituto, escuchó a algún profesor mencionar dicha novela y ahora se le presentaba así, por casualidad.

Hojeó el volumen en varias ocasiones. En un principio no tenía interés en su lectura, pero sí en el contenido físico: como había aparecido una fotografía de Ruth en medio de un cuaderno, ahora rebuscaba con interés por si había otra sorpresa.

29 de agosto de 2013

En los últimos días parece que alguien se ha empeñado en hacerme sufrir sobresaltos, pero de los buenos. Tras la fiesta sorpresa de

hace dos días, hoy he abierto el regalo que me entregó el doctor. No me dijo a quién pertenecía y sigo sin saber quién es el remitente, aunque imagino que ahí fuera andan viéndose entre sí más de un conocido, ¿verdad?

Recuperar la medalla de mi madre me ha emocionado y les estoy muy agradecido, para mí significa mucho. Salvo el colgante y el reloj que me requisaron, no tengo más recuerdos de ella. En un arrebato de rabia tiré sus fotos, ropa y cualquier objeto que le hubiera pertenecido. Su muerte fue inesperada.

A tan solo dos días de cumplir los sesenta y dos años, un autobús se la llevó por delante en la misma esquina de su casa. Falleció en el acto. Una muerte estúpida: caminaba hablando conmigo por el teléfono móvil, se despistó, y cuando se quiso dar cuenta era demasiado tarde. Fue una tragedia, una lástima, un golpe muy duro. Entenderán el valor que tiene este símbolo para mí, por eso estoy tan alegre de tenerlo de vuelta conmigo.

La tarjeta de felicitación es muy bonita. La imagen es preciosa. Estoy seguro de que cerca de ese lugar trabaja Alejandrina, la amiga de Ruth a quien tengo muchas ganas de ver. Supongo que ella sabrá algo de mi encarcelación. En cuanto salga de este lugar, lo primero que haré será ir a visitarla, es el motivo principal de esta aventura. Por cierto, esas aguas invitan a no moverse de ahí, qué paisaje más encantador.

Esta tarjeta me va a servir de motivación, me permitirá no olvidar que, fuera de este monótono cuarto, tengo que realizar varias visitas. Además, le voy a dar otro uso, de marcapáginas. No sé cómo lo han logrado, pero han cumplido mi deseo de tener una lectura aquí dentro. Voy a leer el libro con mucho interés; si han escogido esta obra supongo que será por algo bueno. Tengo de decirles que el título no es muy alentador que digamos.

Estoy recobrando el buen humor y me están pasando cosas muy buenas como el caminar. Cada día siento que avanzo y eso me motiva. No puedo olvidar decirles que siento algunos dolores y me estoy acostumbrando a comer sin varios dientes.

Este fin de semana no estará Yasmín, la echaré de menos.

Pablo López

El preso español estaba en una burbuja y se deleitaba en ella. El paradigma dentro de la prisión había cambiado y se sentía respaldado. Tomó la lectura con ganas y, una tras otra, fue devorando las páginas del libro a la par que la jornada transcurría hasta consumirse.

36

El día en que Aurora, la madre de Fabio, discutió por última vez con su hijo fue una pelea dura, con palabras enardecidas y mayores reproches. Llegó incluso a quedarse sin voz, vaciándose por completo y sin dejar ni una sola letra por decir. Desde entonces, no había vuelto a verlo. Pero, como venía siendo habitual desde hacía algún tiempo, cada fin de mes Fabio le enviaba un ramo de flores con una nota escueta, algo que Aurora obvió revelar a los investigadores y al abogado. Hacía tiempo que tenía advertida a la gente de su entorno que aquellas flores jamás debían llegar a sus manos y que las destruyeran nada más aparecieran. Pero en esta ocasión estaba esperándolas, ardía en deseos por averiguar si Fabio seguía vivo.

Era sábado, finales de agosto, y Aurora se mantenía a la espera. Dormitaba por la entrada de la vivienda y husmeaba más de la cuenta para asediar el ramo en el caso de que apareciera. La espera obtuvo sus frutos. A lo lejos y en medio de un sol abrasador, vio a un adolescente montado en bicicleta que iba en dirección a la casa. Ella salió a su encuentro, recogió el envío y le ofreció agua. Intentó sonsacarle información sobre el remitente, pero, al igual que un mudo, el joven se guardó las palabras y regresó por donde había venido.

Aurora sostenía un vistoso ramo de gladiolos violetas y blancos. Fuera de lo normal y en un gesto inconsciente, lo colocó en un jarrón lleno de agua, que apoyó sobre el estático pedestal de mármol blanco que descansaba junto al recibidor.

Sobre la media tarde y sentada en la mecedora de la entrada, se abanicaba con una mano al tiempo que sostenía una novela en la otra; no la prestaba atención, hacía más de una hora que no pasaba de página. Estaba absorta, sumida en unos recuerdos olvidados donde revivía el nacimiento de su hijo. A base de orgullo, apretó los párpados para contener la explosión de lágrimas. Eran instantes enternecedores, pero bañados por un sentimiento de crispación irrevocable. Regresó al presente. Apoyada sobre el libro a modo de marcapáginas, permanecía la nota que el muchacho le había entregado junto a las flores.

Hola, Auri. Sigo bien. Donde las horas suenan cada cuarto, verás una luz verde. Te extraño.

Aquella frase contenía una dirección y Aurora tardó apenas un suspiro en descifrarla. El campanario de la Catedral de San Rosendo repicaba cada cuarto de hora. Allí fue donde Aurora y Oswaldo se casaron. También era el lugar donde tantas horas permaneció rezando por su hijo y llorando por sus desgracias. Para ver una luz verde era necesario esperar al ocaso. El corazón le suplicaba que acudiera a ver a su hijo, aunque solo fuera la última vez en su vida. Pero, por otra parte, se preguntaba, repitiendo como un loro, si tal vez estuviese perdiendo la cordura. La nota era importuna y mísera, aunque lo era más el tener pensamientos que la incitaran a caer en la tentación de acudir a la llamada.

Conocía el paradero de su hijo, sí, el terrorista y asesino, pero hijo. Podría denunciarlo con una sola llamada y que al fin pagara por el daño ocasionado a tantas personas inocentes. Ella misma se desafiaba preguntándose si no tenía el suficiente valor para delatarlo. A partir de aquel instante, estaría encubriéndolo y cometiendo un delito grave. Se enfadó consigo misma por no tener las cosas claras.

«¿Para qué quiero verlo?», pensó.

Andaba sumergida y ahogada en un bucle de pensamientos y afirmaciones que se contradecían y convivían con una incómoda guerra entre el afecto y la sensatez. El ruido interno floreció hasta crecer como una orquesta que llega al éxtasis y, cuando no pudo soportar más, cerró el libro y se levantó de la mecedora.

Siempre tuvo por costumbre el ponerse a cocinar cuando algún problema la inquietaba. Desde bien joven, encontró en la cocina el lugar perfecto donde refugiarse y reflexionar sin parecer una loca. Ahí era posible cantar, chillar, dar golpes y desahogarse sin llamar la atención. El olor a comida siempre la ayudó a serenarse y apaciguar sus conflictos internos. El servicio descansaba y, esperanzada en encontrar serenidad, decidió cocinar buñuelos de yuca, un dulce típico en las celebraciones navideñas y que año tras año repetía tal y como su abuela le había enseñado.

La tarde se consumió entre yucas, boniatos y almíbar. Cocinar le permitió a Aurora indagar en su psique de una forma natural, sin presión, relegando la negatividad y dejándose llevar por los verdaderos sentimientos. Tomó la difícil decisión de visitar a Fabio; se juró que sería la última vez en su vida y debía preparar una coartada.

Quedó para cenar con Ana María, una íntima amiga que vivía en

su misma población, Pinar del Río, enfrente del Museo Provincial de Historia y muy cerca de la catedral.

Eran las ocho de la tarde y se preparaba para montar en el coche. Luis, un contable que hacía las veces de chófer, la esperaba en la puerta de la finca. Aurora vestía un discreto conjunto de pantalón y camisa que contrastaba con el voluminoso bolso estampado que colgaba del hombro.

El trayecto hasta el centro fue corto. Allí la esperaba Ana María, que había cocinado con mucho cariño unos tostones, plátanos aplastados y fritos que volvían loca a Aurora. La invitada extrajo del bolso un envoltorio con unos buñuelos de yuca para tomarlos como postre.

—Aurora, voy a preparar una infusión —dijo Ana María tras terminar el postre—. He comprado hojas de morera y canela, tienen que estar divinas, mi amor.

—Oh, no. Cariño, no puedo quedarme al té —se excusó Aurora, que ya se encontraba cogiendo el bolso—. Son las diez. Hay obras en casa y mañana tendré que madrugar.

Al salir de la casa de Ana María, Aurora fingió que Luis la esperaba al girar la esquina, caminó hacia allí y desapareció de la vista de su amiga. Extrajo del amplio bolso un sombrero y una chaqueta larga con cuello y cremallera, con la que poder ocultar su vestimenta. Entrelazó varios palos de madera que, una vez unidos, se transformaron en un cayado que le servía de apoyo y le ayudaba a aparentar un aspecto envejecido. Deseaba pasar desapercibida.

De camino a la iglesia, fue encontrando personas, pero esquivaba sus miradas. Una vez en las inmediaciones de la catedral, inspeccionó el entorno con disimulo, tratando de localizar una luz verde en mitad de la penumbra. A esas horas se escuchaban algunos vehículos que regresaban a casa y también varios jóvenes que apuraban las últimas horas del día. Nadie sabía que Aurora estaba allí y tampoco la esperaban. Se movía con sigilo pese a la teatral cojera. A la altura de la valla exterior del santuario, detuvo la marcha. Mientras simulaba leer el horario de vigilias, percibió una luz tenue y verdosa tras la cortina de un edificio cercano. Inhaló aire en tres ocasiones y con nerviosismo retomó el camino hasta llegar al lugar señalado.

A Aurora la invadía la intriga. Tras aquella puerta, estaría su hijo Fabio, el mismo que tanto daño había hecho a la familia y ese al que había prometido no volver a dirigirle la palabra. Solo los unía la sangre, nada más. Le urgía el desaparecer de esa calle y evitar las miradas fortuitas.

Aurora golpeó el picaporte con desparpajo. Pretendía transmitir una primera impresión de autoridad y seguridad, para eso era su

madre. No obtuvo respuesta. Tras un tiempo prudencial, volvió a golpear, esta vez con más calma para no llamar la atención. La luz de la ventana había desaparecido y desde allí alguien la contemplaba con disimulo. Aurora torció el gesto para que la reconocieran, y el rostro misterioso desapareció tras el mugriento cristal.

Instantes después, la puerta se entreabrió un par de dedos. Tras cinco incómodos segundos, Aurora se decidió a entrar. Olía a plástico quemado procedente del dormitorio de la izquierda, que estaba ocupado por un taller clandestino. El pasillo era largo, oscuro y estaba invadido por piezas mecánicas y repuestos de motocicleta apilados en los lados. El ambiente era sombrío e inhóspito.

Al fondo, se adivinaba una silueta de espaldas vestida de pantalón corto y camiseta de tirantes. Aurora no tenía la menor duda de que aquel individuo era Fabio. Con premiosidad y suspicacia caminó hacia su hijo mientras él se encendía un pitillo. Hacía mucho tiempo que Fabio deseaba aquel reencuentro, pero sentir la presencia de su madre lo incomodaba. Para entonces, unas lágrimas resbalaban por la mejilla de Aurora. Ella quería mantenerse firme y alzó el pecho, se humedeció los labios y se santiguó pensando en la Virgen Cachita, su protectora.

—Fabio, eres tú, ¿verdad?

Sus propias piernas y dedos no lograban conservar la firmeza. Se mostraba temblorosa y el vello de sus brazos se había erizado como espadas al alza. Deseaba tener de frente la cara de su hijo y mirarlo a los ojos. No sabía qué iba a decirle, pero había venido a eso, a verlo por última vez.

—Auri, sé que para ti es muy duro estar acá.

Fabio se resistía a girarse y dar la cara a su madre, que se estaba acercando con lentitud exasperante. Su dentadura golpeaba de arriba abajo de forma automática, como si fuera la aguja de una máquina de coser. Había mucha tensión en aquel lugar alejado de los oídos humanos. Los sentimientos estaban a flor de piel y las emociones bullían desordenadas.

—Sé que para ti también. Date la vuelta y déjate ver.

Fabio recibió la orden de su madre y la obedeció con fidelidad canina. Estaban a medio metro el uno del otro, pero los separaba todo un mundo. Ambos se sorprendieron al ver el aspecto del otro. Fabio comprobó el rostro surcado de arrugas de su madre mientras ella se alarmaba del semblante vacío y los ojos hundidos de su hijo. Él fue quien acabó por esquivar el saludo y, cabizbajo, tomó rumbo hacia un sillón. Bajo un silencio que hacía daño, Aurora se acercó a él y tomó sitio en un sofá tan viejo que ni las ratas pasearían sobre

él. Desde que había entrado a la casa, no había apartado la vista de su hijo ni un solo instante. Ambos sabían que no volverían a estar juntos. Eran dos extraños en un encuentro deseado por ambos, pero a la vez burdo, hipócrita y sin identidad.

—Auri, ¿por qué has venido?

—Y tú, ¿por qué me envías flores?

—Sé que no puedo partir de cero, que hice cosas horribles y me he convertido en un monstruo. Me dejé llevar, sí, sí, ya lo sé. ¿Has venido a reprocharme cosas?

—Nostalgia, Fabio. Simple y sencillo. Como persona hace tiempo que moriste para mí, pero, mientras siga viva, habrá una parte de mí que día tras día me atormentará recordándome que tengo un hijo.

Hablaban en voz baja, como intentando silenciar aquella conversación forzada. Ni siquiera ellos mismos querían tenerla, pero ahí estaban, cara a cara como una expareja en su reencuentro, donde solo los unen los recuerdos.

—Hace unos años metiste a nuestra familia en problemas serios y ahora has vuelto a liarla, pero ¿cuándo asentarás la cabeza? ¡Por Dios!

—Te juro por la Virgencita que no he tenido nada que ver con lo del asalto —intentó justificarse Fabio con la voz teñida de culpa—. Aquello lo hizo una gente con la que yo andaba antes y se les fue de las manos.

—¿Se les fue de las manos? Mataron a siete personas, Fabio. Hablamos de personas con familias, con hijos y con un futuro.

Un tic apareció en el ojo derecho de Aurora. Sabía que no lograría nada de Fabio, estaba poseído por los nervios y empalmaba un cigarro con otro.

—Vinieron a casa preguntando por ti. Eran policías de todos los cargos y uniformes. También detectives, abogados e incluso la prensa.

Fabio encogió los hombros, no sabía qué decir. Llevaba dos meses aislado en aquel lugar. Estaba escondido del mundo y se valía de las drogas para silenciar su agonía y frustración. Aurora comenzó a apurar los últimos minutos.

—He venido hasta acá para despedirme de ti. Algún día te descubrirán muerto en algún rincón de mala muerte como éste, asesinado por alguno de los muchos delincuentes que te buscan, o tal vez detenido y encarcelado en el lugar que ahora ocupa un chico que está pagando injustamente por ti. Nunca más sabrás de mí, ni yo tampoco de ti. No volverás a enviarme flores, desaparecerás de mi vida y al fin podré vivir los últimos años sin pensar ni un solo segundo en ti ni en las barbaridades que haces. Jamás he venido a

verte ni he hablado contigo. No pienso delatarte, estate tranquilo. Si tu padre, que en gloria esté, te viera ahora, te llevaría para allá arriba dándote azotes hasta hacerte desfallecer.

Por parte de Aurora estaba todo dicho. Frente a ella Fabio aguardaba contra las cuerdas, sin argumento ni intención. Tenía algo importante que decirle a su madre, pero no era el momento oportuno, ni jamás lo sería. Presagiaba que aquel reencuentro no acercaría a ambas partes y así estaba siendo. Aurora, tras haberse desahogado y sentirse liberada, se levantó del sofá, cogió el cayado y, antes de colgarse el bolso, lo abrió. Extrajo una pequeña caja que contenía cuatro buñuelos de yuca.

—Esto es lo último que recordarás de mí —afirmó Aurora mientras pensaba que Fabio los ingeriría de una sentada.

Apoyó la cajita sobre una mesa repleta de ceniceros y latas de cerveza. Firme y con actitud indiferente, observó por última vez a su inmóvil e inexpresivo hijo, que no emitió ningún gesto, ni siquiera parpadeó.

—Hasta siempre, Fabio.

Dio media vuelta dejando a sus espaldas a un hijo inmunizado a las emociones, absorto y encallado en un patético estilo de vida donde le era indiferente a quién se hiciera daño.

Aurora había quedado con Luis a las once, en la esquina de Ana María. Una calle antes de llegar, guardó el cayado, el sombrero y la chaqueta. Era consciente de que ahora el bolso pesaba menos que unas horas atrás, cuando partió de casa.

37

El fin de semana transcurría lento en el dormitorio de Pablo, que disfrutaba de la compañía de Violeta, su querida planta. Junto a ella compartía las eternas y aburridas horas del día y, en parte, la compadecía por haber acabado en un lugar tan oscuro, privado de luz directa y aire limpio.

—Puedes estar tranquila, que yo voy a cuidarte. —Acarició las hojas como tantas veces lo había hecho con la piel fina y suave de su esposa, apenas rozándola con las yemas de los dedos y recreándose una y otra vez, sin prisas.

El nombre de la planta lo eligió por el color violeta intenso de la hermosa flor que brotaba sobre su tallo. Pablo la observaba con detenimiento y admiración; los siete pétalos estaban bordeados de un blanco ondulado que realzaba la belleza de la exótica maceta.

Desde que lo internaron en el hospital, advertía una patente ausencia de color en su entorno. Los funcionarios vestían uniformes de un tono verde apagado y el personal médico se enfundaban bajo unas simples y gastadas batas blancas. Aquel color era el que gobernaba en el círculo de Pablo. Las paredes, techos y sábanas se teñían de un blanco aburrido y adormecedor, incluso el ridículo pantalón que le servía de pijama guardaba la estética del habitáculo. Aquella flor violácea acabó por tomar el protagonismo en el desaborido dormitorio, no solo por su belleza, sino por la preciada compañía que le otorgaba al recluso.

31 de agosto de 2013

Hoy finaliza el mes de agosto y echo de menos la música de Yasmín. Creo que me estoy acostumbrando a lo bueno, dentro de lo lamentable y monótono que es vivir encerrado. No quiero ilusionarme a tanto lujo porque creo que en cualquier momento va a entrar Mauricio para requisarlo todo: el libro, la foto de Ruth, la medalla de Mami López, este cuaderno y mi nueva compañera, la planta Violeta. No quiero pensar en ello, pero me atormenta y temo que pueda cumplirse.

La noche pasada estuve recordando a mi tío Ramón y eso me llevó a indagar sobre mi primer y único trabajo en el Museo Geominero de Madrid. La primera vez que lo pisé fue muy gracioso: yo tenía diez años y apenas llevaba uno viviendo en Madrid. Era un jueves, 2 de marzo de 1989, y aquel día se inauguraba el museo. Mami se había marchado a Asturias con Paula para hacerle unas pruebas en el hospital de Oviedo, algo sobre un tratamiento relacionado con la vista. Pasé la semana entera con mi tío. Aquel día iba a quedarme con Juana, una vecina, pero casualmente la señora se había marchado de viaje a Canarias con unas amigas. Mi tío, cargado de valor, se presentó en el museo conmigo de la mano. Él iba a ser el encargado de mostrar a su majestad el rey Juan Carlos I la zona de talleres donde tantas horas había trabajado.

A nadie le pasó desapercibida mi presencia. Me senté ante la mesa de Ramón y me puse a dibujar mientras escuchaba el repiqueteo de las pisadas en el otro lado de la puerta del taller. Poco a poco, el murmullo se acercaba hasta que, sin darme cuenta, toda la comitiva estaba haciendo un corro a mi alrededor mientras el director hacía las presentaciones entre mi tío y el rey. Este atendía sus comentarios, pero era a mí a quien observaba y sonreía. Antes de proseguir con la visita, se acercó y me tendió la mano. Jamás olvidaré sus palabras: «Aquí tenemos a la generación venidera. Así me gusta, un futuro investigador. ¿Te gustan los minerales?» Yo me quedé en blanco y solo se me ocurrió contestar un tímido «sí». Tras un gesto cariñoso despeinando mi cabello, se marchó.

Qué bonito recuerdo. Es de esas cosas que no se borran de la memoria. Mañana seguiré escribiendo sobre mi trabajo en el museo.

Pablo López

Durante el día, lo visitó Graciela, una enfermera que en ocasiones apoyaba a Yasmín. El cabello pálido y un caminar calmoso la delataban como una señora entrada en años, pero eso no impedía que se presentara lúcida y ocurrente con el hablar cantarín propio de la mujer cubana.

Hacía días que Pablo aseaba sus partes íntimas sirviéndose de una cuña para hacer las necesidades fisiológicas. Para él era un acto violento y un tanto embarazoso el pedir a una enfermera que se deshiciera de los desechos. Sufría impotencia por aquel hecho, pero esperaba poder valerse pronto por sí mismo.

No disponía de reloj, pero detectaba los cambios de turno, de limpieza y la visita médica gracias a los ruidos característicos que

provenían del pasillo.

Por la tarde, mientras todo el edificio permanecía en calma, decidió ponerse de pie y, con ayuda del andador, llegó hasta la ventana. De esa manera lograba cumplir uno de sus retos: alcanzar el mirador sin la ayuda de nadie. Resistió allí apenas unos minutos, porque el dolor apareció en sus flácidas piernas. Con resignación, retornó a la cama antes de que su resistencia se desinflara.

Una vez en su lecho, retomó la lectura de García Márquez. Se lamentaba cada vez que tenía que retroceder varias páginas después de abstraerse con sus pensamientos. Su poder de concentración era endeble y lo obligaba a tomar la lectura con mucha calma.

Los días se acortaban y la luz se recreó menos tiempo que en otras jornadas, lo que lo obligó a aparcar el libro hasta el día siguiente. Llevaba tiempo sin dormir de un tirón; a veces volvían a aparecer las temidas pesadillas y sufría en silencio. Se desvelaba con facilidad, provocando que las noches se eternizaran, porque cada segundo duraba minutos. Solo el sonido de algún grillo ratificaba que existía vida tras las paredes de su cuarto.

Aquella noche apenas había disfrutado de dos horas de descanso, cuando se despertó de un sobresalto. Lo desveló un estruendo tan potente como si la munición de un cañón hubiera impactado contra un edificio. Se escucharon pasos acelerados provenientes del pasillo que daba a su puerta, y una sirena arrancó a sonar con un ruido tan ensordecedor que se oía en un radio de varios kilómetros. Desde su estancia, Pablo solo podía cruzar los dedos y esperar que aquel barullo no acabara atravesando su puerta.

Lo que había desvelado a Pablo fue el comienzo de un motín en la prisión. El plan había sido orquestado por el Consejo, con Dogo a la cabeza, y su objetivo era consumar la huida de varios presos, algunos de ellos condenados a pena de muerte. Aprovecharon la calma de un sábado por la noche, cuando los funcionarios estaban relajados, algunos de ellos jugando a las cartas y ebrios, lanzándose al vuelo las botellas de ron. Para sublevarse y tomar el control de la prisión, contaban con la colaboración y la complicidad de varios guardas sobornados.

La explosión que había despertado a todo el recinto era el resultado de tres kilos de dinamita detonados en uno de los muros que flanqueaban la prisión en el lado oeste. Hacia allí se dirigieron todas las dotes de seguridad, cuyas miradas estaban focalizadas en aquel butrón, permitiendo que el grupo de reclusos campara a sus anchas por un corredor que circundaba los edificios del centro penitenciario. Casualmente, aquella noche se realizaban tareas de mantenimiento en uno de los accesos frecuentados por vehículos de

mercancías y víveres. Un furgón rotulado con una graciosa vaca abría sus puertas a los doce fugitivos que, entre risas, abandonaron Combinado del Este.

Pablo se incorporó y alcanzó la ventana. Desde allí contó hasta tres helicópteros que rondaban los exteriores, enfocando hacia el suelo. Todo esfuerzo por encontrar a los presos huidos era en vano. En torno a las cinco de la mañana se dio por finalizado el rastreo. Había sido una fuga limpia, salvo por los cientos de cascotes de la muralla oeste.

La actividad en la prisión volvió a arrancar en torno a las ocho de la mañana, lo anunció el ladrido de unos perros que se coló por la ventana del dormitorio de Pablo. Poco después, apareció Graciela.

—Buenos días, aquí le traigo el desayuno. Hoy va a ser más pobre que otros días —anunció Graciela, mordiéndose la lengua para no decir la causa.

—Hola, muchas gracias —respondió Pablo intrigado por averiguar lo que había sucedido aquella madrugada—. ¿Sabes una cosa? Para mí esta es la mejor comida del día.

Pablo también se estaba guardando algo. Nunca había sido escrupuloso, pero la comida en aquel lugar era insípida y vulgar, como el observar a una palmera decapitada, sin follaje. Graciela le acercó una bandeja con café y bollos de pan cubano a los que la mantequilla había que untarla con los dedos.

—¿En serio? —continuó Graciela a quien le encantaba hablar—. Dicen que hay que desayunar fuerte para aguantar el día entero. Ya sabes que algunos domingos, como hoy, el cocinero suele poner algún trocito de queso, pero hoy ha sido imposible. Esta noche hubo un problema en el almacén y… en fin, que no había queso.

Viendo que la enfermera quería seguir contando, Pablo aprovechó para estirarle un poco más.

—Es verdad. Escuché un ruido muy contundente, como una especie de explosión y hubo mucho ajetreo por ahí fuera. Supongo que pasaría algo grave, ¿verdad?

Graciela lo miró a los ojos, se acercó y comenzó a hablar casi susurrando.

—Ha habido una fuga.

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó Pablo a quien aquello le sonaba a cine.

—Sí, ya ha pasado otras veces. Todavía no se sabe cuántos han escapado, pero no encuentran a uno de los más peligrosos. Lo más preocupante es que no se sabe si se han fugado o todavía están en el recinto. Esa gente es capaz de cualquier cosa. Es rara la semana que

no matan a nadie. Ajustes de cuentas, drogas, abusos y, bueno, hace poco hubo una pelea y uno acabó arrancando el brazo del otro y mostró su trofeo delante de todo el mundo.

—Por Dios, no me cuentes esas cosas, que me va a sentar mal el café.

—Lo curioso de todo es que se pelearon por un reloj. El que perdió se quedó sin reloj y sin brazo. Imagínate lo mal que están las cabezas.

—Yo mismo lo he comprobado. Me dieron una paliza sin venir a cuento. Estoy vivo de milagro. Se acercó a mí un gigante con coleta y me cogió del cuello…

—Ese gigante, ese es el que creo que ha desaparecido.

—¿No se llamará Dogo?

—¿Y cómo sabes su nombre? —preguntó Graciela, confusa y dando un paso hacia atrás.

—Recuerdo que cuando me alzó del cuello con su brazo venoso, el resto de reclusos jaleaban su nombre. Aquello fue lo último que escuché antes de golpearme contra el suelo.

Graciela se giró hacia la puerta, deseando no lamentarse por haber informado a un preso de lo ocurrido.

—Tengo que seguir con mi tarea. A pasar un buen día, luego vendré a hacerte una visita.

1 de septiembre de 2013

Estrenamos septiembre y espero que este mes sea mejor que el anterior, por lo menos sin tantos sobresaltos. Son fechas de comienzos escolares y recuerdo mi etapa en el colegio público Fernando el Católico. Tras dos extraños meses de adaptación a mi nuevo barrio en Chamberí, comencé el primer día sin conocer a nadie. Mi timidez siempre fue un obstáculo, también a día de hoy. Cuánto me gustaría tener la alegría de Tino o al menos su desparpajo para expresarme sin estar cohibido.

En Asturias éramos nueve alumnos en clase, estábamos mezclados, cada cual de diferentes edades. El cambio al colegio de Madrid fue muy grande para mí, pasé a convivir con veintinueve niños y niñas. Entre que cada uno tenía sus amistades y que yo era un despegado, pasaba mucho tiempo a solas en el recreo. Al final me junté con el otro raro de la clase, se llamaba Andrés García Fuentes; y digo raro porque su único tema de conversación eran los sellos. Su padre tenía una filatelia y había mamado la afición desde bien pequeño. No tardé en irme con él a la Plaza Mayor de Madrid los domingos por la mañana, allí tenían un pequeño puesto de

numismática y filatelia.

Como decía antes, no terminé de adaptarme a la escuela. Me acostumbré a que los demás se rieran de mí y me marginaran. Es duro lo que estoy escribiendo, pero fue tal cual. Además, he sido un chico muy bajito y me llamaban tapón, renacuajo, diminuto, retaco, chaparro y, en plan cariñoso, enano. Gastaban bromas pesadas y me dejaban en evidencia. Nunca tuve el valor de defenderme y, a día de hoy, aún no he descubierto mi genio. Por suerte, siempre he estado rodeado de personas con mucho carácter que me han protegido y en las que me he resguardado. Para mí, proponer una idea, dar una orden o pedir explicaciones es todo un sacrificio. Me achico con facilidad. He sido el muchacho huidizo que juega a solas en un rincón y también al que lo han llevado de la mano a todos los sitios. Además, apenas he tomado decisiones importantes, porque siempre había alguien con más brío que yo para hacerlo. Y ya puestos a confesar, siempre que se me ha presentado una adversidad y no he tenido el respaldo de nadie, me he hundido como un barco partido en dos.

He sido una persona débil. Me conozco y soy consciente de mis limitaciones, y quiero hacer una revolución en mí. No sé cómo lograrlo, pero estoy comprobando que estar al lado de gente abierta, valiente, positiva y entregada consigue que algo de ellos, aunque sea muy poquito, se me contagie.

Ahora voy a intentar alcanzar la ventana. Ayer lo conseguí. Siento cómo mis piernas vuelven a obedecerme.

Pablo López

Pablo aguardaba con impaciencia a que llegara el día siguiente para ver a la alegre Yasmín invadiendo las mañanas de frescura y ritmo caribeño. Además, esperaba entusiasmado la visita de su abogado, que no se había presentado el jueves anterior. Según le comentaron, estaba de viaje y pasaría fuera todo el fin de semana. Finalizó la jornada estirando la lectura hasta los últimos haces de luz aprovechables de su cuarto.

38

Para Camilo Ponce, el abogado de Pablo, los últimos días estuvieron cargados de actividad. Había viajado hasta España para reunirse con los instructores que conducían la investigación desde Madrid. Mantuvo una discreta reunión en el consulado cubano y aprovechó para saludar a los vecinos de Pablo, a quienes ofreció noticias sobre su estado de salud y la delicada situación administrativa en la que se hallaba inmerso.

El jefe de policía Carlos Esteve atendió con notable incredulidad las explicaciones del abogado, que, con absoluto detalle, aclaró cada uno de los puntos. El instructor Lozano le insistió con numerosas preguntas que buscaban cerrar con precisión los pequeños vacíos en las declaraciones de Tino, Jaime y el vecindario. Una vez finalizada la reunión, el señor Ponce exigió que guardaran confidencialidad al tratarse de un asunto peliagudo. También advirtió que podría salpicar a las relaciones entre ambas naciones y provocar una crisis institucional.

Todos se preguntaban cómo podría solucionarse el conflicto para ver a Pablo en libertad. La respuesta pasaba por atrapar al verdadero culpable y hacer un canje con una discreción de guante blanco. Las instituciones cubanas no iban a tolerar otra alternativa y, por suerte para Pablo, el juicio del teórico Fabio permanecía en el aire. Se había negociado la congelación del proceso durante un tiempo. Nadie preguntaba por el caso y los medios de comunicación miraban hacia otro lado, se les mantenía alimentados con otros asuntos.

El abogado solicitó autorización para visitar la vivienda de Pablo, cuya puerta aún permanecía precintada. El oficial Baroja lo acompañó y ambos caminaron de puntillas, esquivando los enseres que yacían esparcidos por el suelo. Camilo rastreó en los cajones buscando algo concreto, y lo encontró. Pidió permiso para llevarlo consigo.

—Es un detalle para levantarle el ánimo, usted me entiende —le dijo al oficial, señalando hacia el objeto.

La visita culminó con una breve charla en casa de Margarita, la vecina, que no cesaba de llorar tras saber que Pablo seguía con

vida. Ofrecer aquella información le costó al abogado recibir los abrazos de la señora, que desahogó sobre su hombro toda la angustia contenida con un llanto de bebé desconsolado. Su rostro desbordaba emoción y no podía retener la euforia por la primicia. Enseguida le ofreció café, cerveza, vino, aguardiente, un licor de anís y todas las pastas que tenía por la cocina y la despensa. Estaba nerviosa y apenas podía hablar salvo para repetir «gracias, Señor».

El viaje a tierras europeas finalizó para Camilo Ponce. Se despidió de España con buenas impresiones y ganas de visitar a Pablo para hablarle de sus vecinos.

La alegre bachata regresó al dormitorio de Pablo con más energía que nunca. Yasmín reapareció con su radio, desprendiendo un bonito aroma; se había perfumado y el agradable olor hacía trasladar la imaginación a los campos de flores en primavera. Llegaba contenta tras el fin de semana libre, donde el bautizo de su sobrino fue un éxito.

—¿Qué tal ha ido fin de semana? Veo que tus piernas no fueron lo bastante fuertes como para salir corriendo.

La joven sonreía y desprendía felicidad; estaba enamorada. Pablo imaginó que habría pasado el fin de semana con el doctor, no hacía falta más que ver cómo se miraban.

—No estuvo mal —arrancó Pablo—. Me levanté un par de veces con la ayuda del andador y llegué hasta la ventana, aunque rápidamente tuve que volver a la cama. Siento que voy cogiendo el tono. Y tú, ¿lo pasaste bien con tu familia?

—Oh, sí. La veo muy poco y fue una celebración especial. Discúlpame.

Yasmín había citado a su familia y pensó que quizá hubiera herido los sentimientos de Pablo al encontrarse encerrado e impedido de cualquier contacto con el exterior, incluidos sus seres allegados.

—Tranquila, me alegra escucharte y siento una enorme envidia sana. No sé si lo sabrás, pero ya no tengo familia. En los últimos dos años me he quedado solo, he perdido a mi madre, a mi hermana y a mi esposa.

—Lo siento mucho, es una lástima. Bueno, cuando salgas de aquí podrás iniciar una nueva familia, todavía eres muy joven.

Pablo enmudeció. Para él no podía haber otra mujer además de Ruth.

—Vendré a por ti en un ratico, hoy tienes invitados —dijo la enfermera.

Rozando el mediodía, Pablo se presentó ante Camilo que, como

era habitual, mantenía un gesto mesurado ante los agentes. Una vez cerrada la puerta y estuvo a solas con Pablo y Pereda, Camilo se levantó de la silla para acercarse al preso y darle la mano. Pablo detectó que el comportamiento del abogado era inusual, estaba irreconocible y le llevó a pensar que algo escondía.

—¿Qué tal va la recuperación, amigo? —preguntó el abogado.

—Voy avanzando —respondió Pablo, dubitativo—. Camilo, te veo un tanto cambiado, ¿ocurre algo?

—Pues sí. Cada vez estás más cerca de salir de aquí. No podemos echar campanas al vuelo, pero tal como se están desarrollando los acontecimientos, se empieza a ver la luz.

—¿Qué ocurre ahí fuera?

Pablo necesitaba datos, no le servían las suposiciones ni las falsas esperanzas. Pensaba que con aquella pregunta tan directa tal vez estuviera presionando a su principal aliado.

—La investigación sigue adelante. Las Fuerzas Revolucionarias vienen acorralando al círculo de Fabio y es posible que pronto den con él. Eso es importante, pero traigo buenas noticias para ti, de otro tipo.

—¿Buenas noticias? —preguntó Pablo, alzando las mejillas.

El abogado relajó los hombros, apretó los labios entre sí tomando aire sin desconectar la vista de Pablo y, al final, decidió sacar lo que tenía guardado.

—Ayer regresé de Madrid. Estuve allí unos días y aproveché para hablar con la policía, también visité tu vivienda y conversé con varios de tus amigos.

El torso de Pablo se puso firme, tragó saliva y con una mirada achinada perforó el iris del señor Ponce.

—¿Qué estás diciendo? Eso no puede ser verdad.

Pablo no estaba para bromas y las palabras de su abogado eran demasiado trascendentales para ser falsas.

—Así es. Mantuve una reunión con la Policía Nacional, estuve en la Comisaría del Distrito Madrid Chamberí, en tu barrio. Desde que partiste han estado investigando a fondo tu desaparición y les costó mucho atar cabos. Creo que les aportó mucha ayuda las declaraciones de un chico llamado Jaime y del humorista que te acompañó en el vuelo, un tal Tino del que he oído hablar en tus cartas.

La entrevista se detuvo como si hubiera aparecido un ángel en la sala. Camilo aguardaba callado a que Pablo asimilara la sorpresa. El español hacía tiempo que había desconectado del lugar y carecía de frescura para procesar la noticia. Tras un eterno minuto, reaccionó.

—Antes dijiste que estuviste en mi casa. ¿Me estás hablando en serio? —preguntó abrumado, con mirada desafiante y a la vez

esperanzadora.

—Un oficial me acompañó. Estaba precintada. Tal vez no lo sepas, pero alguien estuvo rebuscando entre tus cosas y pensamos que fueron agentes secretos cubanos.

A Pablo no le importaba la casa, para él estaba perdida. Pero volver a saber de Jaime y Tino, así como comprobar que había personas preocupándose por él, le tocó su lado sensible.

—Y dudaba si decírtelo, pero tienes que saber lo mucho que tu vecina Margarita se alegró al saber que seguías con vida. Jamás vi a una persona llorar con tanto frenesí. Lo que ni por asomo pienso transmitirte son la veintena de besos que recibí y que prometí darte.

Los tres reían, buscando desatascar el nudo de sus gargantas. Pablo estaba emocionado y hacía un enorme esfuerzo por mantener las lágrimas en sus pupilas.

—Vamos a dejarte en calma unos minutos, tranquilo, desahógate —comentó Camilo viendo que Pablo necesitaba llorar en privado.

La mandíbula de Pablo lo ahogaba de tanto oprimir el llanto, pero al oír el esperado portazo, dejó fluir toda la rabia contenida, permitiéndose romper a llorar como un párvulo perdido entre una aglomeración, y sollozó como nunca antes lo había hecho en su vida. Una mezcla de alegría y dolor se fundieron para convertirse en ilusión e impotencia. Dejó todo atrás, pero ahora estaba seguro de que se comería a besos a su vecina Margarita, abrazaría como a un hermano a Jaime y bailaría con Tino como si no hubiera un mañana. Se echaba en cara el haberlos olvidado y borrado de su memoria como a una camisa vieja; se culpaba por haberlos abandonado a escondidas y también por decidir no volver a verlos; lloraba más y más.

Hacía minutos que el tiempo permitido para la visita se había consumido, pero los funcionarios que lo custodiaban al otro lado del tabique hacían la vista gorda; entendían que no debían interrumpir a una persona rota como él, que precisaba de su tiempo y espacio para superar el dolor. Le concedieron una prórroga de la que nadie se enteraría.

El señor Ponce apoyaba la espalda en un lateral del pasillo, Yasmín esperaba enfrente. Todos escuchaban los gritos del joven dolorido y acabaron contagiándose de su tristeza. Algunos secaban con disimulo unas lágrimas difíciles de reprimir. La enfermera no lo dudó y corrió al almacén a por agua y unos vasos, necesitaban beber un trago.

Cuando el llanto del preso remitió, decidieron entrar y comprobar su estado. Yasmín le ofreció agua mientras el abogado retornaba a su asiento para recoger sus cosas.

—Por hoy no hablaremos más. Como decía antes, estamos muy

cerca de vernos fuera. Quizá te haga una visita en menos de una semana. Hasta entonces, mejórate y sigue con tus ejercicios —explicó el abogado—. Otra cosita, ahora que te tengo delante. Alguien me chivó que andas desafiando al personal.

—¿Cómo dices?

—Sí, me dijeron que cuando quedes libre vas a organizar una carrera de velocidad. Pues que sepas que ya he adquirido mi dorsal.

—Sí, es verdad —sonrió—. Gracias por todo. Si me haces un favor, envíales saludos a mis seres queridos y diles que tengo muchas ganas de verlos.

—No lo dudes, así lo haré. Por cierto, voy a cambiarte el cuaderno, veo que cogiste el gusto de escribir y se te agotan rápido las páginas.

El joven recluso nunca imaginó que la visita del abogado fuera a ser tan intensa. De nuevo la vida y las personas le estaban dando una lección, despertándolo de la hibernación emocional en la que entró tras el fallecimiento de Ruth. Por entonces, el mundo se había convertido en un ente oscurecido, casi apagado, pero ahora estaba viviendo grandes momentos que teñían su alma de color; por primera vez abría miras a una nueva realidad bañada en el cariño. Deseaba corresponder a todo aquel que lo estaba apoyando, para él era un desafío inaudito y se había propuesto lograrlo.

2 de septiembre de 2013

Cada vez tengo más claro que queréis matarme de un ataque al corazón. Estoy sintiendo tantas cosas buenas, que no sé dónde está mi límite y cuánto podré soportar. Qué disparatadas suenan estas palabras dichas desde el interior de una prisión, pero así es como lo siento.

Es cierto que…

Perdón, cierro la carta. Es verdad que queréis acabar conmigo.

Pablo López

Al mover el cuaderno para acomodárselo, algo asomó por un lateral y lo distrajo de la escritura. No podía creer lo que tenía ante él: una fotografía del día de su boda, donde aparecía él acompañado de Ruth, Mami López y su hermana Paula. Se emocionó por cada una de ellas; habían sido las tres personas más importantes de su vida y, por desgracia, ya no estaban. Lloró de tristeza. Apenas le quedaban lágrimas, así que las últimas desfilaron por las mejillas al tiempo

que las manos le temblaban como un motor.

Ante sí tenía una jornada en la que sería complicado encontrar descanso. Agotó la tarde nadando entre recuerdos, todos ellos muy latentes, pero a la vez tan lejanos que se sentía desgraciado por no haber aprovechado y saboreado todo el tiempo que había compartido con cada una de las personas que aquel día habían regresado a su vida, ya fuera por voz del señor Ponce o a través de la preciosa fotografía que acariciaba con los dedos. Sabía que no podía echar el reloj atrás, era tarde para muchas cosas, pero aún estaba a tiempo de corregir su actitud y plantearse la vida de una forma distinta. Consumió las horas ensimismado en la imagen familiar, recuperando las huellas de su pasado que aún andaban recientes, muy presentes. Procuró atraparlas para que no se escapasen, que jamás se olvidasen; eran suyas, de su familia y quería preservarlas.

Pablo buceaba en el vaivén de su mente inquieta, cuando la oscuridad conquistó el despoblado dormitorio. Con la única compañía de sus fotografías y de Violeta, decidió descansar; había sido un día colmado de emociones.

Quinta parte

39

Eran las nueve en punto del martes 3 de septiembre de 2013 y en la casa de Aurora Castro sonó el teléfono.

—Por favor, con la dueña de la casa —dijo una voz masculina desde el otro lado del teléfono.

—Ahora mismito descansa —contestó Matilde—. ¿Quién pregunta?

—Le hablo desde la jefatura de Pinar del Río. Haga el favor de despertarla y decirle que esté lista en media hora, un carro pasará a recogerla. Por favor, no le diga nada de esto a nadie más, es importante.

—No se preocupe, ahora la aviso.

Al igual que un reloj suizo, Aurora aguardaba puntual en su porche a que alguien pasase a recogerla. Estaba asustada, no encontraba lógica a la llamada policial. Dos señores aparecieron montados en un viejo Moskvitch de color verde oliva, que tendría cerca de quinientos mil kilómetros. Se detuvieron frente a la señora y uno de ellos bajó para abrirle la puerta. Un solitario buenos días fue todo lo que salió por la boca del policía que vestía de paisano. Su aspecto no distaba mucho de lo viejo y parcheado que estaba su vehículo ruso.

Aurora no quiso hablar, se olía algo importante y serio. El trayecto fue corto, apenas recorrieron diez kilómetros. Ella se extrañó al comprobar el destino de su viaje: una pequeña nave con trazas de almacén en las afueras de su ciudad.

—Por favor, acompáñenos.

Cruzó la entrada del barracón, apartando unas cadenillas que evitaban la entrada de insectos, y observó a dos personas vestidas de uniforme militar, uno de ellos con una chaqueta repleta de medallas ordenadas con mimo. Él fue quien tomó la iniciativa.

—Buenos días, señora. En estos momentos no le importa quiénes somos ni qué hacemos aquí. Más bien me gustaría rogarle que lo olvidara, aunque estoy convencido de que le será imposible. El hecho es que ayer, sobre la media tarde, recibimos una llamada en la comisaría de policía de Pinar del Río. Según el agente que la atendió, fue un tanto peculiar. Una voz femenina informó que

frente a la comisaría y debajo de una pequeña piedra apoyada junto a un árbol, había un mensaje. Justo después, colgó.

El interlocutor era el capitán Morales, el mismo que había interrogado a Pablo en La Habana y el que también encabezó la rueda de prensa donde se anunciaba la detención de Fabio Benítez. Aurora lo había visto en dicha retransmisión televisada.

—¿Y qué hago yo aquí? —preguntó, incómoda ante tanto secretismo.

—Verá, la nota nos condujo a una dirección y allí había algo que tal vez tenga que ver mucho con usted.

—No lo entiendo.

—Era una vivienda y en su interior encontramos un cadáver. Es un varón y tiene unos rasgos muy definidos. Corresponden a la descripción de un delincuente buscado por los cuerpos de seguridad y pensamos que puede ser alguien de su círculo más cercano.

—Señor, me está poniendo muy nerviosa. ¿De quién me habla?

—Está detrás de aquella puerta. Necesitamos que lo reconozca y nos diga si lo conoce. Quiero advertirle que la impresión puede ser fuerte, así que la acompañaremos.

La preocupada señora caminó hasta lo que a priori parecía ser una oficina, pero se encontró con un lugar repleto de sacos colmados de un abono pestilente. Nadie en su juicio imaginaría jamás que allí dentro se iba a proceder a la identificación de un muerto. El capitán abría el paso, lo seguía Aurora y, por último, uno de los guardas que la habían acompañado desde casa. Sobre una mesa de despacho había un tablón y en él descansaba el difunto cubierto por una sábana.

Nada más ver la escena, Aurora sintió mucha impresión y pensó en un nombre, solo en uno. Deseaba por todo en el mundo que no fuera él, aunque por otro lado, si lo fuera, al fin podría descansar.

—Adelante —autorizó, apretando los puños contra la mandíbula y soportando la tensión.

Las manos de Morales empuñaron la sábana y con suma lentitud descubrió el rostro del fallecido hasta la altura del pecho. Aurora se asustó al ver la cara. Se mostró aterrada y angustiada. Se cubrió las mejillas con las manos y, por una pequeña ranura que había entre los dedos, observó el cuerpo sin vida de su hijo. Fabio mantenía el semblante triste y abatido de la última vez que lo había visto, pero hoy dormía; se le veía tan incapaz de hacer nada malo, que incluso llegaba a dar lástima.

—Si me lo permite, quiero estar a solas con él —pidió ella, deseando asimilar lo sucedido.

—Ahora no, señora. Tendrá tiempo en los próximos días.

—Se lo ruego, solo será un momento —suplicó, mirando al

capitán y dejando escapar una lágrima.

—Tres minutos —apuntó Morales, que tenía prisa por regresar a La Habana.

En la soledad del lugar, Aurora se limitó a observar el rostro de su hijo. Tras pensarlo varias veces, se animó a acariciarle las facciones hasta acabar sujetándole la frente con ambas manos. Comenzó a sentir cómo sus propias tripas se estrechaban en un nudo y sus ojos se ablandaban.

—Sabía que este día tenía que llegar —constató Aurora, dirigiéndose a Fabio y susurrándole al oído—. Te lo dije hace poco. Yo no quería volver a verte más y, mírame, el destino ha querido que nos encontráramos de nuevo —añadió—. La vida me ha enseñado que no podemos volver hacia atrás. Cuántas veces he pensado que, si pudiera hacerlo, te habría aleccionado como es debido. Fui muy blanda contigo. Tú no sabes lo que es tener un hijo. Es lo más bonito que una madre puede hacer en su vida, pero en mi caso se convirtió en el mayor de los calvarios —confesó—. Al fin voy a recobrar la paz que llevo añorando tantos años. Mírate, qué lástima de vida tan mal aprovechada. Tanto sufrimiento para acabar así, escondido en un antro de mala muerte como este y rodeado de policías. ¿Cuándo perdiste la dignidad, Fabio? Parece mentira, pero…

—Vaya acabando, que tenemos que irnos ya —dijo una voz provocadora desde el otro lado de la puerta.

—Bueno —reanudó su peculiar reprimenda—, iba a contarte algo, pero prefiero guardármelo, no te mereces ni una sola palabra más.

El reconocimiento se dio por concluido y dejó claro que el difunto era el mismo que la policía suponía desde un principio. Acompañaron a Aurora al exterior, donde una pequeña ventisca mañanera abrazó a la dolorida madre, amortiguando la dureza del momento.

—Lo sentimos mucho, señora. No podemos darle más información. Ahora lo trasladaremos a un lugar secreto para realizarle la autopsia y proseguir con la investigación.

La señora no objetó palabra alguna y, una vez acomodada en el asiento trasero del coche, el capitán se apoyó en la ventanilla delantera del copiloto.

—Sé que para usted será duro cumplir con lo que voy a decirle y me avergüenza como persona, pero estoy en la obligación de hacerlo por mi compromiso ante la ley. Le pido que no informe de esto a nadie. Esperamos tener todo arreglado en uno o dos días a lo sumo. Supongo que era sabedora del error que se cometió con el preso que ahora está en la prisión y, personalmente, no la culpo por

encubrir a su hijo. Una madre, aunque enojada por sus actos, supongo que haría lo mismo que usted.

—No se preocupe, sé guardar un secreto —le contestó eludiendo el contacto visual y hurgando en el bolso.

Tras la primera suelta del embrague, el motor rugía enérgico y acompasado cuando Morales, con un gesto que atestiguaba sus buenos reflejos, dio el alto al chófer para asomarse de nuevo, pero esta vez por la ventanilla de Aurora.

—Una última cosa. ¿Sabe algo de un niño?

—¿Un niño? —la reacción confusa de Aurora delataba con transparencia que ignoraba cualquier información sobre un niño.

—Olvídelo. En breve volveremos a telefonearla. Muchas gracias por su cooperación y que tenga un buen día.

Tras aquel último inciso, el vehículo partió y en el primer acelerón arrojó una poderosa descarga de humo sobre el capitán Morales. Tras unos segundos de lucha con la nube asfixiante y recobrar el aliento, pasó revista a sus condecoraciones, cerciorándose de que todas permanecían impolutas y alineadas en el pecho.

Una vez confirmada su sospecha, Morales informó a los altos mandos y decidieron reunirse con urgencia aquella misma tarde en La Habana. Hasta allí trasladarían los restos de Fabio para realizarle la autopsia y resolver qué había causado su muerte; sería un puro trámite porque, a falta de unos flecos, el caso había quedado cerrado.

Ajeno a los acontecimientos que estaban acaeciendo al otro lado de la isla, Pablo desayunaba escuchando música. Yasmín había dejado encendida la radio mientras acudía a auxiliar a un preso que sufría una situación delicada. El hombre del tiempo anunciaba que se avecinaban chubascos y tormentas eléctricas, aunque el día sería cálido con temperaturas máximas de treinta y cuatro grados.

Pablo se había marcado un reto personal para aquella jornada: alcanzar por sí mismo el baño y sentarse en la taza. Estaba motivado y creía poder conquistar el objetivo, aunque le pidió a Yasmín que estuviera alerta y no se marchara muy lejos. Las ojeras de su rostro delataban lo dura que había sido la jornada del día anterior, cargada de emotividad y contrastes sentimentales que entraron hasta lo más profundo de su alma. La nostalgia le había venido por sorpresa y parecía que deseaba quedarse un poco más.

Una hora más tarde, tras lograr ir y volver al baño con la única ayuda del andador, tomó la libreta y decidió escribir.

3 de septiembre de 2013

Todavía ando recuperándome del ataque de emoción que sufrí ayer. El volver a saber de mis vecinos me ha conmocionado y me siento dichoso por ver que aún me echan de menos. No me he separado ni un instante de la fotografía que apareció entre las páginas. Si no recuerdo mal, estaba guardada en uno de los cajones de mi casa, junto a un juego de mantelería. Sufrí un arrebato de rabia y tiré los álbumes, pero parece que salvé varias imágenes.

Esta foto es una de las indultadas y tal vez la más especial. Mami López habló con el fotógrafo de la boda y nos situamos los cuatro en la puerta de la iglesia. Ahí está ella, a mi lado, agarrándome fuerte del brazo; todavía puedo notar su emoción, deseaba ese día más que yo. Estoy seguro de que en sus pensamientos estaba la idea de ser abuela y aquel día podía ser el punto de partida, donde comenzara todo. A mi izquierda, está Ruth sonriente como de costumbre, parece una princesa. Ahora que me fijo bien, era la más alta de todos. Me sacaba casi un palmo, aunque nunca le importó. La chica a su lado es mi hermana Paula, está ausente y con un aspecto pálido. Estuvo fuera de casa más de una semana y, en vísperas de la boda, Mami denunció su desaparición. La encontraron el día anterior a la cita.

Al verla en la fotografía me llevé una gran impresión, casi había olvidado su aspecto. Me entristece pensar que también ha fallecido y que la hayan incinerado o enterrado sin estar yo allí. Pero es que nuestra relación llegó a un punto en el que no tuve otra alternativa que liberarme de ella. Ruth no apoyó del todo mi decisión, quería que le diera una nueva oportunidad, pero ya no soportaba más sus mentiras y juré no volver a saber más de ella. Esto fue después de que Mami fuera atropellada.

Paula ejercía de hermana mayor, nos llevábamos bien pese al fuerte carácter heredado de Mami. Me protegía de cualquier gracioso que se pasara un poco conmigo y pronto me acostumbré a este rol. A los dieciséis años, dejó los estudios y se puso a ayudar a Mami en el puesto del mercado donde vendían ropa de cama. Unos años más tarde, Ruth vino a estudiar a Madrid y ambas retomaron el contacto. Comenzaron a ir juntas y a menudo yo salía con ellas, ahí comencé a tener un contacto más cercano con la que al final sería mi esposa.

Todo cambió un mes de mayo en el que Ruth se encerró para preparar los exámenes de fin de curso y mi hermana empezó a salir con un chico del barrio que frecuentaba un local de mala reputación. Según parecía, le gustaba aquel chaval y, sin darse

cuenta, se introdujo en el mundo de las drogas. A veces llegaba colocada a casa y su comportamiento indignaba a Mami, que en más de una ocasión estuvo a punto de ponerle la mano encima. Había mucha tensión entre ellas y Paula dejó de ayudar a Mami en el mercado. No tardó en encontrar un trabajo en el que le pagaban muy bien. Al poco tiempo, nos dijo que se iba a independizar sin dar muchos detalles. Apenas aparecía por casa y no ocasionaba problemas, pero pronto descubrimos que aquel trabajo escondía la venta de drogas.

La detuvieron en varias ocasiones hasta que Mami la obligó a regresar a casa. Para entonces, estaba enganchada a la cocaína, era muy dependiente. La necesidad agudizó su ingenio y aprovechó su astucia para ir apropiándose de parte de los ahorros de Mami y, de paso, de los míos. No tuvimos la precaución de desautorizarla de las cuentas familiares y, cuando nos quisimos dar cuenta, las había vaciado y la vivienda de Mami estaba hipotecada.

Lo que vino más tarde también fue duro, no me quedó más remedio que denunciarla y decirle que no quería volver a verla más. Mirando a Paula en la foto familiar, descubro su cara de drogata hechizada e intento ponerme en su lugar. Esa chica de la foto no era mi hermana, sino su cuerpo secuestrado por la dependencia, el mono o como queramos llamarlo. Alguien incapaz de tener sentimientos y valorar el esfuerzo que hacíamos por ella. Qué pena, era una buena muchacha y yo la quería, pero los continuos enfrentamientos fueron agonizantes; la droga venció el pulso, y yo abandoné la lucha. Ahora la echo de menos.

Creo que es la carta más larga que he escrito, pero me ha venido muy bien para sacar todo esto de dentro.

Pablo López

40

En una oficina de la capital cubana propiedad de Gerardo Torres, se encontraban reunidas cuatro personas. El alto cargo del gobierno aguardaba sentado en un sillón con estampado de color marrón y un adorno de ganchillo artesanal sobre el que apoyaba su repeinada cabellera. Fiel a sus gafas de sol y observando a los interlocutores, sostenía un habano. El que estaba sentado en el sillón contiguo era su compañero del ministerio, Máximo, que se había visto obligado a interrumpir la inauguración de un puente para estar presente en tan urgente reunión. Frente a ellos y sentados en un sofá de piel natural, color café y estilo barroco, esperaban con incertidumbre el capitán Morales, jefe de la investigación, y Mauricio Fuentes, jefe del centro penitenciario Combinado del Este.

Torres, el anfitrión de la reunión, tomó la palabra.

—Gracias por venir con tanta premura, parece que al fin se va a aclarar el tema del sujeto que andaba desaparecido. Cuéntenos, capitán Morales.

—Así es. Verán. Anoche descubrimos un cadáver en una vivienda de Pinar del Río. Al verlo, uno de los agentes se quedó algo confuso. Registró la vivienda y descubrió, entre una multitud de permisos falsos, un documento cuyo nombre le resultó familiar: Fabio Benítez Castro. Entonces recordó todo el revuelo del mes pasado y decidió avisar a la comandancia. —Pausó su intervención para comprobar que sus colegas lo seguían.

Los presentes lo observaban expectantes. Sus rostros evidenciaban que el tema los inquietaba y atendían absortos al discurso del capitán, incluso llegaron a olvidar que los habanos sostenidos entre sus dedos estaban consumiéndose.

—Bien —retomó Morales la declaración—. Acudí a la vivienda y pude comprobar in situ que, tal como supuse, la información era cierta. Su mamá vive en la misma ciudad. Esta mismita mañana estuvimos con ella y reconoció a su hijo. Estén tranquilos, que la señora será discreta; ya saben que desde el primer momento en que se enteró de la detención del teórico Fabio, no quiso saber nada de él.

—¿Me puede decir dónde diablos está ahora mismo ese hombre?

—interrumpió Máximo, con claro nerviosismo—. No podemos levantar sospechas, ¿lo entienden? Hay que hacer un trabajo muy limpio y sin llamar la atención.

—Comparto su inquietud y le pido calma —retomó la palabra Morales, intentando tranquilizar al alto cargo—. He trazado un plan para que todo se solucione de forma rápida y sin sobresaltos. Se hará con naturalidad, están todos los tiempos marcados y nada puede fallar. Tan solo requiero de su confirmación y explicar todos los detalles a nuestro camarada Mauricio, que tengo acá conmigo. Él se encargará de hacer creer a todo el mundo que Fabio falleció en la prisión, ¿verdad? —Morales provocó que todas las miradas se centrasen en Mauricio, que ahora sujetaba la patata caliente.

—Saben que pondré todos los medios para que así sea y contaré con las personas más leales de que dispongo —confirmó sin pestañear.

Mauricio se encontraba en un lugar privilegiado, junto a uno de los mandamases de las Fuerzas Revolucionarias y dos altos cargos del Gobierno. Sabía que cumplir con dicha misión le proporcionaría un notable ascenso. Al escuchar que todo el preparativo estaba dispuesto, el señor Torres volvió a intervenir.

—Muy bien, adelante con el plan. No escatimen en recursos pero, ante todo, les pido discreción y eficiencia, ¿oído?

No hizo falta hablar más, la operación acababa de arrancar y se presentaban unas jornadas claves y trascendentes, donde habría que mover las piezas con suma cautela, evitando levantar sospechas.

En torno a las seis de la tarde, Pablo leía plácidamente cuando recibió la visita del doctor Carreras. Apartó la vista del libro, advirtiendo un comportamiento extraño en el médico. Consigo llevaba un estuche inusual y lo apoyó al lado de Violeta.

—Hola, Pablo, ¿cómo va todo?

—Muy bien, doctor. ¿Te han contado que por fin he llegado al baño por mí mismo? —preguntó Pablo contento mientras detectaba algo raro en el rostro del doctor—. Te veo un poco preocupado, ¿ocurre algo?

Carreras no podía explicar nada de lo que ocurría fuera, una orden expresa de Mauricio se lo impedía.

—Deseo preguntarte algo. ¿Confías en mí?

Pablo no esperaba aquella pregunta, se vio intimidado, descolocado y se quedó pensativo. Observaba la seriedad en el rostro del doctor y su mirada tensa, dejando entrever que algo importante estaba sucediendo. A él le debía la vida, sin querer ya la había puesto en sus manos y lo volvería a hacer si fuera necesario.

—Por supuesto, no lo dudes —le confirmó desde el corazón.

—Muy bien, entonces atiéndeme. Ahora voy a pincharte en el brazo y en unos minutos te quedarás dormido e inconsciente por un tiempo, no debes de preocuparte, porque no correrás ningún peligro. Lo único que voy a pedirte es que estés relajado, tengas fe y, ante todo, no dejes de confiar en mí. Jamás permitiré que vuelvan a hacerte daño, ¿me entiendes?

Pablo no dudaba de su palabra; él había sido el ángel que lo recuperó, su salvador, y una de las personas que más cariño le había aportado en la prisión.

—Doctor, haz lo que tengas que hacer.

Los restos inertes del sufrido preso yacían cubiertos bajo una ajada sábana y eran trasladados por una pareja de técnicos de ambulancia a través de los pasillos de la prisión. Los brazos del desfallecido colgaban por los laterales de la camilla, causando la conmoción de todos los testigos que contemplaban la sobrecogedora imagen.

El doctor presidía la comitiva. A todo aquel que se cruzaba en su camino le anunciaba sin tapujos que estaban trasladando el cuerpo sin vida de Fabio Benítez. Tomaron rumbo al Hospital Militar Doctor Carlos J. Finlay para practicarle la autopsia. Para entonces, no se hablaba de otra cosa en todo Combinado del Este, donde se murmuraba que el famoso Fabio Benítez había fallecido tras no haber superado las secuelas de la brutal paliza recibida unas semanas atrás.

En el hospital, aguardaban el ingreso de un turista llamado Pablo López, que el mes anterior había sufrido un accidente. El doctor Carreras sostenía bajo el brazo un informe médico manipulado. Los datos ahí expuestos simulaban que, tras una mejora de las lesiones del paciente, le había sido aprobado el traslado para ayudarlo en la rehabilitación. Pablo apareció tendido y dormido con el rostro descubierto y vestido con un pijama del anterior hospital.

De forma simultánea, otra ambulancia acudía al recinto hospitalario, deteniéndose frente al mortuorio. En su interior transportaban al cuerpo sin vida de un terrorista que acababa de fallecer en la prisión, Fabio Benítez, que iba a ser autopsiado. En una sencilla pero minuciosamente estudiada jugada, habían invertido los cuerpos de Pablo y Fabio, logrando de esta manera que el inocente preso español recuperara su verdadera y anhelada identidad.

La primera fase del plan fue ejecutada con un rotundo éxito. El capitán Morales lo festejaba en solitario con una copa de un

aguardiente reservado solo para las ocasiones de encumbramiento. Lo hacía tumbado en su nada modesto sillón de despacho y regocijándose de júbilo. No necesitaba a nadie más, él solito se bastaba para sentirse superior al resto de los mortales mientras pensaba en la merecida condecoración y posterior ascenso. Era hora de realizar dos llamadas: una a la madre de Fabio para informarla sobre las causas del fallecimiento de su hijo y la otra al licenciado Ponce, que celebraría la salida de prisión de Pablo. Ambos, de forma independiente y con distintos horarios, quedaron citados a la mañana del día siguiente.

Como dos amigos aguardando a cantar en la fiesta de fin de curso, Yasmín y el doctor esperaban a los pies de la cama. Habían decorado el dormitorio de Pablo con todas sus cosas. Iban a ser testigos de primera mano del regreso a la libertad del español. Yasmín llevaba consigo a sus virgencitas, les hablaba y besaba, agradeciéndoles su ayuda.

Pablo abrió los ojos con timidez. Eran las diez de la noche y, como un cachorro recién llegado, parecía confuso, presumía estar sumido en una pesadilla. Yasmín se acercó para cogerle la mano. Pablo la veía muy cambiada. En lugar del uniforme blanco, lucía un hermoso y ceñido vestido verde, aunque lo que más destacaba en ella era su preciosa sonrisa. La otra mano fue tomada por el doctor, que la acariciaba como a un gato, con suavidad. Pablo sonrió, había despertado y, pese a estar aturdido, trató de hablar.

—Aquí pasa algo, ¿verdad?

Yosvany orientó la mirada hacia Yasmín, que, con el corazón palpitante y una gota resbalando por su morena mejilla, estaba conteniendo la emoción.

—Os veo muy elegantes para estar en la cárcel —insistió Pablo, sintiendo que había excesiva complicidad entre la pareja médica—. Dudo de si esto es el cielo o no.

A partir de escuchar las palabras de Pablo, la pareja se estremeció y Yasmín no pudo resistirse y se inclinó para abrazarlo. Pablo pudo confirmar que se encontraba en el cielo.

El doctor estalló de júbilo en su interior, pero, haciéndose el valiente, logró retener sus emociones. Ayudar a Pablo había sido para él una experiencia sin igual y tenía ganas de abrazarlo, pero se contuvo. Se acercó a él y le apretó la cara por las orejas.

—Pablo, tenemos que darte una buena noticia: eres libre. Al fin eres libre.

El ya considerado expresidiario no daba crédito a las palabras de Yosvany Carreras.

—¿En serio, doctor?

—¿Cómo que doctor? A partir de ahora llámame Yosvany. Qué alegría más grande, amigo.

—Es imposible. —Pablo se sobresaltó—. ¿Y el juicio? ¿Y qué pasa con Fabio? ¿Cómo es posible que Mauricio me haya dejado salir de allí? ¿Dónde está el señor Ponce? ¿Dónde estoy? Y, ¿qué hago yo ahora? Por Dios, no es posible, ¿o sí? Me dijiste que sí… ¿De verdad que no estoy en la prisión?

Pablo se esforzaba por combatir los últimos efectos de la anestesia que horas antes lo había dejado inconsciente.

—Intenta relajarte, entiendo que estés desconcertado. ¡Para no estarlo! Voy a contarte algo para que te tranquilices. —El doctor bajó el tono de voz, tratando de poner cordura—. Mañana podrás hablar con tu abogado, él te ofrecerá más detalles. Lo que nosotros sabemos es que encontraron a Fabio sin vida y, para todos los efectos, falleció esta madrugada en la prisión. Andan simulando que fuiste tú el que falleció. Por lo tanto, ya no eres Fabio, sino un turista español llamado Pablo López que se encuentra impedido en un hospital de La Habana. Esto es un hospital militar, en concreto esta zona no corresponde a ningún correccional y pasarás aquí unos días mientras todo termina de solucionarse. Por nuestra parte, es conveniente mantenernos al margen de todo el ruido, *¿okey?*

—¿De verdad? Son las palabras más bonitas que jamás he escuchado. No puedo creérmelo. ¿Me estás diciendo que por fin soy libre?

A Pablo se lo comían los nervios; decenas de ideas le llovían, entrecruzándose y evidenciando que no estaba programado para salir fuera. Preguntas de muchos tipos lo bombardeaban sin tiempo para darles respuesta.

«¿A dónde iré ahora? ¿Qué día es hoy? ¿Cómo aviso a mis amigos de Madrid? ¿Y a Alejandrina? ¿Dónde están mis cosas? ¿Volveré a ver al doctor y a Yasmín? ¿Dónde voy a vivir? ¿Regresaré a España? Y, ¿qué tal si me quedo en Cuba? Pero ¿por qué me ha ayudado Camilo? ¡Bendito abogado! Y a todo esto, ¿qué pasará con mi salud? ¿Me recuperaré del todo?».

—¿Has visto cómo hemos decorado el dormitorio? —preguntó Yasmín, acariciando la frente de Pablo y devolviéndolo al presente.

Pablo encontró una estancia mayor a la que había habitado en Combinado del Este: la puerta de entrada era de madera en lugar de metal y junto a ella había otra que daba acceso al baño. Cuando el doctor se apartó, vislumbró un mueble donde descansaba Violeta e, incrustadas en un marco plateado, se exponían las dos fotografías de su familia, con ellas se sentía arropado. Pablo sonreía como un tonto enamorado. A la izquierda de la cama, había una cortina que

cubría un ventanal; era de noche y pensó en asomarse nada más salir el sol. Era un lugar modesto pero acogedor, sin nadie que lo custodiara ni esposas en las manos. Además, ya no tendría que leer y escribir a escondidas. Seguía sin creerlo.

Yosvany se acercó aún más para tocarle la frente.

—Pronto volveremos a visitarte. Aquí nadie te hará preguntas personales. Solo tienes que recordar la versión legal sobre cómo has acabado aquí, *¿okey?* Te cuento. El mes pasado, mientras caminabas haciendo turismo por La Habana, te asaltaron unos ladrones. No solo te robaron, sino que además los muy bandidos te azotaron hasta dejarte moribundo —explicó el doctor—. Durante todo este tiempo estuviste ingresado en el Hospital General Calixto García. Los médicos de aquí conocen el parte de lesiones y solo se centrarán en la rehabilitación. Voy a avanzarte una noticia que te hará feliz: aquí dan mejor comida que en Combinado.

Todos sonreían, no podían esconder el entusiasmo y felicidad por el desenlace final de su encarcelamiento.

—¿Dejamos la luz encendida?

—¿Luz artificial? No me lo puedo creer. Me habéis traído a un hotel de cinco estrellas. Qué clase debo de tener —dijo Pablo.

Guaseaban en un ambiente desenfadado al igual que unos amigos en la barra de un bar.

—Os voy a pedir un último favor. Esperad un momento, voy a intentar ir al baño, no sea que me meta una leche. Desconozco qué me inyectaste, pero me siento pesado y torpe como si regresara de una noche de fiesta.

Sin mucha complicación y por su propio pie, alcanzó el aseo.

—Doctor, vete entrenando fuerte, que en unas semanas vamos a competir. Ni con la ayuda del abogado podréis conmigo.

41

Mientras la ciudad dormía, Pablo se aproximó a la ventana, con un andador que le permitía sentarse. No lograba coger el sueño y decidió curiosear qué le esperaba al otro lado cuando saliera de allí. Era madrugada y a esas horas no había nadie por la calle. Se distrajo observando unas palmeras cuyas ramas bailaban al ritmo del viento. Nunca antes había saboreado la vida como hasta ese momento, todo rastro de miedo e inseguridades se esfumaba raudamente, dejando el futuro abierto a la imaginación.

La mente de Pablo y su subconsciente comenzaron a dialogar:

«Te han dicho que eres libre. Sí, pero ¿qué voy a hacer ahora, a dónde puedo ir? No tengo dinero, no tengo nada. ¡Y qué más da! Me he acostumbrado a vivir sin nada. Por fin voy a dejar de dormir para olvidar, ahora quiero vivir de verdad y, además, en color. Tengo tantas cosas que hacer, que no sé por cuál empezar. No se ve ninguna estrella, la luna está un tanto difusa, demasiadas nubes, creo. —Observó hacia el cielo, rascándose el cuello—. Me gustaría mantener el contacto con Yosvany y Yasmín. Ahora podré escuchar merengue cuando quiera y tal vez me apunte a clases de baile porque… tendré que buscarme algún entretenimiento.

»Pero ¿de qué voy a vivir a partir de ahora? Regresar a España es una opción, aunque dudo que en el museo quieran readmitirme. Además, tengo una deuda con el banco del señor Julio y será complicado que alguien me apoye económicamente. A todo esto, no me han traído la cena, mal hemos comenzado. Cuando salga, voy a darme un homenaje, pero ¿con qué dinero? Si me devolvieran la mochila tendría algo con lo que cubrir algún día. Eso es, ¿dónde estará mi bolso? Mañana hablaré con Camilo, seguro que estará contento. Y, ¿será verdad que viajó a España y vio a Margarita y a Jaime? Y tanto que es verdad, como que entró en mi casa y se llevó la foto de la boda —continuó—. Sigo sin saber de dónde aparece este abogado, no se imagina cuánto tengo que agradecerle. Y las cartas, ¿las seguirá teniendo o no? Ahora ya no le harán falta para nada, tal vez me las devuelva. Por ahí viene una ambulancia. Por favor, ¿cómo pueden existir vehículos tan antiguos en este país?».

Pablo mataba el tiempo hasta que sus caderas le advirtieron que

se había recreado en exceso y regresó a la cama, pensando en que tenía una promesa con Yasmín: llevarla a comer churros con chocolate.

Poco antes del alba, el capitán Morales ya sostenía en sus manos los resultados de la autopsia de Fabio Benítez. Se sorprendió al comprobar que la causa de la muerte había sido el envenenamiento. Había ordenado que se modificara el informe de la autopsia y que en él quedara reflejado que el fallecimiento fue debido a las secuelas de un accidente en la prisión.

A las nueve y media de la mañana, Aurora se presentó en la sala de reuniones médicas del Hospital Militar Doctor Carlos J. Finlay. Allí estaba citada con Morales, quien iba a exponerle la reconstrucción de los hechos.

—Buenos días, ¿viene sola? Siéntese, por favor.

El capitán se presentó con actitud caballerosa y le ofreció un café a la señora, cuyos atuendos reflejaban un profundo luto. Ella no medió palabra. Oculta bajo unas gafas oscuras, esperaba escuchar todos los detalles. Quería terminar rápido con aquel trámite, pero a la vez sentía curiosidad por lo que el señor Morales pudiera contarle. Había algo que la inquietaba desde su encuentro clandestino del día anterior, le había mencionado algo de una nota y también de un niño.

—Bien, disculpe que la haya citado tan temprano y, por otra parte, que estemos a solas aquí. Lo que tengo que contarle es confidencial, pero pienso que como madre de la víctima debe saberlo. Eso sí, voy a pedirle que respete mi única cláusula, que nada de esto salga a la luz pública —dijo Morales—. Ambos sabemos que conoce de primera mano el error que se cometió al detener y encarcelar por equivocación a un hombre inocente en lugar de a su hijo. Creo que estamos de acuerdo.

—No se preocupe por eso, ayer le dije que sé guardar muy bien un secreto.

—Comencemos, entonces. La autopsia señala que su hijo murió envenenado. En concreto, la sustancia utilizada para asesinarlo fue el arsénico y lo más probable en estos casos es que fuera mezclado en algún alimento. Esta es la realidad, aunque el parte oficial certifica que falleció en la prisión por causas naturales, ¿estamos?

Ella asentó con un ligero parpadeo.

—Luego comentaremos qué hacemos con sus restos, pero ahora voy a darle un detalle que estoy seguro de que le va a interesar —continuó el hombre—. Como bien sabe, recibimos una llamada en la comisaría; era una voz de mujer que no quiso identificarse y solo

informó de una nota bajo una piedra, cerca de la jefatura. Bien, no debería, pero voy a mostrársela.

Calle Maceo Este, portal amarillo, enfrente de la panadería. Allí lo encontrarán, murió ayer. Soy la mamá de Jorge Benítez, el hijo de Fabio. Apenas tiene cuatro meses. Lo he dejado en la puerta de la ermita de la Caridad del Cobre. No puedo hacerme cargo de él. Su abuela podrá hacerlo. Nació el día 3 de mayo de 2013. Todo ha sido muy complicado. Lo siento mucho. Algún día explicaré a mi niño por qué lo hice.

A.B.M.

—Esto no es posible. ¿Un nieto? No puedo creerlo. ¿Usted está seguro?

—Así es. ¿De verdad que no sabía que su hijo tenía descendencia?

—Ya les he dicho muchas veces que hace años que no tengo contacto con mi hijo.

Aurora estuvo a punto de preguntar por la identidad de la madre, pero guiándose por una repentina sensación de egoísmo, desechó la idea. Sentía que aquella criatura era un regalo divino y no estaba dispuesta a compartirlo con nadie, al menos en un principio.

Al finalizar de leer por cuarta vez el escrito, hurgó en el interior del bolso para extraer un pañuelo que fue directo a sus mejillas. Mientras intentaba asimilar la idea de tener un nieto, observó con asombro cómo una luz parecía encenderse en su desdichada vida. Nunca se habría imaginado que Fabio le dejaría una sorpresa de tanta magnitud. Se le presentaba un sueño que jamás pensó cumplir: tener un nieto que pudiera continuar con el legado familiar.

—Enhorabuena, señora. Creí que sería importante que tuviera constancia del mensaje.

El capitán abandonó la sala para regresar poco después con un vaso de agua y unos documentos. Aurora aún permanecía reponiéndose de la primicia.

—Sé que es temprano para asimilar todo lo que está sucediendo, pero debo presentarle estos papeles y preciso de su rúbrica. Este primero es el certificado de defunción de Fabio y un acuse de recibo como que usted da su conformidad —explicó Morales—. Este otro es un certificado en el que usted, como único familiar directo, se compromete a hacerse cargo del niño, ejerciendo la tutela.

Ella continuaba sin abrir la boca. Aturdida e incapaz de balbucear, pensaba en la bendita carga de responsabilidad que le

iba a venir encima, una preciosa oportunidad de enmendar su culpa por no haber criado a Fabio como hubiera querido.

—Muchas gracias, firmaré todo. ¿Dónde está el pequeño?

—Sí, es cierto… Déjeme comprobarlo… Se encuentra en el Hospital Pediátrico Provincial Pepe Portilla, en su ciudad, Pinar del Río. El niño está bien, aunque los médicos están haciéndole pruebas para confirmar su estado de salud y proceder a darlo de alta en los registros sanitarios. Podrá verlo a partir de mañana. Sería interesante decidir qué va a hacer con los restos de Fabio.

Morales tenía prisa por dar carpetazo al proceso e influyó en Aurora para acelerar el funeral.

—Claro, déjeme pensar. Si es posible querría que fuera incinerado, algo privado y a la mayor brevedad posible, usted me entiende.

—Es posible organizarlo todo para esta misma tarde. En este recinto hay un horno crematorio.

—Se lo agradezco, tan solo asistiré yo.

Cuando Aurora abandonó la sala, se cruzó con un hombre que permanecía esperando su turno y ojeando una carpeta, era Camilo Ponce. Sus miradas no se encontraron. Ella caminaba cabizbaja, estaba cansada y deseando que todo acabase rápido. Desapareció por el pasillo.

—Buenos días, abogado. Adelante —lo saludó Morales.

Un protocolario cruce de manos sirvió de acercamiento entre dos personas que hasta entonces solo se habían reunido para negociar y discutir. En aquella ocasión no parecía que fuera a ser muy distinto, pero ambos tenían fe en que fuera la última vez que se vieran. Ocuparon las mismas sillas que en la reunión previa y el capitán tomó la palabra.

—Bueno, don Camilo Ponce, estamos de enhorabuena. Veo que al final su defendido quedará en libertad. Como bien firmamos el día siete de agosto, si algún día apareciera el verdadero Fabio, usted se comprometía a cumplir con su parte del trato y no era otra que dar el caso por cerrado y olvidar todo lo sucedido. A cambio, mantuvimos al preso bien asistido y no le faltó de nada. ¿Algo que objetar?

—Nada, capitán. Al final querrá que le dé las gracias después de todo, ¿verdad? Van a poder lavar su conciencia, esa que con toda seguridad los despertó por las noches más de una vez desde que decidieron encarcelar a un hombre inocente —dijo el abogado—. Por mi parte queda todo olvidado, estese tranquilo. Pero ese muchacho merece una disculpa y, si no me equivoco, lo tiene a solo

tres o cuatro minutos caminando desde aquí.

Morales le disparó con la mirada; habría cogido al licenciado del cuello para enviarlo bajo tierra. En el fondo sabía que tenía razón, pero su orgullo le impedía disculparse ante Pablo. Era más fiel a su codicia y a los triunfos que lucía en el pecho, que a su propia alma y dignidad como ser humano.

—Lo dicho. Su defendido ha fallecido, lo sentimos mucho. Sobre el turista español, desconozco su historia. Ha sido un placer conversar con usted.

Bajo el síndrome de superioridad que lo caracterizaba, se levantó de la silla y caminó en dirección a la puerta para despedirse de Camilo. El abogado aún permanecía en su asiento, observando al soberbio y arrogante perdonavidas protegido por un disfraz verde oscuro y adornado de banderitas. Pensaba que a aquel arrogante le vendría bien una cura de humildad y, por qué no, en la misma celda que había ocupado Pablo los primeros días. Estaba seguro de que esos humos se evaporarían de un soplido.

—Qué bueno que todo terminó y ya nunca más volveré por aquí. —Se acercó a la entrada con la intención de dejar claras algunas cosas antes de marcharse—. Estoy convencido de que sus amigos de arriba lo premiarán con una nueva insignia en su bonita chaqueta colmada de estampitas. Y perdone, ahora que las observo de cerca, veo que le falta una. No sé si la dejó olvidada en casa o todavía no la conoció, es la insignia de la humildad. Hasta la vista, capitán.

Morales permaneció callado como un pecador en misa y estuvo lento de reflejos para reaccionar a los comentarios y acusaciones de Ponce. Tenía potestad y poder para detenerlo por insultos, injurias o lo que le viniera en gana, pero estaba bloqueado. Con el simple uso de la palabra, el abogado acababa de darle unos cuantos azotes que lo habían dejado noqueado. Un par de frases lo despojaron de todos sus privilegios y ahora se veía desnudo e indefenso. Observó a Camilo dirigirse a la planta de hospitalización, donde iba a visitar a Pablo López, su verdadero defendido.

Alguien tocó a la puerta, la abrió unos centímetros y, con prudencia, se asomó por la ranura.

—¿Se puede?

Ante la ventana, Pablo divisaba el ajetreo de las afueras del hospital. Estaba lloviendo y eso enturbiaba su estreno como hombre libre. Al escuchar la voz, se giró y comprobó con gran entusiasmo la presencia de su abogado.

—Claro que sí. Qué alegría verte, Camilo. Ven aquí. Discúlpame, pero tengo que darte un abrazo, espera que me ponga de pie.

Se dieron un emotivo y amistoso achuchón pecho con pecho. Comenzaron a hablan sobre temas legales.

—¿Te informaron de cuándo te darán el alta? —preguntó el abogado.

—Aún no. El doctor Carreras comentó que sería conveniente esperar un par de días.

—Tienes buen aspecto.

—¿Sí? Pues la verdad es que me siento muy bien, creo que, en lugar de un andador, van a prestarme unas muletas. Sigo tomando alguna medicación, aún no estoy recuperado del todo. Las contusiones tardan en desaparecer, pero apenas sufro dolores.

—¿Pensando aún en esa carrera? ¿No te irás a echar *patrás*?

—Ahora que lo comentas, iba a preguntar a la enfermera si se puede correr por los pasillos, ya sabes, a modo de entrenamiento. No sabes lo que ansío dejaros en ridículo.

—Así me gusta. Me encanta comprobar que has recobrado el sentido del humor. Desde la primera vez que te vi hace solo unas semanas, pareces una nueva persona.

—Y lo soy. El paso por la prisión y las experiencias vividas allí dentro me han hecho despertar, madurar, y lo más importante, detectar la esencia de la vida —confesó—. No sé si me explico. Ahora sé que, pese a todo el vacío interior que pueda tener, hay muchísimas razones por las que levantarme cada día. Me atrevo a decir que tal vez me falte tiempo para llevar a cabo todo lo que deseo cumplir.

—Empezarás por algo, ¿no? ¿Lo tienes pensado?

—Sí, claro. La mañana que salga de aquí tengo que hacer una visita especial y estaría encantado de que me acompañaras.

—Faltaba más. Aquí estaré contigo.

—Mientras tanto, quiero convertir en realidad un pequeño sueño y, si te apetece, puedes ser testigo del acontecimiento. No imaginas las ganas que tengo de darme una ducha y dejar correr el agua como si no hubiera que pagarla. No voy a pedirte que te duches conmigo, que ya te veo la cara de duda. —Sonrió con picardía—. Solo quédate aquí fuera y, si me oyes pedir ayuda o algún golpe fuerte, avisa a las enfermeras.

—Ya sabes muy bien que no eres mi tipo. No me ducharía contigo ni aunque de eso dependiera mi vida.

—Yo te aseguro, que si tu vida dependiera de darte un bañito conmigo, ya estarías ahí dentro esperándome con el agua templadita —dijo Pablo entre carcajadas.

Ambos reían abiertamente, las situaciones tensas ya pertenecían a la historia y ahora era tiempo de celebración. Pablo tardó casi media hora en salir del baño y lo hizo mostrando sus dedos

arrugados como nueces. Por el sumidero había dejado caer toda su negatividad, los malos recuerdos, las pesadillas, los miedos y su rabia, que, aunque no hablara mucho de ella, la había tenido presente durante toda la estancia en la prisión.

—Nos veremos mañana, Pablo. Me voy a entrenar que, por lo que veo, andas en mejor forma que yo.

—Gracias por todo. Te has portado muy bien conmigo. Y ahora que ya estamos fuera de la prisión y podemos hablar sin tapujos, ¿querrías contestarme a una cuestión que necesito dar respuesta?

—Lánzala.

—¿Por qué estás defendiéndome y quién te paga?

Camilo Ponce se esperaba la pregunta, no lo cogía de susto y de nuevo tuvo que abusar de su confianza.

—Como ya te dije en otras ocasiones, aún no es el momento. Te voy a pedir un poquito más de paciencia.

Por enésima vez, Pablo se quedaba con la miel en los labios, pero sabía que pronto lo averiguaría. La visita a España podía ser una pista. Pensó que tal vez alguien hubiera hecho fuerza desde allí, pero ¿quién?

42

El cuerpo sin vida de Fabio descansaba en una pequeña estancia del hospital, cerca de la sala de autopsias y lejos del ruido de la gente. El reloj de la morgue señalaba las seis de la tarde y solo Aurora asistía a la breve homilía. Cumpliendo con sus deseos, el acto no fue anunciado en ningún lugar y se llevó a cabo bajo la más estricta intimidad. Ella observaba apenada el cuerpo sin vida de su hijo. La invadía una tristeza retenida. Trató de reprimir las emociones y, con gran sacrificio, se mordía los labios y cerraba los ojos, reafirmándose que su hijo no merecía una sola lágrima suya. El daño era irreparable. En esos instantes solo deseaba que el sobrio funeral concluyera pronto para así marcharse a casa y sellar una etapa amarga de su vida. Una vez finalizada la ceremonia, el cuerpo de Fabio desapareció tras una puerta de acero donde sería incinerado.

El chófer Luis la esperaba a la salida y retomaron el camino de regreso a Villa Viñales. Aurora sostenía en sus manos la urna de aluminio con los restos de Fabio, pero no sentía nada por él. Tenía asumido que Fabio había muerto bastante tiempo atrás, pero lo estaba manteniendo entre sus brazos al igual que lo había arropado el día que dio a luz.

La agotada señora precisaba de un descanso tras dos jornadas muy intensas. Sabía que todavía la esperaban emociones fuertes: al día siguiente conocería a su nieto Jorge.

Pablo observaba a través de la ventana. El cielo estaba enfadado, algunas farolas lucían ante un día que se apagaba y el bravo meneo de las palmeras advertía que el tiempo no estaba para dar paseos a la intemperie. Cuando estimó que sus piernas alcanzaron el límite, regresó a la cama. Cada vez disfrutaba de más soltura y le permitía ser independiente. Esperando a la hora de cenar, observaba a Violeta, su bonita acompañante, que ya lucía tres flores; las acariciaba como a un bebé, con mimo y mucho cariño.

—Ya llegó la cena, mi amor. ¿Qué tal está mi amigo gallego?

La discreción de Manuela no era su punto fuerte. Aquella

dicharachera enfermera siempre se abría paso sin avisar, provocando que Pablo se llevara un buen susto. Traía la cena en las manos y la dejó sobre la cama.

—Oye, hablando de España. Estoy segura de que no, pero tengo que preguntarte una cosita, mi amor. ¿No conocerás por casualidad a Alejandro Sanz?

Pablo la contemplaba atónito, sin reaccionar.

—El cantante, mi amor. ¡Ay! Es que me tiene enamoradita, ¿sabes? Todo el día llevo su canción en la boca. ¿Sabes cuál? Esa que dice: «Mi hembra, mi dama valiente se peina la trenza como las sirenas y rema en la arena».

—No, no lo conozco y, la verdad, no es uno de mis cantantes preferidos.

Dar su opinión había sido en vano, Manuela persistía con su particular concierto.

—¿Sabes una cosa? Me he enterado que vive en Miami —bajó la voz—. Si alguna vez me marchara de Cuba, el primer sitio al que iría, sería a visitarlo. ¿Te he dicho que me tiene enamorada? No me creo que no te guste su música. No sabes esa que dice: «Y si fuera ella...».

—Hoy se te ve muy contenta.

Pablo la interrumpió de nuevo, pretendía silenciar su destemplada y aguda voz.

—Pues fíjate que hoy tenía que ir a bailar a la Asociación del Baile, pero voy a quedarme en el hospital. El tiempo va a empeorar y estamos en alerta. A partir de hoy se espera mucho ajetreo en urgencias.

—Ya vi que estaba oscuro.

—Y más que se pondrá, mi amor. En el noticiero dijeron que se esperan tormentas de doscientos kilómetros por hora. Fíjate la que se nos viene, se acerca el huracán Ingrid.

Un repentino estruendo irrumpió tan cerca del edificio, que Pablo sintió la cama vibrar. Manuela se apoyó en la pared.

—¿Esto es normal por aquí?

—Claro que sí, mi amor. Casi todos los años nos visita una de las gordas, pero nunca termino de acostumbrarme. Por eso es bueno quedarse resguardado. Que pases buena noche.

La alegre enfermera se marchó mientras Pablo aún agarraba con fuerza el colchón; estaba en tensión, el trueno lo había asustado y acabó por cortarle el apetito. No obstante, cotilleó qué había en la bandeja: una sopa condimentada con algunas verduras y, en otro plato, algo parecido a carne sumergida en salsa de tomate. Sin muchas ganas, decidió comer, necesitaba alimentarse para fortalecer las piernas. Le gustaría abandonar el hospital por su

propio pie, sin necesidad de apoyarse en un andador.

Una tras otra absorbió las cucharadas de fideos mientras alguien especial le vino a la memoria. La risueña enfermera era la culpable de que su querido amigo Tino protagonizara ahora sus pensamientos.

«Estoy seguro de que harían buena pareja, los dos están un poco tarados. Una de las cosas que haré nada más salir será llamar a Tino, seguro que se alegra mucho de verme. Tal vez lo pueda acompañar en alguna gira, sería fantástico. Buena idea, ¿por qué no? ¿Y si me dice de actuar? Ni de coña, pero ayudarlo con algún número y preparar cosas, sería una posibilidad. No sé si le importará. Igual soy un estorbo, pero… ¿a dónde vas? Si no lo conoces lo suficiente. ¿Desde cuándo andas por ahí con tantas confianzas? —se preguntó—. A ver, ¿tú no querías echarle narices a la vida? Pues se lo dices y fuera. Ya está bien de guardarte las cosas, que la vida pasa volando, ya lo ves. Sería una experiencia guapa, como dicen los jóvenes. ¿Jóvenes? Espera, pero si solo tengo treinta y seis años, joder. Que me queda mucho por vivir. ¡Pues claro que me voy con Tino! ¡A donde él vaya! Me pareció entender que a veces actuaba en cruceros. Pues para allá que voy, ¡claro que sí! Pero si no tienes ni un duro, ¿qué estás diciendo? Bueno, pues ya veremos por dónde salimos. Lo importante es que tienes iniciativa, eso es, por algo se empieza».

Un imponente y estruendoso rayo encendió la habitación. Pablo detuvo sus pensamientos justo cuando iba a ensayar cómo pedirle a Tino ser su compañía por un tiempo. Aún era temprano para irse a dormir, estaba lúcido y con ganas de entretenimiento. La lluvia en forma de gotas macizas se convertía en hinchadas burbujas al impactar contra el suelo y causaban dolor con solo mirarlas. Ya no quedaba nadie en las inmediaciones del hospital. Pablo bajó la persiana para resguardarse de un nuevo rayo, no quería sufrir más sobresaltos. La tenue luz de la solitaria lámpara del dormitorio apenas tenía el vigor necesario para ser un apoyo en la lectura. Pero García Márquez lo miraba desde el lomo del libro, que seguía apoyado en la cómoda como si estuviera expuesto. La conciencia de Pablo le recordaba que hacía un par de días que lo tenía olvidado. Tomó asiento en una silla situada con picardía bajo el foco y, tras ajustarse las gafas, retomó la lectura. No pasaron ni diez minutos cuando se dio cuenta de que algo no iba bien.

«Qué lástima me da el no haber anotado los nombres de los personajes. Ya no sé si Petra es la mujer de Aureliano Segundo y si Melquíades estaba del lado de Meme o no».

Continuó leyendo hasta que un nuevo trueno lo apartó de las líneas, ahora sí que llovía con fuerza. Escuchaba las pelotas de

granizo golpear contra la persiana, hundiéndola como si quisiera empotrarla en el cristal. Cerró el libro y se acercó al rellano del pasillo; todavía no se había animado a caminar por él, sospechaba que tal vez le llamarían la atención. Nadie circulaba por allí. Al fondo, Manuela entraba a las habitaciones e iba bajando las persianas. Pablo aguardó a que pasara por su lado para informarle de que en la suya no era necesario entrar.

Antes de regresar a la cama, se detuvo a hablar un poquito con Violeta, su bonita maceta.

—Amiga mía, tal vez mañana nos marchemos de aquí. Supongo que también tendrás ganas de respirar aire de verdad. No sé qué voy a hacer contigo. En un principio vendrás conmigo a todos los sitios, lo que pasa es que, si tengo que subir en avión, será complicado llevarte. No te preocupes, que encontraremos a alguien majo con quien quedarte —explicó—. Acaba de venirme a la memoria doña Rosa, pasé una noche en su casa. La pobre mujer no sabrá nada de mí, o tal vez sí. Le dije que volvería por la noche y mira, aquí estamos. Seguro que se asustaría al no verme regresar. Tiene una casa muy colorida y creo que vivirías muy bien allí. Tranquila, te llevaré con ella si es que me marcho, que si no, tú te quedas conmigo. Además, con lo guapa que estás ahora, como para dejarte escapar. Dicen que hablarles a las plantas es bueno, yo no sé si es cierto, pero creo que tú y yo nos entendemos muy bien. No te asustes por la tormenta de ahí fuera, aquí estamos a salvo. Voy a echarte un pelín de agua, preciosa.

Confiarle sus pensamientos a Violeta era una forma de entrenar la habilidad de ser transparente y eliminar la vergüenza a expresar sus sentimientos. Hablarle era una terapia, una especie de refugio donde nadie podía inmiscuirse, y aprovechó para confesar sus inquietudes, miedos e ilusiones. Se envalentonó para desafiar sus propios muros que siempre estuvieron condicionándolo y, ante ellos, de tú a tú, se reveló con desgarro.

—Estoy harto de ser quien era, una persona débil, sin ambición y con el corazón a medio hacer. Ya está bien de hundirme a las primeras de cambio y musitar por miedo al maldito ridículo —confesó—. Me acerqué a mi propia destrucción mientras todo se desmoronaba alrededor. Se acabó el caminar impotente con los brazos colgando. Estoy recuperando la confianza y tengo unas alas renovadas, jóvenes, firmes y con ansias de descubrir cosas y conocer gente. Tú puedes verlas, ¿verdad? ¿Y sabes otra cosa? Ya no existen problemas insalvables para mí, ¡no pienso dejarme amilanar por nadie!

En un arrebato de euforia, cogió el vaso de cristal con el que regaba a Violeta y con todas sus fuerzas lo estampó al suelo contra

una esquina y se hizo añicos. Parecía loco de atar, pero lo hacía bajo la convicción inquebrantable de que ya era hora de quitarse el corsé que lo había oprimido y condicionado durante toda su vida. Se sentía libre, fuerte y con un espíritu rejuvenecido capaz de hacer frente con valentía a cualquier aprieto que la vida le deparara.

Era hora de descansar. Pablo se recostó pensando en qué excusa darle a Manuela al día siguiente.

«Echaré la culpa a un estruendo y le diré que el vaso se ha roto de forma fortuita, aunque dudo que me crea».

43

La noche del 4 de septiembre de 2013, el huracán Ingrid azotó la isla de Cuba con dureza y crueldad, arrasando infraestructuras y viviendas. La Habana se vio atrapada por vientos de doscientos cincuenta kilómetros por hora y el emblemático Malecón acabó sumergido en el agua.

El temporal no daba tregua y el jueves amaneció con fuertes lluvias. Pablo apenas pudo descansar por la emoción de su eminente salida a la calle. Soñaba despierto y se veía libre como una nube y con Violeta del brazo, caminando por la espectacular Playa de Santa Lucía. Imaginaba tanto aquel día, que incluso llegó a sentir el olor a mar y el reflejo del sol sobre el agua mientras mojaba los pies y jugaba en la arena. Hacía mucho que no pisaba la playa, fue en su última visita a Asturias, en octubre del año anterior. Dos meses atrás de aquello, Ruth había sufrido el aborto y no levantaba cabeza. Decidieron hacer una visita a La Santina, en Covadonga, y también a Bueño, su pueblo. Allí coincidieron con la visita de los reyes de España, que galardonaron a su villa como pueblo ejemplar de Asturias. Ruth se había desplomado por agotamiento y su malestar había crecido más y más. Al día siguiente, fueron a la playa de Rodiles a contemplar el ir y venir de las olas, mojar las piernas y relajarse. Sería la última vez que ella vería el mar.

—Buenos días, mi amor. ¿Cómo ha dormido mi galleguito favorito?

De un susto, Pablo abandonó su episodio de nostalgia para regresar al presente. Manuela era incansable. Tras más de veinte horas trabajando, continuaba sonriente y desenfadada como una novia en el día de su boda. Nunca tocaba la puerta, la abría para asustar al paciente, un gesto que parecía hacer con alevosía.

—Pero, bueno, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué hay en el suelo?

Al cruzar el dormitorio para levantar la persiana, pisó y arrastró los cientos de cristales repartidos por el suelo. El amanecer de aquel día era oscuro y triste como un entierro. Apenas entraba luz, aunque sí la suficiente para comprobar el resultado del desahogo de Pablo.

—Manuela, ¿me creerías si te digo que anoche hubo un trueno y

del susto que me entró, se me cayó el vaso?

En la cara de Manuela había tatuada una sonrisa; nunca dejaba de reír, pero esta vez lo hacía con más efusión. Elevó los carnosos carrillos, achinando los dilatados ojos de un color marrón absoluto, mientras sus sonoras carcajadas nacían del pecho y acababan expulsadas por la boca abierta.

—No te preocupes, mi amor. Ahorita lo recojo. Me extraña mucho que un trueno te asustara tanto, pero es cierto que la noche ha sido una locura. No he podido telefonear a mi casa, parece que las líneas estaban cortadas y, según acabo de escuchar abajo, hoy no podrá entrar y salir nadie de acá. ¿Has visto cómo está la calle? Hay agua por todos lados.

—Perdona, ¿has dicho que no podrá salir nadie?

—Eso es, mi amor. Hoy va a ser imposible. En el noticiero han dicho que el temporal será fuerte.

Las expectativas de tocar suelo libre se desvanecían para Pablo, al menos para esa mañana. Se había hecho ilusiones y, de nuevo, tendría que lidiar con la paciencia.

—Así que un día más aquí.

—¿Tenías pensado marcharte hoy?

—Sinceramente, sí. Llevo mucho tiempo hospitalizado y me dijeron que recibiría el alta en un par de días.

—Pues hoy no podrá ser, mi amor. Estamos en alerta y como no sea en barco, creo que nadie se moverá de acá.

Manuela limpiaba el dormitorio mientras Pablo se resignaba, sentado en su cama.

«Pues vaya plan, un día más aquí. Con las ganas que tenía de salir a la calle, tocar los árboles y caminar sin toparme con ningún tabique. Bueno, un pelín más de paciencia. Entonces, si no se puede entrar ni salir, ¿tampoco vendrá nadie a verme? ¡Arrea! El señor Ponce estará también incomunicado. Pues me tocará darle un buen viaje al libro, porque si no, ¿qué otra cosa puedo hacer?»

—Ya tienes todo limpito, mi amor. Ahí dejo el desayuno y luego te traeré otro vaso. Por cierto, ¡qué planta más bonita! A mí me gustan mucho, pero tengo muy mala mano para ellas, ¿me entiendes? Pero a mi mamá le encantan; tiene muchas, yo calculo que más de treinta. A ella le gustan todas, pero especialmente las que tienen flores…

—Como a mí. ¿Has visto qué bonitas son?

Pablo la interrumpió. Manuela le caía muy bien, pero el tono agudo de su voz escuchado durante mucho tiempo seguido lo irritaba.

—Sí, son violetas, mi amor, qué preciosidad.

—Manuela, quería preguntarte algo.

—Dime.

—Necesito caminar y el dormitorio se me queda un tanto pequeño. ¿Sería posible moverme un poco por los pasillos?

—Claro que sí, mi amor. Además, hay una sala con cable donde puedes recrearte y leer la prensa sin problema. No puedes abandonar la zona de enfermería, porque no quieren que los pacientes transiten en pijama por los recibidores, ¿me entiendes?

—Muchas gracias, me encanta la idea. Luego daré una vuelta.

Tal como Manuela había indicado, el aspecto al otro lado de la ventana era desolador: la calle estaba anegada de agua en la que flotaban maderas, ramas y basura. Pablo observaba el violento vaivén de las palmeras, resguardado desde su morada. La tormenta era brava y agresiva como si la naturaleza quisiera reconquistar la ciudad. Eran varias las farolas que habían sucumbido a las fuertes ráfagas. Como el último soldado en la lucha, la bandera cubana se mantenía izada y firme con sus franjas blancas y azules, así como el triángulo rojo y la estrella. El estandarte ondeaba ligero y resistente, al igual que el pueblo cubano, que tendría que reponerse tras el monumental destrozo.

El desastrado paisaje no invitaba a seguir en la ventana, así que Pablo optó por tomar el desayuno y deleitarse con el mayor placer del que disponía en el hospital: el baño y el agua corriente. La ducha se estaba convertido en un manantial de inspiración. Empapaba su cuerpo, experimentando una grata sensación de liberación que le permitía dejar fluir la imaginación. La estancia en la prisión era tan monótona, que solo era posible trabajar la maquinaria mental. Pablo se había convertido en un especialista forcejeando contra sí mismo para impedir que sus pensamientos tomaran el control y entrenando a ese guardián interior que detectaba cuándo aparecían ideas negativas o estériles. El agua depuraba sus malos augurios, atenuando el nerviosismo y la ansiedad por querer salir de allí y acabar con la injusticia a la que lo habían sometido. Con la base de los puños contra la pared, desató su enojo, soplando, gimiendo y bramando como un toro descosido en un intento por canalizar su entusiasmo contenido.

Una vez exhausto y vacío, regresó a una realidad vista desde otro enfoque. Tenía por delante un regalo, la posibilidad de explorar aquel lugar. Tras equiparse con un pijama limpio, se decidió a hacer algo transgresor: traspasar la puerta del cuarto y salir al pasillo, y lo más importante, sin nadie que lo marcara de cerca. Giró la manivela y asomó la cabeza. Al igual que la noche previa, vio a Manuela entrando y saliendo de las habitaciones. Decidió no llevar el andador, se veía con fuerzas para aguantar firme y pensó que las paredes le permitirían guardar el equilibrio.

Una vez fuera, miró hacia ambos lados, su dormitorio era el número quince de una veintena. Captaron su atención las paredes pintadas de color rojo ladrillo y la mitad superior de un verde menta. Recordó que Tino le comentó que Cuba era una isla muy colorida. Apenas había ruido y al caminar se sintió contrariado, estaba experimentado una sensación de libertad que hacía tiempo no disfrutaba, en concreto, desde que lo dejaron solo en el patio privado de la prisión ante los pájaros que husmeaban y al final le trajeron problemas. Allí dio varias vueltas y hoy trataba de emular aquel paseo. Tras varios vaivenes, le sorprendió la fatiga y, asomado a la esquina del pasillo, preguntó a un doctor dónde estaba sala de televisión.

Tras caminar unos metros, descubrió una pequeña sala de estar con dos sofás y una mesa cubierta por varios periódicos. Había olvidado las gafas en el dormitorio y descartó la idea de leer. Tomó asiento y estuvo examinando aquel lugar hasta que una enfermera apareció delante suyo.

—Perdone, señorita, ¿sabe cómo se pone el televisor?

—Sí, pero no funciona ningún canal. Hace un rato perdimos la señal.

—Ah, entiendo. Muchas gracias.

Pablo aguardó sentado veinte minutos en los que solo vio moverse un par de moscas juguetonas que le tomaban el pelo. Cansado de no hacer nada, regresó al dormitorio a retomar la lectura. El resto del día transcurrió entre relámpagos y fuertes golpes de viento sobre la ventana. Un par de cortes de luz alertaron al personal, que no cesaba de transitar por los pasillos. Pablo realizó varias excursiones hasta la sala de estar, en las que no coincidió con nadie. Aquel lugar parecía deshabitado. Una pequeña tertulia vespertina con Manuela fue lo más interesante que le sucedió durante el día. A la noche, regresó la tranquilidad de puertas afuera, la lluvia dio una tregua y el viento había perdido bravura.

—Violeta, a ver si mañana tenemos más suerte y al fin salimos de aquí. ¿No estás nerviosa? Parece que el asfalto de las calles ha vuelto a aparecer, no sé de dónde salió tanta agua. Menos mal que estás aquí conmigo, si no, seguro que te habrías ahogado —le contó—. Perdona por no leerte el libro, me queda poco para acabar y, si lo hago en voz alta, tardo más. Ya te haré un resumen un día de estos. ¿Sabes qué? Estoy pensando en darme otra ducha, ¿por qué no? Seguro que después me quedaré dormido en un periquete y con suerte no nos despertaremos hasta mañana.

Sexta parte

44

Con una puntualidad británica y a la espera del comienzo de visitas, Camilo Ponce aguardaba frente a las puertas del hospital. Una vez cumplidas las ocho de la mañana, apareció en la habitación de Pablo, que estaba descansando plácidamente. El remojón de antes de ir a la cama lo relajó hasta el extremo de caer redondo y dormir de un tirón.

—Buenos días, ¿se puede?

Pablo estaba sumido en un profundo sueño en el que daba de comer a varios elefantes. Al sentir la persiana subir, se despertó sobresaltado.

—¿Camilo? ¡Qué alegría me da verte! Veo que al final has podido llegar, ¿se ha marchado el huracán?

—Sí, así es. Disculpa mi ausencia en el día de ayer, fue imposible coger el auto. Intenté telefonear, pero las líneas estaban cortadas. Esta noche han logrado limpiar una de las carreteras principales y con suerte he llegado acá. ¿Qué tal estás?

—Pues aquí me ves, con unas ganas enormes de salir. ¿Al final nos vamos hoy?

—¿Tú qué crees? ¡Pues claro!

Pablo se levantó como un resorte para abrazar a Camilo, que parecía estar más emocionado que él.

—No me lo puedo creer, bueno, en realidad, sí que me lo creo. He soñado tanto con este momento, que me muero por vivirlo de verdad.

—Magnífico. He traído algo de ropa, un par de mudas. Escoge la que quieras, son para ti.

—¡Guau! No sé cómo voy a compensarte la ayuda. Ya sé lo que estás pensando, que me deje ganar en la carrera, ¿verdad? Pues va a ser que no, por ahí no pienso pasar.

—¿En serio que aún piensas en competir? Bueno, dejemos las ilusiones para otra ocasión y vamos a tocar la realidad.

—Así me gusta.

—Prepárate con tranquilidad y desayuna. Vendré a recogerte en una hora. Voy a arreglar los documentos de tu alta médica.

Ya no había marcha atrás, era palpable y todo estaba de cara,

parecía que nada podría estropearlo.

Se vistió con un pantalón estilo bermuda de color azul oscuro. Lo combinó con una camisa de lino azul turquesa, que llevada por fuera le confería un aspecto fresco y jovial. Ataviado y plantado frente al espejo, enmudeció estupefacto ante su propia imagen. Su tez brillaba y reflejaba a un nuevo Pablo, radiante y con hambre de experiencias.

Manuela lo sorprendió cuando estaba gustándose ante el espejo; era una experta en boicotear los momentos de paz.

—Así que nos dejas. Qué poquito tiempo has estado acá, pero cuánto me alegro, mi amor.

—Sí, aquí no estoy mal, pero entenderás que uno quiera dormir en casa.

Era raro en ella, pero por primera vez desde que conocía a Pablo, se mostraba descafeinada. Solía encariñarse muy rápido y le emocionaban las despedidas.

—Manuela, me gustaría darte un abrazo, te has portado muy bien conmigo.

—¡Aaaay! Ven aquí, mi amor. No me digas esas cosas, que me pongo como un flan.

Se fundieron en un emotivo abrazo. Como bien advirtió, Manuela no podía evitar el llorar y reír a la vez. No había quien le quitara esa sonrisa perenne tan característica.

—Por curiosidad —retomó Pablo—, disculpa mi valentía, pero, ¿tienes pareja?

—Tú sí que eres un gallego bravo. No, mi amor, no hay ningún mulatito que duerma con este cuerpecito.

—Mi indiscreción viene porque tengo un buen amigo, además es español y está soltero. Tengo la impresión, bueno, más bien la certeza de que haríais buenas migas. Por eso te preguntaba.

—Solo pongo una condición, mi amor. Tiene que gustarle mucho bailar, y cuando digo mucho, es mucho. Una vez estuve casada, de eso hace años, pero él no pudo seguirme el ritmo. Ya me entiendes.

—Ha sido un placer conocerte, de corazón.

—Cuando veas a tu amigo marchoso, háblale de mí, mi amor. Según mueva la cintura, ya te diré yo si es mi tipo o no.

Camilo se presentó en el dormitorio a la vez que Manuela se marchaba.

—Ya estoy preparado —dijo Pablo.

—Creo que te falta un detalle. Estoy seguro de que con esto en la muñeca estarás impecable.

Lo que Camilo le enseñó a Pablo fue el reloj que le habían confiscado el día de la detención y al que tanto cariño tenía, ese que llevaba una inscripción de Mami López en el reverso. Pablo acercó

la mano y la cerró contra la palma abierta del abogado, clavándole la mirada, emocionado.

—Lo había dado por perdido, es muy especial para mí. ¿Sabes lo que pone detrás?: «Si lo puedes soñar, lo puedes conseguir». Eso es lo que creo que hemos hecho, ¿cierto? Soñar con una realidad como ésta; poder regresar al mundo donde todos deberíamos estar en armonía y ser libres. Ambos lo soñamos y al fin lo hemos conseguido.

El ascensor permanecía ocupado por el gran número de personas de urgencias. Los minutos de espera se hacían eternos para Pablo. Una vez ante la puerta principal del edificio, esa que lo separaba de la libertad, los ojos se le humedecieron y apuró sus últimos pasos en cautiverio, ralentizándolos de manera inconsciente. A medida que se acercaba y observaba a la gente al otro lado, una ráfaga de recuerdos con una enorme carga emocional desfiló por las cicatrices de su memoria. Al fin cruzó el umbral de la libertad, como si un valiente alpinista coronara un ocho mil.

Descansó el peso sobre las muletas, deleitándose al sentir el aire acariciarle el rostro. El sol majestuoso brillaba ante él y lo enfocaba, brindándole una ovación por su lucha, por superar tantos obstáculos; era un superviviente de unos energúmenos que, tratando de llenar su codicia personal, fueron capaces de tergiversar deliberadamente los hechos y sumirlo en una lenta agonía. Esa luz que ahora se abría ante él le daba la bienvenida a una nueva oportunidad de vivir y de sentir como nunca antes lo había hecho. El pánico que lo había atenazado quedó en el olvido, al fin había conseguido mitigar su desencanto y había llegado el momento de celebrarlo.

—¡Enhorabuena, Pablo! Ahora sí, bienvenido al mundo libre —anunció el abogado.

Pablo lo miró, emocionado, pero no quería convertir su salida del hospital en una escena dramática y decidió sonreír.

—Espérame aquí, voy a por el auto —dijo Camilo.

Apoyado en una repisa, Pablo aguardaba con la caja de pertenencias a sus pies, dejándose seducir por los ruidos que percibía. El aislamiento había potenciado su sentido del oído y era capaz de escuchar sonidos que antes habrían pasado desapercibidos. Se recreó con el inconfundible susurro del viento, las pisadas de los viandantes y algunos sonidos ignorados como un subir y bajar de persiana, el pasar la página de un periódico o el rugir del motor del señor Ponce, quien apareció ante sus pies montado en un antiguo pero coqueto Ford Zodiac de color azul marino.

—¿Te gusta mi carro, Pablo?

—Si te soy sincero, no termino de acostumbrarme a ver este tipo

de coches. Me llamó mucho la atención el parque de vehículos de Cuba, es como si hubiera un *rally* de coches de época, pero veinticuatro horas al día.

—Sí, es cierto. Nada que ver con España. Hoy en día pueden adquirirse carros modernos en la isla, pero son carísimos —explicó—. Ve subiendo. ¿Te ayudo?

Camilo echó una mano a Pablo y guardó sus cosas en el maletero. El interior del vehículo estaba reformado.

—Camilo, tú dirás a dónde vamos.

—¿A dónde quieres ir?

—Sabes que quiero acabar pronto lo que vine a hacer aquí, visitar a Alejandrina en Nuevitas.

—Hasta allí hay un largo recorrido, unos seiscientos kilómetros, y habrá que coger fuerzas. Si te parece bien, voy a llevarte a almorzar a un lugar especial, tenemos que celebrar este día, ¿verdad? Está de camino a Nuevitas —propuso el abogado—. A ver si tenemos suerte con la carretera; la verdad es que el huracán ha hecho un destrozo importante.

—Me parece una idea genial —aceptó—. Veo que cuidas mucho tu coche. Supongo que lo has restaurado e intuyo que en más de una o dos ocasiones.

—No vas mal encaminado. Este Ford es de 1958. No sé si te gustan los autos, pero a mí me apasionan. Tiene una caja Toyota automática, diferencial moderno con Pinsa, las llantas y los cintillos niquelados, también lleva aire acondicionado y ventanillas a motor. Hace unas semanas le cambié las gomas.

—¿Qué gomas?

—Los neumáticos.

—Ah, sí, perdón, ando un poco espeso.

—¿Cómo le decís en tu país?

—Ruedas.

—Lo compré hace diez años y siempre ando retocando pequeños detalles. Recorro muchos kilómetros y me gusta andar seguro. Si te fijas bien, comprobarás que el timón es artesanal. Lo esculpieron a mano con madera de roble lacada y barnizada, tiene un tacto inigualable, toca, toca.

—Es gracioso escucharte; los barcos tienen timón y los coches, volante, al menos eso me enseñaron a mí. Aunque a esto de la variedad de dialectos tengo también mucho que decir, porque en la misma España hay diferencia de vocabulario según en qué zonas. Yo tuve que reciclar mi forma de hablar cuando me fui a vivir a Madrid.

Camilo era un hombre de mundo y no cesaba de enumerar curiosidades de los lugares que lindaban con la autopista nacional

por la que transitaban. La primera parada fue Santa Clara. Después de unas tres horas de carretera, el mediodía los cogió encima y era hora de dar trabajo a sus vacíos estómagos y, de paso, aprovechar para llenar el depósito del Ford, que precisaba una urgente recarga. Tomaron la desviación en la autopista y cruzaron la ciudad hasta llegar a un restaurante llamado Don Quijote. Antes de entrar, Camilo se desvió hacia la parte trasera del coche.

—Tengo un regalo para ti.

Del fondo del maletero extrajo una bolsa. Tras mirar lo que había en el interior, Pablo se emocionó.

—¡Mi vieja mochila! Todavía sigue viva, es increíble.

Al abrir la cremallera encontró su billetera y la carta de Alejandrina.

—Parece que voy recuperando mis pertenencias. Gracias, Camilo. Ahora que tengo mi monedero, veo que podré cumplir una de mis ilusiones, invitarte a comer, así que vamos para dentro.

Una silueta de bronce de Don Quijote de la Mancha montado en su caballo abanderaba el restaurante del mismo nombre. Al cruzar la valla perimetral y tras una terraza, se levantaba el edificio de fachada verde y una inscripción que decía: «Venid a mí todos los de estómago cansado y yo os lo restauraré (Boulanger)». En su interior, unas vitrinas repletas de apetecibles manjares animaban a servirse y probar cada uno de los platos que formaban el bufé.

—Bien, Pablo. Aquí puedes degustar una amplia variedad de comida tradicional cubana.

—Al fin comida de verdad. Tengo aborrecido el arroz y el plátano, ¿sabes?

Pablo se deleitó con los estupendos manjares que con tanto cariño cocinaban en aquel lugar. No se dejó ni uno solo por probar, entre ellos los quesos y embutidos, las papas hervidas, el lomo ahumado, el cerdo asado, los tostones y varias frutas desconocidas para él. La sobremesa se alargó hasta las cuatro de la tarde. Para entonces, ambos brindaban con un cóctel caribeño llamado Hemingway, compuesto por ron, jugo de pomelo, licor marrasquino, lima y hielo picado.

—Brindo por ti, Pablo, y por tu nueva vida. Tengo que confesarte una cosa: me sorprende lo entero que se te ve después de todo lo que has soportado.

—Y yo brindo por la vida y por personas como tú, que se dedican en cuerpo y alma a ayudar a sus semejantes, aunque eso le ocasione problemas.

—Salud.

—Salud, Camilo.

—Muchacho, siento decirte que con este trago me planto, aún

quedan otros trescientos kilómetros y, si bebo más, iremos haciendo eses.

—Tú siempre tan responsable. No quería decirte nada, pero entre el vino de la comida y este combinado, te veo doble y… empiezas a gustarme.

Ambos bromeaban en un ambiente festivo y distendido. Al salir observaron la enorme jaula que centraba la atención de todos los comensales. Contaba con una docena de preciosos loros, unos grises, otros amarillos y solo uno de color blanco que no cesaba de repetir «hola, amigo».

A pesar del agotamiento que Pablo llevaba encima, se mantenía despierto y con la cabeza ladeada, mirando a través de la ventanilla. Observaba el horizonte, las montañas, los caminos y jugaba con las formas de las nubes. La calzada disponía de tres carriles en cada sentido, había muy poco tráfico y a menudo tenían que esquivar restos de maleza y basura causados por el huracán. Pablo continuaba absorto, pero de repente algo le vino a la memoria.

—Camilo, tengo que preguntarte algo. He visto que en mi mochila está la carta que Alejandrina le escribió a mi mujer. Estoy seguro de que la has leído. Por otro lado, durante mi estancia en la prisión, me regalaron una postal de Playa Santa Lucía y supongo que fue idea de la mismísima Alejandrina. Mi pregunta es si has hablado con ella.

—Sí, lo hice. Necesitábamos corroborar la razón por la que viniste a Cuba y la visité en persona.

—Muy bien. Ahora, me surge una duda. ¿Ella sabe de la existencia de la carta?

—Sí, le dijimos que tu mujer había fallecido y que viniste a Cuba para contarle algo en persona.

—Entonces, ¿leyó la carta?

Camilo tardó en responder. Giró la mirada hacia Pablo quien, pese a no ser supersticioso y por primera vez, tenía los dedos cruzados.

—¿Piensas que iba a boicotear tu sorpresa? ¿Me crees capaz de hacerlo? Eso es algo que solo tú tienes el derecho de revelar.

Pablo suspiró aliviado, pero un nuevo pensamiento volvió a inquietarlo.

—Qué bien. Aunque estoy pensando que antes que tú, tal vez la visitara algún policía.

—Así es. Cuando hablé con ella averigüé si conocía el contenido de la carta y, créeme, lo ignora por completo.

—Ahora sí que estoy tranquilo, ya me entiendes.

—Mañana sábado visitaremos a Alejandrina. Esta noche

dormiremos cerca de allí. ¿Qué te parece?

—Lo que tú mandes. Juegas en casa. Yo solo me dedico a estar en tus manos, como en las últimas semanas.

La jornada en la que Pablo salía en libertad finalizó en la ciudad de Camagüey, con un paseo liviano entre sus peculiares fachadas pintadas en tonos pastel y el bullicio de las calles peatonales cubiertas por telarañas de cables de tendido eléctrico y telefónico. Aquella noche se hospedaron en una vivienda colonial propiedad de los Rivera, amigos íntimos de Camilo. Era un matrimonio educado y acogedor que disfrutaba de su retiro laboral compartiendo su tiempo con otros vecinos y llevando un ritmo de vida austero. Camilo tuvo el detalle de obsequiar a sus anfitriones con unos licores de una pequeña bodega de La Habana, los favoritos del señor Rivera. Tras tomar unas pastas caseras y varios tragos, acabaron la velada jugando al nueve doble, una variante del dominó español, con cincuenta y cinco fichas en lugar de veintiocho. Pablo disfrutaba de la buena compañía, esperando con ganas el siguiente amanecer, donde, si no había ningún contratiempo, esperaba dar por concluida su misión.

45

La ventana del dormitorio donde Pablo había dormido daba al sur. A través de ella se podía atisbar una panorámica fantástica de gran parte de Camagüey. En el centro de la ciudad sobresalía el campanario de la basílica y predominaba el color rojo de los tejados. Pablo se había cambiado de muda, vestía una camisa de un tono rosa chicle y aguardaba sentado a que el señor Ponce pasara a buscarlo. Se distraía cotilleando la pequeña biblioteca del dormitorio perteneciente al hijo de los Rivera, Raúl. Según habían comentado la noche anterior, era un respetado cirujano que trabajaba en el norte de Europa.

Su reloj marcaba las ocho y media, lo había mirado tres veces en los últimos diez minutos. Supuso que tal vez se había acicalado con premura y los habitantes de la casa no tuvieran tanta prisa como él. Tenía puestas muchas expectativas en aquel día, en el que al fin lograría materializar su promesa visitando a Alejandrina y desvelándole algo que, con total premonición, la sorprendería en gran medida. Pablo la conocía de oídas, apenas había coincidido con ella una vez, en una visita a Asturias.

Entretenido con el vaivén juguetón de un balancín, enfocó su atención en la mochila que descansaba a los pies de la cama. No sin cierta dificultad, se incorporó para aproximarse a la mochila. Rebuscó en el interior hasta coger el sobre que albergaba la carta, lo abrió y, encarado a la estática Violeta, que descansaba junto a la ventana, decidió leerle la carta que Alejandrina le envió a Ruth hacía ya bastante tiempo.

Oviedo, 14 de diciembre de 2005

Querida e inseparable amiga Ruth,

Supongo que estarás dolida conmigo y lo entiendo. El pasado 19 de septiembre te casaste y prometí que allí estaría. Sabes cuánto te extraño desde que te marchaste a Madrid, pero no imaginas lo duro que ha sido para mí este último año. Ojalá pudiera borrarlo de mi memoria.

Nos criamos juntas, pero desde que tu padre faltó y tuvimos que mudarnos, todo fue muy complicado para nosotros. Ya sabes que mi papá se marchó de casa sin motivo aparente. A día de hoy, sigo sin saber su paradero. El día de tu boda me encontraba en el hospital asistiendo a mi madre, le dio un derrame cerebral, pero no quise decirte nada porque sé que le tenías mucho cariño y podría enturbiar el día más feliz de tu vida. Hace solo tres semanas que falleció.

Siento que existe una barrera que me impide telefonearte y contarte todo esto en directo, cada día me culpo por ello. Ahora te escribo para decirte que mañana partiré a Cuba, donde se encuentran las raíces de mi familia. Siento que Asturias no es mi sitio y a mi alrededor todo son recuerdos. No me queda nadie. También me duele marcharme sin despedirme de ti. Tal vez no vuelva a verte nunca más, pero quiero que tengas claro que te quiero mucho y te deseo todo lo mejor.

No tengo tu nueva dirección, por eso voy a dejar este escrito en casa de Angelita, tu tía. Estoy segura de que en una de tus visitas pasarás por allí. También sé que estuviste aquí en varias ocasiones y no me avisaste. Debes de estar muy enfadada y decepcionada, pero no pude hacerlo mejor, lo siento.

A partir de ahora, viviré en Nuevitas. Me gustaría invitaros a ti y a tu marido a visitarme cuando deseéis. Siempre tendréis abierta la puerta de mi casa, no lo olvides. Todavía no sé dónde viviré, pero puedes preguntar en la Escuela Primaria Aurelia Castillo, está en la calle Máximo Gómez. Allí trabaja una prima de mi madre y me prometió que podré trabajar como asistente en los complejos hoteleros de Playa Santa Lucía.

No te imaginas lo duro que es lo que estoy haciendo, pero a veces en la vida hay que tomar decisiones complejas y ser valiente para cumplirlas.

Te deseo la mayor de las felicidades.

Alejandrina Moreno Abadía

Aquella era la carta que Pablo había descubierto oculta dentro del recipiente del rincón de la cocina. Al leerla le sorprendió el grado de amistad que reflejaba el escrito o, al menos, los sentimientos que se profesaban. Ruth le contó en una ocasión que los abuelos de Alejandrina habían emigrado a España y habían servido como caseros en diferentes fincas. El padre de ella, Alfredo, trabajó desde bien joven en la casa de los padres de Ruth, ocupándose del mantenimiento, la limpieza, comida y todas las gestiones relacionadas con el hogar. La familia de Ruth y la de Alejandrina

convivieron juntas durante muchos años. Ellas apenas se llevaban un año de diferencia y compartieron la infancia hasta que Ruth, ya siendo adolescente, se marchó a estudiar a Madrid. No quiso desvelar nada más a Pablo, parecía incómoda hablando sobre el tema y él tampoco quiso indagar, pero sí sabía que Ruth se había molestado cuando Alejandrina no asistió a la boda y también que en varias visitas a Asturias estuvo evitando el reencuentro con ella.

—Buenos días, ¿estás listo? —Camilo apareció con el semblante risueño, emanando una actitud positiva y contagiosa.

—Aquí estoy, dispuesto a todo.

—Creo que te sienta bien la libertad. Sígueme, vamos a desayunar y después partiremos.

Algo corría por las entrañas de Pablo, algo que lograba removerle el estómago igual que cuando era joven y tenía que afrontar un examen. Se trataba de nervios que desembocaban en ansiedad y retortijones. Era consciente de que el encuentro con Alejandrina sería intenso y, por otro lado, en el subconsciente le incomodaba el no saber qué haría al día siguiente y cuál sería su destino.

«Pablo, deja de fustigarte, regresa al presente, verás cómo todo va a ir bien, verás cómo Alejandrina se alegra y luego encontrarás una salida», se dijo.

Una vez recogidas sus cosas, partieron hacia Nuevitas. El Ford del abogado circulaba por una carretera sinuosa; se había equivocado de trayecto, pero afirmaba estar seguro de poder llegar sin problemas. Pablo se olisqueaba algo por parte del abogado, pero no desde aquel día, sino desde el primer momento en que surgió de la nada, accediendo a defenderlo. Por entonces, Pablo se preguntaba quién lo había reclamado y a qué se debía su dedicación aparentemente altruista. Camilo era astuto y se había caracterizado por reservarse cierta información que no le interesaba revelar. Contrarrestaba esa falta de datos con pequeñas dosis de esperanza. Su aparición había sido un bálsamo de moral importante para el entonces preso. A día de hoy, actuaba como el asistente particular de Pablo que, carente de dinero, se dejaba llevar bajo una postura y actitud de comodidad, aunque en el fondo le produjera un ligero malestar.

—Creo que ya estamos cerca, allí al fondo puedes ver la ciudad.

A sus pies se destapaba la urbe de Nuevitas, bañada por un mar en calma que contrastaba con los visibles estragos de la tempestad de los días previos. La carretera de entrada los condujo por una

calle en cuyos laterales lucían varios edificios multicolor de los tiempos fundacionales, de los que sobresalían predominantes columnas, todas ellas entrelazadas y adornadas por unos arcos de medio punto.

—Camilo, me parece que Cuba es como pasear por un museo al aire libre. Mira qué casas. Esas columnas emulan a los templos griegos y tienen una estructura muy señorial, pero a la vez se ve todo tan antiguo y desgastado que no imagino cómo serán por dentro.

—Pues ahora mismito visitarás el interior de una de ellas.

A trescientos metros del mar y junto a una replaceta, Camilo detuvo su Ford.

—Ya hemos llegado. Son las once en punto.

Pablo cargó con su mochila y, antes de cruzar el desgastado asfalto de la calle, esperó a que pasasen dos motocicletas, un carro del que tiraba un caballo con aspecto agotado y dos mozos en bicicleta. El lugar tenía vida, era palpable en los sonidos y olores.

—Ahí es. —El abogado señaló hacia una fachada cuyas columnas de color amarillo caqui contrastaban con el rosa cuarzo de la fachada.

Pablo sintió alivio al ver que al fin estaba conquistando su propósito, llegar a casa de Alejandrina. Un cosquilleo de incertidumbre circulaba por su interior.

Nada más golpear el puño contra la puerta, se escucharon unos ladridos desde el interior, pero se fueron alejando, como si alguien trasladara a aquellos perros a un lugar más resguardado. A los pocos segundos, la puerta se abrió y apareció Alejandrina.

—Pero bueno, qué alegría de verte, Pablo —exclamó sonriendo y abalanzándose sobre él para darle un abrazo de bienvenida.

Pablo la correspondió con dos besos mientras hacía memoria de cómo había sido la última vez que la vio; habrían pasado más de diez años y ahora estaba un tanto envejecida. Ella apenas tenía un año más que él, pero su rostro reflejaba el desgaste físico del duro trabajo que realizaba.

—Cuánto tiempo, Alejandrina.

—No te imaginas lo preocupada que me has tenido. Desde que me enteré de que estabas preso, apenas he podido pegar ojo. Pasad, por favor, no os quedéis ahí fuera.

—Perdonadme —interrumpió Camilo—, pero tengo que dejaros solos. El celular no para de sonar y voy a ir a dar un paseo.

—Tú siempre tan ocupado, abogado. Recuerda que soy la anfitriona y te espero a la hora del almuerzo.

—Aquí estaré, puntual.

El interior de la vivienda se hallaba rodeado de abundante

colorido. El recibidor estaba colapsado por un verde clorofila y, clavados sobre sus paredes, destacaban en blanco y negro los rostros fotografiados de los antepasados familiares. Tal como si fueran una pieza de ajedrez, caminaban sobre un suelo de baldosas blancas y negras. Una vez en el salón, tomaron asiento sobre unos sofás de estilo clásico, tapizados con un estampado crema donde predominaban multitud de flores dibujadas. Ambos se miraron, frente a frente.

—Bueno, Pablo. Tienes buen aspecto después de todo lo que has tenido que soportar.

—Gracias. He tenido suerte con el doctor, me ha salvado la vida. Veo que has acabado cogiendo el acento cubano —opinó Pablo, buscando romper el hielo.

—Sí. —Sonrió—. Es fácil. Estoy segura que si te quedas por acá unos meses más, acabarás aprendiendo la jerga cubana.

—Creo que voy a darte la razón. A veces me sorprendo usando vocablos latinos —dijo—. Pues, después de todo, ahora estoy muy bien. Como supongo que sabrás, he pasado un mes y medio durísimo. Por cierto, y perdona que sea tan directo, te aseguro que no es natural en mí, pero la prisión me ha hecho dejar de ser tan vergonzoso, ¿qué es lo que te han contado de mí?

—Te entiendo perfectamente. Es una situación un tanto embarazosa, ¿verdad? Me sorprendió mucho que vinieras hasta Cuba a buscarme. A finales de julio se presentó acá la policía y no entendí nada. A día de hoy hay algo inquietante en todo este asunto —explicó Alejandrina—. Me preguntaron si conocía a un tal Fabio y después si era amiga de un español llamado Pablo. Negué ambas cosas hasta que me dijeron que mi nombre aparecía en una carta que le escribí a Ruth. Ahí fue cuando até cabos y deduje que tú serías el Pablo al que se referían. Les conté todo lo que sabía y también que hacía ocho años que no te veía. Más tarde apareció el abogado Camilo y me explicó que viniste hasta acá para comunicarme que Ruth había fallecido y que, en ese intento, te habían confundido con un terrorista y estabas encarcelado. No sé, todo fue muy extraño, ¿verdad?

Pablo escuchaba con atención; era evidente que Alejandrina no había tenido acceso a la carta y se alegraba de ello. Al fin iba a poder culminar la misión.

—Sí, es todo bastante misterioso, ¿no? Pensarás que soy un tarado. —Ella no lo desmintió—. Antes de nada, quería comunicarte en persona que Ruth falleció este año. Íbamos a tener un bebé, en concreto una niña, pero un aborto repentino y una serie de complicaciones de salud la fueron apagando hasta que el once de febrero se marchó. Disculpa por no haberte informado antes,

desconocía tu paradero. A menudo ella te recordaba y solía contar anécdotas; según creo, estuvisteis muy unidas.

Alejandrina extrajo un pañuelo del bolsillo para secar las primeras lágrimas de emoción.

—Como entenderás, me quedé solo y fui entrando en un túnel hasta llegar al límite de intentar quitarme la vida. Pero descubrí un bote en el que Ruth guardaba esta carta que tú le escribiste hace mucho tiempo. —Extrajo el sobre de la mochila—. ¿Te suena?

Ella se mostraba expectante y afirmó con la cabeza.

—En cuanto la leí, comprendí el alcance de vuestra amistad y lo que significó para ambas —continuó Pablo—. Aunque mi mayor sorpresa fue cuando, al dar la vuelta a la hoja, vi lo que Ruth había escrito en ella. Al encontrar dinero junto a la carta, entendí que había estado ahorrando para poder venir y contártelo en persona. Yo no sabía nada de esto, estábamos pasando por problemas económicos por asuntos de mi hermana y no teníamos dinero para poder realizar un viaje de estas características. Al ver el mensaje de Ruth, saqué mis últimas fuerzas y me lancé a venir hasta aquí para entregártelo en persona.

Alejandrina tomó aire, comenzó a mostrarse inquieta y, resoplando, se acomodó para escuchar el mensaje de su amiga. Pablo le acercó el sobre, quería que ella misma lo leyera.

—Qué lindo es todo lo que has dicho, me has demostrado la lealtad que tienes hacia tu esposa e intuyo que el mensaje tiene que ser importante para haber realizado todo este esfuerzo.

Su voz estaba quebrada, le temblaban las manos y era incapaz de extraer la hoja del sobre.

—Por favor, Pablo, léela tú en voz alta, es que me estoy poniendo muy nerviosa.

Se levantó, fue hacia una cómoda para coger un abanico y se santiguó ante una imagen de la Virgen de la Caridad. Retornó al sofá y comenzó a agitar el abanico para camuflar sus temblores.

—Cuando tú me digas, Alejandrina.

—Sí, tranquilo, adelante.

—Muy bien. Allá vamos.

Querida amiga mía, si estás leyendo esto es porque ya no estoy aquí con vosotros y también porque Pablo se habrá encargado de hacértelo llegar. Pablo, cariño, sé que no sabes nada de esto y perdona por no habértelo contado. El dinero que ves era para viajar a ver a Alejandrina; lo he ido ahorrando muy poco a poco, era una sorpresa para ambos. Me gustaría que lo emplearas en realizar ese viaje que tanto he soñado, pero que a estas alturas veo imposible de cumplir. Sé que los médicos te han dicho que me estoy apagando,

aunque no te has atrevido a decírmelo. No pasa nada, yo misma lo veo y lo siento. Ayer vi un destello que me llamaba. Se está acercando mi hora y, aparte de no cumplir mi sueño de ser madre, me voy a marchar de este mundo sin visitar a mi mejor amiga y contarle algo que tendría que haberle dicho hace mucho tiempo.

Alejandrina estaba acurrucada, con los codos apoyados en las piernas y las manos aguantando el peso de su cabeza cabizbaja; lloraba sin compasión, a llanto vivo. Imaginaba a su amiga en esos momentos tan duros y tristes, y con el valor suficiente para dedicarle sus últimas palabras.

Pablo había detenido la lectura y cerró los párpados con fuerza, sosteniendo como una presa de agua el cargamento de lágrimas que deseaban salir desbocadas por sus ojos. Se levantó y se acercó a una mesa esquinera donde un paquete de pañuelos descansaba sobre un televisor de los años cincuenta.

Como si de un velatorio se tratara, había tristeza en el ambiente y ni los eventuales ladridos que provenían del fondo los alejaban del duelo. Ambos imaginaban a Ruth tal como era, sonriente, chistosa, generosa y muy guapa. No decían nada, eran incapaces de exteriorizar los sentimientos; solo podían desahogar por sus ojos la pena que los invadía. Unos minutos después, tras reponerse del primer párrafo, Pablo observó a Alejandrina y ella, esquivando su mirada y entre dientes, lo animó a continuar.

—Vamos a seguir leyendo.

Como bien sabes, mi padre falleció al poco de venirme a vivir a Madrid. Lo que no sabes es que hace cuatro años mi madre fue sorprendida por un cáncer de colon y, lamentablemente, también murió. Por aquel entonces, yo estaba muy enfadada contigo porque te habías despegado de mí y me pareció muy feo que no vinieras a la boda. Leer tu carta cinco meses después no me sirvió de alivio, porque no te habría costado nada telefonearme. El caso es que algo cambió en mí cuando pude ver a mi madre minutos antes de sedarla y desconectarla para siempre. Supongo que estarás sentada, si no, hazlo. Bien sabes que tus padres trabajaron de caseros en nuestra casa y parece ser que mi padre sentía atracción por tu madre. Durante la cuarentena de mi nacimiento, ellos se estuvieron viendo y de ahí te engendraron a ti. Lo que te estoy contando es cierto. Mi madre me afirmó que mi padre se lo contó antes de morir y ella encargó unos análisis genéticos, robándoos a escondidas muestras de adn.

—¡Por Dios!, ¡Virgencita mía, me va a dar algo!

La pobre cubana se sentía confusa, consternada, e imaginaba cómo se había podido mantener oculta esa historia durante tanto tiempo. Realizó un esfuerzo por intentar poner un poco de cordura dentro de tanta controversia. Lo que acababa de escuchar no era suficiente, quería saberlo todo.

—Por favor, sigue.

—Muy bien.

Una vez comprobado que era cierto, ella se reunió con tus padres y les contó todo. Tu madre lo reconoció ante ellos y el pobre de tu padre se puso como una fiera. Mi madre los despidió del trabajo y tuvisteis que marcharos; ahí fue cuando tu padre acabó desapareciendo, por eso no sabes nada de él. Sé que todo esto es muy fuerte y entenderás que no podía decírtelo por carta o teléfono. Te va a ser muy difícil de digerir. Yo lo tengo asimilado desde hace varios años. Estos datos que te estoy desvelando nos convierte en hermanas. Siempre vivimos como tal y, al final, el tiempo nos ha dado la razón. Perdóname por no habértelo contado antes, espero que lo entiendas. A ti, Pablo, cariño mío, te doy las gracias por haber llevado el mensaje. Como ves, aún te queda familia, aunque sea una cuñada al otro lado del mundo, quien espero que te acepte como tal.

Alejandrina se levantó y caminó hacia Pablo, que fue a su encuentro. Se fundieron en un abrazo bañado en lágrimas de pena y cariño.

—Ahora entiendo por qué te tomaste tantas molestias, cuñado —dijo Alejandrina con la voz quebrada.

La actitud de la cubana denotaba su ilusión por tomar a ese hombre como miembro de la familia, a la vez que Pablo, tras escuchar la palabra cuñado, le invadió un subidón de adrenalina imparable.

—¿Aún queda más?

—Sí, un poquito.

Ya de pie, terminaron de leer.

Siento estupor al imaginaros a los dos juntos leyendo esto. Lo siento tanto… Por favor, alegrad esas caras. Quisiera que me recordaseis como soy y como he sido siempre. Ahora mismo os estoy viendo desde muy lejos y sé que os llevaréis muy bien.

Os quiero,

Ruth

46

El encuentro estaba siendo más intenso de lo que Pablo había esperado. Alejandrina lo invitó a caminar hacia el fondo de la vivienda. Tras cruzar una cortina, accedieron a un patio interior con dos bancos y una mesa de piedra. En un rincón, un par de preciosos perros de la raza bichón habanero miraban con atención al extraño visitante. Una cesta con siete cachorros recién nacidos atrajo la atención de Pablo. Fue hacia ellos, intentando aparcar la tensión acumulada durante los últimos minutos.

Ambos se sentaron, no habían hablado desde que Ruth se despidió de ellos en la carta. Ahora eran dos desconocidos con un recién estrenado vínculo.

—Menudo *shock,* Pablo. Son muchas emociones, entiende que esté con la mente perdida. ¿Quieres un poco de limonada?

—Sí, por favor. Ya sé que todo es bastante inesperado y estoy seguro de que tienes que estar muy confundida.

—Estoy atando algunas cosas, sobre todo respecto a la marcha de mi papá. Esta vida nunca deja de sorprendernos. Tendré que digerir lo sucedido, es imposible echar marcha atrás en el tiempo y cambiar el pasado. Ahora me siento enajenada con mi mamá, pero a la vez le tengo tantísimo amor, que no puedo decir ni una sola cosa mala de ella. No me encaja cómo pudieron mantener todo este asunto en secreto durante… déjame calcular… al menos veinte años —comentó Alejandrina—. Ambas familias estuvieron conviviendo juntas en la misma casa. Para papá debió de ser humillante descubrir que yo no era su hija biológica. De ahí que huyera y no quisiera saber nada de mamá, pero ¿y de mí? ¿Tan irritado estaba para renegar de su hija?

»Por otra parte, la mamá de Ruth fue capaz de respetarme y evitar contarme nada de esto, porque para eso estaban mis papás. Y me pregunto, ¿por qué mi mamá no me dijo nada? Seguramente la invadiría la vergüenza y pensó que jamás me enteraría. Y la pobre Ruth, mi amiga, mi hermana de corazón y ahora de sangre, ella quiso informarme en persona. Son muchas emociones, Pablo.

Él la observaba sobrecogido, pero a la vez se sentía liberado de la presión que se había impuesto desde que dicha carta cayó en sus

manos. Tras haber cumplido su promesa, una sensación de alivio y de paz lo estremecía; además, se sentía dichoso por la reacción afectuosa de Alejandrina.

Conversaron e indagaron en la información de la carta, desgranándola y tratando de ensamblar todo lo que ahí se decía y se ocultaba. A ella le inquietaba más que nunca el paradero de su padre. En su interior vivía la creencia de que la fuga repentina de su progenitor había sido un acto irresponsable y cruel, abandonándola sin un motivo aparente. Ahora entendía que aquella huida fue por despecho tras sentirse humillado por su esposa. La vergüenza le impidió volver a mirar a su hija a la cara, pese a quererla más que a nada. Fue su forma de venganza ante esa mujer adúltera y traidora que lo engañó con el hombre que les daba trabajo. Había caído muy bajo para llegar a concebir una niña y además vivir con el tormento de no revelarlo jamás.

—Estoy pensando que tal vez mi mamá se sintiera presionada por el papá de Ruth y por eso accediera a tener dichos encuentros. Otra posibilidad es que mamá no estuviera segura de si el hijo era de él o de mi papá. Tampoco sabemos si aquello fue un desliz o si estuvieron mucho tiempo liados. Esto último casi lo descarto porque, según deduzco, la mamá de Ruth no se enteró de nada hasta que su marido se lo dijo antes de morir.

—No podemos variar el pasado. Te aconsejo que te quedes con lo positivo porque ya es tarde para cambiar las cosas, yo diría que imposible.

—No, imposible no, Pablo —debatió Alejandrina con rotundidad—. Gracias a Ruth y a ti no solo he descubierto que tuve una hermana y ahora un adorable cuñado, sino que mi papá se marchó de casa humillado y deshonrado; su orgullo debió de verse mutilado y por eso desapareció. Ahora sé que mi papá no es malo ni hizo nada de lo cual sentirse culpable, al menos conmigo. Y, sabes una cosa, voy a hacer todo lo posible por encontrarlo.

—¿En serio? Qué magnífica noticia.

—Sí, tú me has iluminado, de verdad. El tema de mi papá es algo que me acompaña cada día al despertarme, lo recuerdo con nostalgia. Es como una etapa no cerrada de mi vida y me causa remordimientos, ¿comprendes?

—Claro que te entiendo. ¿Sabes una cosa? Me acaba de venir a la mente quién podría ayudarte.

—¿Quién?

Pablo sonreía. Estar en la prisión le había proporcionado buenos amigos, pero sabía de uno capaz de mover el cielo, la tierra y hasta de viajar al otro lado del charco a por pistas.

—Si no he entendido mal, lo has invitado hoy a comer, en breve

lo tendrás aquí.

—¿Camilo Ponce?

—No te imaginas los recursos que tiene ese hombre. No puedo decirte cómo lo hace, pero se mueve como pez en el agua tocando puertas y consiguiendo datos. Si supieras todo lo que ha hecho por mí… Además…

Se escuchó el sonido de un portazo y de unos niños entrando en tromba por la casa. Gritaban «¡mamá!» y el entorno, que hasta entonces había estado tranquilo como en una iglesia, se vio invadido por la alegría de Vilma y Manuel, que aparecieron en el patio corriendo hacia Alejandrina.

—Pablo, estos son mis hijos. Vilmita y Manuel, saludad al tío Pablo. Ha venido desde España a conoceros en persona.

Pablo, que no tenía nada de niñero, se quedó perplejo. Bastaron cinco segundos para que un inaudito instinto paternal brotara en su interior. Aquellos pequeños de tres y cinco años ahora eran parte de su familia y también los primeros niños que se acercaban a él para regalarle besos y abrazos con ternura. La repentina ofrenda lo entusiasmó.

—¡Tío Pablo! —dijo Vilma, entusiasmada—. Manuel es del Real Madrid, ¿tú también?

Vilma era una niña muy extrovertida, la mayor de los hermanos, y desbordaba curiosidad.

—Claro que sí. Yo vivo cerca del campo de fútbol del Real Madrid.

—¿En serio? Sabes una cosa, papá también es del Real Madrid.

Un poco más sigiloso que sus hijos, apareció ante ellos un esbelto mulato de brazos exuberantes que contrastaban con sus finas piernas. El rostro era fresco, risueño y su cara redondita parecía un globo de cumpleaños de un negro café con leche, donde resaltaba la enorme dentadura albina y unos mofletes tan simpáticos como los de su preciosa hija.

—Hola. ¿Tenemos visita?

—Hola, mi amor, este señor es Pablo. Pablo, te presento a mi marido Manuel.

Se saludaron de forma educada.

—Bienvenido, Pablo. Tú eres español, ¿verdad?

—Sí, así es.

Pablo no tenía desarrollado el sentido de la improvisación y aquel hombre tan corpulento le imponía respeto. Aguardaba a que fuera Alejandrina la que introdujera a su marido.

—Manuel, he hablado con Pablo. Ha venido a contarme noticias sobre mi familia en España y la verdad es que me ha dejado sorprendida. Es algo que no vas a creer. Vente *padentro* y te lo

cuento.

Se marcharon del patio. Alejandrina quería explicar en privado a su marido de qué iba todo, enseñarle la carta y ofrecerle todo tipo de explicaciones. No quería que sus hijos estuviesen presentes.

Pablo jugaba con ellos; no dejaban de lanzarle preguntas curiosas y enseñarle juguetes y animales. Él bromeaba, dejándose llevar por la energía inagotable de sus recién conocidos sobrinos. Aún no concebía que esos niños fueran reales y se encontraba flotando en un sueño jamás imaginado.

—¿Sabes la canción del cangrejito?

Viendo la cara de asombro de su tío, Vilma y Manuel decidieron ayudarlo y comenzaron a cantar.

El cangrejito salió del mar
y por la playa se fue a pasear
y en la orillita él se encontró
una conchita y se enamoró.

¡Qué cangrejo tan feo y barrigón!
¡Vete, vete que me das horror!

El cangrejito no respondió
dio media vuelta y se marchó
pobre cangrejito
llevaba roto el corazón.

Pablo les seguía el juego. Encantando con su nueva faceta de tío, miraba a esos pequeños y percibía un tipo de amor inaudito hasta entonces. En tan solo unos minutos, ya se había encariñado e imitaba sus gestos al bailar la canción del cangrejito. Mientras los pequeños se agachaban de cuclillas en el suelo riéndose de Pablo, él los animaba desde su silla.

Alejandrina y Manuel regresaron al patio.

—¿Os gusta el tío Pablo?

—¡Sí! —exclamaron los niños.

—¿Hoy no tenéis hambre?

—¡Mucha!

—Pues todos a lavarse las manitas.

Los pequeños dejaron de hacer el cangrejo y salieron corriendo. Pablo se incorporó, se sacudió los pantalones y se ajustó la camisa. La pareja lo observaba sonriente, esperando a que Pablo se acicalara.

Manuel se acercó a Pablo con la intención de darle un caluroso abrazo.

—Sé bienvenido a la familia.

Sus brazos se fundieron en un gesto cariñoso que sellaba la aprobación del nuevo miembro por parte de Manuel. Pablo estaba entusiasmado, pero a la vez se sentía incómodo al tener encima unos brazos tan gruesos y venosos; no pudo evitar recordar a Dogo haciéndole daño con unos miembros similares.

—Muchas gracias, es un placer por mi parte, Manuel.

Alejandrina seguía emocionada, era temprano para asimilar todo, y regresó a sus labores rutinarias.

—Bien, Camilo estará al llegar. Iré a dar de comer a los chiquillos, están hambrientos.

—Muy bien, cariño, nos quedaremos aquí tratándonos un poco. ¿Te gusta el vino, Pablo?

—Sí, claro.

Como les sucede a muchos hombres, el hielo se rompe hablando de fútbol y, en este caso, no fue distinto. Manuel parecía estar muy vinculado a aquel deporte. Había trabajado como preparador físico en varios clubes de la región y seguía con puntualidad todo lo que acontecía en la liga española. Pablo llevaba mucho tiempo desconectado del fútbol, pero se ganó la confianza de su cuñado citando a antiguos jugadores del Real Madrid. Manuel estaba en su salsa y comenzaba a sentir aprecio por Pablo, le había caído bien.

A la segunda copa de un vino blanco de la tierra, se les sumó el abogado, que regresaba de dar un paseo por la costa. Había aprovechado para atender varias llamadas y realizar sus ejercicios de estiramiento diarios. Sufría de dolor de espalda y gracias a la gimnasia evitaba tomar medicación.

—Os veo de celebración. ¿Qué tal ha ido todo?

—Como verás, Camilo, estamos conociéndonos —informó Pablo, sonriente—. Son muy buena gente y los niños un encanto. Estoy muy feliz.

—Siéntate, Camilo. Aquí tengo una copita aguardada para ti —intervino Manuel, llenando la copa hasta colapsarla—. Brindemos.

La velada se alargó hasta las ocho de la tarde. Manuel hizo prometer en un brindis que nadie se levantaría de la mesa hasta que no quedara ni una miga. Había mucho de qué hablar. Pablo explicó cómo era su vida en Madrid y todo lo que había ocurrido en los últimos meses. Alejandrina lo puso al día de la vida en Cuba y las dedicaciones de cada miembro de la familia. Ella viajaba cada lunes hasta Playa de Santa Lucía, que estaba a unos sesenta kilómetros de la casa, y se quedaba allí hasta el jueves por la noche, cuando regresaba tras trabajar cuatro días intensivos en la gerencia de dos restaurantes de un prestigioso hotel turístico. Desde que sus hijos nacieron, Manuel era profesor de educación física en el instituto de

Nuevitas y, de esa forma, podía atender a sus hijos compatibilizando sus horarios. No les iba mal, contaban con el apoyo de la familia de Manuel, que era numerosa y estaba bastante unida.

—Ha sido un placer conocer a tu familia, Alejandrina. A partir de ahora quisiera mantener el contacto con vosotros.

Todos salieron a despedirlos hasta el Ford de Camilo; los niños abrazaban a Pablo por las piernas, no querían que se marchara. A él también le daba pena, habían hecho buenas migas.

—Tengo un regalo para vosotros dos, pero tenéis que prometerme que lo vais a cuidar mucho. Para mí es una cosita muy especial que me ha acompañado durante un tiempo y le tengo mucho cariño. A ver si os gusta.

El abogado abrió el maletero para que Pablo extrajera su querida maceta, que, pese a haber pasado el día entero sin luz, se mantenía preciosa.

—Aquí tenéis a mi amiga, se llama Violeta. ¿Os gusta?

Los pequeños se quedaron extrañados, porque hasta entonces nadie les había obsequiado con una maceta.

—La verdad es que es muy bonita —opinó Vilma, acariciando una de sus flores.

—Ya sabéis, chicos, hay que cuidar mucho la plantita del tío Pablo —reafirmó Alejandrina, tomando en sus manos el regalo, y le guiñó el ojo a Pablo—. ¿Nos veremos pronto?

—Eso espero. No sé qué haré en los próximos días. Aún estoy a expensas de que Camilo me dé el alta definitiva, o sea, que me deje libre —bromeó Pablo.

—No tardaré mucho en dejarlo libre, lo veo muy suelto.

Alejandrina tomó de nuevo la palabra.

—¿Ya has visitado a la señora?

Pablo dejó de sonreír, la inesperada pregunta lo confundió.

—¿Qué señora? No sé de qué me hablas.

Alejandrina miró a Camilo, quien enmudeció. El brusco cambio de semblante delataba que no esperaba oír esa incómoda pregunta. Hasta entonces había estado evitando informar a Pablo de que tendrían que hacer una parada obligada en un lugar. Era una sorpresa, pero Alejandrina se había anticipado.

—Mañana, Alejandrina, mañana iremos —aclaró Camilo con unos reflejos que acreditaban su nivel profesional y un tono de voz que buscaba quitar hierro a la inesperada pregunta.

Pablo deseaba averiguar qué estaba sucediendo, pero lo dejó para más tarde.

—Por cierto, dadle saludos de mi parte —se despidió Alejandrina.

Una vez montados en el coche, les dijeron adiós con las manos. Pablo estaba feliz por cómo había transcurrido el día y lo maravillosa que era su nueva familia, pero en la misma despedida algo le había trastornado la celebración; ¿quién sería esa señora?

47

—Tenemos que darnos prisa o perderemos el tren.

Aquellas fueron las primeras palabras de Camilo una vez dejaron atrás la ciudad de Nuevitas.

—¿Un tren? ¿A dónde vamos?

—A La Habana.

—Y tu auto, ¿piensas dejarlo aquí?

—Sí, así es.

Las escuetas respuestas del abogado evidenciaban su deseo de no desvelar más pistas. Aquella actitud molestó a Pablo, ignorante de la causa por la que Camilo se comportaba de una forma tan distante. Optó por no pensar en ello, olvidarlo y centrarse en disfrutar del refrescante aire que entraba por la ventanilla agitándole el pelo y propiciándole una placentera sensación de libertad.

El motor del Ford dejó de vibrar y el freno de mano constató que habían llegado a la estación de ferrocarril de Camagüey.

—Pablo, date prisa.

Camilo le acercó las muletas y señaló hacia dónde ir; él caminaría delante a sacar los billetes. Desapareció acelerado, estaba nervioso y preocupado. El joven español caminaba todo lo rápido que podía. Se sorprendió al comprobar el buen ritmo que estaba alcanzando; apenas ejercía fuerza con las muletas y solo se servía de ellas para guardar el equilibrio.

Siguió las instrucciones de su acompañante y lo esperó en la esquina de la estación. El interior del edificio era un caos; no funcionaban los teléfonos y nadie sabía si el tren aparecería o no. Con la ventanilla de sacar los billetes colapsada, reinaba la incertidumbre. El abogado tardaba demasiado en aparecer.

Al margen de lo que ocurría en el *hall* de la estación, Pablo observaba atónito el siniestro decorado. Acostumbrado a la modernidad y el orden de las estaciones europeas, aquel lugar lo transportó a los vídeos antiguos de finales de la Guerra Civil española, donde se proyectaban edificios quebrados y con las paredes descorchadas. Como si no fuera con él la cosa, se asombraba de la aglomeración de gente azotada, sin saber bien a

dónde dirigirse. A su lado había una valla que alertaba de un posible peligro si se circulaba más allá, en el centro de la misma y escrito a mano podía leerse: «No pase, derrumbe». Apoyado sobre ella como si fuera su guardián, había un señor septuagenario de complexión delgada, con la cabellera despoblada y una barba canosa que apenas lograba disimular su longeva cara chupada. Como buen cubano, saboreaba un habano entre los dientes. El anciano observaba a Pablo sin discreción alguna y él le devolvió la mirada, jugando a ver cuál de los dos era más descarado.

—Me gusta tu camisa, amigo —señaló hacia la prenda rosa chicle de Pablo—. Aunque no te la cambiaría por mi traje. ¿Te gusta?

—No está mal. A mí me llama la atención tu enorme y rizada barba. Estoy seguro de que la cuidas con mimo, aunque tampoco te la cambiaría por mi joven y abundante cabellera, ¿te gusta? —contestó en tono socarrón al señor del puro, con quien abrió una curiosa y espontánea conversación.

Tras veinte minutos de soportar desorden y caos, Camilo abandonó agotado el *hall* de la estación. No cesaba de mirar hacia lo alto, rezando para que el resquebrajado techo, que en tiempos mejores había resguardado a los pasajeros de la lluvia, no se desmoronara a su paso. Se extrañó al ver a Pablo conversando con un desconocido de aspecto pintoresco. El abogado interrumpió la conversación.

—Conseguir un billete es una tarea imposible y, para colmo, nadie sabe si el maldito tren aparecerá.

—No te preocupes tanto y cálmate, yo te aseguro que hoy cogerás ese tren —puntualizó el señor mayor.

—Ah, Camilo, perdona —tomó Pablo la palabra—. Este hombre «tan joven» que tengo a mi lado se hace llamar Flaco y también viaja a La Habana.

—Encantado. ¿Cómo sabes que el tren llegará? Por allá dentro nadie sabe nada, comentan que las tormentas bloquearon las vías en varios puntos.

—Desconozco cuándo aparecerá, amigo, pero seguro que lo hace.

Aquella afirmación no convencía al licenciado, que decidió no indagar en la teoría de Flaco.

—Ahora sí, voy a contaros un secreto. En cuanto escuchéis al tren llegar, poneros aquí delante, junto a la valla, así lograréis asientos libres. No preocuparos por pagar el billete, el revisor tendrá toda la noche para encontraros.

Ambos dedujeron que el señor delgaducho y barbudo sabía de lo que hablaba. Camilo le preguntó sobre los daños causados por el

huracán en esa región. Al parecer, había destrozado muchos tejados y parte de los campos agrícolas quedaron devastados.

Llevaban más de treinta minutos de tertulia y, como bien había augurado el veterano, se escuchó una bocina a lo lejos. El aviso provocó que el apeadero de la carrilera número uno se colmara con decenas de pasajeros ansiosos por subir al tren. La pareja se encontraba al lado de Flaco que, pese a su delgadez, era un experto en sacar los codos y adueñarse de un lugar privilegiado.

Nada más frenar el tren, las puertas quedaron atestadas por el efecto embudo de los pasajeros que pretendían entrar, alguno probó incluso a hacerlo por las ventanillas. La escena era un espectáculo. Flaco y sus dos acompañantes desplazaron la valla y, con mucha picardía, accedieron a una de las primeras puertas del convoy. La pareja tuvo suerte y encontró un par de asientos libres. Mientras tanto, en el otro extremo del vagón, Flaco se acomodaba al lado de una joven veinteañera de cintura estrecha que lucía las piernas al aire y, sin tapujos, dejaba entrever su exuberante pecho.

Al cabo de quince minutos, todavía era necesaria la ayuda de varios agentes de seguridad para poner orden entre los pasajeros que no encontraron ningún asiento libre.

—Camilo, no sueles viajar mucho en tren, ¿verdad?

Pablo se animó a retomar el contacto con su abogado, quien parecía aliviado tras haber subido al tren.

—La verdad es que no, pero hoy he hecho una excepción.

—¿Te ocurre algo conmigo? Te noto un poco distante.

—Disculpa mi falta de respeto, pero hoy he estado muy estresado. Como pudiste observar, el celular no ha parado de sonar y es que debía cerrar unos detalles.

Pablo sabía que era cierto, en varias ocasiones tuvo que abandonar la sobremesa para atender llamadas y se mostró ausente, sin apenas participar en las conversaciones.

—No pasa nada, de verdad, pero siempre te has comportado de un modo más cercano y hoy me has sorprendido.

—Lo siento. No te dije nada hasta ahora, porque era una sorpresa, o más bien algo que sí o sí debía hacer contigo. Mañana tenemos una cita en la otra punta de la isla. Iremos hasta Pinar del Río. Queda a más de ochocientos kilómetros de acá y no quería trasnochar con el auto, es muy peligroso conducir tal como está la calzada. Estuve haciendo gestiones para viajar en avión, pero fue imposible. Los vuelos nacionales están bloqueados. La última alternativa era el tren —explicó Camilo—. Soy una persona que me agrada tener todo bajo control y el no saber si podríamos alcanzar este convoy me tenía en tensión. ¿Comprendes ahora por qué estaba en otro mundo?

—Pinar del Río. —Pablo hizo una pausa—. ¿Tiene algo que ver con la señora que citó Alejandrina esta tarde?

—Así es. No quise decirte nada por miedo a tu rechazo, pero conociéndote mejor, creo que debo contarte algo.

—Relájate, Camilo. Sabes que tengo plena confianza en ti. Conmigo te has portado estupendamente y entenderé todo lo que tengas que decirme. Pero te pido por Dios que no guardes más secretos, creo que mi corazón está rozando el límite.

El revisor apareció haciendo su ronda; Camilo abonó el importe de los billetes y le preguntó si servían comida en el tren. Tuvieron suerte. Había un vagón donde poder comprar algo que llevarse al estómago.

—Voy a por algo de cenar y, cuando vuelva, hablamos. Temo que, si vamos los dos, nos quiten el sitio.

Desde el asiento de Pablo se divisaba con nitidez la butaca de Flaco quien, cargado de pillería, observaba sin disimulo las bonitas piernas de su acompañante; el ser tan mayor le daba derecho a ello.

—Bien, ya estoy de regreso —dijo Camilo un rato después—. Ahí tienes, una empanadilla de carne y un bocadillo de queso.

—Hace tan solo un par de horas que terminamos de comer en casa de Alejandrina y, si no te importa, lo comeré más tarde. Muchas gracias por el ofrecimiento.

Camilo decidió guardar la comida.

—Y bien, ¿vas a contarme quién nos espera en Pinar del Río?

—La mamá de Fabio Benítez.

Pablo enmudeció y tardó en reaccionar. Le había parecido escuchar el nombre del terrorista culpable de sus desgracias. No entendía nada.

—¿Estarás de broma? Camilo, pero si ese hombre es el causante de la peor experiencia de mi vida. ¿Cómo te atreves a insinuarme que vaya a visitar a la madre de ese criminal?

Sin ser nada habitual en él, Pablo había elevado la voz. Estaba enojado y provocó que parte del pasaje lo observara. Camilo le apoyó la mano en la pierna, tratando de tranquilizarlo.

—Comprendo que reacciones de esa forma y, con total sinceridad, la esperaba. Pero, respóndeme a una pregunta. ¿De verdad crees que es correcto achacar a Fabio la culpa de tu desgracia? ¿Acaso fue él quien te implicó en todo esto? ¿Crees que te denunció? Y, por último, ¿por qué piensas que la mamá de Fabio quiere verte en persona?

No quedaba lengua en la boca de Pablo; la mordía con tanta fuerza y rabia que habría sido capaz de romper una piedra con los dientes. Su abogado le había hecho invocar el horrible sufrimiento que había padecido en la prisión y cómo su vida había estado a un

suspiro de esfumarse. Giró el rostro hacia la ventanilla y la mirada se perdió en algún punto del horizonte; Pablo sabía que analizar las cosas en caliente no iba a ayudarlo y prefirió callarse. Estaba enfadado y no concebía el visitar a un familiar del delincuente que le había complicado la vida.

La reacción de Pablo era previsible y respetable. Camilo decidió aguardar a que recobrara la calma, así que lo dejó en paz. El tren circulaba con lentitud, les esperaba toda la noche de trayecto, hasta las seis y cuarto de la mañana, la hora en que tenía prevista la llegada a La Habana.

En torno a las once de la noche, Camilo decidió tomar la cena. Pablo continuaba absorto ante el cristal de la ventana, que reflejaba todo lo que sucedía en el interior del vagón. Observó cómo su acompañante le ofrecía una empanada y se giró, acomodando la espalda contra el respaldo. Con gesto algo tenso, la aceptó.

—Entenderás por qué he reaccionado así. No tengo ganas de ver a esa persona y he estado pensando sobre lo que dijiste antes. —Por primera vez desde hacía dos horas, Pablo orientó el rostro hacia Camilo—. Corrígeme si me equivoco o digo alguna barbaridad, ese terrorista es responsable de sus actos y es cierto que lo culpo por mi desgracia, pero también tienes razón en una cosa: él no hizo nada para culparme a mí, no sé si me explico.

—Claro que te entiendo, Pablo. Si me dejas hablar, ahora que te has calmado un poquito, voy a explicarte algo que desconoces. No sé si sabrás que es palpable el parecido entre tú y Fabio. Pues hay ciertas personalidades influyentes como altos cargos, políticos, agentes policiales, en fin, personas con afán de ascenso y de notoriedad, que aprovecharon vuestro parecido. ¿Cómo? Pues realizando una conspiración para alcanzar sus ansiados objetivos, llamémosle así, ¿te parece? —explicó el abogado—. El tema es que desde un principio supieron que tú no eras el terrorista buscado pero, tras barajar todas las opciones, se decidieron por hacer creer a la sociedad que tú eras Fabio. El propio pueblo, ingenuo de él, escuchó el mensaje con los brazos abiertos. Por lo tanto, eres una cabeza de turco. ¿Sabes lo que eso significa? Esto nos lleva a que tu detención, encarcelamiento y trato deleznable fue una auténtica injusticia, ¿me estás siguiendo?

—Sí, te sigo. Imaginé algo parecido, pero viéndolo desde el punto de vista que me has explicado, creo que cada vez Fabio tiene menos culpa. Sigue, por favor.

—De acuerdo. Lo importante y a donde quiero ahora llegar es que tú estabas destinado a pudrirte en la cárcel y más bien pronto que tarde tratarían de quitarte de en medio como así sucedió. ¿Recuerdas cuando te abandonaron en el patio para que otros

presos rivales de Fabio te borraran del mapa? Hasta aquí lo tienes todo claro, ¿verdad?

—Sí, sucedió tal cual lo cuentas y así lo viví.

—Haz memoria. Hasta entonces te defendía un abogado de oficio, alguien cercano al Gobierno a quien asignaron para conducir tu defensa.

—Sí, se llamaba Gerónimo Mendoza.

—El mismo. Es un buen profesional, pero no es independiente. Es muy complejo ser independiente en este país, ¿comprendes?

—¿Y ahora viene cuando vas a contarme cómo apareciste en mi vida?

—Cierto. Ahora vamos a olvidarnos del tema por un segundo. Tengo que hablarte de Fabio y de su familia para que entiendas qué relación existe en todo esto. La mamá de Fabio, viuda y con un solo hijo, es una señora bien situada gracias a unos negocios que vienen de familia, digamos que tiene músculo financiero. Hacía años que no tenía contacto con Fabio. Cuando a su hijo se le fue de las manos el tema de delinquir, ella decidió no volver a saber nada de él. Estaba avergonzada de su propio hijo —le explicó—. Esto es algo que tendría que contarte ella, pero voy a darte un pequeño adelanto, porque imagino que te estoy haciendo un lío.

—Vas bien, te estoy siguiendo.

—Ella supo desde el primer día que tú, el detenido, no eras su hijo Fabio. Cuando la conozcas, te darás cuenta de que no puede soportar las injusticias, las detesta. En un principio no quiso saber nada del caso ni tampoco inmiscuirse en temas que acaecieran con Fabio. Ten en cuenta que llevaban sin hablarse varios años. El día que llegó a sus oídos que tú, el falso Fabio, el joven indefenso que no tenía culpa de nada, había sufrido una paliza y estaba en aquella prisión luchando entre la vida y la muerte, decidió moverse. Fue cuando se aventuró a contratarme.

—Espera, espera, espera. A ver, creo que he escuchado mal: ¿has dicho que la madre de Fabio te contrató a ti para defenderme? Esto sí que es muy fuerte, en serio. Ahora entiendo por qué siempre esquivaste darme esta respuesta.

—Y era lógico que no la supieras. ¿Cómo crees que habrías reaccionado?

—Me va a sentar mal esta empanadilla, por Dios. Veo que entre todos los cubanos os habéis propuesto matarme de un infarto. Disculpa.

Pablo necesitaba salir de ahí y estar solo. Se levantó para abandonar el vagón y buscó un lugar donde tomar el aire. Alguien lo seguía de cerca, él lo percibía, pero no miró hacia atrás. Un par de vagones después, se vio obligado a frenar ante una señora que

entorpecía el pasillo buscando algo en el interior de su maleta. Alguien le tiró de la camisa por la espalda, haciendo que se sintiera incómodo y se girase. Pablo se topó con la barba de Flaco, quien sonreía con la boca abierta, dejando a la vista su horrenda dentadura consumida por el paso de los años.

—Ven conmigo, sígueme, amigo.

El anciano esperó paciente a que la señora se apartara y les hiciera un hueco. Flaco caminaba de una forma extraña, como simulando tener cojera. Pablo lo seguía muy de cerca. Se detuvieron ante la puerta de un aseo de dimensiones especiales. Flaco se frenó y esperó a que Pablo abriera. Tras darse por aludido, comprendió las intenciones del ávido anciano: al encerrarse en el baño, daban a entender al resto de ocupantes que el nieto acompañaba al abuelo para asistirlo.

Una vez dentro, Flaco extrajo un estuche y, al abrirlo, asomó un habano al que no dudó en prenderle mecha. Pablo tomó asiento sobre la tapa del váter, observando boquiabierto cómo aquel granuja de setenta y tantos años se las había ingeniado para acabar fumando a escondidas. Una escueta ventanilla hacía las veces de chimenea.

—Veo que, pese a tu edad, conservas la agilidad. No me refiero a la física, sino a la mental. Acabas de darme una lección de astucia.

Flaco absorbía y absorbía aquel habano; sus labios se expandían y contraían recreándose en el movimiento como si estuviera besando a una mujer. Disfrutaba de ello y, además, se deleitaba.

—Amigo, este es uno de los placeres de la vida. ¿Quieres uno?

—No fumo, gracias. ¿Cómo haces para conservar esa vitalidad?

—Muy sencillo, amigo. Evitando los disgustos.

Pablo no alcanzaba a comprender, y menos aún a interiorizar, en qué se basaba o cómo lo hacía para evitar los disgustos.

—Lo dices muy alegre. En mi caso no soy yo el que busca los disgustos, sino el que los encuentra, parece ser que los atraigo. No consigo acabar un solo día en el que no padezca alguno.

—Antes te vi discutir. No sé qué relación hay entre vosotros, pero créeme que para esto tengo muy buen ojo: tu amigo es un buen hombre. Ante cualquier situación que me incomoda suelo preguntarme qué tengo que perder y la respuesta es siempre la misma, nada —explicó el anciano—. Cuando uno deja de tener apego a lo material es cuando comienza a percibir la libertad, se deja llevar por las experiencias y logra sentir la felicidad absoluta. ¿Tú eres libre? Piénsalo.

Las sabias palabras de Flaco tocaron la fibra de Pablo; *grosso modo,* tenía mucho sentido lo que acababa de escuchar.

—Verás, yo no tengo nada material salvo un par de fotos, un

reloj y una medalla. Como bien dices, tampoco tengo nada que perder —analizó Pablo en voz alta—. Te confieso que en los últimos dos meses he perdido y recuperado la vida en dos ocasiones. Todavía no he descubierto o experimentado esa sensación que tan bien has descrito, la de sentirme una persona libre.

—El problema que tienes es que no terminas de creértelo, amigo —afirmó Flaco antes de aspirar la última calada.

—Pensándolo bien, soy libre. Nadie manda sobre mí, no tengo ataduras, responsabilidades ni rumbo.

—Te veo un tanto desorientado. Acuérdate de una frase que te voy a decir y que yo escuché demasiado tarde: «Vive este día como si fuera el último, porque las experiencias que dejes pasar hoy, no regresarán jamás».

—Entiendo que te refieres a una especie de filosofía de vida.

—Así es, amigo. Soy feliz porque acepto que el día de mañana no existe y algún día no amanecerá para mí, y tampoco vale de nada lamentarse por el ayer o culpar a alguien de algo, eso ya se convirtió en pasado. Hoy es lo importante, ahora es lo importante, ¿me entiendes?

Alguien tocó a la puerta del aseo. Llevaban bastante tiempo ahí dentro y, sin cruzar más palabras, decidieron salir y regresar a sus asientos. Durante el camino de vuelta, el anciano volvió a hacerse el cojo y Pablo le siguió el juego observándolo con admiración por ser un tipo genuino, sin complejos y con una mente lúcida.

Al llegar al vagón, se dispersaron y cada uno ocupó su asiento. Camilo estaba semidormido y, al ver a Pablo regresar, alzó la mirada.

—Disculpa por marcharme de esa forma, entiende que me entrara el cabreo. Si te parece bien, vamos a dejarlo por hoy. Mañana estaré más descansado y tendré mucho tiempo para entender todo lo que pretendes contarme.

48

Se acercaban las cinco de la mañana y, una vez superadas las estaciones de Ciego de Ávila, Santa Clara y Matanzas, solo quedaba esperar con paciencia la llegada a La Habana. Pablo estaba reunido con Flaco, le había caído bien aquel señor. Era la tercera vez que lo acompañaba a fumarse un pitillo y, ensimismado, escuchaba al anciano cambiar de tema con asiduidad. Su discurso era atractivo y divertido a la vez que pedagógico. En unos minutos, Pablo había descubierto más datos y curiosidades sobre Cuba que en todo el tiempo que había estado preso.

—Y te voy a contar otra cosa, amigo. ¿A que no sabías que Cuba fue el primer país latinoamericano que tuvo una vía ferroviaria? Pues sí, aquí fue —dijo Flaco—. Y la construyeron para transportar caña de azúcar. A este tren lo llaman El Francés, y le dicen así porque compraron las máquinas de segunda mano a Francia. Recorre la isla de punta a punta, desde Santiago hasta La Habana.

—Lo que veo es que aquí todo es muy antiguo y en ocasiones un tanto decadente —opinó Pablo sin tapujos.

—Acá estamos habituados a vivir con lo que disponemos, ya sean carros descatalogados, tecnología obsoleta y, ya de paso, mucha carencia. Pero el pueblo cubano se ha acostumbrado a vivir así. Si te das cuenta, la gente camina sin prisas ni preocupaciones, es una sociedad alegre a la que no le importa nada más que lo que hay ante sus ojos —explicó—. Esta semana, sin ir más lejos, vi en el noticiero que después de que el huracán inundara sus casas, parte del vecindario aparecía bailando en medio de la calle con el cuerpo cubierto por medio metro de agua. ¿Entiendes ahora por qué tampoco existe la inquietud por avanzar? Tú no eres de acá y supongo que verás muchas diferencias.

—La verdad es que sí, pero me gusta mucho lo que has comentado respecto a la manera de vivir del cubano y cómo se toma y afronta la vida.

Flaco espiró la última bocanada de humo y la dejó marchar por la minúscula ventana del aseo.

—No me enorgullezco de cómo funcionan las cosas en Cuba, la política tiene mucha culpa de que acá nos quedáramos estancados.

Somos felices viviendo en nuestra propia ignorancia y tampoco desarrollamos la cultura del tener, ¿comprendes? El alcohol es barato y la gente cubana tiene algo de lo que estoy seguro que carecen en tu país: tiempo.

La última afirmación provocó que Pablo pensara en el frenético ritmo de vida de gran parte de sus conocidos. Aquella reflexión lo acompañó hasta llegar al asiento, donde Camilo aún dormía. La calma se había apoderado del vagón y Pablo aprovechó para acurrucarse en su butaca y con el cuerpo encarado al ventanal.

El tren no circulaba a mucho más de sesenta kilómetros por hora, un trayecto ideal para disfrutar de Cuba a cámara lenta. Septiembre estaba llegando a su ecuador y los amaneceres se hacían de rogar. Al otro lado de la vía varias peonadas de guajiros caminaban alineadas y dispuestas a afrontar una nueva jornada de trabajo en el campo. Eran personas de edades heterogéneas y familias completas ataviadas con indumentarias de colores claros y sombreros de paja estilo robavacas, que usaban para lidiar con las elevadas y sofocantes temperaturas del día. Un padre cargaba con su hijo dormido al hombro y, tras él, una señora hacía de mula porteando un carrito de ruedas con los víveres del día.

La locomotora sufrió un frenazo repentino que desveló a Camilo. Al ver a su compañero despierto, decidió iniciar una charla.

—Buenos días, Pablo. ¿Qué tal la noche? ¿Hablaste con el anciano?

—Sí, es un hombre singular. Ahí donde lo ves, tiene dos carreras, sirvió en el ejército durante una década y después fue locutor en una emisora de radio. Y todo eso lo compaginó haciendo de guía turístico en sus ratos libres.

—Una vida ajetreada.

—Así es, pero es que además se casó, enviudó y después convivió hasta con tres mujeres en distintos períodos. Tiene cuatro hijos, todos ellos con carrera, colocados y viviendo fuera de Cuba. Cuando me habló de ellos, sentí que se entristecía, según parece los ve muy poco. Ah, y cinco nietos, todos ellos también están fuera.

—Por curiosidad, ¿de qué vive?

—Le pregunté a qué se dedicaba y me dijo que su pensión era ridícula. El subsidio que recibe del estado no le da para vivir y lo compagina con lo poco que saca haciendo de guía turístico particular. Algo que me llama la atención es que no tiene casa propia y viaja por la isla sin rumbo, se queda donde le apetece.

—¿Un aventurero?

—Una persona libre, Camilo. Así se define. Se deshizo de todo y ahora solo posee su cuerpo, el tiempo que la vida le regala y una minúscula maleta. Dice que se encuentra en el tiempo de prórroga

de su vida y valora con recelo cada minuto que esta le regala —le contó Pablo—. Nunca conocí a nadie con unos ideales tan *hippies* como los suyos. En mi país se suele aspirar a tener una vivienda en propiedad, un coche moderno, vestir a la moda y también contar con la última tecnología. Algo que observé durante los últimos años fue la necesidad de aparentar para así sentirse importantes, útiles y vivos.

»Sin embargo, este hombre no cita nada de eso, es un observador que no duda en hablar con cualquier persona, no le importa dónde dormirá hoy o si comerá. Se fija en los detalles, tiene desarrollados los cinco sentidos y, lo mejor de todo, los utiliza. Tenías que haber visto cómo fuma —añadió—. Seguramente pienses que estoy delirando, pues ¿sabes qué?, que me da igual. Fuma con pasión y deleite. Muerde el habano sintiendo cada bocanada de aire que entra y sale de sus pulmones. Fumar es malo, lo sé, pero lo curioso no es el acto en sí, sino que lo realiza desde la consciencia. ¿Recuerdas cómo nos miraba en la estación? No perdía detalle de nada, estaba despierto, no sé cómo decirte… vivía en el presente absoluto, ¿me entiendes así? Te aseguro que, si lo invitas a dar un paseo por el tren y le pides, por ejemplo, que te describa cómo fue la espera en la estación, te sorprenderás al comprobar que lo hace con unos detalles prodigiosos y eso es a lo que me refiero. ¿Sigues pensando que estoy tarado?

Camilo lo miraba como si lo estuviera. Observaba a un Pablo impresionado y hablador como nunca antes lo había visto, y lo más interesante era que el tema en cuestión le parecía cuanto menos sugestivo.

—O no nos conocemos bien o estás un tanto emocionado; el ritmo palpitante de tus palabras así lo refleja.

—Es que, en serio, no nos damos cuenta de cuánto tiempo y recursos desperdiciamos para lograr la consecución de unos sueños u objetivos que la sociedad intenta imponernos. Flaco me ha abierto los ojos en ese aspecto.

—Podemos hablar sobre ello, tendremos tiempo, no te preocupes. Estamos llegando a La Habana, calculo que será a eso de las ocho y media, unas dos horas de retraso. Si te parece, cuando lleguemos a la Estación Central iremos a desayunar y luego a un hotel donde descansaremos, nos asearemos y, después, un auto nos llevará hasta Pinar del Río.

—Es verdad, no creas que lo había olvidado. Haremos una visita a la persona para la que trabajas.

—¡No, no, no y no! Veo que todavía no lo has entendido. Yo únicamente trabajo para ti. ¿Quieres entenderlo de una vez por todas? —Por primera vez, Camilo se mostraba furioso ante Pablo y,

mirando al techo, abrió las manos de par en par pidiendo una dosis de paciencia—. Ella me paga para defenderte, para asegurarse de que no te faltara nada en la prisión y que estuvieras bien atendido, para luchar porque disfrutaras de un juicio digno y mover todos los hilos para lograr que salieras en libertad. ¿No comprendes que esa señora es tu ángel? Sin ella no estarías aquí sentado a mi lado. Y, por último, estoy convencido que ya te habrían enviado al otro barrio.

Las duras palabras de Camilo se estaban clavando como una flecha en el centro emocional del cerebro de Pablo. Lo había dejado noqueado. Su cuello se acababa de contraer, le costaba tragar y andaba desorientado como si recién saliera de una batidora, agitado y confuso.

—Entiende que me cueste asimilarlo, necesito tiempo.

—Por eso quiero llevarte ante ella. En realidad, quiere pedirte disculpas por todo lo que sufriste a causa de su hijo, nada más.

—Perdóname por mi tozudez, pero sentí mucha rabia cuando me dijiste que ella era quien te había contratado.

—Ya te dije que tu reacción era de esperar.

—Y ahora te pregunto sobre una inquietud que acaba de surgirme. Después de visitar a la señora, ¿qué pasará?

—Ahí finalizará mi trabajo contigo, habré finiquitado mi labor y, a partir de entonces, rodarás libre.

Pablo pestañeó. Pese a tener claro que deseaba labrar un nuevo camino, le incomodaba pensar que tenía que realizarlo en solitario. Se rascó una oreja y de ahí fue subiendo hasta la coronilla, dubitativo; discurría para sus adentros, sin pensar en nada concreto.

—Como abogado tuyo, deseo tener una reunión formal contigo para notificarte cómo queda tu situación; te hablo de documentación, visados y pasaporte. Si te parece bien, la tendremos en el auto, de camino a Villa Viñales.

—¿Villa Viñales? —preguntó Pablo con curiosidad.

—Sí, así se llama la finca de la señora.

—Aún no me has dicho su nombre.

—Aurora Castro.

Sus asientos viajaban a favor de la marcha y en la lejanía se divisaba un horizonte de civilización sin grandes edificaciones. El físico de Pablo estaba agotado, pero sus sesos bullían con varios frentes abiertos que conmutaba de uno a otro sin adelantar un solo paso en ninguno de ellos.

—¿Qué tal ha ido el viaje, amigos? —los asaltó la voz jocosa de Flaco.

Pablo enfocó su atención en el rostro anciano y arrugado que emanaba vitalidad, sabiduría y algo indescriptible que lo tenía

cautivado. Le encantaría en unos años mirarse al espejo y ver reflejada una cara con repliegues y surcos derivados de las batallas y experiencias vitales, ojeras que reflejasen las incontables horas divertidas y unas patas de gallo causadas por esa sonrisa incesante y perpetua que esperaba que apareciera alguna vez en su vida.

—¿Te apuntas a desayunar con nosotros?

Camilo fue el que realizó el ofrecimiento a Flaco. Sabía que a Pablo le haría ilusión y, por su parte, quería averiguar más cosas sobre tan interesante señor. Tras aceptar la invitación y pisar la Estación Central de La Habana, era hora de cargar pilas.

49

El desayuno se alargó más de lo previsto y apenas les sobraba tiempo para prepararse antes de acudir a la cita. Camilo comprobaba lo genuino que era Flaco, que los iluminaba y entretenía con una extensa lista de anécdotas; algunas de ellas lograron arrancar unas risas contagiosas. Sin embargo, esas historias vivenciadas por Flaco contrastaban con otras que narraban crueldad, penurias y situaciones extremas que provocaban impotencia y desaliento. Como no existía forma de cortarlo, empalmaron el café del desayuno con la canchánchara del mediodía, un cóctel originario de Trinidad que en aquella mañana de calor infernal los refrescó como un baño de hielo. Pablo quería contarle a Flaco su reciente experiencia, pero el tiempo para el ocio matutino ya se había consumido.

La una se les echó encima y, tras una afectuosa despedida, Flaco tomó su camino y la pareja se preparó para afrontar la segunda parte de la jornada.

El hotel reservado por el abogado estaba cerca del café; era sencillo, humilde y discreto, muy acorde a su estilo. Tras un minúsculo mostrador, los atendió el recepcionista y les entregó unas perchas envueltas en plásticos en las que aparentemente colgaba ropa y un par de bolsas voluminosas. Pablo se extrañó tras entrar en la habitación y observar a Camilo desembalando y poniendo sobre la cama unos calzoncillos, calcetines, pantalón, camisa y zapatos, todo ello a estrenar.

—Y este despliegue, ¿a qué se debe? —preguntó el español.

—Hoy va a ser un día especial, Pablo. Tenemos que estar a la altura. En veinte minutos pasaré a recogerte, vamos muy justos de tiempo.

A primera vista, a Pablo le causó rechazo el pantalón largo con tacto suave de lino blanco, aunque, una vez abrochado, comprobó su ligereza y frescura. Complementó la vestimenta con una camisa morada de cuello cubano que en el lado izquierdo y a la altura del pecho lucía una insignia, una especie de marca personal.

Camilo golpeó desde fuera y Pablo le abrió descalzo.

—¿Estás preparado?

—Enseguida, tan solo me quedan los zapatos.

Pablo ató los cordones de sus mocasines de estilo italiano y color marrón carmelita.

—Recoge tus cosas, no regresaremos aquí. Disponemos de una hora para almorzar. Conozco un lugar cerca de aquí, donde cocinan un congrí delicioso.

—¿Congrí? Suena a carne o pescado.

—Pablo, veo que jamás los has probado, me parece perfecto. Entonces me guardaré la sorpresa.

Las influencias de Camilo llegaban hasta los pequeños restaurantes. Nada más poner pie en la escondida y coqueta casa de comidas, un camarero encantador les hizo un hueco. En apenas media hora estuvieron servidos y comidos. El español degustó por primera vez el congrí, un plato cubano que mezcla el arroz con carotas, una variedad de alubias negras, aderezadas con trozos de tocino frito.

Con el estómago lleno, retornaron a la Estación Central, donde Luis, el chófer de la señora Aurora, aguardaba refugiado a la sombra de unos árboles frondosos. Camilo sufría por él, hacer esperar a la gente le incomodaba en demasía.

—Disculpa la espera. Ya has comido, ¿verdad? —preguntó Camilo, mirando su reloj.

—Sí, no te preocupes, que acabo de llegar. Subid, por favor.

En apenas unos kilómetros, la ciudad se vio forrada por un cielo camuflado de nubes grisáceas y lluvia de verano. La estampa colorida e iluminada de La Habana se apagó por momentos hasta quedar en penumbra. Era mediodía y para entonces ya habían salido de la ciudad y tomado la autopista Este-Oeste.

Camilo y Pablo ocupaban los asientos traseros de un Chevrolet Impala de color rojo cobalto y brillante, complementado por cuatro llantas de acero cromado en las que uno podía verse reflejado. Luis, un obseso de la limpieza, mantenía su coche impoluto y cuidado como si de un miembro de la familia se tratara. Camilo estudiaba cada elemento interior del automóvil y le picaba la curiosidad.

—Luis, ¿de qué año es el carro?

—De 1958.

—¿Qué motor?

—Ah, veo que te gustan los carros. Es un Ford Endured diésel.

Acababan de coincidir dos amantes de la automoción, que comenzaron a conversar de su pasión, desguazando imaginariamente el vehículo. Pablo llevaba tiempo desconectado de la tertulia y observaba ensimismado cómo el agua de la triste lluvia humedecía el paisaje tropical de la zona oeste de la isla.

—Pablo, antes de llegar, me gustaría arreglar unos papeles.

El abogado destapó su bolso y extrajo una carpeta cerrada con gomas, de la que tomó un sobre, y se lo entregó a Pablo.

—Para empezar, tengo que darte esta notificación. Pensé en tirarla a la basura, pero no es cosa mía, me debo a una profesión y el deber manda.

En el interior había un folio escrito a mano, que Pablo leyó.

Querido amigo, me alegro de que lograra la libertad y se diera por zanjada esta situación tan delicada que todos padecimos.

Espero que recobre su vida y se mejore.

Con afecto,

Don Mauricio Fuentes

—Pero ¿cómo se puede ser tan hipócrita? Este personaje insolente, vanidoso, engreído y…

—Yo te puedo decir más —interrumpió Camilo—. Despiadado, soberbio, opresor…

—¡Y adulador! Yo creí en sus bonitas palabras y el muy sinvergüenza me llevó directo al paredón. —Pablo, muy enfadado, comenzaba a alterarse.

—No te atormentes, que no vale la pena gastar ni un solo segundo en esa rata. Podría hablarte de todas las reuniones que compartí con él y las barbaridades que escuché, pero ahora no es lo importante. A este hombre lo ciega la codicia y sus actos lo constatan. ¿Qué te parece si nos olvidamos de él?

Pablo rompió la nota en pedacitos y la introdujo en el sobre. El tema Mauricio Fuentes quedaba zanjado para siempre.

—Ahora centrémonos en la burocracia —continuó Camilo—. Existe un contrato que firmé con ciertas personalidades como el capitán Guillermo Morales, el jefe de la prisión Mauricio Fuentes y varios altos cargos del Gobierno. Ese contrato se finiquitó hace unos días, después de que quedaras en libertad. En él había escritas unas cláusulas que debían acatar y ejecutar en caso de que llegara el día de tu liberación. Para que me entiendas, lo que se negoció fueron ciertos privilegios a cambio de tu silencio.

—No dejas de sorprenderme, Camilo —intervino Pablo mientras su interlocutor rebuscaba en la carpeta.

—Lo que voy a contarte es secreto —dijo Camilo mesurando el volumen de su voz ante la presencia del chófer—. El gobierno te asignó una dote económica para corresponderte por los daños ocasionados y así evitar que te quedaras desamparado. Dispones de una cuenta abierta en una sucursal de La Habana con el importe

escrito en esta libreta que te entrego.

Pablo ajustó las gafas sobre su nariz y observó muchos ceros. Ignoraba a cuánto equivalía el cambio en euros, aunque era algo que le traía sin cuidado.

—El daño que me hicieron no se paga con dinero y si con este gesto pretenden ahuyentar las voces de sus conciencias, allá ellos.

—Hay suficiente para no pasar penurias durante una larga temporada, calculo que más o menos… unos seis meses —matizó Camilo—. Continúo. Este documento es un billete de regreso a España para canjearlo cuando quieras, no tiene caducidad.

—¿Así que quieren perderme de vista? Lo hacen con estilo, muy sutiles.

—No del todo, ahora verás. Dentro de la negociación, exigí una condición y acabaron consintiéndola. Seguro que en tu mochila echarías de menos el pasaporte.

—Ahora que lo dices, no lo he visto.

—Pues el pacto conllevaba que te concedieran la doble nacionalidad, es decir, que oficialmente eres hispano-cubano. No tienes que tener miedo por quedarte aquí el tiempo que quieras ni prisa por marcharte.

—Muchas gracias, Camilo. No te digo que no vaya a utilizarlo en alguna ocasión.

—Ahora que tienes una pequeña familia por estas tierras, tal vez te apetezca pasar alguna temporadita por aquí. Y algo más, antes de que se me olvide, este carné es una tarjeta médica y la podrás usar siempre que desees en los centros médicos. Hablo de atención médica gratuita. Sabíamos que te quedarían secuelas y habría que tratarlas, así que fue una de las exigencias que también pactamos.

—No se te escapa detalle. Por cierto, ¿sabes que voy recomendándote por ahí?

—Ah, ¿sí? —se sorprendió.

—Alejandrina tiene un trabajo de investigación para ti, estoy seguro de que, aprovechando tus influencias, no te será difícil dar con el paradero de una persona que busca.

—¿Su papá?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Pablo anonadado.

—Bueno… Ya te dije que la señora me contrató para intentar que tuvieras una buena vida en la prisión y allanar el camino cuando estuvieras fuera. Leí la carta de Alejandrina y también las líneas de tu esposa Ruth y, claro, aprovechando mi viaje a España y la visita a la Policía Nacional, pues extraje algo de información.

—Si es que vales tu peso en oro y me avergüenzo por los reproches que te hice en el tren. Casi te llamé traidor y a punto estuve de insultarte.

—No tienes nada que agradecerme, ya te dejé bien claro que soy un mandado.

A falta de pocos kilómetros para llegar a Pinar del Río, el auto de Luis se desvió en dirección a Puerta de Golpe, donde pararon a tomar algo fresquito y repostar combustible. Pablo se quedó prendado del ambiente campestre y el paisaje verde intenso adornado de palmeras, y del contraste del entorno rural en el que convivían los carros tirados por caballos y los vehículos a motor.

50

El auto del chófer giró a la derecha cruzando el arco que anunciaba la llegada a Villa Viñales. Pese a ser domingo, había trasiego de jornaleros trabajando las extensas plantaciones de tabaco. La cosecha estaba llegando a su fin y, desde la ventanilla, Pablo observaba cómo un importante grupo de cosecheros perfectamente sincronizados cargaban las matas de tabaco en tractores para transportarlas al secadero.

—Ya hemos llegado —informó Luis, aparcando su tesoro de cuatro ruedas a la sombra de un techado.

Pablo estaba relajado. Unas horas antes había decidido plantearse el día como una excursión a una nueva zona de Cuba. No tenía ninguna expectativa puesta en la visita a esa Villa, ni especial ilusión por intimar con la madre de un asesino. Solo las palabras de Camilo le habían despertado la curiosidad por escuchar de primera mano las disculpas de aquella señora.

—Esperad acá, avisaré a la señora.

Luis se internó en el caserío. Los invitados aguardaban observando las interminables plantaciones e intercambiando impresiones sobre la industria del tabaco. Eran las cinco de la tarde y, pese al duro sol de ese día, el calor era tolerable.

—Bienvenidos, caballeros —una voz limpia y melódica los saludó desde el portón de la entrada.

Al escucharla, ambos giraron la cabeza y la vieron a ella; vestía de forma austera, pero elegante, sin adornos ni complementos y tan transparente como su personalidad. Camilo le dio una palmadita en la espalda a Pablo. Ella sonreía, sus ojos brillaban, y el español, tal y como se iba aproximando, observó algo peculiar en aquella señora que activó sus reflejos, obligándolo a procesar información en su memoria.

«A esa mujer la conozco yo, estoy seguro de que la he visto antes, pero, ¿dónde? Espera… ahora que me fijo en su mirada… Esos ojos me suenan mucho… No puede ser, ¿o sí? Espera… Creo que es la señora que estaba en lo alto de las escaleras el día que entré en la prisión. A ver… ¡Hostias, sí que es! Aquel día llevaba unas enormes gafas de sol y se las quitó cuando estuve a su altura.

Me miraba de una forma especial, ahora entiendo».

—Hola, Pablo —lo saludó Aurora como si lo conociera de toda la vida.

—Hola, señora, encantado. —Estaba desorientado y por unos instantes se quedó en blanco—. Vive en un lugar precioso.

—Puedes tutearme. ¿Te gusta este lugar?

—Te mentiría si te dijera que no. Me crie en una tierra rodeada de montañas y prados verdes, húmedos y… —se quedó pensativo— este paisaje me recuerda a mi infancia.

—Me alegro mucho de que aceptaras mi invitación. Por favor, pasad.

Los butacones de mimbre del alegre patio interior los esperaban para tomar asiento al tiempo que una ligera caída de agua fluía por los caños de la hermosa fuente central. La atmósfera invitaba al relax y al sosiego. Pablo quedó seducido por el precioso rincón y pensaba que era un sacrilegio romper el reconfortante sonido del agua mezclado con el cantar de varias aves que andaban revoloteando entre la vegetación. A los pocos segundos, la señora del servicio se aproximó con el caminar indiscreto de sus tacones resonantes. Aquel zapateo acompasado los devolvió al presente.

—Matilde, por favor, sirve la merienda —ordenó Aurora.

Se respiraba un ambiente un tanto frío y Camilo, tan atento como siempre, lo detectó.

—No os he presentado formalmente. Aurora, ya conoces a Pablo López y Pablo, la señora es Aurora Castro. Si no os importa, creo que voy a dejaros solos. Tenéis cosas personales de las que hablar y pienso que mi cometido finaliza acá. Ha sido muy lindo trabajar contigo, señora, y espero, Pablo, que disfrutes de tu nueva vida y que tus deseos se hagan realidad.

—Muchas gracias, Camilo. Gracias de verdad, te debo la vida, amigo. Jamás te olvidaré.

Ambos se despidieron con un abrazo afectivo en el que Pablo, en símbolo de cariño y gratitud, apretó sus brazos con fuerza para sentir el pecho del abogado lo más cerca posible.

—Señora, con permiso. —Camilo miró hacia Aurora y ella le regaló una sonrisa en signo de aprobación.

Camilo se cruzó con Matilde, quien cargaba con una bandeja de pastas caseras, café, té y limonada. Pablo esperaba a que fuera la anfitriona quien tomara la palabra.

—Antes de nada, me gustaría pedirte disculpas en nombre de mi familia y en mi persona por la dramática situación que viviste por culpa de mi hijo Fabio. Me avergüenzo de ello, siento pudor y, como única obsesión, deseaba transmitirte de primera mano todo mi apoyo personal y económico para poder enmendar el daño que

te hayamos provocado.

Pablo la observaba asombrado. Las palabras de Aurora no eran forzadas ni artificiales, salían desde lo más hondo del alma. Su aliento sufría al hablar, estaba conmocionada y necesitaba expresar sus sentimientos para liberarse de tanta pena retenida y condensada en su interior.

—No te imaginas lo mucho que he rezado para que quedaras libre, pero estoy segura de que es una pequeñez comparada con los días de tortura y situaciones desagradables que tuviste que soportar. Eres un valiente que ha luchado por la vida y eso te honra. Tienes todos mis respetos.

Desde que Aurora comenzó a hablar, el joven español sostenía a pulso la taza de café, estaba impresionado. Ante él tenía a una mujer afable, cercana, y a la vez apenada por el infierno que había pasado.

En su condición de afectado, Pablo podría arrojar un sinfín de reproches, pero no se le ocurría ninguno. Sabía que esa señora no tenía culpa de nada.

—Soy poco dado a juzgar a las personas, pero en este caso, viéndote en persona y habiendo escuchado de primera mano todo lo que Camilo me contó, creo y confío en tus palabras. Es cierto que para mí ha sido durísimo superar todo este trance y más tratándose de un chico de poca sangre. Como puedes comprobar soy bastante introvertido —confesó Pablo—. El caso es que, venir hasta aquí me incomodaba y no me daba buena espina, pero ahora entiendo que necesitaras desahogar esa angustia que te andaba torturando. Por mi parte, estás perdonada y no pienso guardarte ningún rencor. Además, ¿sabes una cosa? Ayer conocí a una persona, un sabio diría yo. Me dijo que el pasado era pasado y no servía de nada viajar demasiadas veces a él, ¿entiendes?

Hacía mucho tiempo que Aurora no respiraba con tanto alivio; sintió cómo la tensión de la garganta huía y se disipaba al igual que el vapor de una cacerola. Las manos se relajaron y una sensación de frescura y sosiego le recorrió el cuerpo.

—Es algo con lo que todos tenemos que vivir, no podemos cambiar el pasado.

—Pero podemos aprender de él —interrumpió Pablo— y aprovecharnos de la experiencia que nos ha brindado para ser mejores personas.

—Tenía referencias sobre ti que decían que eras inteligente y educado. Hoy me estás demostrando en persona que también eres afable y, según puedo entrever, pareces ser muy optimista.

—Si te soy sincero, ser optimista es la mayor secuela que me queda de haber pasado más de dos meses en una prisión.

—¿Cómo dices? —Ella jamás se habría imaginado esa afirmación.

—Sí, verás. Cuando uno descubre que su vida no vale nada y está encerrado a cal y canto, además de enfermo y casi inválido, y si sumamos que ha visto la muerte y la ha logrado sortear, no queda más remedio que esperar a que le sucedan cosas buenas —respondió Pablo—. Es el único pensamiento que te mantiene con algún aliciente para seguir peleando. Si eso se entrena día tras día, vas modificando tu actitud frente a los acontecimientos, no sé si me entiendes.

Aurora no imaginaba que la velada iba a tener conversaciones tan profundas.

—¿Has dicho que viste la muerte?

—Así es, no sé cómo explicarlo… Imagina que te encuentras débil, tus músculos se desinflan y no puedes mover ni una célula del cuerpo; solo funciona el cerebro, pero sus reflejos mentales son tan débiles como si estuvieras sufriendo un horrible dolor de cabeza, ¿me sigues? —dijo Pablo—. Entonces observas una especie de luz blanca, muy intensa, que te absorbe como un imán mientras vas apagándote. Pero sabes que no es tu hora y te resistes a marchar, agarrándote a la vida con las escasas fuerzas que encuentras. Al mismo tiempo y a una velocidad que no se puede medir, aparecen decenas de imágenes con recuerdos de tu vida y ahí es cuando hay que dejarse ir para siempre o aferrarse con las uñas a las paredes. Entonces ocurre algo, es como si apareciera un tren en marcha y una mano milagrosa te cogiera y estirara hasta lo alto del vagón para alejarte de esa luz y regresar a la vida.

Las intensas palabras de Pablo habían emocionado a la señora que secaba con su pañuelo unas lágrimas irreprimibles.

Sin mencionar palabra alguna, decidieron tomar un respiro permitiendo que el sonido del agua retomara el protagonismo. La charla estaba siendo amena, y ambos percibían la conexión que se había establecido entre ellos y dejaron que ésta siguiera fluyendo.

—Ahora me gustaría explicarte algo que para mí ha sido muy especial y, si te soy sincera, estoy convencida de que este día será inolvidable.

Pablo se mantenía expectante, no esperaba sorpresas. Por su parte, ella entrecruzó las manos como si fuera a rezar, se disponía a desvelar algo que la inquietaba.

—Supongo que Camilo Ponce te habrá dicho que lo contraté cuando supe que tu abogado era de oficio, muy buena persona por cierto…

—¿Lo conoces? —interrumpió, sorprendido.

—Sí, estuvo aquí, lo atendí y comprobé que tenía buenas

intenciones, pero, tras enterarme de que había sido elegido por las mismas personas que decidieron detenerte, supe que no llegaría muy lejos —explicó—. Entonces fue cuando decidí hacerme cargo y acudir a Camilo. Estuve informada de todos los avances y le pedí no solo que luchara por tu libertad, sino que averiguara si había alguna manera de hacerte la vida más sencilla, en caso de alcanzar la preciada libertad. Era lo menos que podía hacer por los daños que estabas sufriendo a causa de mi hijo. Estuvo investigando y haciendo averiguaciones, para ello tus cartas lo ayudaron muchísimo.

Aurora se incorporó, dedicándole una cariñosa sonrisa.

—Tengo una sorpresa para ti. Voy a dejarte solito, porque no quiero interferir en nada y espero que sea especial para ti. Nos veremos más tarde.

Tras ofrecer aquel mensaje, abandonó la estancia sin dar más detalles. El español estaba desconcertado. Aprovechó para acomodarse en el butacón y observar los detalles de aquel encantador patio. En un lateral, atisbó una escultura de arcilla roja y mostró curiosidad por verla de cerca. Era un busto masculino, de apariencia antigua, pero muy bien conservado. Lo tocó con delicadeza, pensando en quién sería el agraciado al que le hicieron semejante doble.

A sus espaldas se escucharon unos pasos cautelosos de mujer. El sonido agudo de un fino tacón se aproximaba fundiéndose con el caer del agua de la fuente. Él se vio tentado a girarse, pero al mismo tiempo recordó que su joven corazón llevaba varias batallas sufridas y no sabía cómo respondería ante una nueva.

—¡Guaje! —dijo alguien con emoción.

Pablo escuchó la voz familiar e inolvidable que procedía de unos labios que lo esperaban tras él. Un temblor atacó sus piernas que vibraban como si una colonia de hormigas quisiera explotar en su interior. Miró al cielo. Estaba sobrecogido y sabía que solo una persona en el mundo podría llamarlo así.

Realizó un gran esfuerzo por mantenerse en pie, no se creía lo que iba a ver. Pensaba que era imposible, un sueño mezclado con pesadilla, un castigo cargado de oportunidad y un preciado motivo por el que seguir viviendo. Lo sabía muy bien, pero no se lo creía, y sus pensamientos hervían a un ritmo vertiginoso. Fueron los cinco segundos más intensos de su vida. No pudo aguantar más y, en un arrebato de coraje y entereza, giró el torso para constatar lo que estaba imaginando. Ante él descubrió a Paula, su hermana.

—¡Paula, por Dios! No puede ser. ¡Estás viva, estás viva!

Ella apareció emocionada, sonriente y con dos torrentes de lágrimas rodando por las mejillas. Recorrió los últimos pasos y se

lanzó sobre Pablo, quien la recogió entre sus brazos para envolverla con cariño, con pasión y con ese sentimiento de hermano que jamás había mostrado antes. Ahora quedaban muy lejanos los días de amargura, desesperación y lucha infatigable por apartar a Paula de la droga. Pablo se sintió renacer junto a su resucitada hermana, volvió a reencontrarse con esa juventud lejana y con parte de su verdadera esencia. Ambos lloraban. Pablo no había imaginado ni soñado con volver a tenerla tan cerca.

—Paula, esto es un milagro. Mírate, pero si estás aquí, a mi lado. No puede ser, en serio, ¿eres tú de verdad?

—Sí, bobo. Cuántas ganas tenía de volver a verte.

—Y pensar que te di por muerta, *torbellín*. Pero qué cambiada estás… y ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo has venido? ¿Cómo te encuentras?

—Cálmate, Pablo. Ven aquí, bebe un poco de agua y relájate.

El pecho de Pablo estaba a punto de reventar. Su mermado corazón latía como un ejército de caballería a toda velocidad mientras realizaba un esfuerzo titánico para que el aire alcanzara los pulmones. Un sudor frío humedecía su bonita camisa.

—Siéntate. Pon la cabeza hacia atrás, abre los brazos y respira, voy a aflojarte la camisa.

Paula desabrochó los botones dejando el pecho de su extenuado hermano al viento y, con la ayuda de una servilleta, lo abanicó con mesura, procurando airear su rostro. La crisis fue remitiendo y, aunque un tanto exhausto y sofocado, el joven recobró las constantes y acabó por reanimarse.

—¿Mejor ahora? —le preguntó Paula desde el butacón que había arrastrado hasta su lado para estar más cerca y le cogió la mano.

—Sí, ahora sí. No has cambiado nada, siempre fuiste un remolino.

—Un *torbellín* —puntualizó Paula, sonriendo.

—Eso, eso, un *torbellín*. Cada vez que apareces, todo se revoluciona, no sé cómo lo haces. A punto has estado de matarme. Pero… no puedo creer que estés viva. Cuéntame qué fue de ti.

Paula se incorporó para humedecer una servilleta y refrescarle la nuca y el cuello. La crisis había finalizado y su hermano viviría, al menos hasta el siguiente sobresalto.

—Como bien sabes, estaba tan enganchada a las drogas que perdí el rumbo y ocasioné mucho mal. Soy consciente de que te hice la vida imposible y es normal que aquel día estallaras y me apartaras de tu vida. Lo que tú soportaste no hay nadie que lo haga.

—Todos lo sabíamos y tratamos de ayudarte, Paula.

—Entiende que yo estaba enferma, muy enferma. Nada ni nadie

podía hacerme rectificar hasta que, tras una sobredosis, toqué fondo y acabé en el hospital con un paro cardíaco. En aquel centro nadie se explica cómo logré sobrevivir.

—Lo llevas en los genes, hermana. Eres tozuda y *geniuda* como mami.

—Debe de ser eso. Aunque, por lo que sé de ti, tampoco te quedas corto.

—Yo soy la versión *light*.

Ambos sonreían, mirándose con amor, incrédulos de tenerse tan cerca.

—Según parece, intentaron contactar contigo, pero, o no pudieron o pasaste del tema. No te culpo por ello, demasiado habías aguantado y, por otro lado, bastante tenías tú con lo que te cayó para ocuparte de mí —aclaró Paula—. A través de servicios sociales, estudiaron mi caso e ingresé en una residencia de desintoxicación. Allí estuve hasta que un señor cubano vino a visitarme y me puso al día de la vida de mi hermano. Me invitó a viajar hasta aquí y llevo dos días de huésped en esta bonita casa. Esa es mi simple y triste historia.

Pablo escuchó con atención, tratando de hilar los sucesos y divagaba para sí hasta que decidió hacerlo en voz alta.

—El día que viajé a Cuba, vi a Pacheco en un bar.

—¿El padre de Sandra? ¿La chica de servicios sociales?

—El mismo. Pues no le hice ningún caso. Creo que me dijo algo sobre Margarita, mi vecina, y que había intentado contactar conmigo para hablarme de ti. Pensé que todo se había acabado —explicó—. Si te soy sincero, en aquellos momentos no me importaba, pero en estas semanas dentro de la prisión, me he acordado muchísimo de ti y he maldecido que las cosas no hubieran ido mejor entre nosotros.

—Bueno, no te preocupes, ahora todo va a ser muy diferente.

El reencuentro se estaba convirtiendo en un bálsamo de júbilo para ambos y conversaban, tratando de ponerse al día y de recuperar parte del tiempo perdido.

51

A los hermanos los asaltaron los recuerdos sin advertir que el tiempo avanzaba y la noche se les iba echando encima. Con la discreción que sus tacones le permitían, Matilde apareció con un encendedor en las manos para prender uno a uno los cirios que ensalzaban la belleza de aquel lugar y agregaban, más si cabía, un aire de romanticismo y paz a la velada.

Apenas habían pasado un par de horas y continuaban rememorando preciosas vivencias que despertaron a esos personajes inolvidables que marcaron su niñez y forjaron sus hasta ahora distanciados lazos de unión. Entre ambos reinaba la complicidad, estaban inmersos en su privada conexión y absortos del resto del mundo. Hablaban de Josín, el lechero del pueblo, que lucía una larga y alechugada barba pelirroja con la que solían bromear, cuando el lloriqueo inesperado de un bebé los apartó de la tertulia.

Aurora caminaba hacia ellos con andares saltarines sosteniendo a una criatura que emitía un gemido mimoso, de esos que embelesan y dibujan una cara de bobo. La abuela achispada y sonriente posó al bebé entre los brazos de Paula. A los pocos segundos, el pequeño dejó de llorar mientras ella lo balanceaba con suavidad.

—Le gusta estar con Paula. Es cogerlo en brazos y calmarse; tiene un don para los niños —señaló Aurora.

Pablo contemplaba la escena con sorpresa. No entendía de dónde salía ese niño ni tampoco encontraba un posible vínculo con Aurora. Lo que sí percibió fue que ambas mostraban mucha ternura y sonrió cautivado por la fortuita oportunidad de gozar de la presencia de un bebé.

—Pablo, ¿has visto qué criatura más hermosa tenemos hoy en casa? —preguntó Aurora haciéndolo partícipe.

—Sí, es muy guapo. ¿Su nombre?

—Se llama Jorge —intervino Paula—. ¿Has visto qué grande? Solo tiene cuatro meses. ¿Quieres cogerlo?

Antes de valorar la respuesta, Pablo ya mecía al pequeño de apenas seis kilos sobre su pecho, piel con piel. Ambos tenían el torso descubierto y una sensación de ternura, inaudita hasta

entonces, recorrió su cuerpo. Experimentó una especie de instinto paternal y protector cargado de amor, unión y responsabilidad. Desdichado, imaginaba que aquella criatura podría ser el hijo que tanto había ansiado y nunca tendría. Hacía tiempo que había aceptado que moriría sin descendencia. Las manos diminutas y suaves del pequeño agarraron su piel como un abrazo, como una declaración de amor. El confuso y enternecido español descubrió que las dos mujeres esbozaban una sonrisa ñoña, babeando y con las cejas subidas. Pablo se percató de que entre ellas existía un sincronismo difícil de alcanzar en apenas dos días e intuyó que ambas sabían algo que él ignoraba.

—¿Ocurre algo? ¿Y esas miradas? —preguntó, exigiendo respuestas.

Aurora miró a Paula y, con una leve mueca de complicidad, esta le dio su aprobación. Había llegado la hora de revelar algo.

—Tengo que contarte una cosita —dijo Aurora tomando la palabra.

Era un día inolvidable y Pablo pensó que solo podían suceder cosas buenas. En su fuero interno, presagiaba que no serían capaces de volver a lastimarlo, al menos ellas, y mucho menos tras tanta demostración de amor. Agachó la vista y observó al pequeño Jorge, que le devolvía su inocente mirada.

—Si queréis, os dejo solos —propuso Paula.

—No, no te marches —le pidió Pablo—. Intuyo que ya sabes lo que ella quiere contarme. No quiero que haya más secretos. Aurora, si no te importa, te escucharé con el niño sobre mi pecho, pues parece estar cómodo.

Aurora tomó un sorbo de agua y acercó un butacón ante ellos. Los tres formaban un pequeño y cercano triángulo sin distancias, íntimo.

—Aún me quedan cosas que contarte. Necesitaba acercarme más a ti y ganarme tu confianza. Si no lo hubiera hecho, jamás habrías accedido a escucharme —aclaró la señora—. Lo que ahorita voy a desvelar tal vez te incomode, te irrite, te haga verme como una embustera e incluso llegues al límite de odiarme. No me importa. Como bien dijiste antes, no quieres que haya secretos y, en mi caso, también es mi deseo.

El patio se vio invadido por un silencio de misterio. Pablo dedujo que la situación era embarazosa para Aurora, a la que por primera vez vio temblar.

—Extrae todo eso que llevas dentro y no te guardes nada, por favor —la animó Pablo a arrancar.

—Bien, ahí vamos. —Se santiguó mirando hacia el cielo estrellado—. Yo tenía veintitrés años y hacía cinco que no visitaba a

mi familia española. Mi marido Osvaldo y yo decidimos viajar a Castilla para ver a una hermana de mi padre y a sus hijas pequeñas. Yo estaba embarazada de cuatro meses; era por pascuas y pretendíamos estar allí un par de semanas. Para entonces, viajamos en avión y tuvimos que hacer varias escalas. Fue una odisea, casi dos días de duración —explicó—. Mi nombre es Aurora Castro de León y hasta esa ciudad nos dirigimos, en concreto a una finca en Mansilla de Esla donde vivía mi familia. La idea era pasar unos días con ellos y aprovechar el viaje para que mi marido hiciera varias visitas de negocios en Madrid y Sevilla. Al cuarto o quinto día, comencé a sentirme mal y acabé ingresada en el hospital de León, creo que por aquel entonces se llamaba hospital Princesa Sofía.

»Me puse muy malita, ahí comenzó mi enfermedad. Un virus raro estaba haciéndome mal y no sabían cómo curarlo. Los días pasaron y fui mejorando, pero estaba muy débil. Debido a mi embarazo no se atrevieron a darme medicación, así que la cura se basaba en remedios caseros. Un par de días antes de regresar a Cuba, me dieron el alta en el hospital, allí no podían hacer nada más por mí y me mandaron para casa, pero yo estaba agotadísima y sin fuerzas. Se me presentaba imposible soportar dos días de aviones hasta casa. Mi marido debía tomar ese vuelo, de él dependía la gestión de la plantación, así que decidí quedarme con mi tía para que me cuidara hasta después de dar a luz. Los dos meses siguientes sentí mejoría, pero mi avanzado estado de gestación me impedía tomar vuelos.

Pablo atendía la historia de Aurora, estaba intrigado. Por su parte, ella se mostraba inquieta, vulnerable y tomó un nuevo trago de agua para rebajar las pulsaciones. Hacía tiempo que no revivía la situación con tanto entusiasmo.

—Sigamos. Aquel día era un martes, 27 de agosto de 1978. Yo estaba de ocho meses y medio, mi barriga era gigante y me sentía pesada, agotada, y sufría continuos desmayos —continuó Aurora—. Tras el desayuno, fui hacia la ventana para sentarme en un sillón y, a mitad de camino, perdí el conocimiento. Cuando lo recobré estaba tumbada en la cama de mi habitación, rodeada de cuatro monjas, una vecina y mi tía. Ella me dijo que al caer boca abajo me di un golpe muy fuerte en el vientre y que era necesario sacar al bebé cuanto antes, que no había tiempo para ir a hospitales y que esas monjas tenían experiencia en traer niños al mundo. Me tranquilizó escucharla afirmar que dos de ellas habían trabajado en hospitales y que no me preocupara por nada.

»El dormitorio tenía dos puertas, una daba al salón y la otra a un baño que comunicaba con un patio exterior. Yo no tenía contracciones, solo un fuerte dolor de cabeza ocasionado por el

golpe. Debieron de suministrarme algún sedante para dejarme adormilada, pero mis ojos apreciaban las imágenes borrosas de las monjas ir de allá para acá. Sentí cómo hurgaban en mi vientre y de él extraían a un bebé, lo escuché llorar y de inmediato vi a una monja arroparlo con unas toallas y desaparecer por la puerta del baño. Era un varón, de eso estoy segura —continuó—. Al ver que había dado a luz, me dejé ir, notaba cansancio, pero, poco después, otro bebé volvió a llorar. Abrí los ojos y vi cómo lo secaban y lo ponían sobre mí. Todas sonreían y me felicitaban. Yo estaba muy agotada, pero aun estando semiconsciente, puedo asegurar por la Virgencita, que aquella mañana di a luz a dos bebés. Pregunté a las monjas, pero una y otra vez me dijeron que estaba delirando, que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada y que aquella obsesión era fruto de la anestesia. Pero créeme, puedo jurarte que vi a aquella monja abandonar la habitación con la criatura en las manos.

—Dios mío, qué horror —opinó Pablo, contagiado por la angustia de la situación.

—La cosa se calmó y al mes siguiente regresé a Cuba con mi hijo Fabio y una pena que me viene siguiendo desde entonces. Sé que tuve otro hijo y nunca dejé de pensar en él. Lo llevé en silencio, para mis adentros, y jamás lo compartí con nadie, tampoco con mi marido o con el párroco en momentos de confesión.

Aurora había logrado extraer algo que llevaba guardado durante más de treinta años. Realizó una pausa para secarse las lágrimas y beber otro sorbo de agua; le iba a hacer falta para revelar más secretos que ansiaban salir por sus tiernos labios.

—Cuando ingresaste en prisión, yo estuve allí, te vi en directo, te tuve ante mí. Verás hasta qué límites llega mi obsesión.

—Yo también te vi, estabas en lo alto de la escalera. Tu rostro me resultó familiar —admitió Pablo, emocionado.

—Tu parecido a Fabio es increíble, lo habrás observado.

—Te voy a decir la verdad, no he visto ninguna imagen suya, pero parece ser que así es.

—Pensarás que estoy loca, pero nada más verte, algo comenzó a moverse en mi estómago. Como te comenté antes, decidí poner a un abogado para defenderte, pero quería saber de ti, necesitaba conocer tu pasado, averiguar todo. Entonces me narraste toda tu vida en las cartas y fue cuando mi intuición parecía tomar forma tras toda una vida de suposiciones y penuria —explicó Aurora—. Escribiste que habías sido adoptado y aquello avivó mi inquietud. Más tarde declaraste que una monja te entregó a tu mamá y ahí fue cuando mi corazón casi explotó. Jamás olvidaré la cara de aquella señora; se llamaba sor Lucía, de tez clara y sonrisa infantil, cariñosa

y atenta. Ella fue la que se llevó a mi niño. Si te das cuenta, tu fecha de nacimiento es de dos días después de la de Fabio y, con total seguridad, fue el tiempo que tardó en entregarte a tu madre. Sé que es muy difícil de digerir lo que te estoy contando, pero una madre jamás deja de pensar en sus hijos y es capaz de hacer cualquier cosa por salvar a cualquiera de ellos.

Aurora lloraba abiertamente. Paula la abrazaba mientras Pablo se encontraba paralizado y con los ojos más abiertos que nunca. Creía estar inmerso en un potente sueño. Ante él tenía a su hermana a la que había dado por muerta; en su pecho, a un bebé que, pese a ignorar de quién era, auguraba que iban a ser inseparables; y llorando a rabiar, una señora que hacía unas semanas había sido su ángel de la guarda, pero ahora se había convertido en la persona a la que debía su existencia.

—Todo esto es tan increíble, que me siento aturdido. Aurora, ¿me estás diciendo que eres mi madre? ¿Mi madre biológica?

Aurora no podía contestar, pero Paula todavía no se había derrumbado de emoción y le contestó a su hermano.

—Sí, guaje, así es. Y ese bebé es tu sobrino, ¿oíste? Esta es tu familia, nuestra nueva familia.

Pablo continuaba postrado en el butacón, inmóvil, sin saber qué hacer o decir. Aurora se recuperó y lo observó; aún le quedaba algo que confesar y, con una voz implorante, extrajo todo su valor.

—Antes de que me lo preguntes, te lo voy a decir yo. Disculpa por no haberte pedido permiso, pero hace un mes que llegaron los resultados de la prueba de paternidad. Sí, así es. En el hospital te tomaron muestras de adn y las enviaron a analizar. Confirmaron que biológicamente somos madre e hijo.

Pablo intuía algo al ver a Aurora tan cariñosa con él y con su hermana, pero se acababa de confirmar lo imposible, el sumun de las casualidades y, pese a no acabar de creerlo, se levantó. Con el bebé en brazos, se abalanzó sobre Aurora y Paula. Todos se fundieron en un abrazo familiar; lloraban y compartían ese cariño que los cuatro precisaban y que, a partir de entonces, se iban a profesar.

—Ahora comprendo muchas cosas, las piezas encajan. Aurora…

—Pablo, no me llames Aurora, a partir de ahora quiero que me llames Auri.

—Auri, eres una heroína, alguien a quien admirar y te doy las gracias por haber hecho feliz a tanta gente. No te imaginas la euforia que recorre mi cuerpo. Ahora mismo debo de tener cara de idiota, pero es que me has dejado en *shock*. Pasan tantas cosas por mi cabeza, que está doliéndome de nuevo.

—Pablo, estamos de celebración. Sé que será complejo de

asimilar, así que intentemos masticarlo poco a poco. ¿Qué os parece? —sugirió Aurora, tratando de rebajar la tensión mientras acunaba a Jorge entre sus brazos.

—Eso es, me parece perfecto, necesitamos un poco de aire para asimilarlo todo —aceptó Pablo, respirando intensas bocanadas de aire que buscaban serenar sus constantes.

—Me gustaría festejar nuestro encuentro con una cena. Si os parece bien, podéis ir a descansar y en media hora nos reuniremos en el salón. Os adelanto que tendremos varios invitados.

Paula acompañó a su hermano hasta un dormitorio.

—Pablo, date una ducha e intenta acostarte un poco. El día está siendo muy intenso y necesitarás fuerzas extras para aguantar la cena.

—Cuántas sorpresas, Paula. Estoy en una nube.

—Ah, y además hoy celebramos un aniversario.

—¿Hoy? Perdona, pero con tanto trajín, no sé ni en qué día vivo.

—Bobo, es ocho de septiembre. ¿Qué se celebra hoy?

—Oh, sí. Muchas gracias por acordarte, luego brindaremos por ella. —Pablo lo agradeció con una sonrisa forzada; le apenaba el recuerdo de su aniversario de boda.

—Tú descansa, guaje. Pasaré a buscarte cuando todo esté preparado.

52

Tras cruzar el corredor, Pablo se adentró en un dormitorio cuyas paredes de un intenso verde pistacho emulaban a los prados asturianos. En su interior destacaba el techo de pino barnizado y fantásticamente conservado. Alguien había deshecho su maleta y distribuido las cosas por la habitación. Pablo tomó la foto de Ruth y la posó sobre la mesita de noche.

—Cariño, tenemos que hablar. Felicidades, mi amor. Hoy hace siete años que nos casamos, ¿recuerdas? Es una pena que no puedas estar aquí conmigo, porque me están pasando cosas asombrosas y ¿sabes qué? A veces me pellizco para comprobar que todo es real —dijo, emocionado—. Tú me guiaste, fuiste la que me animó a viajar hasta aquí y ahora, fíjate, he encontrado una nueva familia. ¿Quién me lo iba a decir hace tan solo unos días?

»Te tengo muy presente y en cada cosa buena que me sucede, pienso en ti. Sé que allá donde estés, compartirás mis emociones. Ya habrás visto qué bebé tan precioso he tenido entre mis brazos. No estoy seguro del todo, pero imagino que Aurora es quien lo tutela y espero que se quede aquí. Solo llevo unas horas en esta finca y siento que me atrapa, como si parte de mis raíces hubieran estado siempre aquí. Me están acogiendo como a uno más de la familia y, además, como un milagro, me he reencontrado con Paula. Todo parece increíble, pero es de verdad. Estoy en una nube, cariño.

Pablo le regaló un beso al retrato de su esposa y caminó hacia el baño, donde se desnudó, pensando en la fría y reparadora ducha que iba a llevarse su cuerpo. En la prisión había ansiado tanto esos momentos de relajación, que ahora los provocaba en cuanto tenía ocasión.

Unos toques juguetones procedían de la puerta del dormitorio. Aquellos sonidos despistaron a Pablo de su recreo frente al espejo del baño, en el que peinaba la desbaratada cabellera. Sonrió pensando que era Paula para anunciar la hora de cenar.

—Enseguida voy, no me queda nada. Pasa si quieres.

El ritmo cesó y alguien se coló en su dormitorio. No se

escuchaba nada, solo el ir y venir del peine sobre su pelo. Al cabo de unos veinte segundos y viendo que nadie hacía ruido, intentó entablar conversación con su hermana.

—Paula, ¿eres tú?

Pablo daba la espalda a la puerta del baño. Estaba abierta y a través del espejo observó el reflejo de la cama; no había nadie a la vista. Terminó de peinarse y caminó hacia el dormitorio, pero, al traspasar el marco de la puerta, un rostro enmascarado se interpuso en su camino, dándole un susto de muerte.

—¡Auuuuuuuuuu! —aulló el personaje de la cara oculta, imitando a un lobo.

Aquella aparición espantó a Pablo, que reaccionó con un chillido.

—¡Joder! ¡Qué susto!

El bromista que llevaba la máscara era un varón corpulento, más alto que Pablo, y emitía una carcajada que le resultaba familiar.

—No puede ser —pensó en voz alta, imaginando quién era el gracioso que estaba ante él.

El encapuchado reía una y otra vez hasta que comenzó a toser y a ahogarse en una lucha surrealista por despojarse de la cabeza postiza de pelo animal. Pablo lo observaba sorprendido y acabó contagiándose con sus carcajadas.

—Pero, ¡Tino! Morirás haciendo de las tuyas, qué bandido eres —dijo Pablo, saludando al humorista a la vez que le daba golpes en la espalda—. Menuda sorpresa. ¿Qué haces tú aquí?

—Ven a mis brazos, compadre. —Tino atrapó a Pablo y lo envolvió contra su pecho como a un recién nacido—. Pues ya ves, que me han invitado a la fiesta.

—Estás en todos los saraos.

—¿Yo? Anda, calla. Me enteré de que te metiste en un lío de los buenos. Creo que has estado jodido, pero que muy jodido, algo así como quedarte en el aseo sin papel.

Tino era genuino hasta para hablar de cosas serias.

—Pues ha sido toda una aventura. Las he pasado canutas, pero también he estado con personas maravillosas.

—Pero ¿a que no conociste a nadie con tanta marcha como yo?

—¿Cómo que no? Aquí hay mucha marcha, Tino. Además, tengo una sorpresa para ti.

—Bueeeeno —lo interrumpió Tino, haciendo el gesto de frotarse las manos a la vez que sonreía imitando a un niño pequeño.

—Conocí a una mujer con la que estoy seguro de que harías buenas migas. No sé si te van los retos, pero ella me aseguró que dejó a su marido porque el pobre hombre era incapaz de seguirle el ritmo.

—¿El ritmo? —preguntó Tino imaginando a qué se refería Pablo.

—Sí, sí, le encanta bailar, malpensado. Aunque te digo que tiene un aguante físico que no veas. Se trata de una enfermera cubana, que me dijo que no tardaras en llamarla, porque quería comprobar en vivo si tenías tanta marcha como le dije.

—Si es que… cómo no te voy a querer, gamberro. Así que estuviste buscándome novia por los hospitales.

—Más o menos —sonrió Pablo—. La verdad es que me he acordado muchísimo de ti.

Tino se sorprendió, no esperaba esa declaración por parte de Pablo.

—Compadre, tengo la impresión de que estás un poco cambiado, bueno, yo diría que muy cambiado desde la última vez que te vi, ¿verdad? —preguntó Tino al notar que su amigo había perdido la vergüenza.

—Así es. Más aún, literalmente, he vuelto a nacer y ahora veo la vida desde otro enfoque.

—Eso está muy bien y me alegro, compadre. Ahora, yo te voy a decir una cosa. En tu nueva vida, ¿también se cena? Lo digo porque tengo un hambre que me comería un gorrino entero.

—Y tanto que se come, y también se celebra cada vez que hay una oportunidad. Hoy es un día especial, ya te iré contando todo lo que me ha sucedido, porque es increíble. Vamos a por ese gorrinillo.

Salieron del dormitorio, aunque Pablo regresó a coger el cayado; todavía necesitaba ayuda para mantener el equilibrio.

—Pero, compadre, ¿a dónde vas así? Con ese garrote pareces mi abuelo —dijo Tino.

Caminaron en dirección al salón, abrazados por el hombro y regocijándose de su amistad, como si se conocieran desde el colegio y fueran inseparables. Al llegar, Paula y Aurora los esperaban sentadas alrededor de una mesa circular con varias fuentes de porcelana repletas de comida. A Tino se le saltaron las babas al ver tantas cosas ricas juntas.

—Tomad asiento donde gustéis. —Aurora señaló las sillas vacías.

—Gracias —dijo Pablo observando que aún quedaban dos sitios libres—. ¿Esperamos a alguien más?

Nadie correspondió a su pregunta, aunque Aurora trazó una sonrisa disimulada, no quería adelantar acontecimientos.

Matilde sirvió el vino, dando pie a que Tino arrancara con sus chistes y bromas.

—Pablo, te voy a enseñar una frase cubana que se utiliza mucho en estos casos: «Bebamos, comamos y engordemos, y si nos llaman gordos, hagámonos los sordos».

El humor de Tino llevó la alegría a la mesa. Era puro nervio, insaciable, todo un experto en sacar temas y mantener la lengua ocupada.

—Pablo, perdona que saque este tema, pero me dijiste que entre rejas me echaste mucho de menos. ¿En serio piensas que vas a correr mejor suerte teniéndome cerca?

—A decir verdad, creo que el juntarme contigo me trajo problemas —confesó Pablo, arrancando una carcajada de su amigo y los presentes—. Y otra cosa, quería hacerte una proposición.

—¿Indecente? —interrumpió Tino.

—Pues creo que sí. Iba a proponerte ser tu acompañante durante un tiempo en tus *shows*.

—¡Qué osado eres! Veo que después de haber salvado el pellejo, aún te quedan ganas de emociones fuertes.

—Te hablo en serio y no lo descartes. Me vendría muy bien para ver un poco de mundo y, de una vez por todas, quitarme la timidez.

Desde afuera alguien golpeó el picaporte con ánimo, y un silencio de suspense impregnó el salón. Todos condujeron sus miradas hacia el arco de escayola por el que iba a hacer su presencia algún invitado. Eran segundos de intriga para Pablo, que aguardaba con la boca abierta, como un niño su chocolatina. Los tacones de Matilde se aproximaron y, una vez en la estancia, se apartaron para dejar paso a una pareja; eran el doctor Carreras y Yasmín, engalanados para la ocasión.

—¡Por Dios! Esto sí que es un regalo. —Veloz como una ballesta, Pablo se incorporó, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Cuánto te extrañábamos, querido —confesó Yasmín con las pupilas acuosas y una risita de princesa.

El resto aplaudía aquel encuentro mientras Pablo tomó a la pareja entre sus brazos. Yasmín arrancó a llorar; Pablo la cobijó en su hombro y también se contagió. En la prisión había aprendido que reprimir las emociones no servía de nada y dejó fluir ese sentimiento de alegría por reencontrarse con esa mujer que tanto había trabajado en su recuperación.

—Estás preciosa —la alagó, cogiéndole la mano y alzándola para que diera una vuelta y luciera el hermoso y elegante vestido rojo. Eran visibles las hileras de lágrimas que descendían por su morena mejilla—. Y tan simpática como siempre. Doctor, qué alegría de verte, cuánto gusto de volver a estar con todos vosotros. Perdonadme, pero estoy muy emocionado.

—Toma, compadre. —Tino le pasó una servilleta a Pablo, que la cogió devolviéndole una sonrisa y un toque cariñoso en el hombro —. Y a usted otra, señorita.

La escena estaba cargada de emociones profundas y de alivio.

—¿Estás entrenando para esa carrera que te jugaste conmigo? —preguntó el médico.

—Doctor, en un par de semanas creo que estaré en condiciones, aunque estoy seguro de que incluso corriendo con este garrote puedo ganarte.

—Uy, uy, uy —tomó el protagonismo Tino—. No sé qué le hicisteis a este chico en la prisión, pero me gustaría pasar allí una temporada. ¡Menuda vitalidad!

Se presentaron uno a uno hasta quedar sentados en torno a la esférica mesa de aquel salón que congregaba a unas personas cuya labor había sido crucial para que Pablo pudiera seguir con vida.

La mezcla de comida, anécdotas, bebida y los continuos chistes picantes de Tino convirtieron la velada en algo inolvidable. Pablo estaba arropado por los suyos, se sentía con mucha confianza y desinhibido como nunca. Alrededor tenía a algunas de las personas que más cariño le habían demostrado en su vida y deseaba corresponderlos. De improvisto, percibió cómo un empuje de valentía emanaba de él para aprovechar la situación y agradecerles su apoyo.

—Disculpad —interrumpió atrayendo la atención de los comensales—, me gustaría hacer un brindis.

—¿Quién mejor que tú para hacer los honores? —aprobó la anfitriona a la vez que tomaba la jarra de chiva blanca para llenar las copas.

Llevaban ingeridas varias copas de la mezcla de ron con jugo de limón, pero mantenían la cordura. Todos atendían a las palabras de Pablo que, al igual que el resto, estaba de pie con la copa en la mano.

—Bueno, quiero aprovechar este brindis para agradeceros todo vuestro apoyo, así que sentaos y escuchadme. Os anticipo que tendréis que tomar varios tragos, así que gestionad bien el líquido. ¿Me has escuchado, Tino? —El resto se rieron observando a Tino, que durante la cena había dejado bien claro su aguante alcohólico.

—Entonces espera, que voy a llenarlo hasta arriba, que quede colmadito.

Una vez acabado el cachondeo, el español retomó la palabra.

—Si me permitís, voy a comenzar este brindis por mi hermana. Paula —ambos se miraron—, lo primero que quiero decirte es que no quiero volver a perderte. De hecho, estoy seguro de que a partir de ahora vamos a estar más unidos que nunca. Ambos compartimos historias imborrables y quiero seguir creándolas junto a ti. —La copa de Paula estaba temblando y decidió apoyarla en la mesa—. Creo que tenemos por delante un desafío que cumplir, y no es otro que el de prestar ayuda a los demás y devolver a la sociedad todo lo

bien que se ha portado con nosotros. Deseo andar contigo por ese camino y, por tanto, brindo para que así sea.

Todos alzaron sus copas. Se habían emocionado con las bonitas palabras de Pablo hacia su hermana quien, aun haciéndose la dura, había dejado escapar alguna lágrima. Por segunda vez en el día, Paula sintió la necesidad de abrazar a su querido hermano, demostrarle cariño y sellar unos lazos recién renovados.

—Bueno, vamos a seguir. Ahora quiero confesarme ante Tino.

—¡Presente, mi señor! —bromeó de nuevo, haciendo un saludo militar con la palma de la mano perpendicular a la frente.

—Ya te veo. Quiero confesarte que el primer día que te vi, pensé que eras un tarado.

—No es necesario que me adules, compadre.

—Me sentí cohibido ante tu espontáneo desparpajo. Tienes un espíritu legendario e infatigable que me dejó perplejo en cada ocasión que quedé contigo. Me transmitiste alegría y me llevó a pensar en muchas ocasiones en ese chiquillo que vive en la ignorancia, que no entiende de complejos y cumple sus días con el único objetivo de pasarlo bien.

—En el argot cubano eso es «dar el berro» —apuntó Tino, ayudando a su amigo a integrarse en la nueva cultura.

—Pues eso es, te pasas cada día, qué digo, cada minuto dando el berro. Es una filosofía de vida que tal vez por mi juventud y la vida monótona que tuve no había apreciado hasta que te conocí —confesó—. Una de las cosas que me encanta de ti es que te crees invencible y, en realidad, lo eres. Es algo que me encantaría tener, copiar de ti y por eso te pedí acompañarte una temporada en tus viajes.

—Compadre, te recuerdo que no tienes madera de payaso.

—Ya lo sé, aunque lo que más miedo me da es compartir el dormitorio contigo.

—Anda, no seas tan quisquilloso, machote —contestó Tino imitando una voz femenina, algo que hizo esbozar más de una carcajada entre los asistentes.

—Y terminaré confesándote que, pese a lo poco que te conozco, siento que hay algo muy fuerte que nos une y me gustaría seguir contando con tu amistad. Creo que vas a ser un fuerte punto de apoyo.

—Estás contratado, compadre. Y ahora acabaré yo el brindis. —Tino se levantó tomando la copa en una mano y abrazó a Pablo con la otra—. Alzo el brazo, inclino el codo, aprieto el culo y me lo bebo todo. ¡Salud!

Tino era genuino hasta para brindar. Una vez calmados, Pablo retomó su ronda de agradecimientos.

—Y ahora le toca el turno a Yosvany y Yasmín.

—Los podemos llamar los *yoyas* —interrumpió Tino volviendo a hacer de las suyas.

—Sí, Yos y Yas, es gracioso. Ellos son mis verdaderos salvadores, Tino —afirmó Pablo orientando la cara hacia la pareja médica—. Qué os voy a decir; pues que os tengo mucho cariño, sois testigos de todo lo sucedido y durante dos meses habéis sido mi única familia. Tenéis todo mi reconocimiento y admiración, porque no habéis traicionado vuestra vocación, la palabra y el amor por el prójimo. Sabíais quienes eran mis verdugos y estoy convencido de que tuvisteis que guardar secreto ante los superiores para mantener los empleos, pero fuisteis valientes luchando por lo que creíais —añadió—. Doctor, eres la persona más noble que conozco y, si no llega a ser por ti, mi necrológica llevaría escrita ya varias semanas. En mi corazón hay grabada una frase que cumpliste como el hombre de palabra que eres, «este equipo médico va a pelear porque salgas adelante». Esa fue la promesa que me hiciste y vaya si la cumpliste.

—Pablo, para mí fue un reto. Quiero que sepas una cosa, tú me devolviste la vida, me hiciste recapacitar sobre ella y responder a si estaba orgulloso de mi tarea profesional o no. Fue una llamada de atención que logró despertarme y reorientar mi carrera. No solo mejoré como profesional, sino como ser humano. Yo sí te debo el agradecimiento.

—Doctor, te advierto que tienes que valorar, y mucho, a la persona que tienes al lado. Yasmín, con el permiso del doctor, me tienes maravillado. Me has cuidado con delicadeza, también me acompañaste con cariño en mi paulatina recuperación y, lo más importante, alegraste cada uno de mis días con la simpatía que te caracteriza. Estoy convencido de que tu devoción y esas imágenes iluminadas día y noche tuvieron mucho que ver.

—Qué lindo —declaró Yasmín, encandilada por las palabras de Pablo.

—Voy a revelaros algo. La idea de morir me perforaba como un taladro cada día, aunque jamás os dije nada. Pasé mucho miedo, las piernas no se movían y tampoco podía hablar, soporté unos dolores que no se los deseo a nadie, aunque muchas veces me contuve de gritar. Pero, solo por el respeto hacia vuestra labor e implicación, valía la pena seguir luchando. Como ya os dije en alguna ocasión, os considero parte de mi familia y os quiero.

—¡Guau! El sentimiento es mutuo —sentenció el doctor sin ocultar su emoción—. Brindemos por Pablo y por su nueva familia.

Al unísono, todos volvieron a unir sus copas.

—Pablo, nosotros queríamos decirte una cosa —intervino

Yasmín—, más bien una proposición. Estuvimos pensándolo y nos pareció una idea fenomenal.

—Arranca, cariño, que los tienes en vilo —aportó Yosvany.

—Queremos invitarte a nuestra boda. Nos casaremos en unos meses.

—Enhorabuena. Será un placer acompañaros —confirmó Pablo, dejándose querer— Pero antes tenemos que ir a comer churros con chocolate, ¿lo recuerdas?

—Es verdad, me lo prometiste. Encantada, cuando gustes.

Quedaba un brindis por hacer y estaba destinado a la anfitriona de la cena, que comprobaba cómo Pablo la miraba dedicándole una simpática mueca.

—Permitidme que siga con mi particular mitin. Disculpad si me hago pesado, pero estoy lanzado y siento que no puedo parar. —Todos lo acompañaron con sonrisas cómplices—. Aurora, bueno, Auri, no puedo reprocharte absolutamente nada. Confieso que cuando escuché que querías verme, mi reacción fue de repulsa, pero solo han hecho falta unos minutos a tu lado para comprobar lo buena persona que eres. Desde el instante en el que viste indicios de que yo podría ser aquel hijo robado que tantísimas horas de sueño te había quitado, pusiste en marcha todos los recursos que estaban a tu alcance. Te propusiste desgranar unos sucesos enmarañados y para ello estuviste recabando información e hilando detalles para llegar a la verdad. Todo eso te convierte en una bella persona y luchadora como una gladiadora que pelea frente a las adversidades y, además, condicionada por un entorno político que no te ha ayudado mucho en tu labor.

»De corazón, siento mucho tu pérdida. Para mí es un tema muy curioso porque, paradójicamente, Fabio era mi hermano de sangre y es chocante que, a consecuencia de su fallecimiento, yo me encuentre ahora aquí. Imagino que en tu corazón tiene que haber una lucha de sentimientos contrariados y el sobrellevarlo debe de ser muy duro. Por mi parte, quiero que sepas que cuentas con toda mi gratitud y estaré encantado de refugiarme en estas tierras y servirte de apoyo en todo lo que haga falta.

—Esta es tu casa y siempre lo será —apuntó Aurora con la voz tomada.

—De nuevo, un millón de gracias por tu ayuda y te deseo muchos años de salud.

Las copas se vaciaron brindando por Aurora y por la necesidad de descomprimir las gargantas encogidas por tantos minutos de emociones contenidas.

Epílogo

La media noche los cogió por sorpresa. Tino y Yasmín acababan de tomar asiento en el auto del doctor Carreras. Los tres se disponían a retomar el camino de regreso a La Habana.

—Pero, Tino, ¿se puede saber qué haces subido al coche del doctor? —preguntó Pablo sin entender nada.

—Vine con Luis, el chófer, y ahora me vuelvo con esta pareja. Ellos no lo saben todavía, pero vamos a irnos de fiesta. Por cierto, no me has dado el teléfono de mi futura esposa. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Manuela.

—¿Manuela? Pues ¿sabes una cosa? Que me apetece mucho conocerla.

—Te prometo presentártela pronto. Empieza a bailar como un loco, practica mucho y ponte en forma, que te hará falta para conquistarla.

—Y tú a ver si te alimentas, que estás en la tela.

—¿En la tela?

—Sí, compadre, que andas muy flaco, delgado, en los huesos, sin grasa…

—Ya te he entendido bien, Tino. No te preocupes por mí.

Las luces rojas del vehículo fueron menguando y difuminándose hasta desaparecer. La noche presentaba una luna desmedida que con rubor iluminaba los alrededores de la finca. Paula, agotada, decidió irse a dormir. Aurora y Pablo, por el contrario, se quedaron charlando al descubierto.

—¿Te gustaría dar un paseo por el camino? —preguntó Aurora con voz acolchada.

—Por supuesto. Adelante, tú primero.

Transitaban en la penumbra con una calma exasperante y procurando dilatar cada uno de los segundos de aquella histórica celebración. A tenor de los trascendentes acontecimientos sucedidos

en el interior, sus vidas habían quedado unidas como una soldadura, un genuino flechazo entre madre e hijo.

—Es pronto para aventurar nada, pero me intriga saber qué piensas hacer a partir de mañana —expuso Aurora con inquietud, buscando de forma intencionada una respuesta firme y sincera por parte de Pablo.

—Si te soy sincero, tengo que asimilar muchas cosas. Siento que estoy… cómo decirlo… flotando, eso es, literalmente flotando. El desenlace a todo este calvario está siendo tan perfecto que ando con cierto temor.

—¿Temor a qué?

—Me has abierto las puertas de tu casa, has dado pie a que pase a formar parte de tu familia, de tu vida y es algo que en parte me inquieta. Apenas me conoces y tengo que ganarme tu confianza, convivir en armonía…

—Te conozco lo suficiente —lo interrumpió Aurora—, como para saber que serás un estupendo heredero. Apenas te bastarán unas semanas para entender lo que significa este apellido y estoy segura de que acabarás sintiéndolo como tuyo. Sin darte cuenta, ya lo llevas pegado al pecho.

—¿Al pecho? —preguntó Pablo observando el logotipo que lucía en su camisa.

—Sí, esa insignia que llevas grabada en tu camisa, junto al corazón, es el escudo de la familia, cultivado y defendido desde los ancestros por varias generaciones. Para mí sería un orgullo que tuviera continuidad.

En aras de ofrecer una respuesta en firme, las neuronas de Pablo andaban agitadas como el tráfico en una urbe.

—No existen palabras para describir tu generosidad y entiendo lo que esta imagen representa para ti. Desde que llegué esta tarde, hay una fuerza que me atrapa a estas tierras como un imán, lo sentí nada más posar los pies en ellas —confesó—. Por mi parte, será un orgullo contribuir a que tus deseos se hagan realidad. Algo que tengo muy claro, y créeme que la responsabilidad me pesa, es que en solo dos días he conocido a una cuñada y dos sobrinos en Nuevitas y, además, he recuperado a mi hermana a la que daba por muerta. Por si fuera poco, yo diría que, de forma milagrosa, estoy ante mi madre biológica y, para imponerme más presión, algo que me hace gran ilusión es tener a un sobrino tan pequeño que, si te soy sincero, me encantaría criar como a un hijo.

Desde los albores del éxtasis, Aurora lo miró con los ojos acuosos. La actitud de Pablo le estaba sorprendiendo y para ella era un regalo saber que a partir de entonces iba a poder contar con él.

—Tus palabras me enorgullecen como persona y como madre.

Tal vez pensarás que mi postura es un poquito egoísta. Te hablo desde el alma cuando te digo que, a pesar de mi avanzada edad y sin saber cuánta vida me concederá el Señor, quiero recuperar todo el tiempo perdido y disfrutar de la familia como nunca antes pude hacerlo.

Se cogieron de la mano sin saber quién había buscado al otro, pero eran conscientes de que acababan de sellar una unión. Regresaron a la casa caminando como dos enamorados, permitiendo que el frescor los abrazara lentamente. Se detuvieron a la altura del pozo que presidía una de las esquinas de la fachada. Pablo tenía un pensamiento que le venía inquietando desde hacía unos días y deseaba obtener una respuesta; creyó que el momento era ideal.

—Auri, tengo que hacerte una pregunta. Tal vez sea un poco violenta para ti, pero es algo que hurga en mis pensamientos y necesito cerrarlo de una vez.

—Adelante, dímelo sin temor.

—Es referente a Fabio. —Pablo la miró, pero ella no cambió el semblante ni tampoco parpadeó—. Camilo me dijo en una ocasión que la única forma posible de que yo saliera de la cárcel era que detuvieran a Fabio o lo encontraran sin vida.

Pablo dejó de hablar y esperó a ver la reacción de Aurora. Ella no parecía incomodarse y solo asintió con la cabeza.

—También me dijo que apareció muerto muy cerca de aquí —continuó él—. Al parecer lo habían envenenado, ¿eso es verdad?

La miró con inquietud a la vez que entre ambos se interponía un silencio embarazoso.

—Sí —dijo contundente, sin vacilar—. Según la autopsia, lo envenenaron.

—Y, según tú, ¿quién podría estar interesado en que él muriera?

—Era un traficante, un terrorista y un asesino. Puedo imaginarme que ahora mismo habrá mucha gente celebrando su muerte.

—No me malinterpretes, pero unos días antes de su fallecimiento, Camilo vino a la prisión más sonriente de lo habitual y dejó caer que más pronto que tarde nos veríamos fuera de allí. Así que, no entiendo cómo él pudo augurar un desenlace tan inminente.

Las entrañas de Aurora se convirtieron en un hervidero de nervios, pero consiguió mantenerlos a raya. Las insinuaciones de Pablo la habían cogido por sorpresa y ahora él aguardaba una respuesta convincente para dar el tema por zanjado.

—Ya sabes que Camilo es un hombre muy positivo, supongo que te lo diría para subirte el ánimo. No pienses más en eso, que ya es pasado, ¿verdad? —concluyó quitando importancia en un intento por concluir la conversación.

—Sí, tienes razón, es un hombre muy optimista. —Pablo volvió a callarse, estaba pensativo, como si fuera a mover la reina y provocarle a Aurora un jaque mate—. Pero, esta tarde dijiste una frase que se me quedó grabada. Decías que una madre era capaz de hacer cualquier cosa por un hijo.

—Totalmente cierto, cualquier cosa —constató Aurora, directa y sin pestañear.

—¿Tan capaz como para dejar morir a un hijo si de esa forma puede salvar a otro hijo?

Pablo matizó la pregunta cuyo tono indirecto apuntaba hacia la misma conciencia de Aurora. Haciendo fuerza con los pies contra el suelo, ella persistía firme mientras su corazón latía con fuerza.

—Repito, una madre es capaz de hacer cualquier cosa por un hijo —zanjó Aurora con firmeza.

Se observaron con mirada cómplice y, tras leerse los ojos, se dedicaron una escueta sonrisa. Pablo le ofreció el brazo en forma de jarra y Aurora aceptó la invitación, tomándolo con suavidad. Unidos, recorrieron los escasos metros que los separaban de la entrada a la casa.

Pablo era consciente de que, al cruzar aquella puerta, lo esperaba una nueva gota de luz por la que luchar. Una más.

Agradecimientos

Antes de nada, gracias a ti, lector. Sin personas como tú, de nada serviría mi trabajo. La mayor recompensa para un escritor es tener alguien al otro lado de la cubierta disfrutando de sus historias. Si quieres que mis textos continúen viendo la luz, te animo a sugerir y hablar de esta lectura con tus conocidos. Y, una última cosita, estaría muy agradecido si pudieras reseñar esta obra en plataformas como Amazon, Goodreads o en redes sociales.

Publicar una novela es un sueño que mantengo desde una edad muy temprana y al fin ve la luz, después de dos años de intenso trabajo. *La promesa de Ruth* no habría sido posible sin el apoyo y la colaboración de tantas personas que se han sumado a mi sueño aportando ideas, entusiasmo y apoyo incondicional.

Durante el proceso de documentación he contado con la ayuda de médicos, enfermeros, fisioterapeutas, policías, cubanos, exmilitares, agentes de viajes, maestros, bibliotecarios, escritores y mi equipo de lectores cero. Estoy en deuda con todos aquellos, que directamente han aportado su pedacito a esta obra, y lo mínimo que puedo hacer es nombraros. Gracias a Vilma Ruiz, Ornoldo Silva, Aitor Mira, Calixto García, Verónica Amat, Manuel Pérez, Miguel Sarceda, Rubén Pérez, Inma Manchón, Sergio Larrosa y Jordi Grau. También a muchos anónimos que han colaborado en la sombra.

La cubierta no habría sido tan bonita sin el talento de Conrad Rius, ni el texto estaría tan depurado sin el trabajo en la corrección de Celia Arias.

Doy las gracias en especial a mi familia por su apoyo y por darme aire para cumplir mis objetivos. Pero, por encima de todo, quiero dar las gracias a Arantxa, mi mujer, que de manera incansable ha confiado en mí y en mi locura, y por la fabulosa ayuda que me presta en cada una de mis aventuras literarias.

Y, para finalizar, deseo agradecer a la vida por el regalo más grande que he tenido: mis dos pequeñas. Espero que algún día lean

las historias de su padre y entiendan que cada una debe seguir su propio camino. En él siempre aparecerá alguna pequeña gota de luz que las guíe, como a Pablo.

Table of Contents

La promesa de Ruth
Créditos
Dedicatoria
Primera parte
1
2
3
4
5
6
7
Segunda parte
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
Tercera parte
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Cuarta parte
30
31
32
33
34

35
36
37
38
Quinta parte
39
40
41
42
43
Sexta parte
44
45
46
47
48
49
50
51
52
Epílogo
Agradecimientos